

Georg Groddeck

El libro del Ello

taurus



R. 51.120

GEORG. GRODDECK

EL LIBRO DEL ELLO

CARTAS PSICOANALITICAS
A UNA AMIGA

Prólogo de
CARLOS CASTILLA DEL PINO



TAURUS



GEORG GRODDECK:
EL PRECIO DE LA IMAGINACION

por

CARLOS CASTILLA DEL PINO

...was ganz werrück ist, beanspruch ich als
mein geistiges Eigentum¹.

G. GRODDECK

I

El libro que el lector tiene en sus manos, *El Libro del Ello (Das Buch vom Es)*, ha de ser leído bajo determinadas perspectivas. Unas son de orden metodológico; otras, de carácter histórico, con referencia tanto a la historia del pensamiento médico general de los últimos años, cuanto a la historia del movimiento y de la doctrina psicoanalíticos: finalmente, no puede dejarse de lado lo que este libro contiene de expresión personal, si se pretende aprehender la significación tanto de su contenido mismo cuanto de su estilo. Claro es que el libro puede ser leído adoptando de antemano, ante él, una actitud ingenua. Pero los años han pasado por esta obra y la sitúan, a la fuerza, como un hecho histórico —al margen de su relevancia como tal— y, por tanto, no parece aconsejable que el lector se enfrente con ella sin saber quién es Georg Groddeck, en qué circunstancias vivió, para qué y para quiénes escribió, en qué medida su redacción responde a una necesidad del autor frente a tres, cuando menos, colectividades: la médica, la psicoanalítica y, la más amplia, de la sociedad absolutamente profana en estos menesteres.

Aun cuando haremos más amplias alusiones al res-

¹ Lo enteramente demencial, lo reclamo yo como mi patrimonio espiritual.

pecto, metodológicamente *El Libro del Ello* es, todavía hoy, escandalosamente heterodoxo. La forma de pensamiento que se expone en este libro es una continuada expresión del salto que el científico no debe dar entre la observación y la interpretación. Donde hay salto, donde el pensamiento se refracta mostrando el hiato entre lo observable y lo interpretable, hay audacia, y nada menos audaz que el pensamiento académico. Cuando *El Libro del Ello* ve la luz —en 1923—, el psicoanálisis mismo ha dejado de ser una aventura intelectual, y la máxima pretensión de Freud y de sus seguidores es conferirle el rango de un ámbito más de la observación, es decir, de ciencia. No sólo Freud hacía años que había conseguido para sí mismo la categoría de «profesor»², sino que la totalidad de sus trabajos de por entonces —a excepción de *Más allá del principio del placer*— se caracterizan por lo que él estima la fidelidad a los hechos mismos, su alejamiento de las grandes hipótesis de trabajo, su inhibición frente a las amplias generalizaciones. En suma, el psicoanálisis como doctrina pretende ser ya, por entonces, una más de las instituciones, naturalmente no sin toda suerte de contradicciones consigo mismo y, por supuesto, y aún ahora, con las grandes instituciones sociales preexistentes, para las que la absorción del pensamiento psicoanalítico resulta todavía imposible.

La audacia, sin embargo, es un gesto que se paga a un precio suficientemente caro y, por lo general, en vida mismo del audaz. El drama de Groddeck —su final recuerda al de Wilhelm Reich y, como éste, acaba mostrando esa pérdida de la conciencia de realidad, cuando

² El título de «profesor» había de ser obtenido, a propuesta ministerial, ante el emperador en la Austria de los Habsburgos, lo que le permitiría acceder al ámbito universitario. Freud aspiró una y otra vez al mismo y hubo de obtenerlo gracias a los buenos favores de una paciente. Sus contradictorias actitudes al respecto están descritas por él mismo en algunos de sus sueños, en cartas a Wilhelm Fliess, etc. Véase también JONES, *La Vie et l'Oeuvre de Sigmund Freud*, 3 vols., vol. III, págs. 372-375. París, 1958. En todo caso, se trataba del título de *Privat-Dozent*, no de *Professor Ordinarius*.

menos parcial, que aparece indefectiblemente en toda formación paranoide— es la consecuencia de su audacia, el ser un *outsider* entre *outsiders*, marginación contra la que insistentemente se subleva. Groddeck no puede dejar de ser el que es, y su imaginación misma se constituye en una desbocada expresión de instancias que, lógicamente, sólo tienen de intelectuales su revestimiento. Por eso le conducen inevitablemente a la inaceptación oficial, a la que, no obstante, desea de modo compulsivo, y el final, pues, no resulta ser otra cosa sino la incapacidad para tolerar el aislamiento y la soledad conseguidos. Todavía hoy, cuando sus biógrafos, los Grossman, acuden a algún viejo psicoanalista, deudor de Groddeck, éste les pide que se le exceptúe de hablar de él, porque constituye una etapa embarazosa de su vida su asociación con Groddeck, etapa que quisiera borrar de su biografía intelectual. Y toda la actual Medicina Psicosomática, que tiende a situar la enfermedad somática, por parcelaria que aparezca, dentro de la trayectoria biográfica del paciente, como un «lenguaje de síntomas» corporales, tras los que habla el inconsciente —el *Ello*— del enfermo, no reconoce a Groddeck como el iniciador. Y, sin embargo, desde el parto sin dolor hasta la psicologización y psicoterapia subsiguiente de las enfermedades cardiovasculares, de la artritis reumatoide, de las enfermedades renales y de la piel, de los procesos oculares, etc., están absolutamente explicitados en *El Libro del Ello*, aparte en otros trabajos monográficos por decirlo así «serios».

II

Pero, ¿quién es Groddeck?³

Nacido el 13 de octubre de 1866, de padre médico y madre formada a la sombra de su padre, el historiador de la literatura alemana Augusto Koberstein, en su casa se daban cita intelectuales e investigadores, entre otros, probablemente, Federico Nietzsche. Era el quinto y el menor de los hermanos. El propio padre de Groddeck era un hereje en Medicina, y al único médico que admiraba era a Schweninger, el médico de Bismarck, el único que supo imponerse al «dictador de hierro». Después de estudiar Medicina y graduarse en 1889, hizo sus primeras prácticas médicas al lado de su padre, hasta que éste falleció de un accidente vascular cerebral. Cuando Groddeck se acerca a Schweninger, éste se siente atraído por el alumno aparentemente prometedor. Groddeck se establece en Baden-Baden, en donde instala un sanatorio y en el que rápidamente se ve obligado a atender a una numerosa clientela. Los tratamientos de Groddeck, como los de su maestro, son esotéricos y bizarros para la Medicina de entonces —y para la de ahora. Sin saberlo, lo que en última instancia parecía decididor era la relación médico-paciente que conseguía establecer. El caso de Frau A. fue para él revelador en este sentido. La fidelidad a las pautas de Schweninger —en realidad nunca las abandonará del todo— persiste hasta 1912, en que publica su libro *Nasamecu (Natura sanat, medicus curat)* como homenaje al que fuera su maestro. En el libro se contiene un ataque al psicoanálisis freudiano y muy especialmente al riesgo que del uso del psicoanálisis habrá

³ Todos los datos biográficos de Groddeck, así como las citas de cartas de Freud a él dirigidas, están tomados del libro de Carl M. GROSSMAN y Syiva GROSSMAN, *The Wild Analyst. The Life and Work of Georg Groddeck*, New York, 1965 (hay traducción castellana: *El Psicoanalista profano*, F. C. E., México, 1967).

de hacerse precisamente por los psicoanalistas silvestres⁴. En realidad, como habría de lamentarlo inmediatamente, su ataque a Freud procedía, no de una lectura directa de su obra, sino de referencias de segunda mano. Pero, para entonces, junto al tratamiento básico de hidroterapia y masajes, Groddeck practicaba una forma personal de psicoterapia que denominaba «tratamiento psíquico», y al cual ha de reputar sus éxitos terapéuticos. Fue esta complementación de su quehacer médico hasta entonces habitual la que le obligó a modificar su concepción misma de la enfermedad. El lector encontrará en este libro, hoy traducido, múltiples descripciones muy gráficas de sus tratamientos. Groddeck no se plantea demasiadas veces cuanto hay de sugestión, cuanto de análisis directo —como se diría hoy—, cuanto de abrupta aniquilación, en el paciente, del beneficio secundario de su enfermedad. Para Groddeck, lo fundamental es curar. Y hay que concederle que, en una época en la que la Medicina académica no podía enorgullecerse demasiado de sus conquistas terapéuticas —a Viena, centro médico de entonces, el enfermo debía acudir para ser «diagnosticado por Chvostek y autopsiado por Stenberg»—, Groddeck hacía más que «los otros». Claro es que el que ante él acudiesen pacientes de reconocida cultura no desdice del carácter peculiar de sus tratamientos. Pues cuando se enferma, la cultura ha de dejarse a un lado como subproducto del *Yo*, y lo que entonces entra en juego es un *Yo* desvalido, regresado, batido por toda suerte de instancias primitivas, necesitado, en suma, de que se le preste valimiento allí donde, aunque sea a costa de un proceder mágico, se vislumbra la «protección». Y Groddeck poseía, más que ningún otro internista de su ámbito, este rango protector hasta extremos de una tiranía tal, que, en última instancia, parecía ser la re-

⁴ El término «silvestre», aplicado a la práctica analítica por parte de los no iniciados, procede del propio Freud. Véase su trabajo de 1910, *El Psicoanálisis silvestre*, en *Ob. Comp.*, trad. cast. Madrid, 2 vols. 1948, II, pág. 315.

46
querida por el enfermo, poseedor, en apariencia, de una iniciativa residual.

En 1914, Groddeck se separó de su mujer, de la que tuvo tres hijos.

III

En 1917, Groddeck escribió la primera carta a Freud. En ella, junto a confesar su osado ataque al psicoanálisis, reconoce dos cosas de suma importancia: 1) su deuda para con la obra de Freud; 2) el reconocimiento de cómo, sin saberlo, su proceder contiene, como ingredientes sustanciales, desde hace años, la existencia de una activa sexualidad infantil, la formación de símbolos y los conceptos de resistencia y transferencia.

Reconoce asimismo la ambivalencia preexistente ante Freud; de momento, claro es, ante su obra. «El efecto de su obra fue tan perturbador que, aunque sabía que me estaba privando de la oportunidad de enriquecer infinitamente mis conocimientos y mi vida, no acabé ninguno de los dos.» (Se refiere a la *Psicopatología de la vida cotidiana* y a la *Interpretación de los Sueños*.) Esta ambivalencia ha de ser un reflejo de su situación edípica: su resistencia a la aceptación de (la obra) Freud; su actitud claramente dependiente y, sobre todo, el ofrecimiento implícito de su ulterior dependencia. Esta resistencia a la aceptación del pensamiento de Freud persistirá, y el propio Freud la percibe y la hace notar, no sin ironía (véase después, IV). Pero, como he dicho, está visible en esta carta inicial: «si quiere ampliar este significado (de lo Desconocido, del *Ello*) —sugiere a Freud— es posible que nos salgamos de los límites que usted ha puesto a la definición del psicoanálisis». Nada menos que, junto al reconocimiento de su dependencia, la declaración paladina de que ha ido más allá que Freud mismo, y esto aun cuando Groddeck sólo puede ofrecer una mera aseveración, no fundamentada, de sus hallaz-

gos. Hay, pues, una inicial rebeldía ante Freud, rebeldía que el lector de las cartas de Freud no puede compatibilizar, si su apreciación es trivial, con la sincrónica reverencia y, lo que es más, con el más o menos explícito amor filial que ante Freud ha de mostrar Groddeck ulteriormente: «me resulta muy satisfactorio que haya alguien en Viena que se preocupe por mí aun sin conocerme»...; «sería maravilloso verlo a usted personalmente»...; «durante años he pensado pedirle que venga a pasar unas semanas conmigo como un invitado bien venido, pero hay que decidirse a pedir algo así antes de atreverse. Sin embargo, uno puede albergar tales deseos»...; «me gustaría poder hacerle participar, de alguna manera, una pequeña parte de la alegría de vivir que he recibido gracias a usted, pero sólo puedo hacer como los niños buenos hacen con su padre: hacer el propósito de trabajar bien y lograr que usted se sienta orgulloso de mí».

El problema de la relación con Freud se acentúa aún más, en el sentido de la relación objetal hijo-padre, por dos índoles de razones: en primer lugar, porque Freud, a su vez, como veremos de inmediato, adoptará ante Groddeck el rol de padre, capaz de reprender, capaz, al propio tiempo, de alabar y estimular; y en segundo lugar, porque Groddeck habrá de sentirse marginado dentro de la institución psicoanalítica, ya constituida como sociedad psicoanalítica, sintiéndose de sobra compensado con la secreta, valga la expresión, aceptación por Freud.

Efectivamente, Groddeck sugiere a Freud que se le acepte en algunas de las asociaciones psicoanalíticas, y aunque Freud responde con cierta reticencia al respecto, al fin Groddeck es admitido en el grupo de Berlín⁵. Ello motiva el que pueda asistir de pleno derecho al Congreso de La Haya. Allí habría de ver por primera vez a Freud⁶.

Pero la acogida en el Congreso fue en general decepcionante. *Ich bin ein Psychoanalytikerswild* (yo soy un

⁵ Sin que se sepa con seguridad, parece que Freud puso en juego su influencia.

⁶ El Congreso de La Haya tuvo lugar en 1920.



psicoanalista silvestre), fueron sus palabras iniciales en su intervención. Y a continuación procedió a un juego asociativo libre, al modo psicoanalítico. Luego expuso su tesis de que los trastornos orgánicos eran consecuencia y expresión de profundos trastornos emocionales. Fue una intervención asistemática, un tanto lúdica, muy mucho provocativa. Al fin, clasificó, con posterioridad, a los asistentes en dos tipos: Freud era «el padre»; los demás, «gallinas». La propia Anna Freud se sintió irritada por la intervención de Groddeck, y nunca corrigió su inicial antipatía.

Me parece que tanto la intervención de Groddeck cuanto la acogida a la misma tienen su respectiva interpretación. Es evidente el carácter subversivo de la conferencia que en La Haya pronunciara, incluso para el todavía reducido círculo de analistas. A mi modo de ver, aparte la seguridad del afecto de Freud, que le hacía permisible llegar a donde sólo Freud sabía que había llegado con anterioridad, en Groddeck se da el notable fenómeno de la posibilitación que toda adquisición de un instrumento absolutamente nuevo confiere al que lo usa. De hecho, un pensamiento revolucionario—tal el darwinismo, el marxismo o el psicoanálisis, la física cuántica y relativista, por sólo citar algunos ejemplos recientes—entraña la ampliación del campo de interpretaciones de la realidad dada. No es que la realidad se aperciba a otro nivel. Es que la realidad, el objeto, es aprehendido bajo nuevas relaciones. Esto era lo que para Groddeck confería a su aportación un sesgo netamente original. Mientras, para él, «los otros» no eran sino meros subsidiarios del *propio* objeto investigado por Freud, el objeto de Groddeck era cualitativamente *otro* y su innovación alcanzaba una real ampliación del instrumento analítico (como en otro orden de cosas había hecho el propio Freud con sus aportaciones a la interpretación de la obra artística, a la historia, a la lingüística, a la sociología). Ciertamente, un instrumento revolucionario lanza, como una catapulta, las mentes mismas de sus usuarios hasta extremos que aterran a los que, habiendo hecho ya de la revolución una institución

estable, están dispuestos a permanecer tan sólo en un perfeccionismo inhibitorio de todo lo conseguido.

Para la colectividad psicoanalítica era, en cierto modo, lógico que la intervención de Groddeck fuera desconcertante y objeto de irritación. No sólo porque Freud acogió a Groddeck con cierto entusiasmo —un desconocido entonces, no sólo para Freud, con quien, como se ha dicho, venía, desde hacía años, manteniendo una relación epistolar, sino para la totalidad—, cuanto porque Groddeck venía a saltarse una dicotomía hasta entonces, y todavía ahora, mantenida: la dicotomía soma-psique. A mayor abundamiento, Groddeck se confesaba no ser un psicoanalista en el sentido estricto del término, un hombre, pues, que desde ese mismo momento parecía no contar con la internalizada disciplina de la organización en orden a los principios psicoanalíticos doctrinales. Hasta qué punto la intervención inicial de Groddeck resultó chocante lo demuestra el que el propio Freud le enviase, desde su residencia en La Haya, un corto mensaje en donde venía a preguntarle si había hablado en serio o si simplemente gustó de bromear —esto es, de agredir— al auditorio. Habría que poseer mayor número de datos acerca de la personalidad de Georg Groddeck para explicarse el por qué se convirtió él mismo en provocador y se enajenó, quizá para siempre, y a excepción de Ferenczi, Karen Horney y algún otro, la definitiva comunicación y aceptación en el grupo. Parece notorio que en Groddeck existía una tendencia a suscitar la automarginación, que, luego, habría de constituir un pretexto para su protesta ante los que le segregaban.

En todo caso, es justificable que, en un primer momento, en el que todavía el psicoanálisis era acogido con críticas por su aparente desviación del pensamiento positivista característico de la época, el pensamiento saltigrado de Groddeck fuese estimado como un riesgo para la propia doctrina, que tan celosamente había que defender. Por entonces, Freud entraba en una etapa de conservadora madurez. Y lo que reiteradamente hay que admirar de él es, precisamente, el hecho de que,

veinte años antes, fuese capaz de llegar a las últimas consecuencias de su investigación sin alarma alguna —al contrario que José Breuer—, cuando la soledad, el ridículo, el malentendimiento y hasta la maledicencia eran las únicas posibilidades de respuesta.

IV

Por lo que a Freud respecta, ya he hecho mención de cuánto le gratifica la adopción del rol de maestro-padre que Groddeck le ofrece. Como tal, se permite reprenderle, advertirle acerca de su tendencia al misticismo, al idealismo filosófico impertinente en el trabajo analítico. Pero la primera respuesta de Freud es, ante todo, la mejor de las posibilidades: «debo reclamarlo a usted y declarar que es un espléndido psicoanalista, cuyo pleno conocimiento de la cuestión es permanente. Cualquiera que haya reconocido la transferencia y la resistencia como los puntos centrales de la terapia, pertenece inevitablemente a la horda de los locos.» ¿Qué más podía anhelar Groddeck? Ser de «la horda de los locos» era la mejor forma de sugerirle su pertenencia al grupo, porque ello significa estar adscrito a él mediante un sistema de normas que era la antinorma. Freud le posibilita el éxito en el proceso de identificación hasta entonces aspirado, y ello tras la primera carta y por parte de quien consideraba inasequible.

Pero en Freud se deja de ver también su ambivalencia. Es en esta primera carta en donde le advierte de su «preocupación porque usted apenas haya superado las pobres ambiciones de originalidad y prioridad...». Y a continuación le añade: «Usted es seguramente quince o quizá hasta veinte años más joven que yo. *¿No habrá usted absorbido quizá las principales ideas del psicoanálisis de una manera criptomnésica...?*» (subrayados, míos). Freud reclama para sí, esto es claro, la originalidad del pensamiento de Groddeck, y la reclama de una manera netamente contradictoria: pues, como

maestro, le pide que renuncie al prurito de prioridad; para luego añadirle que es que en el fondo tal originalidad, además, no existe, porque con la mayor probabilidad, sin saberlo, como un fallo «intencional» de su memoria, tales ideas proceden del psicoanálisis; es decir, de Sigmund Freud⁷. Interpretación que me parece confirmada en la carta de Freud a Lou Andreas-Salomé: «Así, pues, encontrará en su libro [se refiere al libro de Groddeck] menos novedades de las que yo esperaba»; para añadir estas palabras de disimulada invitación: «Pero esto constituirá, con todo, una pequeña tarea psicoanalítica»⁸. Lo que Freud pide, pues, a Lou Andreas-Salomé es que interprete psicoanalíticamente la originalidad que Groddeck se atribuye, como tantos que colaboran con Freud mismo: una (supuesta) originalidad que procede, a no dudarlo, de una inconsciente tendencia a negar la dependencia del maestro. Freud habrá de ser muy sensible a esta actitud que cada cual adopta para con el trabajo analítico, en la que, por un fallo criptomnésico, al modo de cualquier acto fallido, tiende a beneficiar a quien «lo padece».

Pero esta benévola actitud negativa de Freud hacia Groddeck queda para una relativa intimidad, así como su actitud crítica acerca de la concepción psicologista de las afecciones corporales y, mucho más, para su concepción del *Ello* (véase después). Por lo demás, está dispuesto a reconocer cuánto hay de verdad, en todo ello, e incluso está presto a confirmarlo en su propia

⁷ Algo había de verdad en todo ello, claro está. Freud había publicado hacía muchos años su trabajo sobre las parálisis orgánicas e histéricas, junto a algunas observaciones esporádicas acerca de la utilización de trastornos orgánicos por el inconsciente del propio paciente. Observaciones, estas últimas, que se sistematizan en su trabajo de 1925 —posterior, pues, a *El Libro del Ello— Inhibición, Síntoma y Angustia*, cap. I, en *Ob. Comp.*, I, págs. 1235 y 1255.

Lo que queda claro es que Freud reprocha a Groddeck el prurito de originalidad, del que, pese a todo, no está exento él mismo.

⁸ *Freud-Lou Andreas-Salomé, Correspondencia*, trad. cast. Siglo XXI, México, 1968, pág. 83.

experiencia personal. Así, en carta a Ferenczi, del 6 de noviembre de 1817, escribe: «he fumado aquí mi último cigarro y después me he sentido de mal humor y fatigado. He tenido palpitaciones, y la dolorosa hinchazón del paladar que he observado después de mis días de privación se ha agravado. A continuación, un cliente me ha suministrado cincuenta cigarros. Después de haber encendido uno me he puesto alegre y mi hinchazón ha desaparecido. Yo no hubiera creído que esto pudiera ser tan patente, todo al modo de Groddeck»⁹. Y cuando desde algunos círculos analíticos, especialmente por parte del pastor psicoanalista Pfister, suizo, se critica la publicación por la editorial psicoanalítica de la novela de Groddeck, *Der Seelensucher* (*El investigador de almas*), que contenía algunos pasajes escabrosos, Freud le escribe: «Yo defiendo enérgicamente a Groddeck contra vuestra respetabilidad. ¿Qué habría dicho usted si hubiese sido contemporáneo de Rabelais?»¹⁰.

V

Pero donde Freud da toda su medida de la deferencia a Groddeck es en la aceptación incluso del vocablo *Es* (*Ello*) para su nueva reestructuración topodinámica (1923, *El Yo y el Ello*). El término *Es*, aunque utilizado ampliamente por Nietzsche —y por lo demás de uso, como impersonal, en el alemán—, había sido difundido precisamente por Groddeck. En la correspondencia de éste con Freud lo utiliza con anterioridad a la publicación de *El Libro del Ello*.

Hay, no obstante, algunas diferencias entre la concepción del *Ello* en Groddeck y en Freud. Para Freud,

⁹ Véase la carta a Ferenczi en Jones, *ob. cit.*, II, pág. 205. La carta es de noviembre de 1917.

¹⁰ Carta de Freud a Pfister de 4 de noviembre de 1921. En *Correspondencia Freud-Pfister*, trad. cast. F. C. E., México, 1966, página 76.

el *Ello* es un reservorio de energía, de donde proceden las pulsiones de vida y de destrucción. Es, pues, instintual, no organizado, y la ulterior organización de los mismos ha de proceder de su diferenciación por y en el *Yo*. Lo que supone de enriquecimiento la sustitución del inconsciente por el *Ello*, estriba en el hecho de que ya no es sólo lo reprimido, sino algo con vida propia, capaz de determinar la propia vida del *Yo*.

En Groddeck el *Ello* tiene una amplitud mayor. No es sólo líbido y destrudo¹¹. Es todo lo que en el ser vivo hay de conformador (incluso biológicamente) y, por tanto, con sentido dentro de la estructura y funcionalismo del sistema total. El *Ello* de Groddeck es teleonómico, y el lector de este libro podrá tener la más precisa constatación de su alcance, aunque toda suerte de dudas acerca del mismo no cese de asaltarle.

El Libro del Ello está escrito como «cartas psicoanalíticas a una amiga», muy de acuerdo con el estilo de la época¹². Aparte mostrar una perfecta asimilación de la doctrina analítica, hay en él una audaz utilización de la hipótesis al servicio de la patología interna. Habría que proceder a un análisis comparativo de los resultados de la actual Patología Psicosomática para aprehender toda la enorme capacidad intuitiva de Groddeck al respecto¹³. El sinnúmero de observaciones sagaces asombra al lector, y en muchos casos, aun como profano, podrá tener constancia en sí mismo de cuánto existe de

¹¹ Utilizo el término «destrudo», sugerido por Eduard Weis, aunque no generalizado, para la pulsión destructiva, del mismo modo que «líbido» representa la pulsión antagónica, de carácter erótico.

¹² Recuérdese, entre otros ejemplos, las *Cartas biológicas a una dama*, de Jacob von UEXKÜLL.

¹³ Sería por demás injusto no situar entre Groddeck y la Medicina Psicosomática, tal y como se ofrece sistematizada en la literatura médica norteamericana, y entre nosotros a través de la obra de ROF CARBALLO (*Patología psicosomática*, Madrid, 1.ª edición, 1949), toda la aportación final de Víctor von Weizsaecker. Véase, de este último, a títulos de ejemplos, *Casos y Problemas Clínicos*, trad. cast. Barcelona, 1950, y *Der Kranke Mensch, Eine Einführung in die Medizinische Anthropologie*, Stuttgart, 1951.

verdad en lo que se afirma con tan aparente desenvoltura. Todo el proceso de la enfermedad es concebido como un acto de conversión, al modo como, con mayor prudencia, se habría de imaginar que ocurre en las neurosis viscerales y en las neurosis de conversión. La enfermedad es, en este contexto, una creación del enfermo. Y asimismo la tendencia a los accidentes —una de las observaciones más ilustrativas de la Psicósomática de hoy. El órgano enfermo es imaginado (véase carta 32) como una protesta del *Ello* frente a lo que se le exige hacer. Toda la concepción de la función yoide de los órganos está contenida aquí, aunque tergiversada al modo groddecktiano. Mientras que, por ejemplo, en la concepción de la función yoide, la mano está al servicio del *Yo*, en adecuación, en determinado momento, al principio de realidad, Groddeck «pone» también el *Ello* en la mano misma (y en cualquier otro órgano, el pene, los labios, los ojos, etc.).

También el lector asiduo de la literatura analítica encontrará en este libro aseveraciones que hoy son fundamentales parcelas de tendencias concretas de la investigación en psicología profunda. Me limitaré a señalar tan sólo la concepción del pecho materno como falso (carta 7), que anticipa la tesis kleiniana en varias décadas.

A mi modo de ver, *El Libro del Ello* contiene un conjunto de observaciones e interpretaciones de la vida cotidiana que le prestan el máximo valor. Quizá el estilo desenfadado, escandalizante y cínico, que hace de la lectura de este libro una diversión profunda, oculte a muchos la aguda percepción de la realidad que el autor detecta. La descripción que en la carta 2 hace del niño que emerge en todo adulto solo, seguida de la del proceso de enmascaramiento a que se procede en la vida social, encontrará la confirmación en todo aquel que sepa verse a sí mismo por bajo de la más elemental epidermis.

Hay algo que me interesa señalar antes de seguir adelante: el enorme talento de escritor de Groddeck y su atención sobre el significado profundo del lenguaje (del habla, como se diría en la lingüística actual). Sus

análisis de metáforas son en extremo sugerentes y probablemente constituyen las primeras, o una de las primeras, contribuciones a este importante sector de la investigación psicoanalítica de hoy. En otros momentos, es la reflexión sobre el contenido semántico de un vocablo (por ejemplo, la palabra «antinatural», véase carta 7) el que le sirve para desmontar todo el contenido ideológico involucrado en el árbol de semas. En una carta a Freud hace una interesante alusión a su historia personal respecto al lenguaje: «En la época de mi formación, las palabras, las palabras exactas y objetivas, desempeñaron un gran papel. Yo mismo no logré ser tan exacto y objetivo como se pedía y, como no podía serlo, he observado de cerca, siempre que me ha interesado (...) a los que han tenido fama en esta peculiaridad. Como he querido descubrir sus defectos, los he visto, y he llegado a la peculiar sobreestimación de lo subjetivo y debatible. De esto se ha desarrollado entonces una especie de exactitud de la paradoja...». El oculto significado de adverbios tales como «obviamente», «probablemente», o de frases adverbiales, como «para ser franco», «para ser veraz», etc., merecieron la atención de Groddeck, que advirtió a Freud de cuánto las usaba y cuán sospechosas resultaban ¹⁴.

El inofensivo, en la apariencia, subtítulo de este libro puede hacerlo pasar por una mera divulgación de la doctrina psicoanalítica. No se trata en absoluto de esto. Se trata de un intento totalizador de interpretación de la conducta humana, y la enfermedad misma como una forma de conducta. Es, pues, un libro netamente subversivo, en el que el hilo conductor es la radical desconfianza hacia la conciencia como tal (carta 4), en la que se invita al lector a no creer en nada de lo que se afirma mediante la palabra, el gesto o la conducta total. Lo que de «demoníaco» contiene la doctrina psicoanalítica, llamada a transmutar y conmover de raíz

¹⁴ A este respecto, véanse mis comentarios a estas observaciones de Groddeck, en *Introducción a la Hermenéutica del Lenguaje*, Barcelona, 1972, págs. 100 y 111.

el sistema de valores de nuestra cultura, lo que ahora hay que rescatar en el psicoanálisis, tras su cómoda instalación en el *establihsment*, está en *El Libro del Ello* con toda su crudeza. Una crudeza que, en la intimidad, gustaba a Freud, pero que no dejaba de constituir, como he dicho, una señal de alarma para la mayor parte de sus seguidores.

VI

Llegado a este punto, importa preguntarse qué relación existe entre el pensamiento científico y la fantasía. No me refiero a la distinción, más equívoca de lo que parece, entre uno y otra, sino a la relación que pueda haber entre el pensamiento racional *sensu stricto* y la fantasía. Para Freud, la fantasía es un resto, por decirlo así, que queda autónomo, de aquellas fases tempranas en las que el sujeto hubo de adecuarse a la realidad ingraticante. Por eso, las fantasías del adulto son siempre fantasías optativas y de alguna manera reproducen los juegos infantiles, tan seriamente vividos.

Con posterioridad, la disociación surge cuando la fantasía deviene inadecuada para dar el juego al *principio de realidad*, y *la misma actividad* que se utiliza para la fantasía queda prendida, y al servicio, de la realidad en sí. El pensamiento que denominamos racional es una imprescindible represión de la actividad intelectual en su más amplio sentido. Pero lo que ignoramos la mayor parte de las veces es hasta que punto, al reprimir *para* la razón, inapercibimos sobre la realidad ante la que razonamos, cegándonos entonces, por una inconsciente inhibición, ante la misma. Así como la fantasía resulta ser una notoria «liberación», el pensamiento racional puede constituirse, por su prurito antifantástico, en una inhibición (subconsciente) del propio sujeto ante

la realidad¹⁵. «La vieja experiencia de que la palabra inhibe el pensamiento se probó para mí en tal medida que la reticencia ante los términos técnicos —sí, ante cualquier definición delimitada— se hizo mucho mayor», escribió Groddeck a Freud en 1920.

El libro de Groddeck no es resultado de un pensamiento racional, sino el libre juego de una fantasía. El «cinismo» de Groddeck hay que interpretarlo como una formación lúdica agresiva contra la normativa existente, que es la realidad ingraticante, de la cual tuvo buena experiencia a lo largo de su etapa biográfica precoz. Por esta razón, Freud escribe a Lou Andreas-Salomé que lea el libro, pero le aconseja que sobre el mismo ejerza su tarea analítica. Mientras en un libro científico, en el sentido académico del vocablo, lo personal aparece sabiamente hipostasiado, en este libro de Groddeck, en la medida en que el propio autor nos hace saber que procede mediante puestas en relación no suficientemente razonadas, sirve para mostrarnos al propio Groddeck¹⁶. Todo el contenido de *El Libro del Ello* no sólo debe ser visto como exposición de una tesis, sino también entrevista como antítesis, como protesta contra el saber institucionalizado, contra el saber que se recrea narcisistamente en su propia autosuficiencia. Es un irritado, y otras veces sarcástico, discurso contra la parálisis que ese saber impone, por su ajuste a la realidad,

¹⁵ De aquí que el pensamiento racional esté siempre sujeto al riesgo, ante la inhibición de la fantasía nuda, de convertirse en una racionalización sobre el objeto, mediante la cual obtiene de éste una imagen falsa —también, pues, fantástica—, netamente deseada, pero sin que aparezca despojada de la apariencia de raciocinio.

¹⁶ Freud era extremadamente parco en elogios y en todo caso —al margen de que no estuviese libre de la posibilidad de autoengañarse— siempre trató de ser sincero. Por eso, hay que estimar en su justa medida estas palabras de Freud a Groddeck, en carta del 17 de abril de 1921: «Es domingo y responder a su carta lo convertirá en día de fiesta para mí. Las cinco cartas [se refiere al primer envío de *El Libro del Ello*] son encantadoras. Estoy decidido a no dejarlas ir a ningún otro editor. Especialmente *resultan irresistibles aquellas en que usted habla de sí mismo.*» (Subrayados, míos.)

en detrimento de una penetración más profunda de la misma. Es en este aspecto en lo que el libro de Groddeck resultaba grato a Freud, por esa espontaneidad, por esa audacia, que el propio Freud estaba imposibilitado de mostrar, ante la necesidad, en él existente, de hacer de su doctrina un ámbito más de la racionalidad y de la Ciencia. La imprudencia que Freud era ya incapaz de poseer no le aparecía como desdeñable en Groddeck. En una carta a Groddeck, Freud escribe: «En su *Es* no reconozco a mi *Es*, civilizado y burgués, despojado de su misticismo. Sin embargo, usted sabe que el mío deriva del suyo.» Y en otra carta a Lou Andreas-Salomé, Freud es tan explícito, en el sentido en que se dirige nuestra interpretación, que no queda ya duda alguna al respecto: «Sería muy interesante [*Das Buch vom Es*] para usted, pese a que la propensión del autor a la exageración y a la simplificación, así como cierto misticismo, son obvios. Como usted sabe, en mi trabajo *he sacrificado, sin el menor reparo y tanto como he podido, la unidad, la integridad y el sentimiento de la satisfacción intelectual exclusivamente por la seguridad*. Groddeck va más allá y tropieza con las cosas que indiscutiblemente tienen derecho a que se las tenga en cuenta. Su *Ello* es más que nuestro inconsciente, no está claramente delimitado con respecto a éste, pero *hay algo verdadero tras lo mismo*» (subrayados, míos)¹⁷.

Cabe preguntarse si el sacrificio de Freud —el intuir más de lo que podía demostrar; el soslayar «las cosas que indiscutiblemente tienen derecho a que se las tenga en cuenta»; ese «algo verdadero» que él mismo reconoce en aras de la seguridad no significa la renuncia a la audacia preliminar, el reconocimiento de cuánto hay que quemar en el altar de la institución psicoanalítica a la que se debe, si pretende para la doctrina un cómodo futuro. La verdad es que la Medicina Psicosomática hubo de esperar —a excepción del libro de Schwarz,

¹⁷ Freud-Lou Andreas-Salomé, *ob. cit.*, pág. 82.

de 1925¹⁸— más de veinte años para que emergiera desde el seno mismo de una Medicina institucionalizada, cuando en el fondo no hacía sino repetir —en un lenguaje nada cínico, nada agresivo, sino escolástico— lo que Groddeck había enunciado de esta manera, «frívola» y «literaria», como «cartas psicoanalíticas a una amiga»¹⁹.

C. CASTILLA DEL PINO

En Córdoba. Verano de 1973.



¹⁸ Aludo a la compilación de O. SCHWARZT, *Psicogénesis y Psicoterapia de los síntomas corporales*, trad. cast. Barcelona, 1932; un libro que había de pasar inapercibido, y no sólo en nuestro ámbito médico, por lo que podríamos denominar «pre-maturidad histórica».

¹⁹ Georg Groddeck murió de un ataque al corazón en 1934. Meses antes, ante los acontecimientos nazis, Groddeck se negaba a responsabilizar a Hitler. Escribió a Hitler una y otra vez para advertirle de sus malos consejeros. Se le indicó, más tarde, que iba a ser detenido. Tras grandes esfuerzos, se consiguió que se trasladase a Zurich. Allí proyectaba un tratamiento que liberaría del cáncer a toda la población humana, y para ello precisaba la colaboración y ayuda de Hitler. En su muerte, Medard Boss —que habría de contribuir posteriormente a la Patología Psicosomática— hizo su discurso necrológico.

BIBLIOGRAFIA DE GEORG GRODDECK ²⁰

- Das Buch Vom Es*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1923.
- Exploring the Unconscious*, trad. de M. E. Collins, Nueva York, Vision Press, 1950.
- «Flight into Philosophy», en *International Journal of Psychoanalysis*, 1923; 4: 373.
- Ein Frauenproblem*, Leipzig, C. J. Naumann, 1903.
- «Grundsätzliches über Psychotherapie», en *Allgemeine Aertzliche Zeitschrift für Psychotherapie*, 1928, 1: 581-590.
- Hin zur Gottnatur*, Leipzig, Hirzel, 1909.
- Die Hochzeit des Dionysos*, Dresde, E. Pierson, 1906.
- Über das Hydroxylamin und seine Verwendung in der Therapie der Hautkrankheiten*, Berlín, Buchdruckerei der «Post», Kayssler & Co., 1889.
- «Influence of English Literature on Germany», en *Sackbut*, vol. 14, núm. 1, agosto de 1933.
- Ein Kind der Erde*, Leipzig, Hirzel, 1905.
- «Klinische Mitteilungen aus einer zwanzigjährigen Psychotherapeutischen Tätigkeit», en *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1928.

²⁰ A la relación bibliográfica que los Grossman transcriben hemos añadido algún título. Con la mayor seguridad, aun así la relación de trabajos de Groddeck es incompleta. No figuran, por ejemplo, los numerosos artículos que publicó en revistas de ensayos por él fundadas.

- «Man's Double-Sexed Nature», en *Purpose*, vol. 4, núm. 1, enero-marzo de 1932, 21-28.
- Nasamecu, Leipzig, Hirzel, 1913.
- «Psychical Treatment of Organic Disease», en *British Journal of Medical Psychology*, vol. IX, segunda parte, 1929, 9: 179-186.
- Psychische Bedingtheit und Psychoanalytische Behandlung organischer Leiden*, Leipzig, Hirzel, 1917.
- «Die Psychoanalyse und das Es», en *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1925, 11: 509.
- «Über die psychoanalytische Behandlung der Nierenteinbildung», en *Zentralblatt für Psychotherapie*, 1928, 1: 136.
- «Psychosomatische Forschung als Erforschung des Es», en *Psyche*, 1951, 4: 481-87.
- «Rast und Rückblick», fragmento inédito, 1929.
- «Relation of Massage to Psychotherapy», en *British Journal of Medical Psychology*, 1931, 11: 228.
- Der Seelensucher*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1921.
- «Der Symbolisierungszwang», en *Imago*, 1922, 8: 67-71.
- «Eine Symptomanalyse», en *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1921, 6: 30-327.
- «Traumarbeit und Arbeit des organischen Symptoms», en *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1929, 12: 504-512.
- The Unknown Self*, trad. de M. E. Collins, Nueva York. Vision Press, 1929.
- «Wege zum Es», en *Psychoanalytische Bewegung*, 1932-34, 161-171.
- World of Man*, trad. por M. E. Collins, Nueva York. Vision Press, 1951.
- «Wunscherfüllungen der irdischen und göttlichen Strafen», en *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1920, 6: 216-227.
- «Das Zweigeschlecht des Menschen», en *Psychoanalytische Bewegung*, 1931, 3: 166-172.
- Der Mensch als Symbol. Unmasgebliche Meinungen über Sprache und Kunst*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1933.

EL LIBRO DEL ELLO



Querida amiga: Usted desea que yo le escriba sin entrar en lo personal, que no le cuente chismes, que no le diga palabras bonitas, sino que sea serio, instructivo, a ser posible científico. En fin, terrible.

¿Qué tengo yo, pobre de mí, que ver con la ciencia? Porque lo poco que se necesita para la práctica médica no se lo puedo decir. Descubriría usted los andrajos que hay debajo de la brillante toga de la habilitación para ejercer la medicina. Pero quizá se dé usted por satisfecha con que le cuente por qué me hice médico y cómo llegué a adquirir esta mi aversión al saber.

No recuerdo haber tenido de pequeño ninguna simpatía particular hacia los médicos, pero lo que sí se muy bien es que nunca; ni antes ni después, llegué a relacionar esta profesión con sentimientos de humanidad. Y si alguna vez —cosa que, por lo demás, ha sucedido— llegué a adornarme con tan nobles palabras, pido que se me juzgue con benevolencia mi mentira. Me hice médico porque lo era mi padre. Mi padre había prohibido a todos mis hermanos seguir esta carrera. Es de suponer que porque quería hacer creer a los demás y a sí mismo que sus dificultades económicas provenían de lo mal pagados que estaban los médicos, lo cual era de todo punto falso, pues mi padre era celebrado por todo el mundo como un buen médico y, como tal, pagado. Pero era aficionado, como su hijo y como cualquiera, a mirar hacia fuera cuando sabía que

algo no iba bien por dentro. Un día me preguntó —por qué, no lo sé— si no quería hacerme médico, y como yo vi en esta pregunta una distinción frente a mis hermanos, le dije que sí. Con esto quedó decidido mi destino tanto en lo que se refiere a la elección de mi profesión como al arte y manera de ejercerla, pues desde entonces a esta parte me he puesto a imitar con toda intención a mi padre. Tan marcada era esta imitación que una amiga suya, al llegarme a conocer después de muchos años, no pudo menos de decir: «Todo como el padre, sólo que sin rastro de su genio».

En aquel entonces me contó algo mi padre que luego, cuando aparecieron las dudas sobre mi capacidad para ejercer la medicina, vino a ser lo que me mantuvo en mi trabajo. Es posible que la historia me fuese ya conocida de antes, pero yo sé que la escuché con ese elevado estado de ánimo del José que se siente mejor que sus hermanos y que me impresionó profundamente. Cuando yo tenía tres años, me contó, me observó una vez cómo jugaba a las muñecas con mi hermana, que era algo mayor que yo y compañera mía perenne de infantiles entretenimientos. Lina quería que le pusiésemos un vestido más a la muñeca, y yo, después de mucho oponerme, cedí con las palabras: «Bueno, pero vas a ver cómo se ahoga». De aquí —agregó mi padre— sacó él la conclusión de que yo estaba dotado para la medicina. Y yo mismo llegué a sacar también esa tan poco fundamentada consecuencia.

He venido a contar este pequeño episodio porque me ofrece la oportunidad de hablar de uno de los rasgos característicos de mi personalidad, a saber, de un raro estado de angustia y timidez que, de una manera repentina y, aparentemente, inmotivada, se apodera de mí frente a cosas que no son de mayor importancia. Como usted sabe, el temor es consecuencia derivada de la represión de un deseo. En aquel momento en que yo manifesté la idea de que la muñeca se ahogaría, debió estar en mí vivo el deseo de procurar la muerte a alguien, cuyo lugar ocupaba la muñeca. Quién pudo ser este alguien no lo sé, pero sospecho que bien pudo ser precisamente mi hermana, pues debido a su constitución enfermiza mi padre la hacía objeto en su trato de algunos privilegios que yo, como el más pequeño de la familia, reclamaba para mí. Aquí tiene usted, pues,

lo fundamental en un médico: una determinada tendencia a la crueldad, reprimida hasta tal punto que se convierte en útil y cuyo correctivo es el temor a causar daño. Como usted ve, merecía la pena reflexionar sobre este fino entramado de crueldad y temor en el hombre, pues tiene mucha importancia en la vida. Pero tratándose de una carta, bastará con dejar bien sentado que las relaciones con mi hermana han tenido mucho que ver con el desarrollo en mi vida, y el dominio, del gusto ante el dolor de los demás. Nuestro juego preferido era jugar a madre e hijo, y de lo que se trataba era de que el niño fuese malo y se le castigase con azotes. El que todo esto se desarrollase de una manera relativamente suave era debido al estado enfermizo de mi hermana y se refleja en la manera que he tenido yo de ejercer mi profesión. Además de mis prevenciones frente al sangriento quehacer del cirujano, tengo aversión a la manipulación de venenos tal como se lleva a cabo en la farmacia, y por eso me dediqué al masaje y al tratamiento estrictamente físico. Ninguno de los dos es menos cruel que los otros, pero se adaptan mejor a las diferentes modalidades individuales de placer frente al dolor. Las exigencias que diariamente la dolencia cardíaca de Lina imponía a mi sensibilidad inconsciente ha dado origen a esa mi preferencia por los enfermos crónicos, mientras que las enfermedades agudas dan al traste en seguida con mi paciencia.

Esto es más o menos lo que, por de pronto, puedo decir acerca de mi elección profesional. Con pocas vueltas que le dé usted a ello en su cabeza se le han de ocurrir no pocas cosas respecto de mi postura frente a la ciencia. Pues el que desde la infancia está enseñado al tratamiento individual del enfermo difícilmente va a aprender a clasificar sistemáticamente. Pero también en esto lo más importante es la imitación. Mi padre era un hereje de la medicina. Su única autoridad era él mismo; él andaba sus propios caminos y sus propios extravíos y de respeto ante la ciencia se notaba muy poco en él. Me acuerdo todavía cómo se burlaba de las esperanzas puestas en el descubrimiento de los bacilos del cólera y la tuberculosis y del subidísimo regusto con que contaba cómo, contra todos los axiomas de la fisiología, logró alimentar a un bebé durante un año a base únicamente de caldo. El primer libro que puso

en mis manos —yo hacía todavía bachiller— fue la doctrina de la empirioterapia (o de la curación a base de la experiencia) de Rademacher. Como todos los ataques que allí se dirigían contra la ciencia los había subrayado bien gordo y además los había provisto de amplias observaciones al margen, no es nada de extrañar que ya antes de mis estudios universitarios estuviese yo inclinado a la duda.

Este placer que yo encontraba en la duda tenía, además, otro condicionamiento. A los seis años perdí temporalmente la única y exclusiva amistad de mi hermana. Ella dirigió sus preferencias hacia una compañera de colegio cuyo nombre era Alma, pero lo más doloroso fue que transfirió nuestros pequeños juegos sadísticos a su nueva amiga y a mí me excluyó de participar en ellos. Solamente conseguí espiarlas una vez que se contaban cuentos, actividad que les gustaba especialmente. Alma soñaba con una madre que era muy mala y que para castigar a su hijo lo metía en una letrina. (Aquí hay que figurarse una letrina de todo punto primitiva, de las que hay en el campo.) Hasta el día de hoy sigo lamentando no haber podido oír esta historia hasta el final.

La amistad de las dos niñas pasó y mi hermana volvió a mí de nuevo. Pero aquel tiempo de soledad ha bastado para crear en mí una profunda aversión al nombre de Alma.

Y ahora puedo recordarle a usted que la Universidad se llama también Alma Mater. Este hecho me ha predisposto fuertemente contra la ciencia y ello tanto más cuanto que el nombre de Alma Mater también se le aplicaba al colegio en que yo estudiaba humanidades, donde yo tanto he sufrido y del que yo debería contarle a usted muchas cosas si de hacerle comprensible el desarrollo humano de mi personalidad se tratase. Pero no se trata de eso, sino solamente del hecho de que transferí todo el odio y todo el sufrimiento de mis años de estudio a la ciencia, pues es más cómodo atribuir las tribulaciones del alma a acontecimientos externos que buscar sus causas en las profundidades del inconsciente.

Después, pero mucho después, me di cuenta que las palabras *alma mater*, «madre nutricia», tenían que ver con los primeros y más graves conflictos de mi vida.

Mi madre dio su propia leche únicamente al mayor de sus hijos. Ya entonces fue aquejada de una grave inflamación de los pechos que tuvo como consecuencia el que se le secasen las glándulas mamarias. Yo debí nacer un par de días antes de lo que habían pensado. En todo caso, la nodriza que tenían prevista para mí no estaba todavía en casa y durante tres días tuvo que amamantarme como pudo una mujer que venía dos veces diariamente a darme el pecho. Me dijeron que ello no me ocasionó ningún daño, pero, ¿quién puede juzgar los sentimientos de un lactante? El hambre no es ningún saludo de bienvenida para un recién nacido. He tenido ocasión de conocer a otras personas a quienes le han pasado cosas semejantes y, aunque no puedo demostrar que hayan sufrido daño en su alma, ello me resulta muy probable. Y en comparación con ellos, creo que yo todavía he tenido suerte.

Por ejemplo, hace ya muchos muchos años que conozco a una mujer cuya madre se apartó de ella recién nacida y no le dio el pecho, aun cuando sí se lo dio a todos los demás hijos, y la dejó a merced de la niñera y el biberón. La criatura prefería el hambre a chupar de la goma, tanto que acabó enfermando de muerte, hasta que un médico logró sacar a la madre de su antipatía. Entonces, la madre pasó de fría a solícita. Trajo a una nodriza a casa y ella misma no dejaba pasar momento sin ocuparse de la niña. Entonces la pequeña comenzó a desarrollarse y llegó a convertirse en una mujer fuerte y robusta. Su madre —hasta su muerte— se deshacía en solicitudes para con ella, pero en la hija quedó arraigado el odio. Toda su vida es una cadena de enemistades cuyos eslabones ha forjado la venganza. Todo el tiempo que vivió su madre no hizo sino atormentarla y, cuando cayó enferma, la abandonó en el lecho mortuario. Persigue, sin saberlo, a todo el que le recuerda a su madre, y hasta el fin de su vida será presa de la envidia que le ocasionó el pasar hambre. No tiene hijos. Las personas que odian a su madre no tienen hijos. Y esto es verdad hasta tal punto que, en los matrimonios estériles, hay que suponer sin más que una de las partes es enemiga de su madre. Quien odia a su madre se las teme todas de sus propios hijos, pues el hombre vive según el principio: Como tú para mí, así yo para ti. Y, sin embargo, a ésta mujer le consume el

deseo de tener un hijo. Su andar es como el de una embarazada. Cuando ve a un lactante se le hinchan los pechos, y lo mismo le acontece con el vientre cuando alguna de sus amigas queda encinta. Ella, que nada en comodidades y riquezas, se ha dedicado años enteros a trabajar como auxiliar de enfermera en las salas de maternidad, ha limpiado a los niños, lavado los pañales, cuidado a las parturientas, y allí, hurtando a los niños, cual una delincuente, los acercaba, con delirante pasión, a sus pechos sin leche. Pero se ha casado dos veces con hombres de los que sabía que eran impotentes. Vive del odio, del temor, de la envidia y del codiciado tormento del hambre de lo inalcanzable.

Conozco a otra que también pasó hambre los primeros días después de nacer. Jamás ha podido decidirse a reconocer el odio hacia su madre, pero, sin embargo, le atormenta de continuo la sensación de haberla asesinado, por más absurda que a ella misma le resulta esta idea. Lo cierto es que su madre murió joven en una operación de la cual la niña, antes, ni siquiera estaba enterada. Hace muchos años que vive sola y enferma encerrada en su cuarto, se alimenta de odio contra todos los hombres, no ve a nadie, evita a todos, y odia.

Por lo que a mí respecta, vino finalmente la nodriza y quedó en casa, con nosotros, tres años. ¿Se ha ocupado usted alguna vez de las vivencias de un niño pequeño que es alimentado por su nodriza? La cosa es un poco complicada, al menos cuando el hijo es amado por la madre. Por un lado, tenemos a la madre, en cuyo vientre uno se ha pasado nueve meses sin preocupaciones, caliente y alegremente. ¿Por qué no amarla? ¿Pero a quién se habrá de preferir? El lactante que es alimentado por la nodriza mama esta duda y con ella se queda para siempre. Su capacidad de creer queda conmovida en sus fundamentos y cada vez que haya de elegir entre dos posibilidades la decisión le ha de resultar muy difícil. ¿Y cómo no ha de sonarle el nombre de alma mater a una persona cuya vida sentimental ha sido cercenada desde un principio, cuya pasión ha sido plenamente defraudada, sino como mentira y escarnio? Todo saber le parecerá estéril de antemano. El sabe muy bien: la una, la que no te alimenta, es tu madre y reivindica derechos de propiedad sobre ti, y la otra, sí, te alimenta,

pero tú no eres su hijo. Un problema, pues, que el saber no soluciona, un problema ante cuya impertinencia uno debería huir, huir y refugiarse en el país de la fantasía. Es lo mejor. Pues quien, a la larga, no es extranjero en este país, algún día llegará a entender que la ciencia no es sino una especie de variedad de la fantasía, una especialidad de la misma, por así decirlo, con todas las ventajas y peligros que la especialidad comporta.

También hay hombres que no se sienten en su casa cuando viven en el reino de la fantasía, y de uno de éstos, brevemente, quiero contarle algunas cosas. La intención era de que no hubiera nacido, pero, sin embargo, nació, a pesar del padre y de la madre. A la madre se le secaron los pechos y tuvieron que traer una nodriza. El niño creció en medio de sus más afortunados hermanos, que sí pudieron gozar del pecho de la madre, pero siempre fue para ellos un extraño, tan extraño como para sus padres. Y sin quererlo y, ni siquiera, advertirlo, acabó por romper el lazo matrimonial que unía a éstos. Presa de una semiconsciencia de culpa, despertada por el raro tratamiento del hijo, huyeron el uno del otro desconociendo su mutuo paradero. En cuanto al hijo, de él se apoderó la duda, y, desde entonces, su vida es a medias. Y como le faltó el ánimo de ser extravagante —pues estaba destinado a ser un hombre honorable y sus sueños eran los de un aventurero repudiado de todos— comenzó a darse a la bebida, destino que corre más de uno de los que son privados de cariño las primeras semanas de su vida. Pero, como todo en la vida, también su alcoholismo es a medias. Sólo esporádicamente, por unas semanas o, a lo más, meses, se apodera de él la necesidad de beber. Y, como yo he seguido un poco sus andares, me consta que cada vez que va a echar mano al vaso aparece en su mente el asunto de la nodriza. Esto me garantiza que va a curar. Pero ahora, otra rareza: este hombre escogió como compañera de su vida a una muchacha que, como él, respira odio contra sus progenitores y, lo mismo que él, está loca por tener hijos, y le horroriza la solá idea de tenerlos. Y como esto no le daba seguridad ninguna a su alma desgarrada de que en realidad no habría de nacerle ningún hijo que lo castigase, se procuró una enfermedad contagiosa y se la

transmitió a su mujer. ¡Cuántas tragedias se ocultan muchas veces en la vida de los hombres!

Bueno, por hoy voy a acabar. Pero, ¿no le parece que podría todavía dar fin a la historia de mi nodriza? Ya no recuerdo qué aspecto tenía, lo único que se es que se llamaba Berta, la brillante. Me acuerdo también muy bien del día que marchó. Como despedida, me regaló una moneda de cobre de tres peniques para que comprase caramelos, pero yo, en lugar de hacerlo, me senté en la escalera de la cocina y allí, sobre la piedra de los peldaños, me puse a frotar la moneda para que brillase. Desde entonces no ha dejado de perseguirme el número tres. Palabras como trinidad, triple alianza, triángulo, son para mí muy sospechosas. Pero no sólo las palabras, también los conceptos que a ellas van unidos y hasta enteros complejos de ideas tal como lo puede construir el cerebro obstinado de un muchacho. Así, por ejemplo, el Espíritu Santo, como tercera persona, fue ya rechazado por mí en mi más tierna infancia; la doctrina de las construcciones triangulares en la escuela constituyó para mí un verdadero tormento y no pude dejar de criticar siempre la tan cacareada y alabada política de la triple alianza. En efecto, el tres se ha convertido en una especie de número fatal para mí. Si echo una mirada retrospectiva a mi vida sentimental no tengo más remedio que reconocer que, cada vez que mi corazón hablaba, era para meterse en una relación ya existente entre otros dos, que lo que conseguía era separar a aquél a quien yo amaba del otro, y que, una vez conseguido esto, se enfriaba inmediatamente mi pasión. Es más, me acuerdo cómo, en más de una ocasión, para conservar en vida esta pasión que moría, atraía de nuevo a un tercero para expulsarlo otra vez. Como usted ve, los factores encontrados que responden a esa doble relación hacia la madre y la nodriza y la lucha de la despedida, sin mi saber ni querer, se han reproducido en una dirección que no deja de tener su relevancia. Un hecho que, de por sí, nos debía hacer reflexionar, pues al menos nos muestra cómo pueden enredarse las cosas en el alma de un niño de tres años y, sin embargo, exhibir una pauta de unitariedad.

Más tarde —tendría yo ya unos ocho años— volví a ver por unos minutos a mi nodriza. Me resultó extraña, y me invadió un sentimiento de pesadez y depresión.

Respecto a la palabra tres, tengo que contar aún un par de historias que tienen su importancia. Cuando mi hermano mayor empezó a estudiar latín le preguntó un día mi padre, mientras comíamos, qué significaba la palabra lágrima. No lo sabía. Pero a mí, por alguna razón, me había llamado la atención la palabra la noche anterior, cuando Wolf trataba de memorizar en voz alta sus vocablos, y la recordaba, así que contesté yo en su lugar la pregunta. Como recompensa, mi padre me dio una moneda de cinco peniques. Después de comer, mis hermanos me propusieron que les cambiase la moneda por otra, reluciente, de tres peniques, cosa que hice con gusto. En esta ocasión, además del deseo de burlarme de la pretendida superioridad que se arrogaban mis hermanos en el trueque, tuvieron que intervenir sordas rememoranzas afectivas. Si usted lo desea ya le contaré en otra ocasión lo que significaba para mí la palabra lacrima y lágrima.

El segundo episodio me divierte siempre mucho cuando pienso en él. Una generación más tarde escribí una pequeña pieza teatral para mis hijos en la que aparece una solterona seca y áspera, una mujer erudita que da clases de griego y es la burla de sus alumnos. Y a este producto de mi fantasía, sin pechos y calva, le di yo el nombre de Tres. Ha sido la fuga entre aquel ya irrecordable y primer dolor de despedida de la muchacha rebosante de vida y amor que me dio la teta, y que yo amé tanto, la que ha construido la imagen de lo que para mí es la ciencia.

Yo creo que es suficientemente serio lo que le he escrito, suficientemente serio para mí. Pero si esto es lo que usted se desea para nuestra correspondencia, sábenlo los dioses. Sea de ello lo que fuere, yo quedo siempre su seguro y fiel,

PATRIK TROLL



Querida amiga: Usted no ha quedado conforme. Ha habido demasiadas cosas personales en mi carta, y usted me desea objetivo. Yo creo que lo he sido.

Veamos si no: yo escribí sobre elección profesional, antipatías y división interior con raíces en la infancia. En efecto, hablé de mí mismo, pero las vivencias descritas son típicas. Aplíquesele usted a otros hombres y se enterará de muchas cosas. Ante todo, se dará usted cuenta de que nuestra vida es gobernada también por fuerzas que no obran a la luz del día, y que hay que tratar de descubrirlas con mucho trabajo y paciencia. Yo lo único que pretendía era mostrarle, a base de un ejemplo, de mi ejemplo, cómo hay muchas cosas que acontecen dentro de nosotros y que se hallan, sin embargo, fuera del alcance de nuestro pensar habitual. Pero lo mejor será que le diga a usted en seguida lo que pretendo con mis cartas. Usted podrá luego decidir si el tema es suficientemente serio o no. Si alguna vez mi discurso bajase a nivel del chisme o de la palabrería, le ruego que me lo diga. Nos ayudará a los dos.

Yo sostengo la opinión de que el hombre es vivificado por lo desconocido. En él hay un Ello, algo de todo punto admirable, que rige y gobierna todo lo que hace y todo lo que le acontece. El enunciado «yo vivo» es solamente correcto bajo determinadas condiciones, expresa solamente un aspecto parcial de la realidad básica, a saber, de que el hombre es vivido por el Ello. De este Ello se van a ocupar mis cartas. ¿Está usted de acuerdo?

Y ahora todavía otra cosa: De este ello solamente sabemos lo que se halla dentro de nuestra conciencia. La mayor parte, y con mucho, es zona inaccesible. Pero nosotros estamos en condiciones de ampliar los límites de nuestra conciencia investigando y trabajando, y podemos penetrar en las profundidades del inconsciente con tal que nos decidamos a no pretender ya saber, sino fantasear. Así pues, querido doctor Fausto, la capa está dispuesta para el vuelo... al país del inconsciente.

¿No es precisamente llamativo que no recordemos nada de los tres primeros años de nuestra vida? Aquí y allá es posible todavía que, con un esfuerzo, uno logre hacerse vagamente con el recuerdo de una cara, una puerta, alguna colgadura de nuestra más tierna infancia. Pero todavía no he encontrado a nadie que se acuerde de sus primeros pasos, o del arte y manera como aprendió a hablar, a comer, a ver, a oír. Y, sin embargo, no hay duda de que éstas también son vivencias. Yo puedo imaginarme muy bien que un niño que empieza a moverse por primera vez por el suelo recibe en su alma unas impresiones más profundas que las de cualquier persona mayor que hace un viaje a Italia. Y también puedo imaginarme muy bien que el niño que se da cuenta por primera vez que la persona que lo mira con esa sonrisa llena de bondad y cariño es su madre, que ese niño es presa de un sobrecogimiento mayor que el del hombre que, por primera vez, introduce a su amada en la alcoba. ¿Por qué olvidamos todas estas cosas?

A esto habría mucho que decir, pero antes de dar una respuesta es necesario hacer algunas consideraciones. La pregunta está mal formulada. Nosotros no olvidamos esos tres primeros años. Lo único que pasa es que su memoria escapa al poder de la conciencia, pues su vida continúa y se desarrolla en el inconsciente, de tal modo que todo lo que hacemos toma su alimento de este tesoro de recuerdos: andamos como aprendimos entonces, comemos, hablamos y sentimos de la misma manera que entonces lo hicimos. Existen, pues, cosas que son desechadas por la conciencia aun cuando son de vital importancia, pero que, precisamente por serlo encuentran cobijo en regiones de nuestro ser, a las que se suele dar el nombre de inconsciente. Pero, ¿por qué llega a olvidarse la conciencia de vivencias, sin las cuales el hombre no podría subsistir?

¿Puedo dejar abierta la pregunta? De hecho, habré de planteármela aún muchas veces. Pero ahora me interesa mucho más llegar a saber de usted, que es mujer, por qué las madres saben tan poco de sus propios hijos, por qué ellas también olvidan lo fundamental de esos tres primeros años. Es posible que las madres aparenten solamente olvidarlo, sin que lo olviden en realidad. O también es posible que en ellas, como en nosotros, lo fundamental escape al control de la conciencia.

Seguramente que usted me va a regañar por considerar que bromeo otra vez a costa de las madres. ¿Pero qué voy a hacer? En mí sigue viva la nostalgia. Cuando estoy triste, mi corazón busca a la madre y no la encuentra. ¿He de ponerme a gritar contra Dios y el mundo? Yo creo que es mejor reírse de uno mismo, de ese niño pequeño que llevamos en nosotros y que nunca nos abandona. Pues esto de ser mayor es un caso. En realidad, raramente se es, y ello sólo en la superficie. Más bien jugamos a serlo, lo mismo que los niños. Para el Ello no existe propiamente la edad, y es el Ello quien constituye nuestra verdadera vida. Observe usted a los hombres en los momentos de la más profunda tristeza, o de la más profunda alegría: la expresión del rostro se vuelve infantil, y los movimientos igualmente; la voz recobra su flexibilidad, el corazón late como en la infancia, los ojos brillan o se enturbian. En efecto, nosotros tratamos de ocultar todo esto, pero, sin embargo, está claramente ahí, lo que pasa es que no lo advertimos sin más, pues estas pequeñas señales, que hablan tan fuerte, no queremos percibir las en nosotros mismos, y por eso tampoco las vemos en los demás. ¿Deja, de hecho, uno de llorar cuando llega a mayor? Si no se llora es porque lo prohíbe la costumbre, porque algún idiota lo puso fuera de moda. Me ha resultado siempre muy divertido eso de que Ares daba alaridos como diez mil hombres cuando cayó herido. Y el hecho de que Aquiles llorase abundantemente sobre el cadáver de Patroclo es una cosa que sólo lo ha de empequeñecer ante los ojos de los fanfarrones. Nosotros fingimos, eso es todo. Ni siquiera nos atrevemos a reír auténtica y abiertamente. Pero esto no empece a que, cuando no conseguimos alguna cosa, adoptamos la expresión de niños de escuela, que conservamos la misma cara de angustia que teníamos de muchachos, y que nuestros pequeños hábitos de andar, estar echados, hablar, nos acompañan ininterrumpidamente, de modo que a cualquiera que quiera verlo le delatan: he ahí a un niño. Observe usted a alguien que crea que está solo. En seguida sale el niño a la superficie, a veces de manera muy divertida: bosteza, se rasca despreocupadamente la cabeza y el trasero, escarba con los dedos en la nariz y —por qué no decirlo— ventosea. La dama más fina ventosea. O póngase usted a observar a personas que están profunda-

mente sumidas en algún pensamiento, concentradas en alguna actividad, mire usted a enamorados, o enfermos, o ancianos. Todos son niños.

Si uno se pone a pensarlo detenidamente, acaba por resultarle la vida como un baile de máscaras, para el que uno se viste, quizá, diez, veinte, cien veces, pero, sin embargo, por debajo, uno va siendo lo que es y permanece debajo de su indumentaria, en medio de las otras máscaras, lo que es, y, al retirarse, no deja de ser el mismo que cuando fue. La vida comienza con la infancia y va, por mil caminos, a través de la madurez, hacia una única meta: la niñez de nuevo. Y la única diferencia entre los hombres es que unos se vuelven infantiles y otros añiados.

Usted podrá observar que, lo mismo que en nosotros, también en los niños se da un curioso fenómeno: hay un algo que aparece en todas las edades de la vida. El hecho de que los ancianos vuelvan a ser como niños es conocido y reconocido. Pero salga usted a la calle y póngase a observar a niñas de tres a cuatro años: a veces presentan toda la apariencia de ser ellas mismas sus propias madres (en los niños no es tan fácil darse cuenta de fenómenos semejantes, cosa que, sin duda, tiene su razón de ser). Y este fenómeno no es algo meramente esporádico; todos y cada uno exhibimos de vez en cuando estos curiosos rasgos de madurez. Una de las niñas, por ejemplo, presenta en su boca el rictus de la mujer amargada, otra delata en sus labios una innegable predisposición al chismorreó, una es la perfecta imagen de la solterona, otra la de la coqueta. Y, por supuesto, no hace falta decir cuan a menudo se descubre a la madre en la pequeña. No es imitación solamente; es el Ello, que todo lo gobierna. El Ello es, a menudo, señor de las edades, él decide cómo y de qué manera vestimos esta prenda o la otra.

Quizá sea envidia la que hace que me burle de la madre. Envidia de no ser yo mismo mujer y, así, poder llegar a ser madre.

No se ría usted, pues es verdad, y eso no me ocurre solamente a mí, sino a todos los hombres, incluso a aquellos que se tienen por más machos. El lenguaje mismo lo demuestra, pues el hombre más hombre no tiene reparos en decir que está preñado de ideas, ni en hablar de lo que él ha dado a luz, ni en dar el nombre

de parto difícil a algo que le ha costado gran esfuerzo producir.

Y estas cosas no son sólo palabras. Detrás hay ciencia. Que el hombre procede de un macho y una hembra es un hecho científicamente fundado, aun cuando no siempre se tenga en cuenta al hablar, como acontece a menudo con las verdades más sencillas. Así pues, en el ser que se llama varón hay también hembra, y en la hembra varón, y en la idea del varón de tener un niño lo único llamativo es que se le niega obstinadamente. Pero el que se le niegue no influye sobre la realidad.

Esta mezcla de hembra y varón puede revestir, a veces, caracteres de fatalidad. Hay hombres cuyo Ello queda en la duda, que todo lo ven desde dos lados, que son esclavos de un doble cuño, grabado en los primeros años de la infancia. Como ejemplo, había citado yo ya a los que fueron amamantados por nodrizas. Y de hecho, las cuatro personas de quienes le hablé a usted poseen un Ello que a veces no sabe si es hembra o varón. Por lo que a mí respecta, le es a usted de sobra conocido, y no lo habrá olvidado, que, bajo el influjo de cualquier impresión, se me hincha el vientre, y que se me desinfla de repente en el momento en que empiezo a contárselo a usted. Como usted también sabe, a esto lo llamo yo mi embarazo. Pero lo que usted no sabe... ¿O se lo he contado ya? Es lo mismo, se lo contaré otra vez. Hace unos veinte años me salió bocio. Entonces yo no sabía lo que sé ahora o, al menos, lo que creo saber. De todas formas, lo cierto es que anduve diez años con el cuello hinchado y ya me había resignado a ir así a la tumba. Pero al llegar al conocimiento del Ello me di cuenta —y cómo llegué hasta aquí carece de importancia— que esa hinchazón no era sino un niño que yo había fantaseado. Usted no ha ocultado su admiración por el hecho de haber quedado libre de esa monstruosidad sin necesidad de operación, sin tratamiento del tiroides, sin yodo. Mi opinión es que la hinchazón desapareció porque mi Ello reconoció y le hizo reconocer a mi conciencia que yo, como toda persona, tengo una naturaleza y una vida sexualmente dobles y que ya no había por qué demostrarlo de forma tan concreta. Otra cosa: aquella mujer que, sin necesitarlo, se fue a una clínica de maternidad y gozaba de los partos ajenos, tiene épocas en las que los pechos se le atrofian total-

mente; entonces se despierta en ella la masculinidad y no puede menos, en la cama, de ponerse encima de su marido y cabalgar sobre él. El Ello de la tercera, la solitaria, hizo que apareciera entre sus piernas una protuberancia que tenía el aspecto de un rabo y, cosa rara, le dio tintura de yodo con la intención, como ella creía, de curarlo, pero, en realidad, de lo que se trataba era de dotar a la cabeza de la protuberancia del aspecto colorado del glande. A la última persona de que le hablé le pasa lo que a mí, se le hincha el vientre, víctima de fantásticos embarazos. Y, además, tiene cólicos biliares, partos, si usted quiere; pero, ante todo, tiene problemas de apendicitis, como todos a los que les gustaría ser castrados y convertirse en mujeres, pues, como cree el Ello de la infancia, la mujer sale del hombre cortándole a éste los apéndices genitales. En el caso en cuestión, me consta que ha tenido ya tres ataques de apendicitis. Y las tres veces pudo comprobarse la presencia del deseo de convertirse en mujer. ¿O fue, acaso, que yo le hice creer que tenía ese deseo? Es difícil decirlo.

Tengo que contarle aún otro caso, también de uno que fue alimentado por nodriza, que es una persona muy inteligente, pero que como tuvo a dos madres es a medias en todo y trata con pantopón de liberarse de esta ambigüedad. Su madre dice que no le dio la teta por superstición, ya que dos hijos, a quienes había amamantado, se le murieron. Por lo que a él mismo respecta, no sabe si es varón o hembra, su Ello no lo sabe. En su tierna infancia salió a flote lo femenino y estuvo enfermo mucho tiempo de una inflamación del pericardio, de un embarazo del corazón, producto de su fantasía. Más tarde se ha repetido el fenómeno, tomando la forma de pleuresía y de unas apetencias homosexuales irresistibles.

Usted se reirá de todas estas cosas y le parecerá cuento. Yo estoy ya acostumbrado a que se rían de mí, pero me viene bien de vez en cuando un ejercicio de endurecimiento al respecto.

¿Me permite aún que le cuente otra pequeña historia? Me la contó un hombre que hace mucho tiempo ya que está bajo tierra, uno de los muchos que devoró la guerra. Este hombre saltó con alegría la barrera de la muerte, pues pertenecía al linaje de los héroes. Me contó cómo el perro de su hermana, un caniche, se

masturbó un día frotándose contra una de sus piernas. Contaría entonces unos diecisiete años. Dice que lo observó con mucho interés, pero que, al correr el semen por su pierna, se apoderó de él la idea de que, como consecuencia, él habría de gestar cachorros, y esta idea no lo abandonó durante semanas y meses.

Ahora podríamos, si usted tuviera ganas, adentrarnos por el país de los cuentos de hadas y hablar de las reinas, en cuyas cunas no aparecen sus recién nacidos, sino cachorros de perra, y luego podríamos enlazar con algunas consideraciones sobre el curioso papel que pueden jugar los perros en la vida secreta de los hombres, consideraciones que arrojarían mucha luz sobre la farisáica repulsa de éstos ante las perversiones de pensamiento y de hecho. Pero tal vez esto resultaría demasiado íntimo. Es preferible quedarnos con el asunto del embarazo masculino. Es más común de lo que se cree.

Lo llamativo en una embarazada es el vientre. ¿Qué opina usted de mi afirmación anterior de que también en el hombre hay que interpretar el abultamiento del vientre como signo de embarazo? Por supuesto que el hombre no tiene de hecho una criatura en su vientre. Pero su Ello se procura un vientre voluminoso comiendo, bebiendo, etcétera, por cuanto desea estar embarazado y, como consecuencia, acaba creyéndolo. Hay embarazos simbólicos. Tienen su origen en el inconsciente y pueden durar más o menos, pero desaparecen irremisiblemente en el momento en que se descubre el sentido simbólico de estos procesos inconscientes. Esto no es nada fácil, pero se dan casos en que resulta, por ejemplo, cuando la causa del abultamiento del vientre es el aire, o tratándose de dolores como los del parto, localizados en la región lumbar, el vientre o la cabeza. En efecto, el Ello es tan particular que no tiene en cuenta las adquisiciones de la ciencia anatómico-fisiológica, sino que, de manera autosuficiente, reproduce el antiguo mito de Atenea naciendo de la cabeza de Zeus. Y yo soy lo suficientemente extravagante como para suponer que este mito, lo mismo que otros, es un producto del poder del inconsciente. La expresión estar preñado de ideas tiene que tener unas raíces muy profundas en la psique humana y ser especialmente importante para el hombre, que ha hecho de ella un mito.

Por supuesto que también se dan casos de embarazos simbólicos y dolores de parto del mismo estilo en mujeres totalmente capaces de engendrar y hasta se puede decir que en ellas esto es más corriente aún que en los hombres. Pero no sólo en mujeres capaces de engendrar y parir; ello puede igualmente acontecerle a mujeres ya más bien entradas en años y, por lo que parece, jugar un papel muy importante en un aspecto variadísimo de enfermedades durante y después del climaterio. Hasta los niños llegan a ocuparse con tales productos de la fantasía, incluso aquéllos cuyas madres piensan que aún creen en la cigüeña.

¿Puedo provocarla a usted todavía un poco con afirmaciones aventuradas? ¿Me permite decirle que incluso síntomas secundarios, como son gravidez, náuseas, dolor de muelas, pueden tener, a veces, una base simbólica? ¿Que hemorragias de toda suerte, ante todo, como es natural, las de la matriz cuando vienen a destiempo, pero también las de la nariz, ano, pulmones, están relacionadas con imágenes puerperales? ¿O que las famosas lombrices del intestino recto, que a más de uno molestan durante toda su vida, tienen, en más ocasiones de lo que estamos inclinados a creer, su origen en la asociación lombriz-niño, y que la molestia desaparece desde el momento en que se priva al verme del alimento que le ofrece el simbólico deseo?

Conozco a una mujer —ésta pertenece también al número de aquéllas que aman a los niños, pero que no los tienen, pues odia a su madre— que perdió su período por un espacio de cinco meses, su vientre cobró volumen, sus pechos se hincharon y ella comenzó a creerse encinta. Un día mantuve con ella y un conocido común una larga conversación sobre la relación existente entre las lombrices y la idea del embarazo. El mismo día expulsó un ascáride, y aquella noche le acometieron los dolores y se le desinfló el vientre.

Y con esto he llegado al punto de llamar la atención sobre las causas ocasionales de estos embarazos. Se puede decir que todos se dejan reducir a fenómenos de asociación, uno de los cuales, como ya dije, lo constituye el par lombriz-niño. Las más de las veces estas asociaciones son de muy largo alcance, muy complejas y, como proceden de la infancia, muy difíciles de retrotraer a la conciencia. Pero se da también el caso de aso-

ciaciones muy fáciles que saltan en seguida a la vista. Uno de mis conocidos me contó una vez que, en la noche en que su mujer iba a dar a luz, todos sus esfuerzos se dirigían a cargar él mismo, de una manera muy particular, con los trabajos, según él muy dolorosos, de la parturienta. Y aquella noche soñó, en efecto, que él mismo era quien paría al niño. Lo soñó con todos los detalles, tal como lo había visto en otros partos, y despertó precisamente en el momento en que el niño venía al mundo, encontrándose con que había expulsado no al niño, pero sí algo que conservaba aún el calor de la vida, cosa que no le había acontecido desde su primera niñez.

En efecto, aquello fue un sueño, pero si usted se informase al respecto entre sus amigos y amigas descubriría con asombro lo corriente que es que los maridos o las abuelas, o los niños, lleven a cabo en su propio cuerpo los partos que, al mismo tiempo, realizan sus parientes.

Pero no es necesario que las relaciones sean tan patentes. A veces, basta con ver a un niño pequeño, o una cuna, o un biberón. Usted misma habrá conocido, sin duda, a muchas personas a quienes se les ha hinchado el vientre por haber comido repollo, o guisantes, o judías, o después de zanahorias o pepinos. Luego aparecen los dolores del parto en forma de dolor de vientre y el parto mismo simbolizado por vómitos o diarreas. Las asociaciones que nuestro Ello lleva a efecto en el subconsciente son, casi se puede decir, ridículas, y juzgadas por el tribunal de nuestro celebrado entendimiento, necias. Así, por ejemplo, el Ello encuentra semejanza entre el cogollo del repollo y la cabeza del niño, los guisantes y las judías se hallan alojados en su vaina como el niño en la cuna o en el seno materno, la sopa de guisantes o el puré de judías hace pensar en los pañales. Ahora sólo queda por aclarar lo de las zanahorias y los pepinos. ¿Cómo se lo imagina usted? Seguro que no da con el quid de la cuestión, si yo no le ayudo.

Al jugar los niños con un perro y observarlo con vivo interés en todas sus actividades, acaban por darse cuenta un día de que allí donde se encuentra el aparato para hacer sus necesidades menores aparece una que otra vez una cosa puntiaguda, colorada, que se parece a una zanahoria. Entonces les muestran este raro fenómeno

sexo, como tampoco de edad. Y con ello creo que le he dado, al menos, una idea de la irracionalidad de ese ser. A lo mejor comprende usted ahora por qué yo, a veces, puedo resultar tan femenino que quisiera dar a luz a un niño. En caso de que no haya conseguido expresarme con claridad, la próxima vez lo voy a intentar con más decisión.

Cordialmente, suyo,

PATRIK TROLL

3

Así, pues, no he sido claro; resulta que en mi carta está todo mezclado, que usted quiere las cosas bien ordenadas y, sobre todo, basadas en hechos fehacientes, científicos, instructivos y no ideas asbtrusas que, en parte, como acontece con el asunto de los vientres voluminosos, rayan con lo demencial.

Muy bien, queridísima amiga, si usted quiere ser instruída yo puedo aconsejarle un manual, como se hace en las Universidades. Por lo que a mis cartas respecta, ahora mismo le doy la clave: lo que suena razonable, o no demasiado extraño, procede del profesor Freud, de Viena, y de sus colaboradores; lo demencial, eso lo considero yo como mi patrimonio espiritual.

Mi afirmación de que las madres no están informadas respecto a sus hijos la considera usted rebuscada. Por cierto, que el corazón de la madre puede equivocarse —dice usted—, que incluso se puede equivocar más a menudo de lo que ella misma se imagina, que hasta, a veces, puede fallar en cuestiones fundamentalísimas, pero lo que no se debe olvidar es que, si hay un sentimiento firme y seguro, ése es el amor de la madre, el más profundo de todos los misterios.

¿Quiere usted que nos entretengamos un poco con el amor de la madre? No pretendo explicar este misterio, que yo también considero profundo, pero se pueden decir muchas cosas al respecto que corrientemente no se dicen. Las más de las veces se recurre a la voz de la naturaleza, pero esta voz habla a menudo un lenguaje

muy extraño. No hace falta que profundicemos en el fenómeno de los abortos que, desde siempre, ha estado a la orden del día y cuyo fin ningún cerebro normal puede prever. Basta con observar durante veinticuatro horas a una madre en contacto ininterrumpido con su hijo. Nadie dejará de notar estados de indiferencia, fastidio, odio. En cada madre se da, además de amor, aversión a su propio hijo. El hombre está bajo una ley que reza: donde hay amor, allí mismo hay odio; donde hay aprecio, hay desprecio; donde admiración, envidia. Esta ley rige implacablemente, y las madres no constituyen una excepción.

¿Conocía usted esta ley? ¿Sabía usted que vale también para las madres? Si usted conoce el amor maternal, ¿conoce también el odio maternal?

Repito mi pregunta: ¿de dónde viene que las madres sepan tan poco de sus hijos? ¿Que sepan tan poco de una manera consciente? Pues el inconsciente conoce ese sentimiento de odio, y quien sepa interpretar al inconsciente no ha de creer en la omnipotencia del amor. Se dará cuenta de que el odio es tan grande como el amor y que, entre ellos, domina el campo la indiferencia como norma. Y si se adentra por esas sendas menos holladas que se pierden en la enigmática oscuridad del inconsciente, sendas a menudo desdeñadas, es posible que encuentre la respuesta a la pregunta de por qué la madre no sabe, o no quiere saber, nada de su odio contra el hijo, por qué, incluso, todos nosotros olvidamos los primeros años de nuestra vida.

Por de pronto, querida amiga, he de decirle a usted dónde se manifiesta esa aversión, ese odio maternal. Porque así, sin más, sólo por amistad, no me lo va usted a creer.

Cuando en la novela construida según el gusto del público la pareja, después de muchas dificultades, por fin llega a reunirse, acostumbra a acontecer que ella, ruborizada, esconde su cabeza en el ancho pecho del amado y le comunica un maravilloso secreto. Esto es muy bonito, pero en la vida, excepción hecha de la interrupción del período, el embarazo acostumbra a presentarse de manera bastante fastidiosa, en forma de malestar y vómitos. Sin embargo, esto no acontece siempre, y lo digo para que no me vengan con esta objeción. Por otra parte, les deseo a los escritores y

escritoras que, en su vida matrimonial, encuentren tan poco los vómitos de las embarazadas como en sus novelas. Pero, de todas formas, usted habrá de conceder que ello es muy corriente. Y la náusea o el malestar procede de la oposición del Ello hacia algo que se encuentra en el interior del organismo. La náusea expresa el deseo de distanciarse de lo que es repugnante, y el vómito es el intento de echarlo lejos. En este caso, pues, el deseo e intento de abortar. ¿Qué dice usted a todo esto?

Más tarde podría contarle a usted mis experiencias respecto al vómito, tal como se da fuera del campo de los embarazos normales. Se dan, en este terreno, casos que merecen la mayor consideración, curiosas asociaciones del Ello. Aquí quisiera llamarle a usted la atención sobre el hecho de que en estos casos de malestar aparece de nuevo la idea de que la semilla del niño pasa al interior de la madre por la boca, y ello apunta el otro signo del embarazo que crea la repugnancia de la mujer frente al niño, es decir, el dolor de muelas.

Por medio del dolor de muelas, dice el Ello con la suave pero impertinente voz del inconsciente: no mastiques, ten cuidado, escupe lo que con mucho gusto comerías. Por cierto, que tratándose del dolor de muelas de la embarazada la intoxicación por medio del semen del varón es ya un hecho, pero quizá confía el inconsciente en poder todavía dominar a ese veneno, con tal de que no se le sume a éste otro. De hecho, procura, sin embargo, matar el veneno vivo del embarazo precisamente con el dolor de muelas. Pues —y aquí demuestra estar el Ello totalmente falto de lógica y muy por debajo del entendimiento pensante— el inconsciente confunde diente y niño. Para el inconsciente es el diente un niño. Aunque, bueno, pensándolo bien, no me parece del todo tonta esta idea del inconsciente. En realidad, no lo es más que la idea de Newton de ver en la caída de una manzana al mundo entero. Y para mí es incluso digno de preguntarse si la asociación diente-niño del Ello no es más importante y científicamente más fecunda que las conclusiones astronómicas de Newton. El diente es el hijo de la boca, la boca es el útero donde se desarrolla, así como el feto se desarrolla en el útero materno. Bien sabe usted lo profundamente arraigado que está este simbolismo en el hombre, si

no no habría llegado a las expresiones boca del útero y labios de la vulva.

El dolor de muelas es, pues, el inconsciente deseo de que el germen del niño enferme y muera. ¿Que cómo sé yo todas estas cosas? Pues esto lo sé —y hay muchos caminos para llegar a tal conocimiento— porque los vómitos y el dolor de muelas desaparecen en cuanto se le hace consciente a la madre su inconsciente deseo de matar al niño. Entonces se da cuenta cuán poco llevan esos medios al pretendido fin, e incluso llega, a veces, a abandonar su tan poco ético y legal objetivo si ve la cosa en toda su crasa desnudez.

También los antojos y aversiones de la mujer en estado de buena esperanza proceden, en parte, del odio al fruto de sus entrañas. Aquéllos hay que atribuirlos a la idea del inconsciente de matar al niño por medio de determinadas comidas. Las aversiones tienen su fundamento en el hecho de que, por medio de asociaciones de la más variada especie, llevan a la madre al recuerdo de la realidad de su embarazo. Pues la aversión al niño es, a veces, tan fuerte —cosa que, por lo demás, no empece al amor que toda madre pueda tener al hijo que espera—, es tan fuerte, digo, que es preciso reprimir hasta su mera idea.

Y así se podría seguir hasta el infinito. ¿Quiere usted oír más? Hace un momento le hablé a usted del aborto, una práctica que el hombre honesto y moral no puede menos que repudiar —públicamente— por todos los medios. Pero la contracepción es, con todo, vista desde un punto de vista científico y en atención a sus resultados, la misma cosa. Y en este caso, sí que no hace falta que le diga a usted lo corriente y generalizada que está. Tampoco es necesario adoctrinamiento alguno respecto a la manera de practicarla. Lo único que merece, quizá, la pena es llamar la atención sobre el hecho de que el quedarse soltera también es una manera de evitar el odiado niño, cosa que, más a menudo de lo que se cree, es el verdadero fundamento de la virtud de la castidad. Incluso una vez celebrado el matrimonio, siempre es posible tratar de evitar que el hombre se acerque. Para ello basta remachar siempre de nuevo, de palabra y de acción —o, mejor dicho, por palabra y acción— el enorme sacrificio que es el acto para la mujer.

Hay hombres de sobra que creen esta solemne ton-

escri
poco
vela
qu
p.

tería y, penetrados de tímida reverencia, dejan caer su admiración sobre estos seres superiores que, sacrificadamente, se someten a soportar, por amor a los hijos y al marido, esas sucias tareas que atañen al bajo vientre. Para el hombre son los designios de Dios a este respecto incomprensibles; mas, ya que hay que engendrar al niño en medio de estos sucios quehaceres, ¡hágase su voluntad! Mas ella ha de mostrarle al hombre cuán profundo es su desprecio por estas cosas; ha de mostrárselo, pues si no, a lo mejor éste se entera de que existen sucedáneos para sus ternuras, sucedáneos a los que luego difícilmente se renuncia. Y una vez conseguido que el hombre abandone el mísero placer de masturbarse en la vagina de su querida esposa, entonces se se le puede hacer responsable de todo malestar, hacerle cargar con la culpa de la triste niñez de los vástagos, de la infelicidad del matrimonio.

Y es más, ¿para qué hay enfermedades? ¿Para qué hay enfermedades, sobre todo, del bajo vientre? Estas resultan agradables en más de un aspecto. En primer lugar, ofrecen la posibilidad de evitar al niño. Luego está la satisfacción de oír de labios del médico que ella ha sido contagiada por su marido, como consecuencia de la vida disoluta de éste; pues todas las armas que una pueda tener en el matrimonio son pocas. Pero, sobre todo —y en caso de que entre demasiado en intimidades, le ruego que me lo diga con toda claridad—, pero, sobre todo, digo, ahí está la posibilidad de poder exhibirse ante otro hombre. Se viven las más hermosas sensaciones en la consulta del ginecólogo, sensaciones tan poderosas que seducen al Ello para que dé lugar a las enfermedades más variadas.

No hace mucho se cruzó una mujercita en mi camino, una mujercita de ánimo sincero. «Hace años —me contó— me dijo usted que se iba al ginecólogo porque se pretendía llegar a sentir sobre sí misma una mano diferente de la del amado, es más, que una se ponía enferma para esto. Desde entonces no he vuelto a que me reconociese el médico ni he estado enferma.» Es hermoso, a la vez que instructivo, oír estas cosas. Y porque es instructivo se lo comunico a usted. Pues lo sorprendente en este caso es que yo no le dije a esa mujer esta verdad crasa y cínica con el fin de ayudarla facultativamente, sino que lo hice con el fin de que se riese o se enfadase. Pero el

Ello de la mujerzuela hizo su trabajo, un trabajo que ni yo ni seis médicos más hubiéramos podido llevar a buen término. ¿Qué se ha de decir, frente a estos hechos, de la ayuda que pretenden prestar los médicos? Es preferible avergonzarse, callarse, y pensar que todo marcha perfectamente.

Todo lo importante se desarrolla, también en la ginecología, fuera del marco de la conciencia. Con la inteligencia consciente se escoge al médico, ante el cual una piensa dejarse reconocer, se prueba la ropa a ver si cae bien, se utiliza bidé y jabón, pero ya en la manera en que ella se acuesta delante del médico para el reconocimiento falla la intención y el Ello toma decididamente las riendas. Y no hace falta decir que la elección de la enfermedad y el mismo deseo de enfermar son asunto exclusivo del Ello. Pues es el Ello inconsciente, y no la inteligencia consciente quien crea las enfermedades. Estas no son en modo alguno enemigos que vienen de afuera, sino creaciones sabiamente dirigidas de nuestro microcosmos, de nuestro Ello, tan sabiamente dirigidas como lo puedan ser la formación de la nariz y de los ojos, obra también del Ello. ¿O piensa usted que es imposible para un ser capaz de formar a un hombre con cerebro y corazón humanos a partir del espermatozoide y el óvulo dar origen también a un tumor canceroso, una pulmonía o un prolapso del útero?

Sea dicho esto de paso para dejar bien en claro que yo no pienso que la mujer se inventa sus enfermedades genitales por maldad o lujuria. Esta no es en modo alguno mi opinión. Es el Ello, el inconsciente, quien provoca estas enfermedades contra la voluntad consciente, pues el Ello es malo, y lujurioso, y exige su débito. Recuérdeme usted que le explique cómo se las arregla el Ello para crearse su propio derecho a gozar, tanto en el bien como en el mal.

No, mi opinión del poder del inconsciente y de la impotencia de la voluntad consciente es incluso tan grande que hasta las enfermedades conscientemente simuladas son para mí expresiones del inconsciente, son una máscara, detrás de la cual se ocultan amplias e ininvestigables regiones de los más oscuros misterios de la vida. En este sentido no tiene la menor importancia para el médico el que se le diga verdad o mentira. Lo decisivo es que él examine con toda paciencia y objetividad lo que

el enfermo dice, tanto lo que dice con su boca como lo que dice con sus gestos, que analice los síntomas y que, luego, como pueda, elabore sus conclusiones.

Pero bueno, ya había olvidado que lo que quería era hablarle del odio de la madre contra el hijo. Y a este respecto tengo que mencionar un extraño procedimiento del que se vale el inconsciente. Imagínese usted que puede acontecer —y de hecho acontece— que una mujer desea con todo su corazón la venida de un hijo y, sin embargo, permanece infecunda, no por el hecho de que ella misma o su marido sean estériles, sino porque se impone una corriente en el Ello que se mantiene férreamente en la postura: es mejor que no tengas hijos. Y esta corriente es tan fuerte que, cada vez que la posibilidad del embarazo es real, cada vez que se introduce el semen en la vagina, el Ello logra impedir la fecundación. Por ejemplo, cierra el orificio del útero, o da origen a un veneno que mata al espermatozoide o al óvulo, o lo que usted quiera. El resultado es que el embarazo no llega a producirse, porque el Ello no lo quiere. Casi podría decirse porque el útero no lo quiere; tan independientes son estos fenómenos de los nobles pensamientos del hombre. También a este respecto debo decir ocasionalmente unas palabras. En fin, que la mujer no tiene hijos hasta que... sí, hasta que el Ello, movido por algún acontecimiento, quizá por un tratamiento, se convence de que su aversión al embarazo es algún resto de infantiles ideas procedentes de los más tiernos años de la niñez. Usted no va a creer, queridísima amiga, qué ideas más extrañas aparecen en la superficie cuando nos ponemos a investigar tales posturas de oposición a la maternidad. Conozco a una mujer, a quien se le ha metido en la cabeza que ha de dar a luz a un bicéfalo, y esto es una consecuencia de infantiles recuerdos adquiridos en verbenas de feria y de una oculta pasión, que oprime su conciencia, por dos hombres a la vez. Una consecuencia de la mezcla de estas dos cosas.

Yo le he dado a estas ideas el nombre de inconscientes; pero esto no es del todo exacto, pues estas mujeres que anhelan un hijo y hacen todo lo posible por alcanzar la dicha de la maternidad, que no saben —y cuando se les dice no lo quieren creer en absoluto— que se oponen al niño, todas estas mujeres tienen una mala conciencia. Y el que no tengan la conciencia tranquila no

se debe al hecho de ser infecundas y, por eso, sentirse despreciables, pues hoy día ya no se desprecia a ninguna mujer por ser estéril. La mala conciencia no desaparece con el embarazo. Desaparece únicamente cuando se consigue descubrir y limpiar esos focos de suciedad que se encuentran en las profundidades del alma, esas fuentes envenenadas que contaminan el inconsciente.

Realmente es una tarea muy difícil hablar sobre el Ello. Se pulsa una cuerda cualquiera, y en lugar de sonar un solo tono, se oyen muchos a la vez, se mezclan, se pierden, dan origen a otros nuevos, siempre más nuevos, hasta que acaba por emerger una mezcla de bramido y griterío que absorbe el balbuceo de las palabras. Créame usted, sobre el inconsciente es imposible hablar en sentido estricto, sólo se puede balbucear o, mejor, insinuar suavemente esto o lo otro, procurando que no irrumpa el infierno del mundo inconsciente de sus profundidades y lo llene todo de salvajes estridencias.

¿Habré de decir aún que lo que opone la mujer al embarazo también lo opone el hombre? ¿Que, por esta razón, el hombre se hace monje, fanático de la castidad, se queda soltero, se contagia de sífilis, de gonorrea, de orquitis, con el único fin de no tener hijos? Otras veces acaba esterilizando su semen, o incapacitando su miembro para la erección y otras cosas semejantes. No se crea usted que yo pretendo echarle toda la culpa a las mujeres. Si eso es lo que parece, ello se debe únicamente al hecho de que yo soy varón y, por eso, trato de hacer cargar a la mujer con la culpa que a mí mismo me oprime. Pues también es una peculiaridad del Ello el cargar a cada uno con todas las culpas pensables. El Ello se dice a sí mismo: el asesino, el ladrón, el hipócrita, el traidor, ése eres tú.

Por el momento me detengo aún en hablar del odio de la mujer a los hijos, pero tengo que darme prisa, pues no quiero sobrecargar demasiado la carta. Hasta el presente había hablado de la contracepción. Pero ahora tenga usted en cuenta lo siguiente: Una mujer, que desea un niño, recibe, en el balneario, una visita de su marido. Realizan el coito, y ella, con alegre esperanza y mal disimulado temor, espera la próxima menstruación. La hemorragia no tiene lugar y, dos días más tarde, resulta que tropieza en la escalera, cae, y un relámpago de salvaje alegría cruza su mente: ahora me he

librado otra vez del niño. Esta mujer había concebido, pues el deseo del Ello fue más fuerte que la aversión; pero, como en otros mil casos, también aquí se encarga una caída de este estilo de matar al embrión. Trate de informarse usted al respecto entre sus conocimientos y verá cómo se encuentra con toda una colección de sucesos semejantes. Es más, si usted consigue ganarse de verdad la confianza de esas sus amigas —cosa de por sí bastante difícil entre los humanos— podrá escuchar también: en realidad me gustó que la cosa pasase así. Y si usted profundiza algo más en el asunto descubrirá que había motivos insoslayables contra el embarazo, y que la caída fue provocada a propósito, no por la conciencia, se entiende, sino por el inconsciente. Y lo mismo acontece con el ser empujada, lo mismo acontece con todo. Usted puede creérmelo o no; pero lo cierto es que jamás ha habido lugar a un aborto si no es habiéndolo decidido, por razones palpables, el Ello. Nótese bien: jamás. El Ello, cuando gana la supremacía, arrastra en su odio a la mujer a bailar o montar a caballo o viajar, o a ir a visitar a personas que utilizan amablemente agujas, sondas, venenos, o, si no, a caerse o recibir contusiones o a dejarse maltratar o a caer enferma. Suceden, a este respecto, cosas verdaderamente cómicas, donde el inconsciente mismo ni siquiera sabe lo que hace. Así acontece, por ejemplo, que la noble dama, para quien la vida superior comienza por encima de la cintura, se dedica a tomar baños de pies calientes con el fin de abortar inocentemente. Pero resulta que los baños calientes le son agradables al embrión y favorecen su desarrollo. Como usted ve, el Ello, más de una vez, se ríe de sí mismo.

Va a ser difícil que, al final, logre superar mi propia marca en lo que a opiniones impías y descabelladas se refiere, pero ello no será porque me faltan ánimos para intentarlo. Escúcheme bien: yo sostengo la opinión de que el niño nace como consecuencia del odio. La madre está harta de su barriga y de llevar una carga de varias libras, por lo que arroja al niño fuera, y de una manera no precisamente suave, por cierto. Y si, por acaso, no hay lugar a este fastidio de la madre, entonces el niño queda en el vientre y se petrifica. Esto acontece.

Para ser justo tengo que agregar que tampoco el niño quiere seguir encerrado dentro de su oscura cárcel

y colabora al parto. Pero esto ya pertenece a otro contexto. Aquí basta con dejar constancia de que debe darse el común y coincidente deseo entre madre e hijo de separarse para que el nacimiento tenga efecto.

Y, por hoy, basta. Suyo siempre,



Querida amiga: Usted tiene razón, yo quería hablarle del amor maternal y le hablé del odio. Pero amor y odio son concomitantes y se condicionan mutuamente. Además, como resulta que sobre el amor materno se habla tanto y parece que todo el mundo está enterado o cree estarlo, opté por mirar las cosas desde el otro extremo. Por otra parte, no estoy en absoluto convencido de que usted se haya ocupado de la cuestión del amor materno a no ser por haberlo sentido en sí misma o bien haciendo o escuchando expresiones trágicas o líricas al caso.

El amor materno es algo natural y supuesto, algo que se da de antemano en cada madre, un sentimiento ingénito y sagrado en la mujer. Puede ser, pero a mí me extrañaría mucho, que la Naturaleza, sin más, se fiase de los sentimientos de la mujer o trabajase con afectos que nosotros los hombres llamamos sagrados. Si observamos detenidamente podemos descubrir, si bien no todas, al menos algunas de las fuentes de este afecto primordial. Fuentes que, por lo que parece, tienen poco que ver con el instinto de reproducción. Prescinda usted por un momento de todo lo que ha oído acerca del amor materno y observe lo que se cuece entre estos dos seres: madre e hijo.

Al principio de todo está el momento de la concepción y, con él, el recuerdo de una ocasión feliz. Pues sin esta sensación de verdadera y celestial felicidad —celestial porque, en última instancia, la fe en la beatitud y el reino de los cielos está relacionada con ella—, sin esta sensación no se llega a realizar la concepción. Usted no me va a creer esto, y va a llamar en su ayuda a los

mil casos de embarazo perpetrados en un tálamo aborrecido, a las violaciones, a casos de fecundación en estado de inconsciencia. Pero todos estos casos únicamente prueban que no es necesario que la conciencia participe en el éxtasis; en lo que al Ello, al inconsciente se refiere, no demuestran nada. Para verificar de verdad las sensaciones del Ello debería usted volverse a aquellos órganos con quienes habla, es decir, a los órganos de placer de la mujer. Usted se asombraría al constatar qué poco se ocupan de la aversión de la conciencia las paredes de la vagina, los labios de la vulva, el clítoris o las mamas. Todos estos órganos responden al roce, a la excitación intencionada en su peculiar manera, siendo indiferente el que el acto sexual sea o no querido por la persona pensante. Pregúntele usted si no a ginecólogos, a jueces o a delincuentes sexuales; sin duda que le confirmarán mis asertos. La misma respuesta la puede usted recibir de mujeres que concibieron sin placer o de aquellas que lo hicieron perdida la conciencia o fueron violadas, sólo que debe saber usted preguntar o, mejor, crear confianza. Las personas, para hablar, tienen que estar realmente convencidas que aquel que pregunta no les va a despreciar, que toma en serio las palabras: «No juzguéis.» Sólo entonces abrirán en confianza, un poco, las puertas de sus almas. O procure usted que le cuenten estas víctimas frías de la fiebre sexual masculina sus sueños. Los sueños son el lenguaje del inconsciente, y en ellos se pueden leer muchas cosas. Lo más fácil, sin embargo, es que se examine usted a sí misma con toda sinceridad, como es su costumbre. ¿No le ha llamado a usted la atención el que el hombre a quien ama no haya podido conseguir alguna vez la erección? Cuando él piensa en usted, su masculinidad se despierta con toda fuerza, para ponerse a su disposición, de modo que es un verdadero placer; pero luego, cuando él se pone a su lado, toda esa magnificencia se viene fláccidamente abajo. Este es un fenómeno muy curioso. Significa que el hombre es mil veces potente y que no deja de serlo en las circunstancias más variadas; pero que, por otra parte, de ninguna manera es capaz de conseguir una erección en presencia de una mujer que lo que quiere es impedirlo. Se trata de una de las armas más secretas de la mujer, de un arma que ella usa sin consideraciones cuando lo que quiere

es humillar al varón; o más bien digamos que el que utiliza esta arma es el inconsciente de la mujer, pues no considero a nadie, en su plena conciencia, capaz de tanta maldad, y, por otra parte, me resulta más probable admitir que, para la propagación de este flúido que debilita al macho, tienen lugar en el organismo de la mujer procesos específicos de carácter inconsciente. Sea de una manera o de otra, lo que sí es cierto es que resulta de todo punto imposible que un hombre tome posesión de una mujer si ésta no está de algún modo de acuerdo. Hace usted bien en dudar de la frigididad de la mujer y creer más bien en que es vengativa e inconcebiblemente pérfida.

¿No ha soñado usted nunca con ser violada? No diga usted que no, porque no le voy a creer. Quizá usted no tiene miedo, como otras mujeres, que precisamente se las dan de frías, de ir sola al bosque ya oscurecido. Ya se lo he dicho, miedo es deseo. Quien teme el estupro es que lo quiere. Probablemente, por lo que yo la conozco, no va a mirar usted debajo de las camas y en los armarios, pero muchas lo hacen presas del miedo y del deseo de encontrar al hombre que es lo suficientemente fuerte como para burlarse de la ley. Usted conocerá sin duda la historia de aquella dama que, al descubrir al hombre debajo de la cama, no pudo menos de exclamar: «¡Por fin! Hace ya veinte años que espero.» Es también llamativo que al hombre se le imagina con un cuchillo reluciente, con el cuchillo que ha de ser introducido en la vagina. Por cierto que usted está libre de todo esto. Pero también usted fue un día más joven, trate de recordar. Encontrará el momento —¿Qué digo? ¿El momento?—, no, usted se acordará de toda una serie de momentos en los que un latigazo de frío le recorrió la espalda al imaginarse oír pasos detrás de usted, en los que, de repente, de noche, despertó usted en alguna posada con el pensamiento de: ¿He cerrado también la puerta? O se acordará usted de cómo, tiritando, se acurrucaba debajo de las mantas, tiritando para enfriar su propio fuego interior y no abrasarse. ¿No ha luchado usted nunca con su amado, jugando a ser violada? ¿De verdad que no? Ah, qué tonta es usted que deja que se le vayan las alegrías del amor; qué tonta es usted, que piensa que yo le voy a creer. En lo único que creo es en su mala memoria y en su retroceder cobarde ante el

propio conocimiento. Pues es imposible que una mujer no anhele esta suprema prueba de amor, esta única prueba. Ser tan hermosa, ser tan seductora que el hombre se olvide de todo lo demás y se dedique únicamente a amar, esto lo anhelan todas y cada una, y la que lo niega o se equivoca o miente con toda conciencia. Y si me permite un consejo le diré a usted que trate de darle vida a esa fantasía. No está bien jugar al escondite consigo mismo. ¿Qué apuesta usted? Cierre los ojos y sueñe despierta, sin intención y sin prejuicios. En pocos segundos estará usted totalmente en manos del sueño, arrebatada por él, de modo que apenas se atreverá a seguir pensando, a seguir respirando. Ahí están el crujir de las ramas, el salto impetuoso, la mano a su garganta, el arrastrarla al suelo y el ciego rasgar de las vestiduras, y su desesperado terror. Y ahora fije usted la mirada en el hombre, fuera de sí de pasión. ¿Es grande, pequeño, moreno, rubio, barbudo, lampiño? ¡El nombre! ¡Ahora el nombre! Oh, sí, yo sabía que usted lo conocía. Usted lo había visto ayer, anteayer o hace muchos años, en la calle, o en el tren, o cabalgando por el campo, o en el baile. Y ese nombre que se le presentó a usted en su cabeza la hace temblar. Pues usted jamás hubiera creído que precisamente ese hombre iba a despertar sus más profundos deseos. ¿Le era a usted indiferente? ¿Lo detestaba usted? ¿Era asqueroso? Escuche: su Ello se está riendo de usted. ¡No, no se levante usted, no mire el reloj y las llaves, sueñe usted, sueñe! Sueñe en su martirio, en su vergüenza, en el hijo dentro de sus entrañas, en el juicio y en el encuentro con el delincuente en presencia de los negros jueces, sueñe con el tormento de saber que usted deseaba lo que él hizo y por lo cual es castigado. Terrible, inconcebible e inevitablemente fascinador. O tomemos otra imagen, la imagen del nacimiento del niño, o su trabajo. Usted trabaja y se criba las manos a pinchazos con la aguja mientras su hijo juega despreocupadamente a sus pies y usted no sabe cómo lo va a alimentar. Pobreza, necesidad, miseria. Y entonces llega el príncipe, el príncipe azul, el bueno, el maravillosamente bueno, el que la ama y es amado por usted, pero al que usted renuncia. Escuche, escuche cómo se ríe el Ello de su generoso gesto. Y ahora todavía otro cuadro: cómo el niño se desarrolla en su vientre y con él la angustia, cómo nace y cómo usted lo ahoga

y lo hunde en la laguna y luego se encuentre usted misma acusada de homicidio ante los negros jueces. De repente aparece todo un mundo de fantasía: se apilan los troncos para alimentar la hoguera, la infanticida está amarrada al palo y las llamas ya lamen sus plantas. Escuche usted lo que le susurra el Ello, cómo interpreta el palo y el fuego que le circunda, cómo le dice al oído de quién son los pies que unen lo más profundo de su ser con la llama. ¿No es su propia madre? El inconsciente es enigmático, es ángel y es demonio, es incomprensible.

Ahora pasemos al estado de inconsciencia. Si tiene usted ocasión de ello no se pierda la oportunidad de observar un ataque de histeria. Entonces comprenderá de qué manera muchas personas provocan el estado de inconsciencia para alcanzar el placer. Sin duda que es un procedimiento necio, pero al fin y al cabo toda hipocresía es necesidad. O vaya, si no, usted a una clínica quirúrgica y haga que le dejen ver una docena de narcosis. Tendrá ocasión de notar y oír qué capacidad de placer posee el hombre en estado de inconsciencia. Y luego vuelva usted a prestar atención a los sueños. Los sueños del hombre son intérpretes maravillosos de su alma.

Así, pues, una vez más lo mismo: Yo parto del supuesto de que una de las raíces del amor materno es el placer que la madre siente en el acto de concebir. Paso por alto, sin querer por eso menoscabar su importancia, toda una serie de sentimientos muy complejos, como son la inclinación al varón, que es transferida al niño, el orgullo de ser madre, etc. Por extraño que resulte a nuestra inteligencia el hecho de que uno se sienta orgulloso por algo que, como el embarazo, es todo obra del Ello, con lo cual, por tanto, tenemos que ver tan poco como con hermosura, riquezas heredadas o grandes dones intelectuales, sin embargo, lo cierto es que la mujer se siente orgullosa de haber logrado de la noche a la mañana y a través de una tarea tan grata, dar origen a un ser vivo. No hablo de cómo contribuyen la admiración y la envidia ajenas a la formación del amor materno, o el sentimiento de exclusiva responsabilidad por el destino de una persona humana, responsabilidad de la que la madre se hace cargo con gusto cuando las cosas van bien, pero de

ningún modo, y cargada de sentimientos de culpa, cuando hay serios problemas. Estos sentimientos potencian la simpatía hacia la creatura, simpatía que es alimentada por fuentes propias y ajenas. Tenemos también el pensamiento de ayudar a un ser desamparado, alimentarlo con la propia sangre —expresión ésta que ha de ser luego a menudo empleada contra el niño, expresión en la que la madre dice creer aun cuando no deja de barruntar su falsedad—. Este pensamiento le confiere a la madre algo así como una semejanza con la Divinidad, y de aquí su devoción al Niño Jesús.

Pero sobre lo que yo más bien quisiera llamarle la atención es sobre un hecho que, a primera vista, no parece revestir importancia alguna, a saber, sobre el hecho de que el cuerpo femenino posee un espacio hueco y vacío que se llena con el embarazo. Si usted trata de imaginarse lo inquietante que es esa sensación de vacuidad y lo bien que nos sentimos después de haber comido y estar satisfechos, llegará a comprender lo importante que es en este sentido el embarazo para la mujer. Lo llegará a comprender más o menos, que no del todo. Pues no es únicamente una sensación de vacío lo que siente la mujer con respecto a sus órganos genitales, es además una sensación, apreciada desde la niñez, de que le falta algo, sensación que, unas veces más y otras menos, no deja de deprimir a las hembras. Algún día, pero de todas formas muy pronto, la niña, sea por haberlo observado, sea de alguna otra manera, se da cuenta que a ella le falta algo que los niños y los hombres tienen. Y, dicho sea de paso, ¿no es de extrañar que nadie sepa cuándo y cómo el niño empieza a distinguir las diferencias sexuales? Y, sin embargo, este descubrimiento bien se puede decir que es el más importante de la vida. La niña, venía yo diciendo, nota esta falta, y la interpreta como una falta de su propio ser. Las ideas más extrañas van enlazadas a esta idea y todas exhiben las características de la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad. De ello hablaré ocasionalmente más adelante. En los comienzos persiste aún la esperanza de que la falta puede quizá subsanarse creciendo todavía los órganos, pero esta esperanza no se cumple, únicamente queda el sentimiento de culpa, cada vez más impreciso y deslizado de sus orígenes, y una nostalgia indefinida, ambas sensaciones que, con

el tiempo, pierden claridad, pero ganan potencia sentimental. El fenómeno se extiende a lo largo de muchos años en la vida de la mujer y constituye un verdadero tormento. Y entonces llega el momento del embarazo, la maravilla de la saciedad, la desaparición del vacío, de la roedora envidia y de la vergüenza. Y todo esto hace revivir una nueva esperanza, la esperanza de que dentro del propio cuerpo está desarrollándose un nuevo pedazo de su ser, el hijo, que será un niño y no exhibirá esa falta.

No es necesario demostrar que la embarazada lo que desea es un niño y no una niña. Quien se detenga a investigar los casos en que lo que la madre desea es una niña, llegará sin duda a descubrir más de un secreto, pero no dejará de confirmársele la regla general de que lo que ella quiere es un niño. Voy a hablarle a usted de una experiencia personal, pero si lo hago es porque este acontecimiento, de por sí secundario, me parece de alguna manera característico y quizá le provoque a usted la risa, esa risa apacible y divina con que se saludan en las comedias las verdades profundas. Un día se me ocurrió preguntar a todas las mujeres y chicas que constituían el círculo de mis conocidas y que no tenían hijos —no eran muchas, serían unas 15 ó 20— qué era lo que cada una deseaba, un niño o una niña. Todas contestaron: un niño. Pero luego vino lo curioso. Yo les preguntaba también de qué edad se figuraban al hijo y en qué se imaginaban se ocupaba él en aquel momento. A excepción de tres, todas dieron la misma respuesta: el niño tendría dos años y estaría en el envolvedero meando despreocupadamente hacia arriba, describiendo así un amplio arco con el chorro de orina. De las tres que no contestaron así, una de ellas dijo que le veía dando los primeros pasos, otra se lo imaginaba jugando con una corderita, y para la tercera el niño tenía tres años y meaba de pie.

¿Comprende ahora usted bien, venerada amiga? He ahí una ocasión de mirar en las profundidades del hombre, de percibir, en medio de la risa, cuáles son sus verdaderos móviles. No lo olvide usted, por favor. Reflexione usted a ver si, acaso, no existe todavía la posibilidad de seguir preguntando y descubriendo más cosas.

La formación del niño en las inferioridades del vien-

tre, su desarrollo y aumento de peso influyen aún de una manera diferente sobre el alma femenina. Este hecho se engarza a costumbres muy arraigadas y, con el fin de ligar la madre al niño, aprovecha inclinaciones que, desde las capas más ocultas del inconsciente, dominan el corazón y la vida del hombre.

Usted seguramente habrá observado que el niño que hace sus necesidades en el orinal no lo abandona de buena gana, cosa que las personas mayores, que no gozan tanto con estos menesteres, exigen de él al principio suavemente, pero luego con más y más insistencia. Si usted tiene interés en investigar esta extraña tendencia al estreñimiento voluntario que, a menudo, se convierte en una costumbre de por vida —interés que, por otra parte, no dejaría de ser de todo punto curioso—, yo le podría recordar que en las regiones del recto y la vejiga se encuentran unos finísimos nervios, cuya excitación por rozamiento producen las más agradables sensaciones. Luego comprenderá usted por qué los niños cuando juegan o trabajan se deslizan a menudo en sus sillas, juegan con las piernas al aire —quizá usted misma lo ha hecho en los inocentes días de su infancia— hasta que se oye la voz de la madre que dice: «Juanito o Mary, vete al cuarto de baño.» ¿Por qué todo esto? Es cierto que el niño o la niña están perdiendo el tiempo, como la madre supone por sus propias inclinaciones, o que más bien lo que pasa es que están fuertemente embebidos en sus trabajos escolares? De ningún modo, es el placer venéreo el que da origen a estas cosas, es una forma muy particular de autoemancipación ejercitada desde la infancia y, más tarde, llevada a la perfección en el estreñimiento. Lo que pasa es que luego el organismo ya no responde tan placenteramente, sino que, víctima de la culpabilidad a que da origen la masturbación, produce dolores de cabeza, desmayos, dolor de vientre y otras mil consecuencias del hecho de recibir de una manera continuada una determinada presión sobre los nervios genitales. Sí, y luego topa usted con personas que salen de casa sin haber antes defecado, que son después asaltados por la necesidad en la calle, que lo pasan muy mal y que, en este malestar, no toman conciencia de lo agradable que les resulta. Únicamente quien se da cuenta de la regularidad y falta de necesidad de estos apuros entre hombre

y ano llegará poco a poco a la conclusión de que, aquí, el inconsciente lo que hace es masturbarse con toda inocencia. Ahora bien, venerada señora, el embarazo no es sino una masturbación inocente de este estilo, sólo que incluso más inocente, pues aquí el pecado es sagrado. Pero todas las sagradas maternidades del mundo no impiden el que el útero, embarazado, excite los nervios y produzca placer.

Usted opinará que el placer debe ser percibido por la conciencia. Esta es una opinión errónea. Es decir, usted puede sostener esa opinión, pero habrá de disculpar el que me ría un poco de ella.

Y ya que nos encontramos de lleno metidos en el delicado problema del placer venéreo, voy a hablarle inmediatamente de lo que son los movimientos del feto en el vientre de su madre. Los poetas los han pintado de color de rosa. En realidad la sensación que producen, si le quitamos todo el halo de poesía, no es ni más ni menos que la misma que cuando se mueve cualquier otra cosa en el interior de la mujer. Es la misma que ella conoce de su trato con el varón, sólo que libre de todo sentimiento de culpa, glorificada en lugar de condenada.

¿No le da vergüenza?, me dirá usted. No, en absoluto, señora mía. Me da tan poca vergüenza que le devuelvo la pregunta. ¿No se ruboriza usted, no le invade a usted un profundísimo dolor y una grandísima vergüenza sobre el ser humano, que ha arrastrado hacia la suciedad el más alto bien de la vida, la unión de hombre y mujer? Reflexione usted sólo dos minutos sobre lo que significa este mutuo placer, sobre lo que él ha creado, es decir, matrimonio, familia, estado, casa, granja, ciencias, artes, religión, todo, todo, todo; todo lo que usted venera. Y, sin embargo, usted se atreve a considerar la comparación entre coito y movimientos del feto como algo abominable.

No, usted es demasiado comprensiva para seguir airada por mis palabras un tiempo más largo del que le es necesario para recapacitar. Y luego va usted a seguirme en otra afirmación aún más denigrada por las gentes de bien que la anterior, a saber, que, sobre todo, el parto es un acto de placer venéreo de la mayor categoría, cuya impresión se proyecta hacia el futuro en forma de amor al niño, de amor materno.

¿O no llega su benevolencia tan lejos como para creermé este aserto? De hecho ello contradice toda la experiencia, toda una experiencia de milenios. Pero hay otra experiencia —y yo creo que ésta es la experiencia fundamental, de la que se debe partir— que no lo contradice, y es la experiencia de que nunca dejan de nacer niños, de que, por consiguiente, los padecimientos y horrores de que se viene hablando desde tiempos inmemorables no son en realidad tan grandes que no puedan ser superados por el placer, por alguna clase de placer.

¿Ha tenido usted la ocasión de ver algún parto? La parturienta se queja y grita, pero su rostro está encendido presa de una excitación febril y sus ojos tienen ese extraño brillo que ningún hombre es capaz de olvidar cuando ha logrado provocarlo en los de alguna mujer. Son ojos extraños, ojos curiosamente velados, que hablan de dicha. ¿Y dónde está lo maravilloso, lo increíble, en el hecho de que el dolor pueda ser placer, supremo placer? Solamente los vendedores de perversiones y de lo antinatural no saben, o dicen que no saben, que el placer más sublime clama por el dolor. No se deje impresionar por los gritos de dolor de las parturientas y por las narraciones idiotas de las comadres. La gallina cacarea también una vez puesto el huevo. Pero el gallo no se preocupa de otra cosa sino de montar otra vez a la gallina, cuyo horror ante el dolor de poner el huevo encuentra en verdad una extraña expresión en su enamorado acurrucarse debajo del señor del gallinero.

La vagina de la mujer es un Moloch insaciable. Quisiera yo encontrar a la vagina que quedaría satisfecha con un miembro no más grande que un dedo meñique pudiendo disponer de uno tan fuerte como el brazo de un niño. La fantasía de la mujer trabaja con instrumentos poderosos, lo ha hecho siempre y no dejará de hacerlo.

Cuanto mayor sea el miembro, más subido es el gusto. Y el niño trabaja durante el parto con su desproporcionadamente grande cabeza sobre la entrada de la vagina, precisamente el lugar de placer de la mujer, realizando unos movimientos que en nada se diferencian de los del pene masculino introducido. Sin duda que duele, pero este supremo y, por eso, inolvidable y siempre de nuevo anhelado acto sexual es la cumbre de toda satisfacción femenina.

¿Por qué, si el parto es verdaderamente un acto de placer, tiene tan mala fama la hora en que sobrevienen los dolores? Yo no soy quien para responder esta pregunta; pregunte usted a las mujeres. Yo sólo puedo decir que una que otra vez he topado con alguna madre que me decía: «El nacimiento de mi hijo fue, a pesar de todos los dolores o, tal vez, debido a ellos, lo más hermoso que, hasta el presente, me ha tocado vivir.» Quizá se pueda decir como explicación que la mujer, educada desde siempre en el disimulo, no llega a ser nunca capaz de hablar sinceramente sobre sus sentimientos e impresiones, pues se le enseña de por vida el mandamiento del horror hacia el pecado. De donde esta adecuación placer sexual-pecado resulta una cosa que jamás se desentrañará del todo.

Pero también existen pensamientos que se pueden seguir a través del laberinto de estas difíciles cuestiones. Así, por ejemplo, me parece natural que una persona a quien durante toda su vida se le ha dicho, incluso utilizando para ello la religión, que el parto es una cosa terrible, peligrosa, dolorosísima, que esa tal persona acabe creyendo, aun contra su propia experiencia, que la cosa es realmente así. Para mí es claro que una buena parte de estas historias de miedo fueron inventadas con el fin de amedrentar a las jóvenes y apartarlas de las relaciones prematrimoniales. La envidia de aquellas que no paren, pero sobre todo la envidia de la madre hacia la propia hija a quien ahora le toca hacer lo que ella ya no puede, no deja de tener también su influjo. Hay además otros factores que trabajan en la misma dirección. Por ejemplo, el deseo de intimidar al hombre haciéndole comprender lo mucho que por él tiene que padecer la amada, los sacrificios que hace ella, una verdadera heroína. Y de hecho el hombre se deja acobardar y el antiguo tirano gruñón se convierte en un padre agradecido, al menos por algún tiempo. También juega un papel muy importante ese impulso interior que lleva a la mujer a querer aparecer como la grande, la noble, la madre sin que, para esto, se arredre ante la exageración y la mentira. Y la mentira es pecado. Finalmente, de las oscuridades del inconsciente emerge la imagen de la madre, pues toda pasión y todo placer están impregnados de la nostalgia de volver al seno materno, están envenenados por el deseo de unirse se-

xualmente a ella. El incesto. ¿No es esto suficiente para sentirse uno pecador?

¿Pero qué nos importan a nosotros de momento todos esos misteriosos motivos? Yo quería convencerla a usted de que la Naturaleza no se fía de los nobles sentimientos de la madre, que ella no cree que cualquier mujer, por el solo hecho de llegar a ser madre, ya se convierte en ese ser sacrificado y amable que no conoce igual, que es irremplazable, y cuyo solo nombre ya nos hace felices. Yo quería convencerle a usted que la Naturaleza, de muy diversas maneras, atiza el fuego cuyo calor nos acompaña a lo largo de la vida, que se vale de todos los medios —y yo mencioné sólo una mínima parte de las raíces de que se nutre el amor materno— para privar a la madre de toda posibilidad de separarse y abandonar al niño.

¿Lo he conseguido? En este caso se alegraría de todo corazón su viejo amigo,

PATRIK TROLL

5

Así pues, no me he equivocado, querida amiga, al suponer que usted iba a ir cobrando poco a poco interés por el inconsciente. Que usted se burla de mi vicio por exagerar las cosas es algo a lo que ya estoy acostumbrado. ¿Pero por qué escoge usted al respecto mis preferencias por el asunto de los partos? En lo que al caso se refiere tengo razón.

Usted se ha expresado últimamente en el sentido de que mis pequeñas historias, que acostumbro a ensartar aquí y allá, le agradan. «Anima el asunto —dice usted—, y una está casi tentada a creerle al presentar usted ejemplos tan sólidos.» Bueno, de todas formas, podría también haberlos inventado o, al menos, adaptado. Cosas de éstas acontecen fuera y dentro del gremio de los eruditos. Pero está bien, usted no se quedará sin su historia.

Hace algunos años una mujer, después de mucho tiempo de infecundidad, dio a luz a una niña. Fue un

parto de nalgas, y a la mujer se le sacó artificialmente la recién nacida bajo narcosis en una clínica de maternidad, bajo la dirección de un conocido tocólogo, con dos asistentes y dos comadronas. Dos años más tarde la mujer quedó nuevamente embarazada, y como yo había ganado mientras tanto más influjo sobre ella, quedamos en que no se haría nada con relación al parto sin que lo supiese yo antes. Se decidió que el parto tendría lugar en casa y que sólo asistiría una comadrona. El embarazo había transcurrido, contrariamente al caso anterior, sin molestias. Poco antes del parto fui llamado por la comadrona, por expreso deseo de la parturienta, que vivía en otra ciudad. Que el parto, al parecer, iba a ser de nalgas y que qué se hacía. Cuando yo llegué la posición del niño era realmente la descrita y los dolores todavía no habían comenzado. La parturienta tenía mucho miedo y quería que la llevarsen a la clínica. Yo me senté a su cabecera, penetré un poco en sus para mí ya conocidos complejos y represiones y me puse a describirle con brillantes colores —y usted bien sabe si esto me da a mí resultado o no— las delicias del parto. La señora comenzó a alegrarse, y una expresión muy particular en sus ojos me comunicó que la chispa había prendido. Luego traté de enterarme de por qué el niño se presentaba otra vez de nalgas. «De nalgas es el nacimiento más fácil —me dijo—, pues el pequeño pompis del niño es blando y sale más lentamente que la cabeza gruesa y dura.» Entonces le conté yo la historia del instrumento gordo y delgado, duro y flácido en el interior de la vagina, más o menos tal como no hace mucho se lo he contado a usted. Esto le hizo impresión, pero, sin embargo, todavía le quedaba un resto de displicencia. Finalmente vino a decirme que me creería con gusto, pero que todo el mundo le había hablado tanto de lo terrible de esos dolores que, a pesar de todo, prefería ser narcotizada. Y en caso de que la criatura viniese de nalgas se le daría la narcosis, pues ya lo sabía por experiencia. Entonces le dije que si era tan tonta que se quería perder el placer más grande de su vida, que lo hiciese. Que yo no tendría nada en contra de que se narcotizase en el momento en que no pudiera resistir más, pero que, para ello, no era de ningún modo necesario que la criatura viniese de nalgas. «Yo le doy a usted permiso para que se narcotice también si el niño

viene normal, con la cabeza para adelante. Usted misma debe decidir si se narcotiza o no.» Con éstas me marché, y ya al día siguiente recibí la noticia de que media hora después el niño estaba ya con la cabeza en su posición normal. El parto tuvo después lugar con la mayor facilidad del mundo. La púérpera me describió luego, en una hermosa carta, el desarrollo del mismo: «Usted tenía razón, doctor, pues fue un auténtico placer. Como estaba la botella de éter sobre la mesa, y yo tenía permiso para narcotizarme, no tenía miedo ninguno, podía observar todo lo que pasaba y juzgarlo sin estorbo. Durante un momento el dolor, que hasta entonces había tenido siempre algo de maravilloso, se hizo insoportable y yo grité: '¡El éter!' Pero agregué inmediatamente: 'Ya no es necesario.' El niño lloraba ya. Lo único que lamenta es que mi marido, a quien tanto tiempo he atormentado con mi absurdo miedo, no puede gozar de este supremo placer.»

Si usted sigue escéptica al respecto, bien puede llamarla si quiere una sugestión llevada a feliz término, sin la pretendida fuerza probatoria que yo le doy. Me es indiferente. Pero estoy convencido que la próxima vez que usted vaya a tener un hijo, observará usted también todo lo que pasa «sin estorbo», se liberará de un prejuicio y aprenderá a conocer algo de lo cual la insensatez, aterrorizándola, le ha privado.

Luego, querida amiga, pasó usted tímidamente a tocar el delicado tema de la masturbación; insinuó lo mucho que usted despreciaba este vicio solitario y no pudo menos que expresar su disconformidad con mis horribles teorías sobre la masturbación inocente a cargo de los fetos con la cabeza hacia abajo, los estreñimientos y los embarazos. Finalmente tuvo que decir que usted encontraba cínicos mis puntos de vista sobre las condiciones fundamentales del amor materno. «De este modo puede usted reducir todo a masturbación», decía usted.

En efecto, y usted no va nada descaminada en la suposición de que yo deduzco, si no todo, al menos muchísimo del fenómeno de la masturbación. La manera de cómo llegué a formarme esta opinión es, quizá, más interesante que la opinión misma, por lo que se lo voy a contar.

Dentro de mi profesión, y también fuera, he tenido a menudo la ocasión de observar el lavado de los niños,

operación que, como su propia experiencia confirmará, difícilmente se lleva a término sin lloros y chillidos por parte de los pequeños. Pero, probablemente, lo que no sabe usted —y en verdad no merece la pena prestar atención a tales pequeñeces— es que los niños lloran cuando se les hace unas cosas y dejan de llorar cuando se les hace otras. Hablamos del lavado, naturalmente. El niño, que no dejaba de llorar mientras se le lavaba la cara —si usted quiere saber por qué llora el niño cuando le lavan la cara, déjese usted misma lavar esa parte del cuerpo por una persona amada con una esponja o trapo tan grande como para cubrirle a la vez boca, nariz y ojos—, ese niño, decía, deja de llorar no bien se le empieza a dar pases con la esponja por entre las piernas. Es más, el rostro del niño adquiere casi una expresión extática y permanece bien quieto. Y la madre, que poco antes se esforzaba con promesas y consuelos por hacerle soportable al niño el agua y el jabón, adquiere ahora un tono mucho más suave, amable, casi diría, enamorado; también ella cae, por así decirlo, en éxtasis, y sus movimientos son otros, más delicados, más cariñosos. Ella no sabe que le está procurando placer sexual al niño, que le está enseñando a masturbarse, pero su Ello sí que lo siente y lo sabe. Lo erótico de la acción es la causa de la expresión de placer en la madre y en el niño.

Así pues, esto es lo que acontece. La madre misma le da al niño lecciones de masturbación. Y el caso es que debe hacerlo, pues la Naturaleza acumula precisamente la suciedad allí donde se encuentran los órganos de placer. Tiene que hacerlo, no le queda otra alternativa. Y, créame, muchas de las acciones que se acogen al nombre de limpieza, por ejemplo, la diligente utilización del bidé, al lavarse después de defecar, la limpieza íntima, no son más que repeticiones forzadas por el inconsciente de aquellas placenteras lecciones de la madre.

Estas pequeñas observaciones, que usted puede comprobar en cada momento, bastan para derribar toda esa fortaleza de terror que hombres necios se han dedicado a construir alrededor de la masturbación. Pues, ¿cómo se puede llamar vicio a una costumbre que ha sido impuesta por la madre? Una necesidad a la que cada hombre, desde que ve el mundo, está inevitablemente

sometido, ¿puede ser algo sentimental? ¿Cómo se justifica la expresión «vicio solitario» para un asunto que, como ejemplo a imitar, le enseña la madre al niño, abierta y libremente, varias veces al día? ¿O cómo sería, si no, limpiar al niño sin ocasionarle placer? ¿Y cómo puede uno atreverse a llamar nociva a la masturbación si es algo que está incluido en el desarrollo de la vida humana como natural e inevitable? Con la misma razón se podría tachar de vicioso el andar, o de antinatural el comer, o afirmar que el hombre que se suena la nariz se ha de perder irremisiblemente. Esa necesidad ineludible con que la vida impone la masturbación en tanto que coloca heces, orina y mal olor en las partes donde también se halla localizado el placer sexual, demuestra que la divinidad ha dotado al hombre con esos actos de supuesta viciosidad para cumplir determinados fines y mostrarle cómo nuestra cultura humana, nuestro mundo, se construye en buena parte sobre la masturbación.

¿Cómo hemos llegado, se preguntará usted, a considerar que un comportamiento de por sí necesario y natural haya adquirido la fama universal de ser algo denigrante e igualmente peligroso para la salud y para la mente? Lo mejor sería que usted buscara respuesta entre gente más erudita, pero, sin embargo, algo puedo yo también decirle. En primer lugar, eso de que la mala fama de la masturbación es universal, y lo mismo su nocividad, no es cosa cierta. Yo mismo no tengo experiencia personal de costumbres exóticas, pero he leído muchas cosas al respecto, y esto me ha hecho tener otra opinión. Además, a lo largo de mis paseos por el campo, me ha llamado la atención encontrar alguna que otra vez, detrás del arado, a algún muchacho campesino que, solo, pero honradamente, disfrutaba de su placer. Y lo mismo se puede ver también entre muchachas campesinas, a no ser que, como consecuencia de habérselo prohibido en la infancia, les hayan cerrado los ojos y sigan con ellos cerrados; una prohibición de este estilo puede perdurar por años enteros, tal vez toda la vida. A menudo, resulta divertido comprobar cuántas cosas no ven los hombres porque mamá lo ha prohibido. Pero no hace falta que hablemos de los campesinos. Sus mismos recuerdos le dirán a usted lo suficiente. ¿O es que la masturbación deja de ser nociva por el hecho de que su amante o su marido juegue

con la mano en esas partes tan excitables y para él tan apreciadas? No es ni siquiera necesario hablar de las mil posibilidades de masturbación solapada e inocente, como son cabalgar, columpiarse, bailar, o de las diferentes maneras de comportarse con ocasión de defecar. Las caricias, cuyo sentido más profundo apunta a la masturbación, están también en esta línea.

A todo esto no se le puede llamar masturbación, piensa usted. Tal vez sí, tal vez no; depende de cómo se entienda. Para mi opinión, no existe ninguna gran diferencia por el hecho de que la excitación provenga de una mano ajena o de la propia, es más, ni la mano es siquiera necesaria; a veces, bastan sólo los pensamientos y, sobre todo, los sueños. Aquí los tiene usted otra vez, a estos desagradables intérpretes de ocultos secretos. No, querida amiga, si usted supiera todo lo que mi humilde persona —al menos con apariencia de razón— considera de carácter masturbatorio, no volvería a hablar de la nocividad de esta práctica.

¿Conoce usted a alguna persona a la que le haya dañado? La masturbación misma, no el miedo a las consecuencias, pues éste sí que es verdaderamente peligroso. De nuevo, ¿ha conocido usted a alguien? ¿Y cómo se imagina usted el caso? ¿Son el poco semen que se desperdicia en el hombre y las secreciones húmedas de la mujer los culpables? Esto ni usted misma se lo cree. Al menos no se lo creerá si alguna vez ha abierto y leído alguno de los manuales de fisiología que se utilizan en las Universidades. La Naturaleza ha sabido proveer de una manera inagotable y, además, los excesos se prohíben por sí mismos. En el hombre y el muchacho el descanso se impone después de la erección y eyaculación, y en la mujer aparece también una especie de saciedad que dura un par de días o, al menos, algunas horas. Con el sexo pasa como con la comida. De la misma manera que no revienta uno por comer, tampoco agota la fuerza sexual por masturbarse. Bien entendido, se trata de masturbarse, no del miedo a la masturbación, que es otra cosa muy diferente y que, esto sí, mina la salud. Por eso me importa mucho sacar a la luz el hecho de que son unos verdaderos delincuentes todos aquellos que hablan del vicio solitario y atemorizan a los demás. Como todos los hombres, consciente o inconscientemente, se masturban, ello es un

crimen contra toda la humanidad, un crimen horrible. Y una idiotez, una idiotez tan grande como el querer sacar consecuencias nocivas para la salud del hecho de que el hombre adopte, al caminar, una postura erecta.

No, no se trata de la pérdida de la sustancia, dice usted. Sí, pero muchas personas lo creen, muchas personas siguen creyendo aún que la solución seminal procede de la columna vertebral y que, con su desperdicio, la médula espinal acaba por secarse, y lo mismo el cerebro y que luego viene la demencia.

También el nombre de onanismo, que se le ha dado a la masturbación, habla en el sentido de que lo horroso para el hombre es la pérdida de semen. ¿Conoce usted la historia de Onán? En realidad, esta historia no tiene que ver nada con la masturbación. La ley de los judíos mandaba que, en caso de quedarse una mujer viuda y sin hijos, el hermano del muerto estaba obligado a hacerse cargo de su cuñada y tratar de darle hijos: hijos que, sin embargo, se consideraban como descendientes del muerto. De por sí, una ley que no era del todo tonta, pues servía al mantenimiento de la tradición y a la conservación de la tribu, aun cuando a nosotros, hombres modernos, nos parece un poco extraña. Nuestros antepasados pensaban de una manera semejante: hasta muy poco antes de la reforma protestante existía en la ciudad de Verden una disposición análoga. Ahora bien, Onán llegó a encontrarse en esta situación debido a la muerte de su hermano, pero como no podía tragar a su cuñada, en lugar de dejar que el semen penetrase en su cuerpo lo desperdiciaba arrojándolo al suelo, transgresión de la ley por la que le castigó Yahweh con la muerte. El inconsciente de las masas recogió de esta narración únicamente el hecho de desperdiciar el semen por el suelo y estigmatizó con este nombre a toda práctica que se le pareciese, dando el tono por otra parte el pensamiento de la muerte por masturbación.

Bueno, no lo crea usted si no quiere. Por el contrario, las fantasías libidinosas, éstas sí que tendrían la culpa. Ay, querida amiga, ¿no ha tenido usted jamás fantasías libidinosas en los brazos de su amado y antes? Quizá trate usted de eliminarlas, las reprime, como se dice técnicamente; ya llegaré a hablar ocasionalmente sobre el concepto de represión. Esas fantasías están ahí;

se presentan y tienen que presentarse, porque usted es una persona y no puede simplemente prescindir de su cuerpo. Me llama la atención en estas gentes que creen que nunca tienen pensamientos libidinosos el que son personas que llevan tan lejos el principio de limpieza y pulcritud que no solamente se lavan todos los días, sino que también hacen pasar agua y jabón por el ano. Gentes nada peligrosas, ¿no es cierto? Ni siquiera se dan cuenta que por muy profundamente que se laven el ano, más arriba queda todavía un tubo lleno de mierda. Y, para decirlo de una vez, cuando emplean la lavativa lo que realizan inconscientemente es un coito simbólico. La limpieza es solamente el pretexto con que el inconsciente engaña la conciencia, la mentira que permite seguir siendo, según la letra, fiel a las prohibiciones maternas. Lo mismo acontece con las represiones de las fantasías eróticas. La consecuencia es que éstas penetran más profundamente en el hombre y luego reaparecen adoptando otras formas. ¿Ha visto usted alguna vez cómo una delicadísima, etérea, totalmente inocente jovencita se vuelve enferma mental? ¿No? ¡Lástima! Sin duda que ello le curaría a usted de por vida de creer en lo que la humanidad llama limpio y puro y acabaría por dotar a las palabras pureza e inocencia de su verdadera denominación: hipocresía. Esto no es ningún reproche. El Ello necesita también de la hipocresía para sus fines, y precisamente en este caso los fines no están demasiado ocultos.

Es posible que nos acerquemos más a la cuestión de por qué la masturbación provoca un horror tan grande entre padres, maestros y todos los que ocupan una posición de autoridad, si examinamos la historia de este horror. Yo no es que haya leído mucho, pero tengo la impresión de que fue hacia finales del siglo XVIII cuando se desencadenó todo este griterío contra la masturbación. En la correspondencia existente entre Goethe y Lavater, hablan los dos de masturbación espiritual todavía de una manera tan inocente que no se diferencia de lo que podrían decir si hablasen simplemente de un paseo por el bosque.

Aquella era también la época en que se comenzaba a hablar de los enfermos mentales, y los enfermos mentales, sobre todo los aquejados de cretinismo, eran muy dados a la masturbación. Es bien posible que se hayan

trastocado aquí causa y efecto dando origen a la creencia: porque el cretino se masturba, hay que concluir que se volvió idiota debido a la masturbación.

Pero, a fin de cuentas, hemos de buscar en realidad las causas que han llevado al hombre a adquirir un horror tan extraño hacia algo que la madre de por sí le ha enseñado desde pequeño en otra parte. ¿Puedo postergar la pregunta? Es que tengo todavía muchísimas cosas que decir y la carta es ya, de todas formas, suficientemente larga. Brevemente, quisiera aún llamar la atención sobre una extraña tergiversación de los hechos que incluso se encuentra tratándose de hombres superiores. Se dice que la masturbación es un sustitutivo del acto sexual «normal». ¡Lo que se podría decir sobre la expresión acto sexual «normal»! Pero lo que me ocupa a mí aquí es la palabra sustitutivo. ¿Cómo se puede llegar a un absurdo como éste? La masturbación, en esta o en la otra forma, no abandona al hombre a lo largo de toda su vida; la así llamada actividad sexual normal, sin embargo, aparece a una determinada edad y desaparece, a menudo, al tiempo que las prácticas masturbatorias adquieren otra vez la forma infantil del juego consciente con los órganos genitales. ¿Cómo se puede considerar a un fenómeno como sustituto de otro que recién comienza de quince a veinte años más tarde? Al contrario, habría que considerar hasta qué punto muchas veces el acto sexual normal no es más que una simple masturbación en la que vagina y miembro viril cumplen las funciones que normalmente competen a la mano o al dedo. En estos asuntos yo he llegado a resultados sorprendentes y no dudo que a usted le ocurrirá lo mismo si se decide a investigar la cosa.

Bueno, ¿y qué es del amor materno? ¿Qué tiene el amor materno que ver con todo esto? Más de lo que parece. Ya insinué antes que la madre se transforma de una manera extraña cuando limpia a su hijo en los genitales. Ella no es consciente de lo que pasa, pero precisamente el placer gozado conjunta e inconscientemente es el que más une, y hacer gozar a un niño, sea en la forma que sea, provoca amor en los mayores. Mucho más aún que entre amantes crea el dar en las relaciones madre-hijo más felicidad que el tomar.

Tengo aún que agregar un punto sobre el influjo

de la masturbación, algo que, sin duda, le hará a usted menear la cabeza. Pero no se lo puedo ahorrar; es importante y ofrece una posibilidad más de penetrar en las oscuridades del inconsciente. El Ello, el inconsciente, piensa simbólicamente y, entre otros, tiene un símbolo según el cual el niño y órgano sexual vienen identificados y utilizados indiferentemente con el mismo sentido. El aparato genital femenino es la niña, la hijita, la hermanita, la pequeña amiga; el masculino es el hombrecito, el jovencito, el hijito, el hermanito. Esto suena raro, pero es así. Y ahora le ruego a usted que, sin ingenuos pudores ni falsas vergüenzas, reconozca lo mucho que cada persona ama a sus órganos sexuales, lo mucho que, por necesidad, tienen que amarlos, pues de ellos provienen, a fin de cuentas, todo placer y toda vida. Por muy grande que usted se imagine ese amor, se queda corta, y ese gran amor lo transfiere el Ello —el transferir es también una de sus propiedades— al niño, confunde, por así decirlo, órgano sexual y niño. Una buena parte del amor de la madre por el hijo procede del amor que ella siente por su propio aparato genital y de recuerdos masturbatorios.

¿Ha sido fuerte lo que he dicho? Por hoy ya me queda sólo que agregar una nonada, pero que quizá aclare un poco por qué la mujer, por lo común, ama más a los niños que a los hombres. ¿Recuerda usted lo que le decía con ocasión de hablarle del lavado de las partes sexuales en los niños y cómo yo relacionaba, haciendo uso del simbolismo inconsciente, el placer que de ello resultaba con el amor al hijo? Pues bien, ¿cree usted que el placer producido por el roce con ocasión del susodicho lavado ha de ser igual en el niño que en la niña? Yo no.

Suyo afectísimo,

PATRIK TROLL



Usted encuentra, querida y severa juez, que mis cartas delatan demasiado la alegría que me produce el hablar de todas estas pequeñeces eróticas. Es una observación correcta. Pero no está en mi mano cambiarlo, yo me alegro y no puedo ocultar mi alegría; si no, podría reventar.

Cuando uno se ha encerrado por mucho tiempo en un cuarto mal iluminado, estrecho, agobiante, solamente por miedo a que los hombres allá fuera le podrían a uno reñir o reírse de él, y luego sale a la libertad y nota que nadie se ocupa de él, a lo sumo alguien lo mira un momento y sigue luego tranquilamente su camino, entonces se puede comprender que este hombre se vuelva loco de alegría.

Como usted sabe, yo era el más pequeño de la familia; pero usted no tiene idea de lo guasona y burlona que era esta familia. Bastaba con decir una tontería para que no lo dejaran a uno en paz por años enteros; y es comprensible que en una familia con muchos hermanos y mucha diferencia de edad sea el pequeño el que más tonterías dice. Entonces me acostumbré a no expresar mis opiniones; las reprimía.

Por favor, tome literalmente la expresión. Lo que se reprime no desaparece, únicamente que no permanece en su lugar. Es empujado a algún otro sitio donde no se le reconocen sus derechos, donde se siente oprimido y pospuesto. Está siempre de puntillas, lucha con todas sus fuerzas para colocarse hacia adelante, al lugar que le pertenece, en el momento en que ve el menor resquicio. Es posible que tenga éxito, pero cuando llega a su sitio ha perdido ya todas sus fuerzas y el menor empujón lo echa de nuevo hacia atrás. La situación es verdaderamente desagradable, y usted puede imaginarse los saltos de alegría que dará un ser reprimido, empujado, magullado, cuando, por fin, encuentra la libertad. Tenga usted paciencia. Todavía unas pocas cartas eufóricas más y este ser ebrio se comportará de una

manera tan sobria, quieta y cumplida como se pueda ver en un escrito serio y bien pensado de cualquier psicólogo profesional. Aunque, claro, las vestiduras ya han quedado maltrechas por los apretones, se ve la piel por todas partes, y no siempre limpia, y un extraño olor a masa lo empaña por doquier. Pero, de contrapartida, él ha tenido sus vivencias y tiene algo que contar.

Antes de que le deje comenzar la narración tengo que aclarar rápidamente algunas expresiones que voy a utilizar aquí y allá. No se preocupe usted, no voy a dar definiciones, ni lo podría, dada mi empedernida manera intuitiva de hablar. Lo mismo que he hecho con la palabra «reprimir» lo voy a intentar con «símbolo» y «asociación».

Le escribí ya una vez que es difícil hablar sobre el Ello. En relación con él, todas las palabras y conceptos se vuelven difusos, pues, por naturaleza, está llevado a implicar en cada denominación, es más, en cada acción, toda una serie de símbolos y a tratar ideas de otros campos, a asociar, de modo que lo que resulta muy sencillo a la inteligencia es muy complicado para el Ello. Para el Ello no hay conceptos claramente delimitados, más bien trabaja con complejos enteros de ideas, con complejos que se originan a través del imperativo a la formación de símbolos y a la asociación.

Para que no se me espante usted voy a explicarle con un ejemplo lo que entiendo por imperativo a la formación de símbolos y a la asociación. El símbolo del matrimonio es la sortija, pero son muy pocos los que saben con claridad por qué este pequeño aro es expresión de la comunidad matrimonial. El dicho de que el anillo es una cadena, o que significa el amor eterno, sin principio ni fin, permite sacar conclusiones sobre el estado de ánimo o la experiencia de aquéllos que así hablan, pero no aclarar el fenómeno de por qué poderes desconocidos eligieron precisamente un anillo para dar a conocer el estado de casado. Si partimos, sin embargo, del hecho de que el sentido del matrimonio es la fidelidad sexual, entonces resulta fácil la interpretación. El anillo representa los genitales femeninos, mientras que el dedo hace las veces del órgano masculino. El anillo no puede llevarlo ningún otro dedo humano a no ser el del varón con quien la mujer está casada; es, por consiguiente, la expresión del voto de

que jamás pasará otro órgano sexual por el anillo de la mujer que no sea el del propio marido.

La asimilación del anillo al órgano femenino y del dedo al masculino no es algo arbitrario, sino más bien impuesto por el Ello, y cualquiera puede demostrarlo en sí mismo y en otros observando cómo los hombres juegan con el anillo y el dedo. Bajo el influjo de unas sensaciones determinadas y fácil de adivinar de dónde provienen, sensaciones que las más de las veces no entran de lleno en el campo de la conciencia, comienza el juego, comienza ese mover el anillo para arriba y para abajo, ese darle vueltas, etcétera. En los diferentes derroteros que puede tomar una conversación, al oír y al pronunciar determinadas palabras, al contemplar cuadros, hombres, objetos, en todas las percepciones de los sentidos se llevan a cabo acciones que a la vez nos descubren procesos internos ocultos y demuestran hasta la saciedad que el hombre no sabe lo que hace, que un inconsciente le obliga a darse a conocer por medio de símbolos, y que estos símbolos no nacen de la actividad intelectual, sino que son productos del desconocido Ello. Pues, ¿qué persona iba a llevar a cabo intencionadamente movimientos delante de otras que delatasen su excitación sexual, que expusiesen a la observación pública el siempre tan cuidadosamente ocultado acto masturbatorio? Y, sin embargo, hasta aquellos que conocen la simbología juegan también con el anillo, no pueden menos sino jugar. Los símbolos no se inventan, están ahí, pertenecen al patrimonio no enajenable del hombre. Hasta se puede decir que todo pensamiento y toda acción no son más que una consecuencia ineludible de ese simbolizar inconsciente, que el hombre es vivido por el símbolo.

Tan humanamente inevitable como el simbolizar es el imperativo a asociar, que, en el fondo, es la misma cosa, pues, asociando, lo que se hace es ensartar símbolos unos con otros. Ya del arriba mencionado juego con el anillo se deduce que la simbolización inconsciente del anillo y del dedo como mujer y hombre, respectivamente, impone una representación del coito que salta a la vista. Y si seguimos los oscuros caminos que conducen a la semiconsciente percepción de una impresión a la acción de subir y bajar el anillo, entonces re-

sulta que cruzan determinadas ideas por nuestra cabeza que tienen la propiedad de repetirse en otros individuos en otros casos. Tienen lugar asociaciones de carácter necesario. También la utilización simbólica del anillo como signo del matrimonio tiene su origen no en una asociación arbitraria, sino necesaria. Relaciones de profundo arraigo entre el juego con el anillo y antiquísimas representaciones y costumbres religiosas a la vez que con importantes complejos de la vida personal aparecen en el momento en que nos ponemos a considerar estas cosas, y nos obligan a renunciar a toda ilusión de planificación autócrata y a seguir humildemente los enredados senderos de la asociación. Muy pronto nos damos cuenta de que las concepciones de la sortija matrimonial que la consideran como una cadena o como una alianza sin principio ni fin responden a depresiones anímicas o excitaciones románticas, que se nutren del patrimonio común de asociaciones y símbolos y esto con necesidad.

Este imperativo a asociar lo encontramos por todas partes y a cada paso. Basta con abrir los ojos y los oídos. Se imponen contra viento y marea. Y en esta expresión ya tenemos una necesidad. La palabra «viento» exige, en la expresión, la de «marea». Haga usted un pequeño recorrido por el lenguaje: se encontrará, por ejemplo, con amor y odio, alegrías y penas, pitos y flautas, hecho y pecho, vida y muerte, aquí y allá, arriba y abajo, reír y llorar, miedo y terror, sol y luna, cielo e infierno. Las ocurrencias se precipitan unas encima de otras, y si usted reflexiona sobre ello le parecerá como si, de repente, todo el edificio del lenguaje estuviera delante de usted, como si, emergiendo de la niebla, se fuesen formando ante sus ojos columnas, fachadas, techos, torres, puertas, ventanas, paredes. Se le conmueve a usted lo más íntimo, lo inconcebible se le aproxima y, casi, le ahoga.

¡Rápido, querida; rápido, pasa! No podemos detenernos. Tenga usted en cuenta, por ejemplo, cómo ese imperativo a asociar se vale del ritmo, o de la aliteración, o de consecuencias afectivas. —En todos los lenguajes del mundo empieza el nombre del progenitor con el despreciable sonido P; el de la progenitora, con el aprobativo M.— También trabaja a menudo con la contraposición, pues toda cosa tiene su contrario; y esto

no debería nadie olvidarlo, pues existe, si no, el peligro de creer que se dan de verdad un amor eterno, una fidelidad a toda prueba, una estima incommovible. Las asociaciones también mienten de vez en cuando. Pero la vida no puede entenderse sin la conciencia del condicionamiento de todos sus fenómenos por sus opuestos.

No es fácil encontrar asociaciones que tengan validez en todas partes y en todas las circunstancias, pues la vida es variopinta y en la elección de asociaciones están implicados el hombre individual y el estado en que ocasionalmente se encuentren. Pero se puede muy bien, por ejemplo, admitir que la sensación de que hay corriente, en tanto que es desagradable, evoca necesariamente la idea de cerrar la ventana; que, al notar que el aire del cuarto está gastado, a cualquiera le viene el deseo de abrir la ventana; que al ver un trozo de jamón entre dos rebanadas de pan viene a la mente la palabra bocadillo. Y cuando uno ve beber a otro, le empieza a rondar también a él por la cabeza el pensamiento de si no debería igualmente beber. La sabiduría popular, arrastrada a menudo a conclusiones basadas en una absurda lógica y en un sinnúmero de observaciones a medio entender, resume este profundo misterio de la asociación en el rudo aforismo: cuando uno mea, a todos les da la idea, y cuando uno caga, a todos les da la gana. Y ahora deténgase usted un momento y trate de comprender qué infinita porción de vida humana, humana cultura y desarrollo se halla escondida en el hecho de que, por ignotos motivos, a partir de esos miles y miles de meadas se ha llegado a construir un puente de asociación con el mar, hasta que se impusieron los viajes en barco, hasta que el mástil se constituyó en símbolo de la fuerza viril y el rítmico movimiento de los remos hacía pensar en el del amor. O trate usted de seguir el camino que pasa por la erección, la elevación de pesos pesados, esa sensación de verse suspendido y flotar que da el supremo placer, el chorro de orina o de semen que hiende el aire y va hasta el Eros alado o el dios de la muerte, hasta la creencia en los ángeles y la invención del aeroplano. El Ello del hombre es una cosa verdaderamente asombrosa.

Pero mucho más sorprendentes aún son los caminos del pensamiento científico. Nosotros hablamos en la medicina a menudo de movimientos asociativos, y la

psicología enseña diligentemente esto y lo otro respecto a las asociaciones. Pero cuando *Freud* y los que con él son y estaban empezaron a tomar verdaderamente en serio las observaciones referentes al campo de la asociación, consiguieron derivarlas de la vida instintiva del hombre y demostraron que instinto y asociación son fenómenos primigenios a la base de la vida humana y fundamentos de todo saber y pensar, se levantó un griterío de odio por todos los países, como si de lo que se trataba fuese de derrumbar el edificio de la ciencia, al encontrar sobre qué fundamentos estaba construido. Espíritus asustadizos. Los fundamentos de la ciencia son más sólidos que el granito, y sus paredes, espacios y escaleras se reconstruyen automáticamente si acontece que aquí y allá algún trozo de muro, infantilmente construido, se viene abajo.

¿Quiere usted acompañarme en algunas asociaciones? Hoy me topé con una niña que llevaba una caperuza roja. Me miró extrañada, aunque no hostil, creo yo, pero extrañada: pues yo, como hacía frío, llevaba una gorra de piel calada hasta las orejas. Algo me hizo impacto al mirarme así la niña. De repente, me vi a mí mismo como un niño de seis o siete años con un *baschlik* * cubriéndome la cabeza. Pensé en seguida en Caperucita Roja y me vino a la cabeza el verso: «Un hombrecito hay en el bosque, que está muy solo» **. De ahí pasé al enano y su caperuza, y luego al capuchino, y acabé por darme cuenta que ya llevaba un buen rato andando por la calle de Capuchinos. Las asociaciones, pues, hicieron un movimiento de retroceso sobre sí mismas como un anillo. ¿Por qué lo hicieron y por qué se desarrollaron de la forma descrita? Yo tenía que ir por la calle Capuchinos, esto constaba de antemano. A la niña la encontré por casualidad, pero el hecho de que yo le prestase atención y que su presencia provocase en mí toda esta serie de pensamientos, ¿cómo hay que explicarse esto? Cuando salí de casa, unas manos femeninas me calaron la gorra de piel hasta las orejas y unos labios, igualmente femeninos, me dijeron: «Hala, Pat, ahora no vas a tener frío». Con estas mismas pala-

* *Baschlik* es una capucha de origen turco-tártaro. [N. del T.]

** El verso hace referencia a las primeras palabras de una canción popular alemana. [N. del T.]

bras acostumbraba a sujetarme mi madre, muchos años antes, el *baschlik* a la cabeza. La madre me contaba también el cuento de Caperucita, y allí se encontraba ésta, presente con cuerpo y alma delante de mí. A Caperucita Roja la conoce todo el mundo. La cabecita roja mira siempre, cuando orinamos, llena de curiosidad desde su prepucio y, cuando llega la hora del amor, saca la cabeza hacia las flores de la pradera, toma la forma de un hongo, como el hombrecito que está solo en el bosque con la caperuzita roja puesta descansando sobre una pierna, y el lobo, a cuyo vientre llega a parar Caperucita, de donde es sacada después de nueve meses, es la encarnación simbólica de infantiles teorías sobre embarazo y nacimiento. Usted se acordará, sin duda, de haber también creído en estas cosas. Pero de lo que no se acordará, probablemente, es de haber estado profundamente convencida de que todas las personas, también las mujeres, tenían una cosa así con capucha roja, pero que a éstas se les quitó esta cosita y luego tenían que comérsela para que de ellas saliesen niños. Para los que le damos su debida importancia a las asociaciones, esta teoría está clasificada en la línea del complejo de castración, del cual oírá usted aún muchas cosas. De la caperucita y el hongo se va fácilmente, a través del enano y su capucha, a parar al monje y al capuchino. En ambas ideas late todavía el complejo de castración, pues el ancianísimo enano, de lengua barba, es la apergaminada impotencia de la vejez, y el monje encarna la renuncia involuntaria voluntariamente aceptada. Hasta aquí las cosas están claras, pero, ¿cómo me ha venido a mí la idea del complejo de castración? El punto de partida de todo esto, como usted se acordará, fue una escena que me hizo recordar a mi madre, y el final fue la calle de Capuchinos. En esa misma calle de Capuchinos pasé yo muchos años enfermo, aquejado de muerte de una enfermedad de los riñones, y si no me equivocó al examinar mi inconsciente, creo que aquella hidropesía nació del fantasma de mis angustias masturbatorias, que, en última instancia, tienen que ver con ciertas emociones que se dirigían hacia mi madre cuando me cogía cuidadosamente con la mano mi enanito de roja capucha y lo sacaba a orinar. Lo supongo, no lo sé. Pero el hongo solitario de roja boína, la venenosa oronja falsa, nos habla de masturbación, y el *baschlik* rojo, de incesto.

¿Se admira usted de los sinuosos caminos que anda mi pasión por interpretar las asociaciones? Esto es sólo el comienzo, pues ahora me atrevo ya a afirmar que el cuento se originó del imperativo a asociar y simbolizar, y tenía que originarse, porque el enigma de la cópula, la concepción, el nacimiento y la doncellez atormentaba el alma humana con emociones terribles, hasta que comenzó a darle una forma poética a lo que no comprendía. Es más, me atrevo a afirmar que la canción del hombrecito en el bosque simboliza hasta el detalle el fenómeno de la vellosidad puberal y el de la erección a base de asociaciones inconscientes; que la creencia en el enano debió nacer igualmente de las asociaciones bosque, vello puberal, relajación, enano arrugado, y que la vida conventual con la capucha es una consecuencia inconsciente de la huída ante el incesto con la madre. Tan lejos soy yo capaz de llegar con mi creencia en las asociaciones y los símbolos, y aún más lejos, si cabe.

¿Puedo ofrecerle aún otro ejemplo de asociación? Es importante porque, de algún modo, nos introduce en los sueños, el lenguaje del inconsciente, el espacio vital del Ello, y nos soluciona más de un enigma a nosotros los médicos. Es un sueño muy corto, el sueño de una sola palabra, la palabra «casa». La señora que tuvo este sueño pasó de la palabra «casa» a la palabra «comedor», y de allí a la palabra «cubiertos de mesa», y de «cubiertos de mesa» a «instrumentos de operación». Su marido se encontraba ante una difícil operación del hígado. Ella estaba preocupada por él. Los cubiertos de mesa no eran de plata, como parecían, sino falsos. Su matrimonio tampoco era auténtico, pues su marido, el que ahora se iba a operar, había sido siempre impotente. Resultó que, también respecto a mí, que le estaba tratando, había sido ella inauténtica y falsa. Me había mentido, era en verdad un cubierto de plata falso.

En todo esto no hay nada extraordinario, a no ser el deseo de deshacerse de su marido y hacerse con uno de auténtica plata en lugar de él. Pero toda la narración con su rápida secuencia de asociaciones arrojaba un resultado curioso. A aquella mujer la atormentaba, desde hacía dos días, un temor muy grande, su corazón latía con una rapidez asombrosa y su vientre se hinchaba de aire. Tardó alrededor de veinte minutos en iniciar

las asociaciones con la palabra «casa». Cuando acabó de hablar, el vientre estaba otra vez normal, el corazón latía con tranquilidad y el miedo había desaparecido.

¿Qué conclusiones he de sacar de todo esto? ¿Era el miedo, su aguda neurosis cardíaca, la hinchazón de sus intestinos, de su «comedor», todo, preocupación por la suerte de su marido enfermo? ¿O, acaso, remordimientos de conciencia por desearle la muerte? ¿Le sobrevinieron estas dolencias por haber reprimido todo y no haberlo dejado llegar a la conciencia, o porque su Ello quería obligarla a que asociase, porque trataba de hacer aflorar un profundo secreto que estaba oculto desde la infancia? Puede que todo ello obrase conjuntamente, pero, por lo que a mi tratamiento respecta, es decir, para explicar los graves padecimientos que la pusieron en un estado de verdadera lástima, yo creo que lo más importante fue lo último, el esfuerzo del Ello de dar expresión a un secreto de la infancia por el camino de la asociación. Pues un año después volvió sobre aquel sueño y me contó que la falsa plata de los cubiertos sí tenía que ver con la impotencia, pero no con la de su marido, sino con la suya, con su propia esterilidad, tan profundamente sentida, y que el miedo a la operación no tenía por objeto a su marido, sino a su complejo masturbatorio, el cual le parecía a ella ser la causa de su esterilidad, de su enfermedad. Después de esta declaración, la convalecencia siguió un camino rápido y seguro. Hasta el punto en que uno pueda hablar de salud, hay que decir que esta mujer está sana.

Hasta aquí lo que respecta a las asociaciones.

Aun cuando, después de todo lo que he dicho, le llame todavía la atención sobre el derecho que comparto con todos los mortales de expresarme de una manera no tan clara como a veces quisiéramos; sin embargo, creo que se habrá hecho una idea de los graves obstáculos que se oponen a hablar del Ello. El único camino para llegar a un entendimiento me ha parecido que consistía en saltar *in medias res*.

Ya que estoy ocupado en tareas de definir, voy a tratar de aclararle en seguida la palabra «transferencia», que, a lo largo de mis exposiciones, ha aparecido ya más de una vez.

Usted se acordará que le he hablado ya del influjo

que ha ejercido mi padre sobre mí, de cómo yo, consciente e inconscientemente, lo imitaba. Para que se llegue a imitar es necesario que exista un interés por aquello que se imita, por aquél a quien se imita. Por lo que a mí respecta, existía, en efecto, un interés muy fuerte por mi padre, y hasta el día de hoy sigue en mí una innegable admiración, característica por el calor con que la vivo. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años. Pero la tendencia a admirar apasionadamente permaneció en mí, y como, por mil razones, de las que podemos hablar, mis aptitudes en lo que al culto de los muertos respecta son más bien pequeñas, proyecté esa pasión admiradora, libre ahora, sobre el nuevo jefe de la familia, sobre mi hermano mayor, la transferí a él. Pues a esto se le llama transferencia. Pero, al parecer, su personalidad no era suficiente para lo que mi joven alma exigía, pues pocos años después, sin que disminuyese la devoción a mi hermano, creció en mí una devoción igualmente intensiva por mi maestro en la medicina, Schweninger. Una parte de los afectos que habían pertenecido a mi padre quedaron libres y a mi disposición en aquellos años y yo los transferí a Schweninger. El hecho de que estaban a mi disposición lo deduzco de que, en el tiempo que transcurrió desde la muerte de mi padre hasta que conocí a Schweninger, entré en una relación de admiración tal con muchos hombres, pero sin que ésta perdurase, y, además, había épocas de pausa en las que éstos, mis afectos, estaban, al parecer, sin objeto, o bien se dirigían a hombres de la historia, a libros, obras de arte, en pocas palabras, a todo lo posible.

No sé si está ya clara para usted la gran importancia que tiene el concepto de transferencia dentro de mis concepciones. Por eso, me voy a permitir ocuparme, una vez más, de la cosa empezando por el otro extremo. No olvide usted que estoy hablando del Ello, que, por consiguiente, no todo está tan definido y claro como parecen insinuarlo las palabras, que se trata de cosas que se mezclan y confunden mutuamente, a las que sólo se puede separar de una manera artificial. Nos imaginamos líneas que dividen la superficie del globo terrestre longitudinal y transversalmente. Pero a la superficie en cuanto tal, esto poco le importa; puede ser que se diga que al Este de los sesenta grados longitud hay

agua, pero también hay alguna al Oeste. No son más que instrumentos de orientación. Y por lo que al interior de la tierra respecta, estas líneas son sólo utilizables de una manera limitada con fines exploratorios.

Sin dejar de tener en cuenta estas reservas, quisiera, además, decir que el hombre posee un determinado potencial afectivo, sin que hayamos de detenernos ahora a considerar si se trata de simpatías o aversiones. Tampoco sé si este potencial es siempre igualmente grande. Esto no lo sabe nadie y, posiblemente, nadie llegará a saberlo. Pero basado en la autoridad que me confiere el hecho de ser yo el autor de estas cartas, propongo que se considere el potencial afectivo existente y a disposición del hombre como invariablemente igual. ¿Qué es lo que hace el hombre con él?

No existe la menor duda de que la mayor parte de esta masa de sentimiento, prácticamente casi toda, la invierte en sí mismo; una parte mucho más pequeña en comparación, pero con una importancia muy grande en la vida, puede ser orientada hacia el exterior. Este exterior es, a su vez, harto variado: tenemos personas, objetos, lugares, datos, costumbres, fantasías, actividades de toda especie; en pocas palabras, todo lo que pertenece a la vida puede ser utilizado por el hombre para hacerlo objetos de sus sentimientos; es decir, él propiamente es que el hombre tiene la posibilidad de cambiar los objetos de sus sentimientos, es decir, él propiamente no lo puede, sino que su Ello le obliga a cambiarlos. Pero ofrece la apariencia de como si él, su Yo, lo hiciera. Tome usted, por ejemplo, a un lactante: es muy probable que sienta inclinación por la leche. Después de algunos años la leche le resulta ya indiferente o, tal vez, desagradable; prefiere caldo, o café, o puré de arroz, o lo que sea. Pero ni siquiera necesitamos tomar espacios de tiempo tan largos; ahora mismo, por ejemplo, tiene ganas de beber, dos minutos más tarde está cansado, quiere dormir, o jugar, o dar gritos y chillidos. Le retira su favor a un objeto, la leche, y se lo dedica a otro, el sueño. En él se repiten siempre de nuevo una serie de afectos y él encuentra gusto en ellos y trata de procurarse la fruición de éste o aquel sentimiento siempre de nuevo. Algunas de sus inclinaciones son para él necesidades vitales que lo acompañan durante

toda su vida. Entre ellas está, por ejemplo, el amor a la cama, a la luz o a lo que a usted se le ocurra. Ahora bien, de entre todos los seres vivientes que rodean al niño hay al menos uno que requiere, de manera suprema, sus sentimientos, y éste es la madre. Sí, se puede afirmar con bastante razón que esta inclinación hacia la madre —que siempre, por lo demás, condiciona a su opuesto, a la aversión— permanece de una manera análogamente invariable a la que él siente por sí mismo. En todo caso es, sin lugar a duda, la primera, pues se forma ya en el seno materno. ¿O acaso pertenece usted también a esa rara especie de personas que opinan que los niños, antes de nacer, carecen de sentimientos? Espero que no.

Así, pues, sobre este solo ser, sobre la madre, amonтона el niño, al menos por un tiempo, tantos sentimientos que todos los demás hombres no entran ni siquiera en consideración. Pero esta inclinación, como todas las simpatías, y aún más que otra cualquiera, está preñada de desengaños. Como usted sabe, los sentimientos ven las cosas y los hombres de una manera diferente a como ellos en realidad son, se hacen una imagen del objeto de sus simpatías y aman a esa imagen, no propiamente al objeto. Una tal imagen se hace también el niño alguna vez de su madre; quizá, y hasta probablemente, se hace incluso diferentes imágenes de este estilo. Pero en aras de la sencillez, vamos a quedarnos con una sola imagen y a ésta, como es ya costumbre, vamos a llamarla la imagen materna. Tras esta imagen materna corre la vida sentimental del hombre mientras está en la tierra. Y la atracción es tan fuerte que, por ejemplo, la nostalgia del sueño, la nostalgia de la muerte, del reposo, de la protección, pueden concebirse muy bien como nostalgia de la imagen materna, cosa a la que habré de sacarle partido en mis cartas. Esta imagen de la madre posee rasgos comunes; así, por ejemplo, éstos que ahora mismo acabo de nombrar. Junto a ellos hay también propiedades típicamente individuales que únicamente corresponden a una imagen determinada vivida por un determinado y concreto individuo. Así, por ejemplo, esta imagen posee cabellos rubios, lleva el nombre de Ana, tiene una nariz colorada o un lunar en el brazo derecho, ostenta unos pechos llenos y huele

de una determinada manera, va un poco inclinada o tiene la costumbre de estornudar fuerte, etcétera. Para este ser imaginado, hijo de la fantasía, reserva el Ello determinados valores sentimentales, los tiene a su disposición. Ahora imagínese usted que un día este hombre —o esta mujer, pues ello es indiferente— encuentra a una persona que se llama Ana, que es rubia y lletita, que estornuda fuerte. ¿No se da aquí la posibilidad de que esa inclinación adormecida hacia la imagen materna reciba una profunda sacudida? Y si las circunstancias son favorables —ya nos entenderemos usted y yo al respecto—, lo que pasa es que ese hombre recoge todo lo que tiene de sentimiento hacia la imagen materna y lo transfiere a esa tal Ana. Su Ello le obliga a hacerlo, le obliga a transferir.

¿Ha comprendido usted lo que yo entiendo por transferencia? No deje de preguntar en caso de que no sea así. Pues en caso de que no me haya expresado con claridad, todo lo que vaya a decir en adelante es inútil. Usted debe hacerse con el significado de la transferencia, si no es imposible seguir hablando del Ello.

Sea usted buena y conteste esta pregunta a su fiel y s. s.,



PATRIK TROLL

Querida amiga: La última carta le resultó a usted demasiado seca. A mí también. Pero deje usted de criticar. No es usted la que me inspira lo que yo digo, por lo que no puede esperar que diga lo que a usted le gustaría. Decídase de una vez para siempre a no buscar en mis cartas las alegrías y las preferencias de su Yo, léalas como se leen las narraciones de viajes o las novelas policíacas. La vida es más que suficientemente seria y, por eso, con toda intención, no se debería tomar en serio ni las lecturas, ni el estudio, ni el trabajo, ni nada.

Usted se queja también de que falta claridad. Ni la transferencia ni la represión han llegado a ser cosa

verdaderamente vivas delante de sus ojos, como usted y yo lo deseamos. Son, para usted, aún palabras vacías.

En esto no puedo estar de acuerdo con usted. ¿Puedo llamarle la atención sobre un lugar en su última carta que demuestra lo contrario? Usted habla de su visita a Gessners, por cuya comicidad —dicho sea de paso— la envidia a usted, y cuenta cómo una joven estudiante se las arregló para cargar con toda la cólera de Gessners y lo que éste tenía a mano porque se atrevió a contradecir al todopoderoso de los del último curso de bachillerato y, en su exaltación, a poner en duda la utilidad de las clases de griego. «Yo debo reconocer —sigue usted— que ella se portó de una manera poco educada con el viejo profesor, pero no sé cómo en ella me agradó todo. Quizá se debió a que me recordaba a mi desaparecida hermana, que, como usted sabe, murió en medio del examen de estado. A ella le pasaba lo mismo, podía ser cortante, casi mordaz y, en caso de estar exaltada, hiriente. Para colmo, la muchacha tenía una cicatriz encima del ojo izquierdo, exactamente lo mismo que mi hermana Susa.» Aquí mismo tiene usted una transferencia de primera categoría. Por tener alguien una semejanza con su hermana, ya le es a usted simpática, aun cuando usted misma se da cuenta de que esa simpatía no está del todo justificada. Y, lo más bonito de todo: usted misma, sin saberlo, presenta en la carta el material que explica cómo ha llegado a tener lugar la transferencia. ¿O, acaso, me equivoco? ¿Es que no procede de su hermana el anillo de topacio, de cuya pérdida y reencuentro usted, totalmente en contra de lo que acostumbra en sus cartas, hablaba detalladamente un poco antes? Sus pensamientos estaban ya ocupados con su hermana Susa antes de que usted viese a la muchacha.

Y ahora vayamos a la represión: Después de haber escrito que su maleducada amiga tenía una cicatriz por encima del ojo izquierdo, «exactamente igual que mi hermana Susa», sigue usted: «Yo no sé propiamente si Susa tenía su cicatriz sobre el ojo izquierdo o sobre el derecho.» ¿Por qué, por qué no lo sabe usted, tratándose de una persona tan cercana, a quien usted ha visto todos los días durante veinte años y cuya cicatriz se le debía precisamente a usted? Pues es la misma que usted, de niña, le hizo «sin querer», jugando con las tijeras, ¿no? Ya sabe usted. que mi opinión es que

ello no aconteció sin querer. Como usted recordará, ya hablamos una vez del asunto y usted acabó concediendo que alguna intención sí debió existir. Una tía había ponderado los ojos de Susa, mientras que los de usted los había comparado con los de una gata, para provocarle. El hecho de que usted no sepa si la cicatriz estaba a la derecha o a la izquierda es consecuencia de la represión. El atentado contra los hermosos ojos de su hermana de usted le resultó, desde el principio, desagradable, aunque sólo fuera por el hecho de que temía las reprimendas y el disgusto de la madre. Usted ha tratado de acabar con estos recuerdos, ha tratado de reprimirlos, pero eso sólo lo ha conseguido parcialmente. Solamente ha logrado echar de la conciencia el recuerdo de dónde estaba la cicatriz. ¿Que de dónde sé yo todo esto? Porque usted me ha contado que, desde la muerte de su hermana, al igual que a ésta, le aqueja a usted un dolor de cabeza que sale del ojo y le abarca todo el sector izquierdo de la cabeza, y porque su ojo izquierdo de vez en cuando —no es que le haga a usted feo, pero es cierto— no mira a derecha, sino que bizquea un poco como si buscara ayuda hacia fuera. Usted, en aquella ocasión, inventó la palabra «sin querer» para tratar de darle apariencias de bien a lo que estaba mal, e hizo trasladar la herida en su fantasía desde el lado izquierdo, el lado malo, el injusto, al lado bueno, al derecho. Pero el Ello no se deja engañar fácilmente. Para significarle a usted que había hecho mal, debilitó el nervio del músculo de uno de sus ojos, la amonestó a usted a que no se apartara otra vez del camino recto. Y cuando murió la hermana usted heredó su dolor de cabeza, el dolor del lado izquierdo de su cabeza, que tan terrible le resultaba a usted siempre. A usted entonces, siendo niña, no la castigaron, probablemente porque temblaba tanto de miedo que la madre sintió compasión de usted; pero el Ello reclama su castigo, y si se le quita la alegría de conseguirlo, algún día, a menudo muy tarde, acaba consiguiendo vengarse, de eso no hay duda, y más de una enfermedad enigmática nos descubre su secreto si preguntamos por los azotes que no recibimos y debimos recibir en nuestra infancia.

¿Puedo darle aún otro ejemplo de represión sacado

de su misma carta? Es muy aventurado, si usted quiere, quizá hasta traído por los pelos, pero yo creo que es cierto. Hablé en mi última carta de tres cosas: transferencia, represión y símbolo. En su respuesta hace usted referencia a la represión y a la transferencia, pero de los símbolos ni palabra. Y el símbolo del que ante todo hablé era el anillo. Pero hete aquí que en lugar de hablarme del símbolo en su carta, lo pierde usted en la figura de su anillo de topacio. ¿No es gracioso esto? Según mis cálculos —y su carta me da la impresión que los confirma— recibió usted mi carta con las bromas alrededor del jugar con el anillo el mismo día que perdió usted el anillo de su hermana. Y ahora, séame usted, por favor, buena y sincera. Su hermana Susa era la más cercana en edad a usted, y a mí me parece casi seguro que ustedes se enteraron juntas de los secretos sexuales, de cuyos comienzos uno no se acuerda o no se quiere acordar. Teniendo esto en cuenta, dígame: ¿No tenía Susa algo que ver con esos juegos y el anillo de la mujer, es decir, con el aprendizaje de la masturbación? He venido a parar aquí porque usted responde de una manera muy corta y seca a mis explicaciones sobre la masturbación. Me parece que usted, oprimida tal vez por su conciencia de culpa, es de todo punto injusta con esta inocente satisfacción humana. Pero no olvide usted que la Naturaleza da a los niños hermanos y compañeros de juegos para aprender de ellos la sexualidad.

¿Me permite volver de nuevo sobre aquel extraño acontecimiento humano, sobre el cual no hace mucho ya comencé a hablar, es decir, sobre los partos? Me ha llamado la atención de que mi aserto de que el dolor potencia el placer lo haya aceptado usted sin contradicción. Recuerdo muy bien haber discutido una vez muy vivamente con usted sobre el placer que siente el hombre en hacer daño y en sufrirlo. Fue en la calle de Leipzig, en Berlín. Uno de los caballos de una diligencia había caído y la corriente de los que circulaban por la calle se concentró implacablemente en aquel lugar. Hombres, mujeres, niños, gente bien vestida y trabajadores con mono, todos observaban, con mayor o menor satisfacción, los esfuerzos del animal por levantarse. En aquella ocasión me tachó usted a mí de rudo y

bárbaro porque dije que era bueno que aconteciesen estos accidentes y hasta llegué a declarar como natural y explicable el interés que las señoras ponen en los procesos judiciales contra asesinos, en las catástrofes mineras, en los accidentes de navegación, etcétera.

Podemos, si usted quiere, reanudar la discusión. Tal vez ahora lleguemos a una conclusión.

Los dos acontecimientos importantes de la vida de una mujer y, por extensión, de la vida de cada hombre, pues sin estos dos sucesos nadie podría existir, son el primer acto sexual y el parto, y ambos están indisolublemente asociados al dolor. La coincidencia es tan llamativa que yo no puedo menos sino tratar de encontrarle un sentido. Sobre el carácter placentero de los dolores del parto se puede discutir, a causa de los gritos que la mujer exhala, pero en lo que a los placeres de la primera noche respecta, no hay diferencia de opiniones. Es precisamente con lo que las chicas sueñan dormidas y despiertas, lo que el hombre y el muchacho se imagina y desea. Hay chicas que, según dicen, tienen miedo al dolor. Siga usted investigando; se encontrará con que los fundamentos de ese temor son otros. Se trata de problemas de conciencia, de complejos masturbatorios y de representaciones infantiles muy ocultas que hablan de lucha entre los padres, violencia por parte del padre y heridas sangrientas en la madre. Hay mujeres que cuando recuerdan la primera noche con su marido las invade un auténtico escalofrío de terror: siga usted investigando, y dará con la frustración, con el desengaño de que todo quedó muy lejos de lo que ella había esperado y, más profundamente, se encontrará aún con la prohibición materna al gozo sexual y con el miedo a la herida. Ha habido épocas, e incluso épocas de superior cultura, como entre los griegos, en que el hombre retrocedía, temeroso, ante la desfloración de la mujer, y encomendaba esta tarea a un esclavo, pero todo esto no pone en tela de juicio el deseo del primer acto de amor, deseo que conmueve y excita las profundidades del ser humano. Procúrele usted a esa chica que tiene miedo un amante prudente que la haga deshacerse de su sentimiento de culpabilidad y sepa transportarla en éxtasis; sin duda que apurará el dolor loco de placer. Procúrele usted a la mujer desengañada un compañero

que sea capaz, a pesar de tener ya roto el himen, de excitar su fantasía de tal modo que tenga la sensación de estar realizando su primer acto: su vagina se contraerá, apurará con delirio la delicia del dolor del que una vez se vio privada y hasta sangrará, para engañarse a sí misma. El amor es un arte muy extraño que sólo en parte se puede aprender, y si alguien lo gobierna, eso es el Ello. Eche usted una ojeada en los secretos quehaceres matrimoniales; se admirará de constatar cómo personas, ya incluso con muchos años de matrimonio, vuelven a revivir la noche de bodas, no sólo en su fantasía, sino con todas sus alegrías y temores. Y hasta el hombre que tiembla cuando piensa en el dolor que va a causar a la amada, cumplirá su cometido con alegría si su compañera sabe seducirlo.

Con otras palabras, el dolor pertenece, de derecho, a estos supremos momentos de placer. Y todo, sin excepción, todo lo que se pueda decir contra esta frase tiene sus fundamentos en el miedo, en la conciencia de culpa del hombre, sita en las profundidades de su alma. Y cuanto más grandes son, con mayor fuerza afloran en el momento de realizarse todos los deseos revestidos de miedo ante el dolor. En realidad, se trata de miedo ante un castigo ya hace tiempo merecido.

Así pues, no es verdad que el dolor sea un obstáculo para el placer, pero sí es, por el contrario, cierto que es una condición para el mismo. Así pues, tampoco es verdad que el deseo de causar daño sea antinatural y perverso. No es verdad lo que usted ha leído y aprendido sobre el sadismo y el masoquismo. Tachar de perversiones a estas dos inclinaciones humanas imprescindibles, implantadas sin excepción en todos los hombres lo mismo que la piel y el cabello, que pertenecen a su esencia, es consecuencia de la necedad colosal de un erudito. Que los demás la repitan, se comprende. Durante milenios se ha educado al hombre para la hipocresía, y ésta es ya una segunda naturaleza en él. Sadistas somos todos y cada uno, masoquista es cualquiera. Todo el mundo se ve coaccionado por su naturaleza a desear hacer daño y a desear sufrirlo: el Eros le obliga a ello.

Pues la segunda parte de la cuestión es ésta: no es verdad que un hombre quiera ocasionar dolor y otro

quiera sentirlo, que el uno es sadista y el otro masoquista. Todo hombre es las dos cosas a la vez. ¿Quiere usted la prueba?

Es fácil hablar de la rudeza del varón y de la delicadeza de la mujer y todos los carcamales de uno y otro sexo y todos los beatos lo repiten ante el común aplauso de los que piensan como ellos, entre los cuales debemos contarnos también nosotros, con tantas horas de hipocresía a la espalda. Pero deje usted caer a alguno de esos femeninos seres en frenesí dionisiaco —no, esto no es necesario, y no pegaría bien que usted, como mujer, lo hiciera—, no, déle únicamente la libertad, el ánimo, de dejarse llevar de sus instintos, de amar verdadera y auténticamente, de mostrar su alma desnuda, y usted verá cómo muerde y araña como un animal, cómo hace daño y goza en ello.

¿Se acuerda usted del aspecto que tenía su hijo en el momento de nacer: con inflamaciones, magullado, como un gusanito muy maltratado? ¿Se ha dicho usted alguna vez: eso lo hice yo? Oh, no, de ninguna manera; todas las madres y las que piensan serlo se contentan con hacer gala de los propios dolores. Pero parecen no tener ni rastro de sentimiento por oprimir sin misericordia a una criatura delicada e indefensa con la cabeza para adelante tratando de forzarlo a través de un paso excesivamente estrecho, y esto durante horas enteras. Es más, hasta tienen el empaque de decir que el niño ni sufre ni se entera. Pero si el padre o alguna otra persona coge al recién nacido de manera un poco brusca, en seguida gritan: «Le haces daño al niño», «este manazas de Pedro», y cuando sale al mundo, sin aliento, la comadrona le azota en el culo hasta que, como prueba de que siente y le duele, llora. No es verdad que los sentimientos de la mujer son tiernos, que odia la rudeza y la desprecia. Esto lo hace únicamente cuando los rudos son los otros. A su propia dureza y rudeza las llama ella sagrado amor maternal. ¿O cree usted que un Calígula o cualquier otro sadista se iba a imaginar, así, como si nada, un tormento tan fácil y tan refinado como es oprimir a uno haciéndolo pasar con la cabeza por un agujero estrecho? Yo vi una vez a un chiquillo que había metido su cabeza por un enrejado y que luego no podía ni entrar ni sacarla. Jamás me olvidaré de sus gritos.

La crueldad, el sadismo, si usted quiere llamarlo así, es una cosa de ningún modo ajena a la mujer. No es necesario ser una madre desnaturalizada para atormentar a los propios hijos. No hace todavía mucho que usted me contó cómo una de sus amigas se solazaba en el rostro ofendido y sorprendido de su hijo, cuando, de repente, le sacaba el pezón de su boquita hambrienta. Un juego, sin duda, fácilmente comprensible y por todos nosotros repetido en esta u otra forma. Pero es un jugar con el tormento ajeno y..., pero bueno, antes tengo que decirle lo que significa, aun cuando usted misma debería descubrirlo, caso de acordarse de los símbolos. La madre, mientras el niño chupa, hace las veces del varón, mientras que el niño ocupa el lugar receptor de la mujer, para decirlo con toda claridad: la boca del niño es el órgano genital femenino, que incorpora en sí misma la mama como órgano genital masculino. Hay un parentesco simbólico, un parentesco muy íntimo entre el acto de mamar y el coito, simbolismo que es utilizado para fortalecer los lazos entre madre e hijo. El juego de su amiga comporta una tonalidad —supongo que inconscientemente— que es claramente erótica.

Y así como la mujer, cuyo campo es, según se dice, el dolor, no deja de procurar dolor gozando en ello, así el hombre, violento, busca también el sufrimiento. El placer del hombre es el esfuerzo, el tormento de la tarea a cumplir, la seducción del peligro, la lucha, y, si usted quiere, la guerra. La guerra en el sentido de Heráclito; la guerra con los hombres, las cosas, los pensamientos. Y al contrincante que más le hace sufrir, a la tarea que casi lo ahoga, es lo que más ama. Lo que más ama es la mujer, el enemigo que más le hiere. No admite usted al hombre que corre detrás de una coqueta sin entrañas, admire usted más bien a aquél que no lo hace. Y cuando vea usted a un hombre que ama apasionadamente, saque, con toda tranquilidad, la conclusión de que su amada es de corazón cruel, profundamente cruel, de esa manera de ser cruel que parece que destila bondad y, como jugando, hiere.

Todo esto le resulta a usted, sin duda, paradójico; le resulta una típica broma del maligno. Pero desde el momento en que se ha puesto usted a buscar razones para refutarme, se le han ocurrido ya infinidad de cosas que confirman lo que yo digo. El hombre es concebido en

dolor —pues la auténtica concepción es la de la primera noche— y en dolor nace. Y todavía más: es concebido y parido en sangre. ¿No ha de tener esto ningún sentido?

Reflexione usted al respecto. es suficientemente inteligente para ello. Ante todo, vaya haciéndose usted a la idea de que el hombre recién nacido siente, de que siente incluso tanto y más que una persona mayor. Una vez captado esto, considere otra vez lo que acontece con el nacimiento. Como se dice: el niño sale a la luz del mundo; el hombre ama esta luz, la busca y se la inventa para espantar las tinieblas de la noche. Sale de una estrecha cárcel a la libertad, y el hombre ama la libertad por encima de todo. Por primera vez consigue respirar, goza del placer de arrastrar el hálito de la vida a su interior; durante toda su vida es el libre respirar, para él, lo más hermoso. Angustia, miedo a axfisiarse es lo que le oprime durante el nacimiento, y esta angustia es su inseparable compañera durante todos los días de su vida, en todas las supremas alegrías, en todas las alegrías que hacen retozar su corazón. Dolor experimenta él en su empuje, camino de la libertad; dolor le ocasiona a su madre con su cabeza, y ambas cosas las sigue buscando siempre, eternamente siempre, víctima de un eterno retorno. Y lo primero que perciben sus sentidos es el olor a sangre mezclado con los raros y excitantes vapores del seno materno. Usted es una mujer instruida, usted sabe perfectamente que en la nariz hay un punto íntimamente relacionado con los genitales. El lactante tiene este punto lo mismo que cualquier hombre mayor y a usted le resultará increíble cuando se entere qué sabiamente sabe aprovechar la naturaleza el aparato olfativo del pequeño. La sangre que el hombre derrama cuando viene al mundo, cuya esencia respira la primera vez que se abren sus pulmones y que jamás podrá olvidar, es la sangre de su madre. ¿Por qué no habría de amarla? Profundamente oculto, detrás de todo esto, se esconde algo que une con fuerte y divina mano a madre e hijo, a saber, la culpa y la muerte. Pues quien derrama sangre ha de pagarlo con el derramamiento de la suya.

Ay, querida amiga, el lenguaje humano y el humano pensamiento son débiles instrumentos cuando quieren dar noticia del inconsciente. Pero las palabras madre e

hijo lo hacen a uno pensar. La madre es la cuna y la tumba; da vida para morir.

Y si no me decido de golpe y porrazo a terminar, no voy a acabar nunca esta carta.

PATRIK TROLL

8

Querida amiga: No me cabía la menor duda de que me iba a dar la razón en muchas cosas; es más, me atrevo a suponer que poco a poco, si bien no en todos los detalles, al menos sí en lo principal acabará coincidiendo conmigo. Por de pronto, usted se burla todavía y sostiene la opinión de que tres cuartas partes de lo que digo es producto de mi espíritu de contradicción y que, del resto, al menos la mitad sirve al plan de salvar mi alma sádica. «Para prestarle fe a sus palabras — escribe usted— habría que abandonar la convicción de que existen vicios antinaturales, y que todo lo que estamos acostumbrados a llamar perversiones, como son la masturbación, homosexualidad, sadismo, sodomía, o como se llamen todas estas cosas, no son más que tendencias naturales y normales en el hombre, patrimonio común de nuestra alma.»

¿No hemos hablado ya una vez de la palabra «antinatural»? Para mí es la expresión típica del humano delirio de grandeza. Al hombre le gustaría sentirse dueño y señor de la Naturaleza. Se divide el mundo en dos partes: lo que al hombre le va en cada caso, eso es lo natural; a lo que le repugna, lo llama antinatural. ¿Ha visto usted alguna vez algo que esté fuera de la Naturaleza? Pues esto es lo que significa la palabra antinatural. Yo y la Naturaleza, piensa el hombre, y no se siente cohibido en asemejarse, en esto, a Dios. No, burlesca mía, no. Lo que es, es natural, por mucho que le parezca a usted ir contra la regla, oponerse a las leyes naturales. Estas leyes naturales son creaciones humanas, no lo olvide usted, y si algo no concuerda con ellas, lo que tenemos ahí es la prueba de que son falsas. Borre

usted la palabra antinatural de su vocabulario; dirá, en adelante, una tontería menos.

Y ahora vayamos a lo de las perversiones. Un investigador, que me merece la más alta consideración, ha demostrado que el niño posee todas las tendencias perversas imaginables; como él dice, el niño es multiperverso. Dé usted un paso más y diga que todo hombre es multiperverso, que todo hombre encierra en sí todas y cada una de las tendencias perversas, y tendrá exactamente mi opinión. Pero en este caso ya es innecesario y poco práctico seguir utilizando el término perverso, pues ello contribuye a dar la impresión de que estas tendencias propias, inalineables y permanentes en el hombre, son algo de excepción, algo extraño y llamativo. Si lo que usted pretende es insultar, entonces utilice la palabra vicio o suciedad, o lo que tenga a mano. Mucho más hermoso sería, de todas formas, que usted tratase de vivir según el dicho: «Nada humano me es ajeno», un ideal que, por supuesto, jamás alcanzaremos, pero que está justificado y al que uno, como médico, se siente plenamente obligado. Habremos de hablar todavía muy a menudo de esas inclinaciones que usted llama perversas y que yo supongo como dadas en todos y cada uno de los hombres, y también sobre los motivos que llevan al hombre a mentir, en estas cosas, en su perjuicio.

Al menos me ha concedido usted un triunfo muy hermoso, y estoy orgulloso de él. No hace mucho me había llamado usted impío por haber hablado del odio de la madre para con sus hijos, y hoy me cuenta usted —y no se deja de notar su satisfacción en ello— cómo la joven señora Dahlmann derrama amargas lágrimas al no tener ya lugar la primera menstruación después de la luna de miel. ¡Qué plásticamente es capaz usted de escribir! Yo estaba materialmente viendo la rabia contenida con que esa joven dama de mundo se ponía el corsé y lo apretaba con todas sus fuerzas para ahogar la vida que llevaba en sus entrañas. Es realmente una pena que una, durante todo el noviazgo, no piense más que en la alegría del momento en que entrará como esposa del presidente del brazo de este rey por un día en el salón de baile, con la mirada puesta en mañana, día en que se le describirá, de los pies a la cabeza, como la encantadora señora Dahlmann; es triste que unas simples gotas de

semen todo lo destruyan y la conviertan a una en una masa informe.

¿Encuentra usted grave el hecho de que el ansia de gozar y la vanidad humana sean tan grandes? ¿Que se lleve a poner en escena un pequeño intento de asesinato por causa del mero disfrute de un baile? Excluya usted de su pensamiento esas dos poderosísimas palancas de la cultura. ¿Qué sería de usted? En muy poco tiempo sería usted presa de los piojos y las pulgas, pronto empezaría a comer la carne con las manos, comería las zanahorias tal como las saca de la tierra, no se volvería a lavar las manos, y sus dedos o su lengua cumplirían con el cometido del pañuelo. Créame usted, mi opinión de que en la inclinación a masturbarse —pues ahí radican el sentido por lo bello y la limpieza— descansa el mundo, no es tan tonta como le parece.

A mí me resulta muy comprensible la aversión de la madre por el hijo. Que en el día de hoy no es nada agradable para una mujer esperar a un niño, es una cosa que de nuevo he podido experimentar no hace mucho. Iba yo por la ciudad y, a unos veinte pasos delante de mí, una mujer de la clase media en estado de gravidez avanzada. Se le cruzaron dos escolares, dos niñas de doce a trece años, la examinaron de arriba abajo y, apenas la habían rebasado, le dice la mayor a la otra, con esa típica risa de pollita estúpida: «¿Le has visto la barriga? Va a tener un niño». Y la otra: «¡Ay!, déjate de asquerosidades, no quiero saber nada de eso». La mujer debió oír algo de esto, pues se volvió como si fuera a decir algo, pero luego siguió adelante sin decir nada. Pocos minutos después —la calle estaba vacía— pasó un transporte de madera. El conductor guiñó a la mujer y le gritó: «Usted anda enseñando lo que tiene para demostrar que su marido aún duerme con usted». La cosa no se le hace nada fácil a las mujeres, hay que reconocerlo. La gloria de la fecundidad, que antes la ayudaba a soportar los trabajos del embarazo, hoy ya no le vale. Al contrario, la muchacha se desarrolla temerosa de los hijos. Bien considerado, toda la educación de nuestras hijas consiste en tratar de protegerlas de dos cosas: del contagio venéreo y de los hijos ilegítimos y, a este objeto, no sabemos hacer otra cosa que representarle el amor sexual como un pecado y el parto como un peligro. Hay gente que llega a com-

parar las probabilidades de muerte de los partos con las de las batallas en la última guerra mundial. Esto no es, por supuesto, más que la expresión desvariada de la angustia de nuestra conciencia en una época muy difícil que, cada vez más, se enreda de manera más profunda en el complejo de culpabilidad que crea la hipocresía, una hipocresía que afecta precisamente a las regiones de la vida. Por eso nuestra época se hunde cada vez más.

El deseo de la muchacha por el niño se produce con una violencia de la que pocos se dan cuenta, y ya en una época de la vida en que no distingue entre matrimonial y prematrimonial, y las semioscuras insinuaciones de los mayores que se refieren a los hijos ilegítimos, las aplican ellas a los hijos en su generalidad, quizá no con la inteligencia, pero sí, sin duda, con lo que se encuentra por debajo de ésta. Mas éstas son cosas que se podrían remediar, que, de hecho, tratan de remediar este o aquel pueblo, esta o aquella época. Sin embargo, en la misma naturaleza de la mujer, de la persona humana, hay razones para odiar a los niños que son inmutables. En primer lugar, el niño priva a la mujer de una buena parte de su belleza, y ello no solamente durante el tiempo del embarazo; aún después quedan muchas cosas destruidas que no se pueden volver a reparar. Una cicatriz en la cara hasta puede llegar a realzar la belleza de las facciones, y yo creo que su hermana de usted en el fondo le podría haber estado agradecida por esa interesante herida junto al ojo. Pero pechos caídos y vientre marchito son considerados como feos, y sólo una cultura que va dirigida a la procreación y abundancia de hijos llegará a apreciarlo.

El niño ocasiona fatiga, preocupación, trabajo y, sobre todo, exige renuncia a muchas cosas, dignas de ser vividas. Sé muy bien que las alegrías de la maternidad pueden compensar todos esos dolores, pero el contrapeso está ahí, y en caso de que uno quiera imaginarse tales relaciones es preferible no recurrir a la balanza, donde un platillo está abajo, con el peso, y el otro está en lo alto, sin moverse. Es mejor sopesar las cosas con las manos, continuamente, sopesar el valor de una invitación al baile, a un viaje a Roma, etc. Es un continuo balanceo, una renuncia siempre renovada que comporta sus dolores y sus heridas.

Naturalmente, siempre es posible prepararse para esta renuncia, para estos trabajos y preocupaciones, protegerse contra ellos. Hay sensaciones que las madres no conocen de una manera clara, que las perciben, pero no permiten que se desarrollen, cuyo garfio envenenado, sólo por no perder nada de la grandeza de la maternidad, se clavan ellas en sí mismas cada vez más profundamente.

Una vez la llevé yo a usted conmigo a un parto. ¿Se acuerda usted? Yo no me dedico a hacer de tocólogo, pero la situación con aquella mujer era excepcional, por lo que me pidió que fuese precisamente yo quien le ayudase. Entonces no le conté a usted nada más sobre el caso, pero ahora lo voy a hacer. Aquella mujer estuvo conmigo, bajo tratamiento, durante todo el tiempo del embarazo. Primero tenía vómitos, luego desmayos, hemorragias, dolores, inflamación de las piernas, y todas las sorpresas que se acostumbran a dar en ese tiempo. Lo que ahora pretendo subrayar es el miedo cervical que tenía a tener un niño con un pie tullido y a morir en el parto. Como usted sabe, el niño vino al mundo completamente sano, y la mujer vive todavía; pero por mucho tiempo aún le quedó metido en la cabeza de que al niño le habría de pasar algo en el pie. La razón que ella daba era que a su hijo mayor, unas pocas semanas después del nacimiento, se le formó, de manera misteriosa, una bolsa de pus en la articulación de la rodilla de la pierna izquierda que presentó mal cariz, tuvo que ser operado y, como consecuencia, le quedó una cicatriz que estorbaba levemente la normal utilización de la articulación. Tengo que dejarle a usted a su propio arbitrio sobre si él pus tenía algo que ver con lo que le voy a contar; yo, por mi parte, creo que sí, aun cuando no puedo aducir de qué manera la madre—inconscientemente, por supuesto—provocó la enfermedad.

La mujer de quien estoy hablando fue la mayor en una familia de cinco hijos. Con los dos mayores se entendía bien; por el cuarto, que la precaria situación de sus padres había hecho que se lo encomendaran temporalmente a su cuidado, sentía ella de antemano una fuerte aversión, aversión que siempre se mantuvo y que aún hoy día perdura. Cuando estaba en camino de venir al mundo el quinto hijo cambió el carácter de la chica, que se unió más a su padre, se oponía más a su madre,

maltrataba a la hermana más pequeña; en pocas palabras, se convirtió en un verdadero demonio. Un día que se le mandó cuidar de la pequeña, se apoderó de ella una verdadera rabia, lloraba y pataleaba, y al ser castigada y obligada a obedecer por la madre, se puso junto a la cuna y empezó a moverla furiosamente con los pies, de modo que la niña comenzó a llorar mientras ella no dejaba de repetir entre dientes: maldita bruja, maldita bruja. Una hora después la madre tuvo que meterse en la cama y mandar buscar a la comadrona. En esta ocasión ella pudo ver cómo la madre sangraba copiosamente. El niño nació aquella misma noche, pero la madre hubo de pasar aún muchos meses en la cama y nunca llegó a recuperarse del todo. Entonces fue cuando a la muchacha se le metió en la cabeza —y metido lo tiene aún— que fueron sus maldiciones las que ocasionaron la enfermedad de la madre y que ella es la culpable de todo. Naturalmente, éste es un episodio de los que acontecen muy a menudo, que es suficientemente importante como para juzgar los golpes del destino, la formación del carácter, las predisposiciones patológicas y el miedo a la muerte de los individuos en cuestión, pero de por sí no es suficiente como para explicar el temor de que el niño que se espera va a ser tullido de un pie. El pataleo, el malintencionado movimiento de la cuna con los pies, con la semiconsiente intención de tirar al suelo a la hermanita, ofrecen sin duda indicios, pero indicios que solos no son suficientemente poderosos. El haber de culpabilidades vino acrecentado por otro lado. En la aldea donde mi parturienta vivía, vivía también un loco de pies lisiados que, no más salir el sol, era puesto por sus padres delante de la casita en una silla, y a pesar de tener ya dieciocho años jugaba con piedras y maderos como un crío de tres. Las muletas las tenía al lado, pero no sabía utilizarlas sin ayuda y parecía que sólo las usaba para amenazar a los niños del pueblo, que no paraban de tomarle el pelo, a la vez que lanzaba unos gritos salvajes e inarticulados. La pequeña Frieda —éste es el nombre de la mujer a cuyo parto asistió usted—, que por lo demás era el ejemplar del niño bien educado, participó, durante su época mala, un par de veces en las burlas de los demás, hasta que un día la madre se enteró, le dio una buena reprimenda y, entre otras cosas, le dijo: «Dios Nuestro Señor lo ve

todo y te va a castigar, de modo que tú también tengas un día un niño como ése.» Pocos días después aconteció lo que antes le he contado.

Ahora la relación ya está bastante clara. Al disgusto básico del embarazo de la madre se le juntan estos dos episodios más: la amenaza del castigo de Dios por burlarse de una desgracia y la enfermedad de la madre, concebida como consecuencia de la maldición: maldita bruja. Ambas cosas son para un creyente —y Frieda ha recibido una educación católica estricta— pecados graves. Estos son reprimidos y reaparecen en forma de miedo cuando el embarazo ofrece una relación externa con los acontecimientos de la infancia. A ambos sucesos les es común el hecho de que los pies jugasen algún papel, y este dato, de por sí secundario, se apodera, como suele acontecer, de la conciencia de culpa y aflora a la superficie en la forma de miedo a un nacimiento monstruoso, mientras que el concomitante miedo a morir no alcanza a emerger con tanta fuerza y, aparentemente, desaparece antes. Sólo aparentemente, pues algunos años más tarde volvió a aparecer en forma extrañamente interesante como miedo al cáncer y, como antes, asociada con la maldición a la madre. Pero esto ya no corresponde a este lugar.

Tengo que llamarle la atención sobre un hecho del que ya hice mención, pero que probablemente escapó a su atención, para que usted comprenda por qué me he puesto a contarle esta historia, cuando de lo que se trata es del odio de la madre para con los hijos. Durante el embarazo de su madre, Frieda no sólo le cogió aversión a éste, sino que se unió con su padre de una manera tal que aún ahora, después de muchos años, no puede menos de resaltar. Esto es el complejo de Edipo, del que usted sin duda ya tendrá noticia. Pero para andar seguros voy a tratar de describirlo con dos palabras. Por complejo de Edipo se entiende la pasión del hijo por el progenitor que ostenta los caracteres del sexo contrario, es decir, del hijo por la madre y de la hija por el padre. El otro extremo es que, a la vez, el hijo desea la muerte al padre y la hija a la madre. Con este complejo de Edipo, que forma parte de ese conjunto de propiedades que constituyen inevitablemente la vida humana, nos vamos a tener que ocupar aún. Aquí de lo que se trata es de dejar bien sentado que madre e hija, siempre y sin ex-

cepción, son rivales y que, en consecuencia, como auténticas rivales se comportan y se odian. La expresión: maldita bruja tiene una base mucho más profunda que una actitud frente a un aumento en el número de hermanos. La bruja embruja al amado, así acontece en los cuentos y así acontece también en el inconsciente. El concepto de bruja proviene del complejo de Edipo; la bruja es la madre que, por medio de hechizos, mantiene encadenado a ella al marido, que propiamente pertenece a la hija. Con otras palabras: madre y bruja son para el Ello del alma humana, creadora de mitos, una y la misma cosa.

Como usted ve aquí, sale a luz una buena parte de ese extraño odio de la hija hacia la madre, un odio que sólo de alguna manera encuentra su contrapeso en la creencia en las brujas jóvenes y hermosas, esas criaturas pelirrojas e impías que nacen del odio de la madre ya decrepita contra la hija fogosa y pasional, de reciente menstruación, es decir, pelirroja. Este odio tiene que ser en verdad fuerte, pues es capaz de dar tales frutos. En la maldición de Frieda ha encontrado expresión simbólica el tormento de algunos años de celos. La maldición es la medida de una parte de los sentimientos que abrigaba contra su madre, de los sentimientos que se potenciaron en cólera con ocasión del embarazo. Pues para llegar al embarazo tiene la madre que haber recibido caricias y cariños del padre, caricias que la hija reclamaba únicamente para sí. La madre ha conseguido al niño por hechizo e injustamente la hija ha sido defraudada.

¿Comprende ahora usted por qué le cuento la historia de Frieda? Es una historia típica. En todas las hijas se desencadenan los celos durante el embarazo de la madre; no siempre se manifiestan a voces, pero están ahí. Y se manifiesten o bien permanezcan ocultos en lo profundo, siempre, de alguna forma, se les reprime a través del mandamiento: Debes honrar a padre y madre, si no morirás. Esta represión puede ser unas veces mayor, otras menor, pero siempre tiene el mismo efecto: aparece la conciencia de culpa.

¿Qué es lo que se puede decir de esta conciencia de culpa? La conciencia de culpa reclama el castigo, y un castigo que se mueve en la misma línea de la culpa. Frieda se había burlado del lisiado, por consiguiente

habría de ser castigada con un hijo lisiado. Ella había maldecido e insultado a su madre; su hijo le hará a ella lo mismo. Había odiado a su madre; el niño que ahora lleva en las entrañas hará con ella lo mismo. Trató de arrebatarse a la madre el cariño del padre; esto mismo intentará la criatura que lleva en su vientre. Ojo por ojo, diente por diente.

¿No encuentra usted natural que esta Frieda, que ve su vida y su felicidad amenazada por el hijo, no siempre lo ame? ¿Que, al subir a la superficie, en contacto con los acontecimientos de cada día, los venenos almacenados en las profundidades de su infancia la lleven a odiar a la criatura, a esa bruja joven, floreciente, más hermosa, a quien pertenece el futuro?

La conciencia de culpa, que toda hija tiene respecto a su madre, la capacita de antemano para odiar a sus propios vástagos. Las cosas son así.

Posiblemente usted piensa otra vez que yo estoy exagerando, que de un caso particular saco consecuencias universales, como acostumbro. No, no, querida amiga; esta vez no se puede hablar de exageraciones. El fundamento más profundo de la conciencia de culpa, el que, infaliblemente, da lugar al miedo y a la aversión, ése no lo he nombrado todavía, aun cuando no hace mucho he hablado de él. Consiste en el hecho de que el niño, al nacer y por nacer, derrama la sangre de su madre. Y el que sangre derrama debe también contar con que se derrame la suya. La mujer que se halla en estado de buena esperanza no puede menos sino temer al hijo que lleva en sus entrañas, pues él es el vengador. Y nadie es tan bueno como para amar siempre al brazo de la venganza.

Me he metido a escribirle tan largamente porque quería darle a usted una idea de lo complicado de las relaciones entre madre e hijo. Ojalá no lo haya usted entendido, pues, en caso contrario, me temo que no le he enseñado los rincones más oscuros. Poco a poco iremos, sin embargo, entendiéndonos, sea que usted lo rechace todo (y entonces al menos quedará el haber tenido correspondencia por un tiempo), sea que usted, como yo, empiece a ser prudente y llena de paciencia con todo lo que tiene que ver con el hombre, y, a la vez, convencida de que todas las cosas tienen sus dos lados.

¿Me permite usted decir todavía dos palabras más

sobre las vivencias de Frieda? Le decía yo a usted que ella, como todas las muchachas, reclamaba para sí el niño de la mamá. Y ello no solamente en la situación descrita. Llegar a tener un hijo del propio padre es un deseo que, de manera misteriosa, acompaña al inconsciente de la mujer durante toda su vida. Y a este incestuoso deseo va pegada y asociada la palabra idiota. No encontrará usted a ninguna mujer que no haya sido alguna vez asaltada por la idea de que su hijo va a venir idiota al mundo o que se va a idiotizar. Pues en el cerebro del hombre moderno se halla fuertemente asentada la idea de que de las relaciones de la hija con el padre sólo puede nacer un hijo desnaturalizado. El hecho de que el tullido aquel fuese además memo ha influido en el hecho de que los sentimientos reprimidos de aquella época fuesen aún más envenenados por los sordos miedos y deseos del incesto.

Todavía falta algo para tener una visión completa del cuadro. Le he hablado anteriormente sobre el simbolismo de las partes sexuales. Ahora bien, el símbolo más claro del órgano femenino, como ya se insinúa en las palabras útero materno, es precisamente la madre. Para el Ello, a quien tanto le gusta simbolizar —y ya le dije yo a usted que no puede menos sino hacerlo—, las partes femeninas vienen simbolizadas por la progenitora, por la madre. Cuando Frieda maldice a su madre, lo que maldice es también el símbolo, es decir, sus propios órganos genitales, su ser, capaz de engendrar y parir, su feminidad y su capacidad de ser madre.

¿No tenía yo razón al decir que sobre el Ello no se puede sino balbucear? Tengo que decirlo y que repetirlo, si no va usted a acabar teniéndome por un loco. Pero aun en este caso, usted se va a encontrar con que, al menos, existe método en esta locura.

Con todo cariño, su

PATRIK TROLL



Usted es injusta, querida amiga. Yo no tengo la culpa de que la vida sea complicada. Si lo que usted pretende es entenderlo todo inmediatamente, yo le aconsejo otra vez que consulte a los manuales. Allí encontrará usted las cosas bien ordenadas y explicadas. Allí no hay nebulosidad y oscuridades, y si las hay, el libro se encarga de pasarlas virtuosamente por alto con la observación: éste es un lugar oscuro.

La ciencia oficial es como una tienda de artículos de tapicería. Una madeja está al lado de la otra, hilo, seda, lana, algodón, en todos los colores cuidadosamente enrollados. Si usted tira por el cabo de la hebra puede deshacer la madeja con rapidez y sin esfuerzo. Pero yo me acuerdo muy bien de cuando, en la infancia, le andábamos a las cosas de coser de nuestra madre y se lo revolvíamos todo. Aquello sí que era trabajo, cuando había que desenredar los hilos mezclados, anudados, enmarañados. Muchas veces la única solución era la tijera, que, sin dificultad, cortaba los nudos.

Y ahora piense usted lo que es un mundo entero enredado de esa manera. Entonces tendrá usted —supuesto el caso que usted tenga fantasía suficiente para ello y que no diga enseguida: no, tal cosa no quiero ni siquiera pensarla—, entonces tendrá usted, digo, delante de sí la tarea que le espera al investigador. El lugar de esta tarea está detrás de la tienda, no se ve. Nadie, a no ser obligado, va a ese lugar, donde cada uno tiene un pequeño trozo de hilo en la mano y, a partir de él, trabaja aplicadísimo. Allí hay disputas y envidias, hay mutuo colaborar y también desesperación, y nunca nadie, ni uno solo, llega al fin. De vez en cuando un hombrecito viene de la tienda y pide un trozo de seda roja o de lana negra, porque una dama —quizá es usted misma— quiere tejer algo bonito. Entonces un hombre cansado, que, precisamente en aquel momento dejaba caer las manos ante lo desesperado de su trabajo, le apunta con la mano hacia un par de metros de hilo que él ha logrado desenredar a base de paciencia y de decenios. El tendero

entonces coge una tijera, corta el hilo desenredado y, mientras se va, lo arrolla maravillosamente en forma de ovillo. Y usted lo compra y, con ello, cree conocer un trozo de humanidad. Sí, sí.

Ahora bien, en el taller en cuyo departamento comercial yo trabajo —pues yo no pertenezco al número de los que, pacientemente, durante años, trabajan por liberar un poco de hilo, yo vendo madejas—, ese taller, como digo, está mal iluminado, y la fibra está mal hilada, y, además, en muchos lugares está cortada y maltratada. Yo recibo únicamente pequeños trozos que debo luego anudar unos a otros, muchas veces he de utilizar la tijera, y luego, cuando se trata de venderlo, acontece que la hebra se rompe, o que van juntos el rojo y el negro, el algodón y la seda, en pocas palabras, que propiamente no está la mercancía para ponerla a la venta. Pero yo no lo puedo cambiar. Lo raro es que, a pesar de todo, siempre hay gente que compra tales cosas, gente sin duda de ánimo infantil, a quienes le gusta la variedad y el desorden. Y lo raro es que usted pertenece también a esta clase de gente.

Está bien, ¿con qué vamos a empezar hoy? Con la creaturita, con la pequeña creaturita que aún duerme en el vientre de la madre. No lo olvide usted, lo que le voy a ofrecer está preñado de fantasía. Para mí siempre ha sido un hecho de la vida del niño todavía no nacido especialmente llamativo, a saber, que él está sólo consigo mismo; que no solamente tiene un mundo para él, sino que es un mundo para sí. Nosotros no tenemos ninguna razón para afirmar que el niño está falto de todo interés y de todo entendimiento, al contrario, su situación anatómicofisiológica nos lleva a suponer que el niño también piensa antes de nacer, como nos lo confirman las madres con las sensaciones que ellas tienen del niño en su propio vientre. Pues bien, si hay que admitir que el niño no puede estar privado de todo interés, entonces creo que hay que decir también que ese interés tiene fundamentalmente como objeto a sí mismo. El feto piensa únicamente en sí mismo, todos sus intereses se centran en su propio microcosmos. ¿Es de admirar que esta costumbre ejercida por el hombre necesariamente y desde el principio la conserve luego durante toda su vida? Pues todo el que sea suficientemente honrado sabe de sobra que nosotros lo relacionamos

todo con nosotros mismos, que el supuesto de que vivimos para otro o para otros no es más que un error más o menos hermoso. Tal cosa no la hacemos jamás, ni un solo momento, nunca. Y Cristo, a quien se remiten los predicadores de los nobles, pero, lastimosamente, falsos e inventados sentimientos de mortificación, auto-renuncia y amor al prójimo, sabía todo esto; pues como ideal máximo, como ideal inalcanzable propuso el mandamiento: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Bien entendido, no «más que a ti mismo», sino como a ti mismo. Y para él este mandamiento se equipara con el otro: «Ama a Dios con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.» La cuestión es si este mandamiento no se equipara al segundo de amor al prójimo en sentido totalmente diferente, identificándose en cierto modo con él, cosa que yo, por mi parte, creo, y sobre lo que podemos discutir más adelante. En todo caso para él estaba claro que el hombre se ama por encima de todo a sí mismo. A esa charlatanería de los hombres buenos la llamaba farisaica e hipócrita, lo cual es cierto. La psicología actual llama a este instinto del hombre en relación consigo mismo, a este instinto o pulsión, que es exclusivista y que tiene sus raíces en la soledad del niño en el vientre de su madre, narcisismo. Como usted sabe, Narciso, enamorado de sí mismo, acabó ahogándose en el río donde vio reflejada su propia imagen; una maravillosa transmutación poética de la tendencia masturbatoria.

Usted recordará que yo afirmé ya una vez que el objeto del amor del hombre es en primer lugar y casi exclusivamente él mismo. El circuito cerrado de relaciones consigo mismo a que se ve sometido durante nueve meses por la naturaleza es un medio de considerable eficacia para alcanzar este fin.

¿Ha tratado usted alguna vez de ponerse en la situación de un niño encerrado en el vientre de su madre y pensar como él? Inténtelo, por favor. Hágase usted pequeña, muy pequeña, y métase de nuevo en el vientre de donde salió. No es ésta una invitación tan absurda como usted está suponiendo, y la sonrisa con que usted rechaza mi atrevimiento en proponérsela es infantilmente amable y, por ello, una prueba de lo familiar que le resulta este pensamiento. En realidad toda nuestra vida, sin que nosotros lo sepamos, viene gobernada por el de-

seo de retornar al seno materno. ¡Cuán a menudo se oye la frase: quisiera meterme dentro de ti! Supongamos que a usted le resulta posible retornar al seno materno. Me figuro que uno debería sentirse como quien, después de un día muy movido, lleno de pensamientos y vivencias, de preocupaciones, de esfuerzos y trabajos, de placeres y peligros, se retira a la cama, empiezan a pesarle los párpados y, al fin, se duerme con la suavísima sensación de estar tranquilo y seguro. Sólo que la sensación de la vuelta al seno materno tiene que ser muchísimo más hermosa, más profunda, más suave y tranquila, quizá semejante a aquella que describe un hombre sensual cuando habla de un desvanecimiento o a aquella otra que nosotros suponemos gustosamente en amigos que han sido arrastrados hacia la muerte como en brazos de un suavísimo adormecimiento.

¿Será necesario que diga de una manera expresa que la cama es el símbolo del seno materno, de la madre misma? Sí, e incluso voy aún más lejos con mis afirmaciones. Usted se acordará de lo que le escribí sobre el pensamiento y las acciones simbólicas del hombre: que está sometido al arbitrio del símbolo y que debe obedecer a la fatalidad de su fuerza, que el hombre descubre lo que el simbolizar le obliga a descubrir. Para preservar la apariencia de nuestra semejanza divina ensalzamos nuestros descubrimientos e inventos como obra del poder de nuestro pensar consciente, de nuestro genio, y olvidamos totalmente que la araña ha encontrado en su red un instrumento que no es menos genial que nuestras redes de pescar, y que los pájaros construyen nidos que se pueden muy bien comparar con nuestras construcciones. Es, en efecto, un error alabar la inteligencia humana, atribuirle a ella el mérito de todo el acontecer, pero es un error comprensible, pues se basa en la sensación de omnipotencia que tiene el hombre. En realidad somos instrumentos del Ello, que hace con nosotros lo que quiere, y, por eso, es aconsejable que nos detengamos un poco a considerar los oscuros rasgos de su dominio. Para decirlo con pocas palabras: yo soy de la opinión que el hombre inventó la cama al no poder librarse de la nostalgia del seno materno. Yo no creo que el invento tuviese como base el estar tumbado de una manera más cómoda y así disfrutar más de su pereza, sino el amor a su madre. Eso sí, a mí me resulta

probable que la holgazanería humana, el disfrute de estar en la cama, el seguir acostado aún muchas horas después de haber amanecido, que todo esto es una prueba de que los más holgazanes, a los que más le gusta dormir, son precisamente los mejores hijos. Y si usted considera que los hijos, cuanto más aman a su madre tanto más deben luchar para librarse de ella, llegará a comprender naturalezas como las de Bismarck o la del viejo Fritz *, cuya enorme aplicación y diligencia están en oposición a su grandísima holgazanería. Su trabajar ininterrumpido era una sublevación contra las cadenas del amor filial que arrastraban con ellos.

Esta sublevación es comprensible. Cuanto mejor se ha sentido el niño en el seno de la madre, tanto más profundamente ha de sentir el horror de salir a la luz, tanto más íntimamente habrá de amar el seno que le dio cobijo, tanto mayor ha de ser el terror al paraíso de la holgazanería, del cual podría ser echado una vez más.

Querida amiga, la prevengo a usted con toda seriedad en lo que a continuar la correspondencia conmigo se refiere. La llevo a usted tan lejos —supuesto que me escuche— de todo lo que acostumbran a pensar los hombres serios y prudentes, que luego le va a resultar a usted muy difícil volver a encontrar el camino del buen sentido común. Muchísimos eruditos, gente formada históricamente, han estudiado el alma de Bismarck en todas las direcciones y han llegado a la conclusión de que su madre le importaba bastante poco al canciller de hierro. Apenas habla de ella y, cuando lo hace, parece que suenan a resentimiento sus palabras. Y entonces llego yo y afirmo que la madre ha constituido para él el centro de su vida, que ella era la persona a quien Bismarck más ha querido. Y como prueba presento únicamente el hecho de que nuestro gran hombre anhelaba el descanso y, sin embargo, huía de la inactividad, odiaba el trabajo y trabajaba sin descanso, le gustaba dormir y, con todo, dormía mal. En verdad que es demasiado pretender que a uno le crean en estas cosas. Pero permítame usted, antes de que me trate de ingenuo, que le traiga a cuento dos o tres rasgos más de la personalidad

* Así llaman en Alemania, familiarmente, a Federico II de Prusia. [*N. del T.*]

de Bismarck. Su voz era atiplada, cosa más bien llamativa tratándose de un hombre con una masa corporal tan grande. Para mí esto tiene el significado siguiente: algo en este hombre seguía siendo aún niño. Y en cuanto al hecho, ningún observador concienzudo ha dejado de notarlo. Por otra parte, y basado en lo mismo, tengo que decir que Bismarck se enfrentaba al mundo propiamente como el hijo de mamá, una afirmación que no deja de encontrar su apoyo en determinados rasgos del carácter del canciller de «hierro», que en verdad poseía los nervios de un muchacho. Pero no es necesario recurrir a rasgos caracteriológicos para decir de alguien que tiene una voz atiplada como la suya: esa persona es infantil y un hijo de mamá.

¿Recuerda usted todavía —¡ay, cuánto tiempo hace ya!— que fuimos juntos al Teatro Alemán para ver a Joseph Kainz en el papel de Romeo? ¿Se acuerda usted que nos llamó la atención cómo subía el tono de su voz en las escenas amorosas, que tenía una extraña voz de niño cuando pronunciaba la palabra amor? Más tarde pensé muy a menudo en ello, pues hay muchos que, con todo lo machos que sean, llegando a la palabra amor la pronuncian en un tono elevado. ¿Por qué? Porque ante esta palabra se les despierta de nuevo aquel amor primero, profundísimo, inmarcesible que, como niños, sintieron por la madre, porque de esta manera quieren decir, tienen que decir, aunque no quieren: Te quiero como he querido a la madre, y todo el amor que soy capaz de dar es un reflejo del amor a ella. Para nadie es fácil deshacerse de la madre; ella nos acuna en sus brazos hasta la tumba.

También en otro aspecto se refleja en Bismarck su dependencia de la madre: fumaba mucho. ¿Acaso encuentra usted divertido el que yo vea en el fumar una prueba de infantilismo y de dependencia de la madre? ¿No ha caído jamás en las semejanzas que tiene el fumar con el mamar del pecho de la madre? Usted tiene ojos y no ve. Preste usted atención a estas cosas cotidianas; se le desvelará a usted más de un misterio, y no sólo con referencia al fumar.

Para mí no cabe la menor duda —y aún podría decir más sobre el asunto—: el hombre fuerte que era Bismarck estaba dominado en lo profundo por la imagen de la madre. Usted conoce sus pensamientos y sus

memorias. ¿No le resulta a usted llamativo que este hombre, eminentemente positivo, siente la necesidad de contar un sueño? ¿Un sueño como aquél en que cuenta cómo con una vara hace saltar en pedazos a una roca que le cerraba el paso en el camino? No es el sueño lo llamativo. Para cualquiera que se haya ocupado lo más mínimo con estos temas es claro que lo que se oculta en este sueño es un deseo incestuoso, es el complejo de Edipo. Lo llamativo es que Bismarck lo cuente. Al borde del sepulcro dependía todavía tanto de la madre que no pudo menos sino dar expresión al misterio de su vida en medio de la narración de sus grandes hechos.

Como usted ve, querida amiga, basta un poco de buena voluntad para acabar descubriendo la imagen materna en cualquier vida humana. Y esa buena voluntad yo la poseo. Si es cierto o no lo que pienso, juzgue usted de ello según su criterio. Pero lo que yo pretendo no es tener razón. A mí me interesa que usted se grave una pequeña regla en su memoria, pues a mí me parece que es de mucha importancia en el continuo tráfico mundano: A quien se reprende se ama.

Preste usted atención qué es lo que los hombres critican, qué es lo que desprecian, qué les produce asco. Detrás de la crítica, el desprecio, el asco, la antipatía, late siempre y sin excepción un grave y todavía no solucionado conflicto. Jamás se equivocará si supone que él odia a lo que alguna vez ha amado y aún ama, que a lo que desprecia lo ha admirado y admira, y que a aquello que le asquea más de una vez lo ha deseado con pasión. Quien aborrece la mentira es, sin duda, un gran engañador de sí mismo; quien tiene asco de la suciedad, para ese tal es la suciedad un peligro seductor, y quien a otro desprecia lo que pasa es que en realidad lo envidia y lo admira. Y tiene un significado muy profundo el que las mujeres —y también los hombres— tengan tanto miedo de las serpientes, pues hay una serpiente que rige a la mujer y al mundo. Con otras palabras: las profundidades del alma, donde descansan las represiones y los complejos, se delatan en la resistencia que oponen a ser descubiertos. Dos cosas tiene que tener en cuenta quien haya de ocuparse con el Ello: las transferencias y las resistencias. Y quien haya de tratar a enfermos, sea él cirujano, tocólogo o practicante, estará únicamente en condiciones de prestar ayuda si consigue

aprovechar las transferencias del enfermo y destruir las *resistencias* que opone la censura de su conciencia.

No tengo nada en contra de que usted utilice estas reglas para juzgar y, llegado el caso, condenar a su siempre fiel

PATRIK TROLL

10

Gracias por la amonestación, querida amiga; en adelante voy a tratar de pisar otra vez sobre terreno firme y seguro. Sólo que hoy todavía no.

Tengo que contarle algo. En horas de apacible soledad me sobrevienen una que otra vez sueños de curioso contenido. Me parece que, perseguido de enemigos, me acerco a todo correr a una sima cuyo borde rocoso sobresale hacia adentro, como un alero, de la pared que conduce al abismo. Floja y rodeando un cepo, cuelga una soga hacia lo profundo. Me dejo deslizar por ella y me columpio acercándome y alejándome de la pared rocosa, en un vaivén cada vez de mayor envergadura. Para acá y para allá me columpio sobre el abismo procurando chocar con los pies contra la pared con el fin de no magullar mi cuerpo. Hay una seducción muy particular en este columpiarse y mi fantasía lo alarga aún más. Pero por fin llego a la meta. Delante de mí una caverna natural; está oculta a todo ojo humano, sólo yo la conozco y transportado por una oscilación especialmente amplia y suave me cuelo por ella y me coloco a salvo. El enemigo deja caer la mirada desde lo alto de la roca por si me ve, y vuelve sobre sus pasos, seguro de que me he estrellado en la caída.

A menudo he pensado que usted me envidiaría si supiese el suavisimo goce que me proporciona esta fantasía. ¿Quiere que se la interprete? La caverna, cuya entrada yo únicamente conozco, es el vientre de la madre. El enemigo que me persigue y que, satisfecho en su odio por crearme destrozado en lo profundo, vuelve sobre sus pasos, ése es el padre, el marido de esa madre, de quien se imagina ser su dueño y cuyo seno jamás ha hollado ni podrá hollar. En última instancia

este sueño que yo sueño despierto no quiere decir otra cosa que lo que yo respondía cuando, siendo niño, se me preguntaba: «¿Con quién quieres casarte?» A mí no se me ocurría pensar que yo pudiera casarme con alguna otra mujer fuera de mi madre. Y creo que hay que atribuirle a la amarga soledad de mis años de colegio que el más profundo deseo de todo mi ser acabase, oprimido, en una fantasía simbólica de difícil comprensión. Únicamente el incommunicable goce del columpio delata lo encendido del amor. Y el hecho de que yo no sepa propiamente nada del tiempo que media entre mis doce y diecisiete años, años que viví separado de mi madre, demuestra las luchas que debieron abatir mi espíritu en esa época. Es un problema de por sí esto de separarse de la madre, y yo creo que aun puedo decir que el destino ha sido magnánimo conmigo.

De ello me he dado cuenta hoy una vez más. Me vi obligado a luchar a brazo partido con un joven que, por cierto, quiere que lo trate yo, pero que tiembla de miedo y que no es capaz de proferir una sola palabra en cuanto me ve. No sé cómo ha conseguido identificarme con su padre y, empiece como empiece, él sigue mantenido en sus trece —o quizá sea su Ello el que sigue mantenido en sus trece— de que yo escondo en alguna parte un cuchillo muy grande, de que yo quiero cogerlo y privarle de los atributos de su masculinidad. Y todo esto porque amaba apasionadamente a su madre, ya hace mucho tiempo muerta. En esta persona estuvo alguna vez vivo el deseo —durante años o, tal vez, sólo ocasionalmente—, y todavía puede que siga vivo en él, de hacerse el amante de su madre, de poseer su seno. Y de este deseo, de esta pasión incestuosa, nació el temor a la venganza del padre, decidido a cortar con su cuchillo aniquilador el lascivo miembro.

El que un enfermo vea en el médico a su padre se comprende. La transferencia del amor al padre o a la madre al médico es un fenómeno de cada tratamiento. Es decisivo para consagrar el éxito del mismo y, según que el enfermo esté ligado con su vida sentimental al padre o a la madre escogerá a un médico fuerte o, más bien, suave. Nosotros los médicos hacemos muy bien en ser conscientes de estos hechos, pues tres cuartas partes de nuestros éxitos, si no más, se deben a la casualidad de que el enfermo nos ha atribuido determi-

nadas semejanzas con alguno de sus progenitores. Y también la mayor parte de nuestros fracasos se deben a estas transferencias, cosa que, por otra parte, nos ayuda a superar la humillación que supone el reconocer a la transferencia como al auténtico médico. «Sin mérito ni merecimientos de mi parte.» Esta frase de Lutero debe ser familiar al médico que quiera vivir en paz consigo mismo.

No es, pues, nada extraño que mi paciente pretenda encontrar en mí a su padre. Pero el hecho de que, precisamente él, que está encadenado a la imagen materna, se busque a un médico que le recuerda a su padre es algo que llama la atención y que permite concluir que, también, sin tenerlo del todo claro, depende de su padre lo mismo que de su madre. Si fuese así esto presentaría buenas perspectivas de éxito. O también podría ser que vino a mí empujado por su Ello con la idea de sufrir una y otra vez un tratamiento sin éxito, ir luego a otro y otro médico y experimentar lo mismo, demostrando así que el padre no es más que un pobre infeliz. En este caso habría que reconocer que las esperanzas son muy menguadas, y lo mejor sería explicarle a él mismo este extremo y aconsejarle que se fuese en busca de un médico que le recordase a su madre. Pero yo soy un optimista incorregible y sigo suponiendo que, a pesar de todo su miedo, en el fondo cree en mi superioridad y la ama, aun cuando, por su parte, le agrada introducir un poco de maldad en el tratamiento. Enfermos que, de esta manera, te juegan una mala pasada no son nada raros. De todas formas, los términos del problema son dudosos y solamente el resultado del tratamiento va a poner en claro cuáles fueron los móviles que trajeron al enfermo a mi consulta. Conozco un medio para descubrir la actitud momentánea de una persona respecto a mí, y como usted es una mujercita buena y amable y tiene suficiente humor como para aplicarlo, se lo voy a delatar. Pídale a la persona cuyo corazón desea usted sondear que diga una palabra injuriosa. Y si la respuesta, como es de esperar, suena «cotorra», usted, sin enfadarse, puede atribuírsela a usted misma y admitir que, para el que responde, usted habla demasiado. Pero no olvide usted que las cotorras asadas, por lo que he oído, están muy buenas y que, por eso, la palabra tanto podría ser un piropro como una injuria.

Ahora bien, en una ocasión le pedí yo a mi paciente que dijese una palabra injuriosa, e inmediatamente, como esperaba, me soltó la palabra asno, y no pudo sino agregar buey. Con esto la cuestión quedaba resuelta: mi joven amigo me considera tonto, cornudamente tonto. Pero esto puede ser una sensación del momento que, como espero, no ha de durar mucho. Lo que me interesa de la respuesta es otra cosa: como en medio de la oscuridad, una luz mortecina alumbra por un momento las tinieblas de la enfermedad. El buey está castrado, y en esto se diferencia del toro, que no lo está. Si yo, como corresponde a un buen médico, paso por alto la burla, que con toda mala intención me degrada a la situación de eunuco, encuentro en la palabra buey una nueva explicación de los temores de mi paciente, es más, me acerca incluso a la solución general de uno de nuestros más importantes problemas, a lo que en nuestro raro vocabulario médico se llama «complejo de castración». Y cuando llegue a dominar este complejo de castración en su totalidad y en todos sus detalles me voy a empezar a llamar al doctor Sábelotodo y me van a llover los millones, y entonces le regalaré a usted uno. La palabra buey me delata que mi paciencia tuvo alguna vez el deseo y la intención de castrar a su padre, de convertirlo de toro en buey, y que él teme no sin razón por sus propias partes precisamente a causa de este impío deseo, pues para su Ello vale la frase: ojo por ojo, diente por diente, rabo por rabo. ¿Cuál puede haber sido la causa de este deseo?

Usted seguramente que tiene ya la respuesta en la cabeza, querida amiga, y yo la envidio a usted por esa decidida rapidez. «Si este hombre —dirá usted— está dominado por el deseo de convertir a su madre en su propia amante es natural que no pueda tolerar que otro —su padre— la posea; habrá de matar a su padre, como Edipo a Layos, o deberá castrarlo y hacer de él así un inofensivo esclavo de harén.» Desgraciadamente las cosas en la vida no son así de simples, y usted tendrá ahora que armarse de paciencia para escuchar una larga explicación.

Mi enfermo pertenece a esa clase de hombres que poseen doble sexo, es decir, que tanto puede mostrar sus preferencias por uno de su propio sexo como por una persona del sexo femenino. Este hombre es, para

decirlo en términos de mi querido y adorado lenguaje médico, a la vez homosexual y heterosexual. Como usted sabe, esta sexualidad bipolar es común y general en los niños. Y yo puedo agregar, basado en mi saber particular, que la existencia de este fenómeno también entre personas mayores demuestra una pervivencia del Ello infantil que merece le prestemos toda la atención. En el caso de mi paciente la cosa se complica por el hecho de que puede sentirse frente a los dos sexos indistintamente como hombre o mujer y, por consiguiente, está dotado de las capacidades más variadas en el terreno. Por eso es también muy posible que él quisiese castrar a su padre sólo con el objeto de convertirlo en su amante y que, por otra parte, su temor a que el padre le cortase los genitales a él bien puede ser un deseo reprimido de convertirse en su mujer.

Pero me olvidaba de que usted no puede entender lo que quiero decir cuando afirmo que alguien, cortando los genitales masculinos, pretende hacer así de un hombre una mujer.

¿Me permite que la lleve a la alcoba de los niños? En la cómoda está sentada Grete, luciendo su desnudez y sus tres años, en espera de que venga la niñera con agua caliente para lavarla. Enfrente de ella, con ojos llenos de curiosidad, mira fijamente Hans entre las piernas abiertas de su hermanita, y mientras toca con el dedo en la hendidura colorada y abierta, le dice: «¿Te lo han cortado?» «No, estaba así.»

Si no me resultase tan desagradable citar —en mi familia era costumbre y tanto madre como hermanos no cejaban en el empeño de atormentarme a mí y a mi vanidad citando más y mejor que yo, el pobre Benjamín de la casa; no faltaron momentos de auténtico bochorno cuando se descubría que había citado mal—, si no me resultase tan absurdo, digo, podría decir ahora más de una cosa del profundo sentido del juego infantil. En su lugar voy a comunicarle sería y secamente lo que significa esta historia de cortar o no cortar. En una época determinada... —es llamativo que casi nadie se acuerda cuándo esto tiene lugar (y más llamativo aún que yo piense y escriba mis frases con tantas interrupciones)—. Esto le hará comprender a usted lo difícil que me resulta hablar sobre estas cosas, y dejo a su arbitrio que

saque de ello las consecuencias que quiera respecto a mi propio complejo de castración.

Así pues, en una época determinada, el pequeño hombrécito llega a notar la diferencia existente entre los dos sexos. En el padre, en los demás hermanos y en él mismo observa un apéndice que da gusto verlo y con el cual también da gusto jugar. En la madre y en la hermanita lo que ve es un agujero desde el cual se trasluce la carne, semejante a una herida. Y de aquí saca la consecuencia sorda e imprecisa, como corresponde a su joven cerebro, de que a una parte de las personas les es quitado, arrancado, metido para adentro, triturado o cortado ese pequeño rabo con el cual nacieron, para que también haya niñas y mujeres que las necesita Dios para tener niños. Y luego, más tarde, se llega a convencer su cabecita de que el rabo es cortado, pues nota que, de vez en cuando, la madre hace un pis rojo, sangre, en el orinal y no el pis amarillo claro de costumbre. Consecuencia: aquello con lo que se hace pis tiene que ser cortado de tiempo en tiempo y el que lo corta es el papá por la noche, en la cama. Y desde este momento el niño adquiere una especie de desprecio por el sexo femenino, teme por su propia masculinidad y ahora con llenar compasivamente el agujero de la mamá y de las demás niñas y mujeres con su propio rabo, ayuntarse con ellas.

Ay, querida amiga, no me hago la ilusión de haber encontrado con esto respuesta a la enigmática pregunta de lo que es el amor. La cortina no ha sido aún descubierta, solamente he tratado de levantar una esquina y lo que he visto detrás es oscuro. Pero, al menos es un intento. Tampoco pretendo que el niño haya llegado a pensar —no se espante por lo erudito de la expresión— esta su teoría sexual con claridad. Pero precisamente porque él no la piensa de una manera clara, ni la piensa hasta el final, porque cinco minutos más tarde va y construye otra nueva teoría para volverla a desechar inmediatamente, en pocas palabras, precisamente porque no las deposita en su conciencia, sino que las hunde en las profundidades del inconsciente; precisamente por eso tiene un influjo tan inmensamente grande sobre él. Pues lo que conforma nuestra vida y nuestro ser no es meramente el contenido de nuestra conciencia, sino, en un grado muchísimo mayor, el de nuestro inconsciente.

Entre la región de la conciencia y la del inconsciente hay como un cedazo, y arriba, en la conciencia, quedan únicamente las cosas más gordas; la arena para fregar el mortero de la vida, ésta cae en las profundidades del Ello; arriba quedan sólo las granzas, mientras que abajo se recoge el trigo con el que se amasa el pan de la vida allí mismo, en el inconsciente.

Deseándole mucha suerte, le saluda con todo cariño,

PATRIK TROLL

11

Escribirle a usted, querida amiga, es agradable. Otros, a quienes les cuento esta historia de la castración, se enfadan conmigo, me censuran, y reaccionan como si fuese yo el culpable del pecado original y de la maldición que, desde entonces, pesa sobre nosotros. Usted, sin embargo, encuentra inmediatamente un paralelo en el mito de la creación, y la costilla de Adán, de la cual sale Eva, es para usted el órgano genital masculino. Tiene usted razón, y me alegro de ello .

¿Me permite usted, con todo, que le llame la atención sobre algunos pequeñísimos detalles? En primer lugar, las costillas son duras y rígidas. No es, pues, el pene sin más el que da origen a la mujer, sino el falo erecto, duro, casi huesudo, del placer. El placer venéreo es considerado por los hombres como malo, como punible. Al placer venéreo sigue el castigo de la castración. El placer venéreo, pues, saca del varón a la hembra.

Haga usted una pausa en la lectura, discípula amada, y sueñe despierta un poco sobre todo lo que ha significado para el género humano y su desarrollo el hecho de sentir y sufrir como un pecado al instinto más fuerte, a un instinto indomable, al que la voluntad consigue reprimir, pero jamás aniquilar. Piense usted lo que significa cubrir de vergüenza y de desprecio a un fenómeno de la Naturaleza como es el de la erección. De la represión, de la coacción a reprimir esto y aquello, ha nacido el mundo en que vivimos.

¿Me permite que le ayude un poco más? Lo que es reprimido es expulsado de su lugar, se le transforma y reaparece luego en símbolos: el derroche se convierte en diarrea; el ahorro, en estreñimiento; los deseos de parir, en dolor de vientre; el acto sexual se transforma en baile, en melodía, en drama, se desarrolla a la vista de todos en iglesia, con sobresaliente e icnifala torre y misterioso seno materno en figura de bóveda, en tender de la locomotora y en el ritmo retumbante del compresor que perfora el asfalto, o en el rítmico compás del hacha del leñador. Preste usted oído al timbre de las voces, a las subidas y bajadas del tono, a la hermosura de la articulación en el lenguaje, verá cómo todo esto le da una entrañable sensación de bienestar, cómo le excita suave e imperceptiblemente. Escuche usted las profundidades de su alma y niegue usted, atrévase a negar que todo lo que es bueno no es símbolo de cuerpos humanos que bogan por el inmenso piélagos del amor. Y todo lo que es malo, también. ¿En qué viene a parar la represión de la erección, de ese impulso hacia arriba amenazado con el anatema de la castración? ¡El hombre se levanta contra el cielo, yergue su cabeza, toma posición erecta sobre sus pies y extiende su mirada por el mundo, abarca, con su cerebro pensante, todo lo que es, crece, crece más, y se mantiene de pie! ¡Mira, oh amor, el hombre se convirtió en hombre y en señor por medio de la represión y del símbolo! ¿No es esto hermoso?

Al Ello y su secreto pensar puede uno admirarlo, o temerlo, o reírse de él. Pero lo importante es la mezcla de estos tres sentimientos. Quien consigue armonizarlos, a ése se le amará, porque es digno de amor.

Pero, ¿cómo es que el hombre percibe el hecho de la erección como un pecado, y que siente confusamente en su interior: ahora te vas a convertir en mujer, ahora te van a hacer el agujero en la barriga? Algunas cosas sabe ya uno acerca del alma humana, otras cosas las puede aún aprender, muchas no llegará a pensarlas ni siquiera con mediana claridad, pero dos cosas le puedo decir a usted. Una de ellas la vivimos juntos los dos y nos puso alegres y risueños.

Habíamos tenido un hermoso día, había calentado el sol y el bosque estaba verde, los pájaros habían cantado y en el tilo zumbaban las abejas. Penetrados de la frescura del mundo, llegamos precisamente a casa al

tiempo de meter a su niño en la cama. Entonces se me ocurrió preguntarle: «¿Con quién te casarás?». El le echó los brazos al cuello, la besó a usted y dijo: «Con mamá, sólo con mamá». Jamás antes ni después volví a oír una declaración de amor en un tono semejante. Y en los ojos de usted apareció, de repente, el suave velo de la dicha, de una dicha todo entrega. Así es con todos los niños: aman a su madre no pura, infantil, inconscientemente, sino con pasión, penetrados de sensualidad, con toda la fuerza de un amor sexual y apasionado; pues, ¿qué es la sensualidad de las personas mayores comparada con la de los niños? Este encendido amor, que tiene un fundamento bien sólido en la satisfacción corporal mutua y continuada durante años entre madre e hijo, se resuelve en conciencia de culpa y temor bajo el influjo de la ley y la costumbre y ante las sombras que arroja la mala conciencia sobre el rostro de la madre, ante su mentira e hipocresía, y, como consecuencia, detrás de su pasión brilla la hoja de un cuchillo que habrá de cortar al pequeño sus propias armas para hacer el amor. Edipo.

Hay pueblos que permiten el matrimonio entre hermano y hermana, hay pueblos cuyas costumbres entregan la hija, ya madura, a su padre antes de que la toque el esposo. Pero jamás, mientras el mundo existe, se le permite a un hijo dormir con su madre. El incesto con la madre es considerado el mayor de todos los crímenes, mayor que el parricidio, es el pecado de los pecados, el pecado por excelencia. ¿Por qué es esto así? Intente dar usted una respuesta, amiga; quizá la mujer sabe más a este respecto que el hombre.

Así, pues, lo primero es esto: como cada erección es, según las leyes de la transferencia y sin excepción, una erección que tiene por objeto a la madre, por eso va acompañada del temor a ser castrado. Con el miembro que tú pecas, en él serás castigado: la mujer es castigada con cáncer de pecho y con cáncer de útero porque pecó con los pechos y con el bajo vientre; el hombre es castigado con heridas, sangre y locura, porque causó heridas y pensó el mal. Además, cada uno es atormentado con el fantasma de la castración.

Lo segundo no es más que una experiencia: a cada erección le sigue el relajamiento. ¿Y no es esto una cas-

tración? Este relajamiento es una castración natural y una simbólica fuente de temor.

¿No es extraño que los hombres hablen siempre de que, a través del placer venéreo, puede uno destruirse a sí mismo? Y, en realidad, la Naturaleza ha creado con la advertencia simbólica del relajamiento una barrera infranqueable hacia toda clase de disipación. ¿No serán esos comentarios únicamente miedo que procede del complejo de Edipo, o temor masturbatorio, o cualquier otra rareza del alma humana, o, quizá, incluso envidia? ¿La envidia del impotente, la del solitario, la del padre para con el hijo, la de toda madre frente a su hija, la de los viejos frente a los jóvenes?

Yo quería propiamente hablar de la creación de Eva de la costilla de Adán y resulta que me he extendido demasiado en cuestiones adyacentes. Téngalo usted bien en cuenta: Adán, al principio, estaba solo. Para que del blando trozo de carne que lo distinguirá más tarde de la mujer se llegue a formar una dura costilla es necesario que la pasión que ha de dar origen a la erección de su miembro sea narcisista, sea un enamoramiento de sí mismo. Y la creación de la mujer, el hecho de cortarle la costilla a Adán, de modo que aparece la herida de la mujer, no es sino, en última instancia, la castración como castigo de la masturbación. Pues Adán, narcisista, alcanza el placer venéreo por sí mismo, es él mismo quien se encarga de convertir la carne en costilla. ¿Cómo podría el hombre, que, de antemano, tiene el pensamiento: la masturbación es punible, escoger y temer otro castigo que el de la castración, pues a cada acto masturbatorio le sigue con necesidad el relajamiento?

Hasta aquí la cosa está medianamente clara. Pero ahora queda la pregunta: ¿Por qué ve el hombre en la masturbación un pecado? Al menos una semirrespuesta se puede encontrar fácilmente a esto. Imagínese usted a un pequeño lactante. Lo primero es que tiene que ir conociéndose a sí mismo, tocar todo lo que sea tocable, jugar con todo lo que le pertenece, con sus orejas, con su nariz, con sus deditos, con los dedos de los pies. ¿Habrá de excluir a esa pequeña borla que le cuelga de la barriguita de su curiosidad y de sus juegos acaso por innata moralidad? Sin duda que no. Pero, ¿qué es lo que acontece cuando juega? Todo lo que sea jugar con la oreja, con la nariz, con los dedos de los pies y de las

manos es contemplado y corroborado con entusiasmo por la madre. Pero en cuanto la mano del niño pasa a jugar a la entepierna, viene una mano mucho mayor, una mano que la enorme capacidad mitificadora del niño convierte inmediatamente en la mano de Dios, y retira su pequeña manecita de tan peligroso lugar. Además, tal vez, seguro, incluso, el rostro de esa persona con la mano grande, el rostro de la madre, pues, presenta un aspecto serio, de angustia, de culpabilidad. Cuán profunda sabe ser la conmoción del niño, cuán monstruosa la impresión al comprobar que siempre en este caso, sólo en este caso, aparece la mano de Dios impidiendo la acción. Y todo esto acontece en una edad en que el niño todavía no habla, y que no sólo no habla, sino que ni siquiera entiende lo que le dicen. Ello se le queda en las profundidades más profundas del alma, se le graba más profundamente aún que el hablar, el andar, el masticar; más profundamente aún que las imágenes del sol y la luna, de lo redondo y lo picudo, del padre y la madre; se le graba el mandamiento: No debes jugar con tus partes genitales. E inmediatamente se origina la idea: Todo placer es malo. Y tal vez la experiencia le enseña: Si juegas con el miembrecito te quitarán alguna cosa. A lo que, necesariamente, se le asocia la idea: no sólo la manita, también el rabito te lo van a quitar. Nosotros no sabemos nada del niño, no sabemos hasta qué punto tiene ya desarrollada su personalidad, si nace con la sensación: la mano y la pierna son míos, o este conocimiento es adquirido. ¿Posee el niño desde el principio conciencia del Yo; es decir, se siente diferente y separado de su entorno? No lo sabemos, lo único que sabemos es que es bastante tarde, allá hacia los tres años, cuando comienza a utilizar la palabra Yo. ¿Es excesivamente osado el suponer que el niño originariamente se considera ajeno a sí mismo, que se considera como otro, que Juanito no dice: «Yo quiero beber», sino más bien: «Juanito quiere beber»? Nosotros, los hombres, somos imbéciles al no atrevernos a plantear tales preguntas sólo por el hecho de que nuestros padres nos prohibían preguntar demasiado.

Por lo que al mito de la creación respecta hay todavía una dificultad sobre la que no quisiera dejar de llamar la atención. Nosotros dos interpretamos la formación de la mujer a partir de la costilla del varón como

transformación del hombre en mujer a base de un proceso de castración. Pero, en este caso, nuestro pensar racional exige la existencia de dos Adanes, uno, que sigue siendo Adán, y otro, que se convierte en Eva. Pero esto es sólo una objeción típicamente racionalista. Pues, ¿habría sido jamás ocasión de escándalo para la poesía el hacer de una persona dos, o de dos personas una? La esencia del drama consiste precisamente en eso, en que el dramaturgo se divide a sí mismo en dos y hasta, si es necesario, en veinte personas. Nuestros sueños proceden de la misma manera, todo hombre hace lo mismo. Pues el hombre percibe de su entorno únicamente aquello que él mismo es; es decir, el hombre se proyecta de continuo en las cosas. Así es la vida y así debe ser. El Ello lo decide.

Perdón, ya sé que a usted no le gustan estas filosofías. Y quizá tiene usted razón. Volvamos, pues, al reino de los así llamados hechos.

No es bueno que el hombre esté solo, le voy a dar una compañera, dice Dios, el Señor, y da la vida a un ser que allí donde el hombre tiene un apéndice posee ella un agujero, y que allí donde él está liso y plano, posee ella dos abovedados pechos. Esto es, pues, lo esencial en su cometido de compañera. Es el mismo pensamiento del niño: Para nacer es necesario que, quitándole a Adán la costilla, se convierta en Eva. ¿No es digna de consideración la coincidencia existente entre el alma popular y el alma infantil? Si usted quiere, podemos investigar las historias y los mitos, los estilos de construcción y los descubrimientos técnicos de los pueblos; tal vez encontremos bastante material infantil en todo ello. Y esto no carecería de importancia; nos haría pacientes para con los niños, de quienes Cristo dijo: suyo es el reino de los cielos. Sí, hasta tal vez podríamos recobrar nuestra capacidad de admiración en nuestro siglo malthusiano.

Pero preste usted atención a la palabra compañera. No se dice ni una palabra de que el hombre sea transformado en toda su esencia y en su finalidad. El permanece el mismo, a pesar de la castración, sigue siendo un ser centrado sobre sí mismo, que ama a sí mismo, que busca y encuentra su propio placer. A lo que, con su costilla, ha dado origen, no es sino alguien que le ayuda, alguien que le permite llevar una parte de su placer a

otro sitio que no sea su propio cuerpo. El instinto que le lleva a la autosatisfacción sigue en pie, el pene no ha desaparecido, está ahí todavía, Adán no ha cambiado, sigue, como antes, bajo la necesidad de procurarse placer a sí mismo. Esto es muy singular.

¿Pero cómo? ¿Resulta que no es posible lo que sabios y necios no dejan de repetir, a saber, que la masturbación es un sucedáneo de la unión carnal, que se origina por falta del objeto adecuado, que aparece porque el hombre no tiene una mujer a mano y, por eso, se ayuda a sí mismo como puede? ¿Todo esto ha de ser falso? Considere usted los hechos. El pequeño, el recién nacido, se masturba; el hombrecito que madura, en la pubertad, se masturba de nuevo y —cosa rara— el anciano y la anciana vuelven a hacer lo mismo. Y entre la infancia y la vejez hay una edad en que, a menudo, desaparecen los procesos masturbatorios y aparece el tráfico carnal con otras personas. ¿Habrá de considerarse a la masturbación como sucedáneo del coito? ¿Y no es así que, como dice la Biblia, el comercio carnal no es sino, como la mujer, compañía y ayuda?

Sí, querida amiga, así es, en efecto. Es realmente así que los actos masturbatorios continúan tranquilamente, a pesar de amor y matrimonio, al margen de éstos, que jamás desaparecen, que están siempre presentes y duran hasta la muerte. Trate de profundizar usted en sus recuerdos, no dejará de encontrar la prueba en muchos días y muchas noches, en las horas de amor con su marido y en la vida de su fantasía. Y si usted la encuentra, se le abrirán los ojos a mil foráneos que oscura o claramente dejan entrever su relación, su dependencia, del otro gran fenómeno de la masturbación. Y en adelante se cuidará de tachar a la masturbación de antinatural y viciosa, aun cuando no llegue a conseguir considerarla como a la madre y creadora de todo lo bueno. Pues para conseguir esto debería usted sobreponerse a la mano de Dios, a la mano de la madre, la mano que siempre interrumpiera su agradable entretenimiento. Y sobreponerse a ella, sobreponerse interiormente, esto no lo consigue nadie.

Con todo cariño,

PATRIK TROLL



No comprendo, querida amiga, qué demonio se ha apoderado ahora de usted. Ultimamente me escribía usted, penetrada de clara alegría, que los complejos de castración son algo que se puede comprobar siempre de nuevo, y ahora me viene usted con objeciones. Pero, ¿de qué me admiro? Estas cosas están todas reprimidas en las interioridades más oscuras de todas las personas, ¡cuanto más, tratándose de usted, que siempre ha sido orgullosa y sigue siéndolo! La hipoteca del complejo de castración siempre ha sido más grave para la mujer que para el hombre. Al varón le compensa el hecho de que, a pesar de todo, sigue llevando en su cuerpo el cetro de su masculinidad, de su señorío. Le acometen, sí, miedos y deseos, pero puede comprobar con sus propios ojos que todavía conserva el miembro por el que tanto teme. La muchacha, sin embargo, al notar su falta, no puede menos sino decirse: «yo ya estoy castrada, mi única esperanza es que la herida cicatrice y de ella salga otro cabo de esa carne señorial». Renunciar a esa esperanza, aceptar el sentimiento de la propia inferioridad, transformar este sentimiento en una honda confesión, en el orgullo y el amor de ser mujer, como usted lo ha hecho, todo esto exige una lucha muy enconada, antes de llegar a reprimirlo. Hay que hundirlo todo y cubrirlo de tierra lo más profundamente posible, y la vibración más tenue de estas masas enterradas provoca cataclismos que nosotros los hombres no conocemos. Esto se nota, y usted se daba cuenta de ello con ocasión de las menstruaciones. La hemorragia mensual, ese signo de Caín en cada mujer, remueve el complejo de castración y de las ciénagas del inconsciente se levantan venenosos vapores que enturbian, unidos a otras cosas, la clara ingenuidad de las personas.

¿No es curioso que los europeos, en cuanto oyen la palabra período, menstruación, regla, inmediatamente piensan en la hemorragia? Es más, ¿por lo general este agudo interés por la sangre acaba encontrando expresión en rudos pensamientos en la suciedad, el mal olor,

ocultas vergüenzas, dolor y procreación? Y, sin embargo, hay todo un mundo de valores vitales asociado a este fenómeno de periódico y rítmico éxtasis.

Pues lo principal es esto: la pasión, el celo, el venéreo placer de la mujer se potencia, durante estos días de sangre, en sumo grado y, como es animal que, sin duda, no es menos que el hombre en esto, trata de atraerse de alguna manera al varón, y el abrazo, durante el tiempo de la hemorragia, es el más cálido, el más beatífico, y lo sería aún mucho más si la costumbre no hubiese puesto aquí sus barreras. Que esto es realmente así nos lo demuestra un hecho singular: Tres cuartas partes de las violaciones que se llevan a cabo tienen lugar durante el tiempo de la menstruación. Con otras palabras: algún fluido misterioso, procedente de la mujer menstruante coloca al hombre en un estado de delirio tal que no retrocede ante el delito. Es Eva quien seduce a Adán: Esto fue así, es así y seguirá así por siempre. Tiene que seducirlo porque ella misma sangra en estado de celo, porque ella misma lo exige. Las madres les cuentan a sus hijas que el período viene por causa de la procreación de los hijos. Error, un error muy extraño, un error preñado de consecuencias. Lo mismo que el error de atribuir el fenómeno del eros al instinto de reproducción, un error de los más estúpidos de nuestro siglo. Todo manzano en flor, cualquier rosa y cada obra humana refuta una interpretación tan estrecha de los objetos de la Naturaleza. De los 20.000 óvulos fecundables con que nace la niña, le quedan, cuando llega a la edad núbil, solamente unos cientos de ellos, y de entre éstos, cuando mucho, llegan una docena a ser fecundados. Y de los muchos millones de espermatozoos que produce el varón, perecen ejércitos enteros sin ni siquiera llegar a penetrar en la vagina. Los hombres hablan demasiado sin saber lo que dicen, y yo también me cuento entre ellos.

No mire usted las locas interrelaciones, el embrollo de hilos que conduce de un complejo a otro: en el centro de la vida amorosa está la sangre, el placer de la sangre. ¿Qué debe uno hacer cuando logra penetrar con su mirada en la vida y en el pensar de los mortales? ¿Habrà que reír, o despreciar, o criticar? Quizá lo mejor sea tomar nota de la propia necedad y decir con el publicano: «¡Señor, ten compasión de mí, pecador!»

Pero esto tengo que decirlo: No es cierto que la crueldad sea perversa. Todos los años celebra la Cristiandad el día de Viernes Santo, el día de la alegría. La Humanidad se ha procurado a sí misma un Dios que padeció, porque ella misma sentía que el dolor es el camino del cielo, que, en su sentir, los padecimientos, el tormento y la sangre son divinos. ¿No ha besado usted hasta que sangraban sus labios? ¿No se cubrió nunca de sangre su piel como consecuencia de la pasión desbordada de una boca que chupaba? ¿No muerde usted nunca el brazo que, con pasión, rodea su cuello, y no se sentía bien cuando la apretaban hasta casi descoyuntarle los huesos? Y luego me viene usted a mí con la tontería de que no se debe azotar a los niños. Ay, queridísima amiga, el niño quiere que lo azoten, lo anhela, clama por la estaca, como decía mi padre. Y conoce mil argucias para procurarse el castigo. Las madres tranquilizan a sus niños cuando los llevan en brazos dándoles pequeños azotes, y el niño entonces sonríe. Después de haberlo lavado lo coloca en la cuna, besa sus sonrosadas mejillas, poco ha muy sucias, y, como suprema alegría final, le da un pequeño cachete que el pequeñín recibe con un berrido de alegría.

¿No se ha peleado usted nunca con su amado? Pienso usted por qué lo hizo y cómo transcurrió todo. Un pinchazo por aquí, una palabra hiriente por allá y luego la cosa se vuelve cada vez más crítica. Sorna, enfado, cólera. ¿Qué es lo que pretende propiamente usted para llevarlo a él a la exasperación? ¿Debería hacer lo que hizo, es decir, ponerse el sombrero, coger el bastón, pegar un portazo y desaparecer? Ay, no, por favor; lo que él debería hacer es abrir una puerta que lleva a la alcoba de su propio cuerpo, dar entrada a su masculinidad, cubrirla con el sombrero del seno materno y coronarla con la corona de su vientre de muchacha; la Naturaleza lo dotó de un colgante bastoncito, pues que lo utilice contra usted, que la golpee y la ame cruelmente. ¿No se llama en todos los lenguajes vergajo o palo al signo de la masculinidad? La crueldad está, inexorablemente, unida al amor, y la roja sangre es el hechizo más irresistible del rojo amor.

Sin el período no habría amor en la mujer, o, al menos, no habría ningún amor que verificase la palabra de que la mujer fue dada al hombre como compañera y

ayuda. Y esto es lo fundamental. Pues para admiración e indignación suya va usted a descubrir que mucho, si no todo lo que tiene que ver con la vida humana se deriva del amor, y el hecho de que Eva le fue dada a Adán no para tener hijos, sino para que fuese su compañera me viene muy bien a mano para confundir el griterío de todos los desconocedores de la Biblia.

Así pues, las cosas, para mí, están como sigue: Yo parto del supuesto de que el período de la mujer y, más concretamente, la hemorragia, es un medio de atraer al hombre. Y con esto concuerda una pequeña observación mía que he venido haciendo aquí y allá. A muchas mujeres que han estado largo tiempo separadas del marido les viene el período precisamente cuando vuelven a ver a éste. Piensan seguramente que la separación espacial puede haber dado origen a un enfriamiento por parte del marido y, para superarlo, el Ello se encarga de prepararle un afrodisíaco que devuelva al marido a sus brazos.

Como usted sabe, es algo que me gusta bastante eso de poner las cosas patas arriba, y espero que en este caso le haya resultado bien. Pero para ser justo he de descubrirle aún otros dos objetivos, de los que el Ello persigue con estas medidas y que encontrarán menos oposición por su parte. Si una mujer tiene la regla no puede estar embarazada. El Ello da así al varón testimonio claro y patente de la fidelidad de su esposa. «Mira —dice—, si ahora viene un niño, es tuyo, pues cuando tú viniste yo tenía la hemorragia.» Si yo fuese una mala persona y quisiese instigar a los varones —aunque, bueno, estas cartas van dirigidas únicamente a usted, así, pues, puedo dar expresión a esta mala idea sin sembrar la semilla de la desconfianza entre los maridos—. Y es que, en efecto, cada vez que me puse a investigar detalladamente un caso como los descritos me encontré con que, de hecho, había habido lugar al adulterio. Siempre es sospechoso cuando se acentúa demasiado la inocencia; lo que hay detrás de ello es precisamente una confesión de culpa. La sangre pretendía despistar el adulterio. Claro, que no se trata de haber dormido de hecho con otro hombre —no recuerdo haber topado nunca con este caso—, sino que eran más bien adulterios de pensamiento, es decir, suponían un pecado semirreprimido, cosa que de por sí actúa de una manera doblemente profunda, pues no se resolvió en

acción y quedó estancado en las fangosidades del alma. Imposible que pueda usted imaginarse, queridísima amiga, de la entrañable satisfacción que producen tales consideraciones. La vida consigue contrastes del más curioso estilo. Consigue, por ejemplo, con la misma palabra, dar fe de inocencia y confesar la propia culpa.

Del mismo estilo es también el segundo objetivo del Ello, del cual le hablaba. Es también un doble juego. «Atráete al hombre —le dice el Ello a la mujer—, atráetelo con la sangre de tu amor». La mujer escucha esta voz, pero pregunta indecisa: «¿Y si falla?» «Tonta —le dice el Ello, y sonrío levemente—, entonces tienes en tus manos la mejor disculpa, pues, ¿cómo ha de tocar un hombre a una mujer que está impura?» En efecto, ¿cómo va a querer el hombre tocarla siendo así que ello está prohibido desde milenios? Así pues, si el abrazo tuvo lugar y fue pasional, tanto mejor, porque la maniobra ha tenido éxito a pesar de la prohibición y de la costumbre, y si no tuvo lugar, ello es causa de las costumbres, que lo reprueban.

El Ello acostumbra a operar cubriéndose la retaguardia de esta forma, y tiene éxito. Así, por ejemplo, deja que salga un eczema en la boca, que la desfigura. Consecuencia: me besa a pesar de todo, entonces, la felicidad es grande; no me besa, entonces, hay que atribuirlo no a falta de amor, sino a la presencia del eczema. Esta es una de las razones de por qué el muchacho, durante los años de la pubertad, lleva granos en la frente, por qué la muchacha, en el baile, tiene acné en los hombros o en el escote, acné que, por otra parte, también tiene el objeto de atraer las miradas; por qué la mano se vuelve fría y húmeda cuando se la tiende al amado; por qué la boca, que anhela un beso, huele mal; por qué destilan las partes genitales; por qué las mujeres, de repente, se azoran y reaccionan como niños.

Y con esto llego ya muy cerca del gran enigma: ¿Por qué ha prohibido la moral y la costumbre, siendo así que el período es incitante al placer, todo comercio carnal precisamente durante la menstruación y esto, por lo que yo sé, durante todos los tiempos?

Es ésta ya la tercera vez que hablo en mis cartas de prohibiciones. Primero fue la prohibición a masturbarse, luego la prohibición del incesto con la madre y ahora

la del comercio carnal durante la regla. Si, pues, a los instintos más fuertes, a saber, al instituto del amor a sí mismo, al amor entre creador y creatura (madre e hijo) y al comercio carnal mismo se le pone coto de manera tan tajante, habrá que contar con las consecuencias. Y, en efecto, estas tres prohibiciones han tenido consecuencias cuyo alcance es inabarcable. Si usted quiere, me entretendré un poco con estas cosas.

En primer lugar, tenemos la prohibición más antigua, la que primero tuvo sus consecuencias, la de la masturbación. El placer que se ha gozado una vez exige ser gozado de nuevo, y como el camino que lleva a la autosatisfacción está bloqueado, el instinto se lanza con todas sus fuerzas sobre sensaciones de análogo cariz, como son, por ejemplo las procuradas por una mano ajena, por la mano de la madre al lavar o bañar a uno, o con ocasión de orinar, o todo lo que de alguna manera pueda justificarse so capa de necesidad y de maternal cariño. La unión erótica con la madre sale fortalecida por la prohibición de masturbarse; la pasión por la madre crece. Y cuanto más fuerte es ésta tanto mayor es también la resistencia al amor puramente carnal, hasta que culmina en la expresa prohibición del incesto con la madre. Entonces se busca otra nueva salida que, a través de la igualdad simbólica útero materno = madre, lleva al afán por unirse con cualquier otra mujer. El tiempo adecuado para esta unión es la época de celo del útero; es decir, el período. Pero precisamente en este tiempo se cruza un no prohibitivo entre el deseo y su realización que, en muchas culturas, por ejemplo, la hebrea, tiene carácter de ley. Evidentemente, la Naturaleza necesita tales prohibiciones, prohibiciones que pueden tomar una u otra forma. Nuestra época actual, por ejemplo, en lugar de prohibir el comercio carnal durante la menstruación, ha escogido la fórmula de poner coto, por medio del Código Penal, a toda actividad sexual, excepto la masturbatoria, durante los años de mayor delirio pasional; es decir, durante los de la pubertad. Puede que constituya para usted un placer el reflexionar sobre las consecuencias de tales prohibiciones.

De todos modos, una cosa es clara: la prohibición puede reprimir el deseo, desviarlo de su natural sentido y dirección, pero lo que no puede es matarlo. Lo único que hace es obligarle a buscar su satisfacción por otros

caminos. Y, de hecho, esta satisfacción la encuentra de mil maneras, en cada actividad de la vida que usted quiera imaginarse: en la invención de chimeneas o buques de vapor, en la utilización del arado o del azadón, en la actividad poética o científica, en el amor a Dios y a la Naturaleza, en el dominio y en el crimen, en el bienestar y en la maldad, en la religión y en la blasfemia, manchando el mantel o rompiendo un vaso, en las rápidas palpitaciones del corazón o en el sudar, en el hambre y la sed, en el cansancio y en la frescura, en la temperancia y en la droga, en el adulterio y en el voto de castidad, en el andar, en el estar de pie o estar echado, en el dolor y en la alegría, en la felicidad y en la insatisfacción. Y para que, por fin, salga a relucir que yo soy médico, el deseo reprimido reaparece disfrazado de enfermedad, de cualquier clase de enfermedad, sea orgánica o funcional, se le llame melancolía o pulmonía. Este es un capítulo muy largo, demasiado largo como para continuarlo hoy.

Solamente quisiera todavía lanzarle a usted un pequeño anzuelo, a ver si pica.

¿Qué pasa con el deseo del varón de ayuntarse con la mujer durante el tiempo de la menstruación? Lo que le excita es la sangre. Esa tendencia a la crueldad, que existe en él desde siempre, comenzará a inflamarse. Inventará armas, planea operaciones, hace guerras, construye mataderos para sacrificar verdaderas hecatombes de vacunos, escala las montañas, surca los mares, explora el Polo Norte y los interiores del Tibet, caza, pesca, azota a sus hijos y maltrata a su mujer. ¿Y cuál es el resultado del deseo de la mujer? Se pone una venda entre las piernas, se masturba inconscientemente so capa de una limpieza común y generalmente bien vista. Y cuando está limpia se pone la venda un día antes por razones de precaución y la conserva un día después por análogos motivos. Y si esto no la satisface del todo, se las arregla para que las hemorragias duren más o aparezcan con mayor frecuencia. El instinto que nos lleva a amarnos a nosotros mismos tiene aquí paso libre y construye, a base de la concupiscencia femenina, los fundamentos de nuestra cultura, la limpieza y, con ella, las canalizaciones de agua, los baños, la higiene y el jabón y, además, la preferencia por la limpieza del alma, la nobleza espiritual, la armonía interior de los hombres

que aspiran a más, mientras que el varón, como adorador de la sangre, penetra en las misteriosas entrañas del universo y trabaja sin cesar en la transformación de la vida.

Hay extraños andaderos en la vida que, muchas veces, parecen ser circulares. Pero en última instancia a nosotros los mortales sólo nos queda que admirar, abrir los ojos y asombrarse.

Con todo cariño, su

PATRIK TROLL

13

Le agradezco mucho, querida amiga, el que renuncie a definiciones y términos técnicos. La cosa marchará también prescindiendo de ellos, y así al menos no me veo en peligro de desacreditarme. Pues he de confesarle a usted, pero bajo el más estricto secreto, que yo las definiciones, provengan de otros o de mí mismo, muchas veces no las llevo a comprender.

En lugar de definiciones voy a hablarle a usted, de acuerdo a sus deseos, de algunos efectos más que provoca la prohibición del comercio carnal durante el período. Y ya que el destino ha querido que yo sea médico, hablaré de lo que tiene que ver con la medicina. Desde hace más o menos un siglo, desde que también se empezó a dar el curioso fenómeno de representar a los ángeles, figuras míticas claramente masculinas, con caracteres descaradamente femeninos, se hizo también moda el atribuirle a las mujeres una delicadeza de alma que se expresa en un acendrado horror a toda clase de erotismo, considerado y sentido como sucio, adjetivo especialmente aplicable a los días «impuros» de la mujer —los del período—, días que encerraban un vergonzoso secreto. Y esta imbecilidad —pues ¿cómo quiere que llamemos, si no, a una actitud que priva a las mujeres de su natural sensualidad, como si la Naturaleza fuese tan tonta que le fuese a dar menos concupiscencia a la parte que tiene que cargar con las fatigas del embarazo que a la otra?—. Esta imbecilidad llega tan lejos que esos manuales de que usted, con toda seriedad, habla

tan alto, cuentan con la existencia de mujeres frías, publican estadísticas al respecto que no se basan sino en la hipocresía que el tiempo impone a la mujer, y así hundan a la mujer, ignorante científicamente, cada vez más en el engaño y la mentira. Pues —piensa la atemorizada criatura a quien nosotros llamamos joven dama— ¿por qué habría yo de no hacer como si no tuviese nada entre la cabeza y las extremidades inferiores si, de hecho, mi madre lo exige, mi padre lo supone y mi amado idolatra mi pureza? Normalmente la damisela sabe cumplir con pericia su papel, es más, hasta trata de vivir como auténtico lo que le han metido en la cabeza por educación, y sólo el torbellino de la cuarta semana es ya superior a sus fuerzas. Necesita ayuda, necesita una venda que, por así decirlo, le sostenga la máscara, y esa ayuda la encuentra en la enfermedad. Lo primero es que tiene dolor de riñones, dolor en la región lumbar. El movimiento anterior y posterior de esta región es lo que caracteriza la actividad de la mujer durante el coito; el dolor prohíbe ese movimiento, es decir, fortalece la prohibición previa.

No piense usted, querida amiga, que lo que yo pretendo con estas breves observaciones es solucionar alguna cuestión. Únicamente quiero hacerle comprender a usted lo que tan a menudo le ha resultado incomprendible, a saber, por qué yo trato de descubrir el objeto de la enfermedad en mis pacientes. Yo no sé si la enfermedad tiene algún objetivo o no, es más, ello me resulta indiferente. Lo que acontece es que esta clase de preguntas han resultado ser útiles y fecundas, pues de alguna manera consiguen poner en movimiento al Ello del enfermo y más de una vez contribuyen a que desaparezcan algunos síntomas. El procedimiento es bastante tosco, de curandero, si usted quiere, y yo soy plenamente consciente del desprecio con que lo miran los eruditos. Pero usted me ha preguntado y yo le contesto.

A lo largo del tratamiento acostumbro a recordarle alguna vez al enfermo que del semen masculino y del óvulo femenino humanos siempre sale un hombre y no un perro o un gato, que en el embrión humano existe una fuerza capaz de constituir una nariz, un dedo, un cerebro y que, por consiguiente a esta fuerza, que es capaz de todo esto, no le resultará nada difícil producir un dolor de cabeza o una diarrea o una inflamación de gar-

ganta, y que no me resulta demasiado aventurado admitir que sea ella también la responsable de una pulmonía, del cáncer o de la gota. Llego incluso a afirmar ante el enfermo que esa fuerza hace todo esto en realidad, que hace enfermar al hombre a su arbitrio y con determinados fines, además de escoger, con semejante finalidad, el tiempo, el lugar y la especie de enfermedad que le convenga. A mí, por mi parte, no me preocupa en lo más mínimo el que yo crea en todas estas cosas o no; yo simplemente afirmo. Y luego le pregunto al enfermo: ¿Para qué tienes la nariz? Para oler, me contesta. Así, pues —saco yo la consecuencia—, tu Ello te ha producido este romadizo para que no puedas oler alguna cosa determinada. Busca qué es lo que no deberías oler. Y de vez en cuando el enfermo encuentra de hecho algún olor que él más bien trataba de evitar, y —usted no necesita creerlo, pero yo sí lo creo— una vez encontrado ese olor, el resfriado desaparece.

Los dolores en la región lumbar durante el período le facilitan a la mujer la resistencia contra su concupiscencia, eso es lo que yo afirmo. Pero con ello no se pretende decir que los dolores tienen únicamente este objeto. No olvide usted que en esa región se encuentra el sacro, y que este os sacrum, este hueso sagrado, encierra en sí el problema de la madre. De ésta y otras cosas no voy a hablar aquí, prefiero seguir adelante. A veces no bastan los dolores de espalda y se le suman a ellos los dolores y espasmos del bajo vientre, y si esto no es suficiente, el Ello recurre al dolor de cabeza, con el fin de congelar la actividad pensante, a la migraña, a la náusea y al vómito. Y aquí ya se trata de simbolismos muy particulares, pues la náusea, el vómito y la sensación de que la cabeza va a estallar en pedazos son síntomas de parto en figura de enfermedad.

Como usted comprenderá, es de todo punto imposible ofrecer claras explicaciones en un terreno en que todo es tan variopinto. Pero una cosa creo que se puede decir con seguridad: cuanto más graves son los conflictos internos tanto más graves son también las enfermedades que representan simbólicamente el conflicto, y viceversa, cuanto más graves son las enfermedades tanto más intensa es la pasión y la resistencia a ella. Esto vale para todas las enfermedades, no solamente para las que están relacionadas con el período. Resulta que no es suficiente

una ligera indisposición para solucionar el conflicto o reprimirlo, entonces el Ello recurre a algo más grave, a la fiebre, que por necesidad recluye a la persona en su casa, o a una pulmonía o a algún accidente en que se rompe una extremidad, de modo que el número de sensaciones que excitan la concupiscencia es cada vez menor. Si esto no basta, el Ello puede aún echar mano de los desmayos, que excluyen por principio toda percepción, o de la parálisis, el cáncer, la tuberculosis, y finalmente de la muerte. Pues solamente muere aquel que quiere morir, aquél a quien la vida le resulta insostenible.

¿Puedo repetir lo que he dicho? La enfermedad tiene un fin, y éste es resolver el conflicto, reprimirlo o bien no permitir que lo reprimido aflore a la conciencia. La enfermedad tiene como objeto también castigar la transgresión del mandamiento, y esto va tan lejos que del arte y manera, del tiempo y lugar de la enfermedad se puede concluir sobre el arte y manera, el tiempo y el lugar del pecado. El que tiene una fractura de brazo es que ha pecado con el brazo o quería pecar con él, tal vez cometer un asesinato, o robar o masturbarse; el que se vuelve ciego es que no quiere ver más, que ha pecado con los ojos o pretende hacerlo; el que se vuelve afónico es porque tiene un secreto y no se atreve a decirlo en alta voz. Pero la enfermedad es también un símbolo, una representación de procesos interiores, un teatro del Ello por medio del cual expresa lo que no puede decir con la boca. Con otras palabras, toda enfermedad, se la llame nerviosa u orgánica, y también la muerte, están tan preñadas de sentido como tocar al piano, o encender una cerilla o cruzar una pierna sobre otra. Nos comunican algo del Ello de una manera más clara y persuasiva que el lenguaje, es más, que toda la vida consciente junta. Tat vam asi.

.....

¿Me equivoco si supongo que a usted le gustaría oír algo desde este punto de vista sobre el cáncer? Poco a poco, ayudados de la aplicación que nos caracteriza, hemos llegado a que la anatomía, la fisiología, la bacteriología y la estadística decidan sobre nuestras opiniones hasta tal punto que ya nadie sabe lo que es cáncer



y lo que no lo es. La consecuencia es que la palabra cáncer, como la palabra sífilis, se utiliza de palabra y por escrito miles de veces al día, pues ¿hay alguna cosa que los hombres escuchen con más interés que las historias de fantasmas? Y como ya no se puede creer en auténticos fantasmas, estas dos palabras, indefinidas e indefinibles, a pesar o a causa de toda la ciencia acumulada alrededor de ellas, ofrecen el terreno más apropiado para asociar a ellas verdaderas escenas de terror. Ahora bien, existe un fenómeno en la vida del Ello que es el temor, y este temor, que hunde sus raíces en tiempos que escapan a toda memoria, se apodera de los dos nombres para jugarle una mala partida a la noble inteligencia racional y hacer plausible la aparición del terror en este contexto. Si a todo esto agregamos la angustia creada por el otro fantasma de la masturbación, tiene usted ahí todo un revuelto interrelacionado de temores, y la mitad de la vida es temor.

Pero yo quería hacerle a usted partícipe de mi sabiduría sobre cuestiones oncológicas, y resulta que me estoy dejando apartar de mi objeto por la ira. Vaya a su vecina y amiga, háblele del tema cáncer —seguramente que hablará con gusto de ello, pues todas las mujeres tienen miedo al cáncer— y pregúntele a ver qué es lo que se le ocurre al oír la palabra cáncer. Si se trata de una persona culta —como lo será, ya que es amiga de usted—, seguramente recordará que cáncer es una palabra latina y que significa cangrejo. Y, llegado a este punto, agregará «el cangrejo —el cáncer— va para atrás», y luego, después de dudar un poco, «además, tiene tenazas». Y si usted es capaz de tirar con tanto atrevimiento como yo del velo que cubre el misterio de la ciencia, no tardará en descubrir que el complejo más superficial, del cual se nutre el temor al cáncer, tiene algo que ver con eso de ir hacia atrás y que, más profundamente, hay otro algo que se relaciona con el concepto de arrancar o cortar, propio de las tenazas. Esto es bastante fácil de aclarar, pues el hombre, desde el momento en que enferma de cáncer, va hacia atrás en lo que a fuerza y vitalidad se refiere, y si la enfermedad se encuentra en los primeros estadios, el médico le quita, le corta o arranca de raíz el tumor. Pero si usted se decide a penetrar más en las raíces del asunto se encontrará con que este movimiento hacia atrás está relacionado con impe-

rativos asociatorios de la infancia que fueron muy tempranamente reprimidos y siguen operando en el inconsciente. Ese angelito de muchacha que gustamos de imaginar puro e inocente, en realidad no lo es tanto, como tampoco lo es la paloma, símbolo que se nos ofrece de pureza e inocencia, mientras que para los griegos lo era de la diosa del amor, ese angelito, como digo, observa movimientos extraños entre el perro y la perra, entre el gallo y la gallina, y como no es nada tonta y por el comportamiento de padres y educadores concluye de que se trata de algún misterio de la vida sexual, lo combina con el otro misterio más importante de la alcoba de sus padres.

Lo mismo que lo hacen los animalitos, piensa la niña, lo hacen también los papás cuando oigo ese raro chirriar de su cama combinado con esa imitación, ¡puff!, ¡puff!, de la locomotora. Con otras palabras, la niña llega a la idea de que el coito tiene lugar por detrás, y hunde este pensamiento en las profundidades hasta que aflora otra vez en forma de miedo asociado al cáncer por el camino de «ir hacia atrás». En cuanto a las tenazas —no hace casi falta que lo diga—, llevan de manera directa e indirecta a la cuestión angustiosa del complejo de castración, a la trasmutación de la mujer originariamente imaginada con órganos masculinos en mujer femenina, a quien se le ha quitado el pene y se le ha dejado un agujero entre las piernas que todavía, de vez en cuando, sangra. También este pensamiento tiene su base en una experiencia, en una de las primeras experiencias de la vida, en la experiencia de cortar el cordón umbilical.

De todas las teorías que se han establecido en torno al problema del cáncer me he quedado, a lo largo del tiempo, con una sola, a saber: con que el cáncer, bajo determinados síntomas, lleva a la muerte. Si no lleva a la muerte, no es cáncer; ésa es mi opinión. De aquí puede sacar usted la conclusión de que yo no pongo la menor esperanza en el descubrimiento de algún procedimiento terapéutico que llegue a curar esta enfermedad. Pero en todos los así llamados casos de cáncer no carecería de utilidad proceder a interrogar al Ello.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL

Querida amiga: Usted lo ha entendido perfectamente: el complejo de Edipo domina toda la vida del hombre. Pero yo no sé en verdad cómo satisfacer sus deseos de oír más sobre este tema. La leyenda de Edipo —como éste, de forma culpable-inocente mata a su padre y engendra incestuosamente de su madre hijos perseguidos por la desgracia— es cosa que usted ya conoce y, en caso de no ser así, puede encontrarla en cualquier colección. Que el contenido de la leyenda, a saber, una pasión encendida del hijo por la madre y un odio asesino contra el padre, es algo típico y válido para todos los hombres de todas las épocas, ya se lo dije yo a usted. Y la aplicación a su propia vida, a la mía o a la de cualquier otra persona es cosa que usted debe hacer por sí misma. Lo único que yo puedo hacer es contarle un par de historias; quizá saque usted algún provecho de ellas. Pero no debe de ningún modo impacientarse. La vida del inconsciente es difícil de descifrar, y como usted sabe, a mí un par de errores más o menos no me importa.

Hace más de veinte años —yo era entonces un joven médico, temerario en la convicción de que nada podría fallarme— me trajeron un muchacho que padecía una extraña enfermedad de la piel llamada esclerodermia. Como la enfermedad se extendía por una gran parte del vientre, del pecho, de los brazos y de las piernas, las autoridades de la medicina, impresionadas por la magnitud del fenómeno, lo habían desahuciado. Me hice cargo del tratamiento con alegría, según los principios que había aprendido de Schwenninger, y como después de un año había logrado poner coto a la extensión del mal empecé a sentirme casi tan importante como Dios, y a atribuir a mis esfuerzos la curación del muchacho. Vamos, lo que nosotros los médicos llamamos curación, pues en este caso no somos en absoluto de criterio estrecho. Se trata, en efecto, de juzgar nuestros propios éxitos. De hecho, en este caso, la curación tenía aún mucho que desear. Aun haciendo caso omiso de las cicatrices que el tratamiento había originado y que usted

ticulaciones del codo estaban tan contraídas que no era posible llegar a estirar los brazos completamente. Por otra parte, una de las piernas era y quedó tan delgada como un bastón. Tampoco se pudo eliminar su extrema excitabilidad cardíaca, que, de vez en cuando, llevaba al corazón a latir a velocidades asombrosas y a colocar al muchacho en delicadísimos estados de angustia. A esto había que agregar los dolores de cabeza ininterrumpidos y otras afecciones de carácter nervioso. En fin, a pesar de todo, el muchacho consiguió acabar su bachillerato, fue oficial en el Ejército durante una serie de años y luego pasó a una profesión de carácter académico. De tiempo en tiempo venía a pasar unas semanas conmigo para reponerse. En todo este tiempo, debido a sus muchas molestias, estuvo bajo tratamiento con uno y otro médico hasta que se quedó con un conocido galeno berlinés, cuyo nombre a usted y a mí nos inspira respeto. Pasaron algunos años sin que yo oyese nada de él. Luego estalló la guerra y pocos meses después se me presentó de nuevo en mi consulta.

Ahora su sintomatología era muy extraña. Poco después de estallar la guerra cayó enfermo el señor D. —vamos a llamarlo así— con fiebre de hasta 40 grados y fuertes escalofríos. Pasó algún tiempo sin que se pudiese constatar qué era lo que había detrás de todo esto. Por fin la cosa pareció aclararse. La temperatura bajaba por la mañana a menos de 36 grados, para subir por las tardes a 39 y 40. Se le analizó la sangre una, seis, doce veces a ver si tenía malaria. Ni se encontraron plasmodios ni le hicieron efecto alguno la quinina y el arsénico. Entre tanto se le había examinado cuidadosamente a ver si se trataba de tuberculosis, también sin éxito, y se trajo a colación un antiguo diagnóstico que hablaba de sífilis, a cuenta de la cual hacía años se le había aplicado un tratamiento antilúético. La famosa reacción de Wassermann —usted sabe bien de lo que se trata— dio un resultado ambiguo, con lo cual, a fin de cuentas, se seguía sabiendo tanto como antes. Pero de repente desapareció la fiebre, el cuerpo, completamente agotado, comenzó a recuperarse, se prepararon los uniformes y parecía que todo iba bien. El señor D. pudo salir de nuevo a la calle, redactó una instancia a su ministerio, que lo consideraba irremplazable, para que le permitiese tomar parte como voluntario en la campaña; se le con-

cedió lo que pedía y, en ese mismo día, cayó otra vez enfermo con fiebre y dolores en el cuello. Los médicos que lo trataron le examinaron la boca, y encontraron úlceras en las amígdalas, en la epiglotis y en los epitelios de la garganta. Como la fiebre desapareció, pero las úlceras se extendieron aún más, aparecieron unas pústulas sospechosas y algunas glándulas tuvieron a bien inflamarse un poco, los médicos diagnosticaron una recidiva de la supuestamente superada sífilis, diagnóstico que no les puedo tomar a mal. La reacción Wassermann fue, por cierto, negativa, y siguió siéndolo, pero... Para decirlo con pocas palabras: se le aplicó salvarsán y mercurio. El resultado fue anonadador. En lugar de una mejoría, lo que apareció de nuevo fue aquella extraña fiebre del principio, acompañada de tiempo en tiempo por un estado de pérdida de conciencia total. El enfermo decaía cada vez más y, por fin, ya casi sin fuerzas, hizo que me lo trajeran a mí.

En aquel entonces yo no estaba todavía tan seguro de la dependencia del Ello que acusan también las enfermedades orgánicas. Además pensaba —sin duda guiado por alguna malévola tendencia de mi inconsciente— que un hombre que había sido tratado por mí durante decenio y medio de una manera determinada no podía ser tratado de repente desde otros presupuestos sin que perdiese la confianza. En pocas palabras, lo seguí tratando como acostumbraba, es decir, con baños muy calientes, masaje, una dieta muy cuidada, etc. Todo esto no excluía un tratamiento psicológico, pero ello estaba concebido a la antigua, o sea, que se trataba de ayudar al enfermo en lo posible a través de la autoridad y la sugestión. De entrada le comuniqué con toda convicción y sin dejar lugar a la menor duda —pues quería eliminar de antemano toda posible oposición— que de sífilis no se podía hablar en absoluto, y luego le comuniqué al enfermo que su mal estaba relacionado con el deseo que tenía de ir al frente. El se opuso durante mucho tiempo a este supuesto, pero no tardó en conceder que ello era posible, y me contó un par de detalles de los últimos meses que me confirmaron en mi opinión.

La cosa parecía que marchaba bien; el señor D. recuperó fuerzas, comenzó a dar sus paseos por el campo y a hablar otra vez de presentarse voluntario al ejér-

cito. Para él esto era una cosa seria. Procedía de una antigua familia de oficiales y él mismo había sido también oficial con verdadera pasión. Un día se presentó otra vez la fiebre, fiebre del mismo estilo que antes: con bajas temperaturas por la mañana y oscilaciones que lo llevaban hasta los 40 grados por las tardes. Y, a la vez, reaparecieron aquellos extraños síntomas que exhibían todos las características de la sífilis. Se formó un absceso en el codo; luego, cuando se le curó éste, otro en la pierna y, finalmente, uno en el pene. Aparecieron también llagas en el cuello y otra vez en el codo y la pierna. Mientras tanto se habían formado pústulas de color rosáceo, es decir, que pasaban tales cosas que yo empecé a dudar si no sería verdaderamente sífilis. La aplicación reiterada de la reacción Wassermann, llevada a cabo en la clínica de la Universidad, daba resultados contradictorios: unas veces el resultado era claramente negativo, otras era ambiguo. La situación se extendió a lo largo de tres meses. De repente, y sin que yo fuese capaz de explicarme cómo, desapareció toda la enfermedad. El señor D. se recuperaba maravillosamente bien, aumentaba de peso, cogía fuerzas y todo iba bien. Lo vacuné, como estaba prescrito, contra la viruela, el cólera y el tifus, cogió sus bártulos y se despidió de mí para presentarse a la oficina de movilización que le correspondía, después de hacer un camino a pie de tres días cruzando la Selva Negra. Pero al tercer día de camino se presentó otra vez la fiebre. El señor D. se volvió a consultarme por unos días, pero luego marchó a Berlín para, allí, probar fortuna con otros médicos.

En el verano de 1916, casi dieciséis meses después, volvió otra vez. Había estado largo tiempo bajo tratamiento en Berlín, desde donde lo mandaron a los baños de Aquisgrán; luego, a los de Sylt, a la montaña; a Nenndorf, y, por fin, había estado de nuevo semanas y meses enfermo en Berlín. Su estado era el mismo: ataques de fiebre, llagas, desmayos, molestias cardíacas, etcétera. Me llamó la atención que su antigua enfermedad, la esclerodermia, estaba empezando a echar pie en algunos lugares y que los síntomas neuróticos habían adquirido mayores proporciones.

Entre tanto, yo mismo había sufrido una gran transformación. Durante el tiempo en que hube de prestar

mis servicios en el hospital militar, tuve ocasión de observar a menudo la eficacia del psicoanálisis aplicado a la curación de heridas y enfermedades orgánicas. Mi praxis privada me había sonreído con una serie de éxitos en este sentido, aplicando una técnica que yo mismo había experimentado. En fin, que esta vez pasé a tratar al señor D. firmemente decidido a no ocuparme en absoluto de terapias físicas o medicamentosas, sino a ponerme a analizarlo. El éxito llegó. Fue desapareciendo un síntoma detrás del otro. Después de medio año estuvo el señor D. en condiciones de marchar al frente, donde, dos meses más tarde, cayó. La cuestión de si su curación habría sido duradera o no, es cosa que no puedo decidir, ya que se interpuso la muerte. Lo que mis conocimientos actuales me permiten decir es que el tratamiento fue demasiado corto y que el enfermo probablemente habría sufrido recaídas en caso de haber vivido más tiempo. Sin embargo, estoy convencido de que, en su caso, hubiese sido posible una curación total. Pero ello es, a fin de cuentas, indiferente. Yo le cuento a usted todas estas historias no por el éxito obtenido, sino para que se haga una idea de la eficacia del complejo de Edipo.

En cuanto al tratamiento lo único que le voy a decir es que no fue nada fácil. Cada poco aparecían resistencias que unas veces tenían que ver con mi nombre, Patrik, y otras veces con el de un irlandés embustero; que ahora tomaban como pretexto mis botas de goma y luego el nudo mal hecho de una corbata. La corbata era para él un escroto flácido y caído, como se lo viera una vez a su propio padre; las botas de goma tenían que ver con antiguos malos ratos de la infancia. Luego aprovechaba para escudarse en mi segundo nombre, Georg, que le recordaba a un personaje novelesco de Roberto el Grumete, seductor y ladrón. Y lo peor era que aparecía de vez en cuando toda una horda de Georges, todos tipos desalmados, hasta que por fin apareció el auténtico malhechor en la persona de un hombre del cual D. había recibido una bofetada durante el bachillerato sin exigirle reparación. Lo que nos llevó más tiempo, y más trabajo nos dio a él y a mí, fue una de mis antiguas muletillas, que yo usaba mucho por aquel entonces. Yo acostumbraba a repetir a menudo la palabra «sinceramente» o, también, «dicho

con toda sinceridad». D. sacaba de ello con necesidad la conclusión de que yo mentía, conclusión que, por cierto, no era nada tonta.

La resistencia del enfermo al médico es el objeto de todo tratamiento. El Ello no quiere de ningún modo curarse de antemano, por mucho que la enfermedad atormente al enfermo. Al contrario, la existencia de la enfermedad prueba, a pesar de todas las protestas, esfuerzos y lamentos del hombre consciente, que este hombre quiere estar enfermo. Esto es importante, el querer. El enfermo quiere estar enfermo y se defiende de la curación de la misma manera que, pongamos por caso, una muchacha desea con toda su alma ir a un baile pero, a la vez, se opone obstinadamente a ir. Es siempre muy útil examinar detalladamente las objeciones que presenta una resistencia tal al médico; revelan muchísimas cosas sobre el enfermo mismo. Así acontecía también con D. Los flácidos testículos y las botas de goma provocaban oposición en él porque tenía en grado sumo el sentimiento de impotencia. El mentir, que él atacaba duramente en «Patrik» y «sinceramente», lo aborrecía él como todas las personas honorables, pero como todas las personas honorables se engañaba a sí mismo —y a otros— sin interrupción. Con los nombres de pila tenía tantos problemas porque él mismo odiaba el suyo: «Heinrich». Debido a eso se hacía llamar por sus íntimos «Hans», pues algún héroe, entre sus antepasados, había llevado este nombre. También en esto barruntaba él la mentira, pues un sordo sentir que procedía del Ello le decía que él no tenía nada de héroe, que su enfermedad era una criatura de su atemorizado subconsciente. Georg, finalmente, le resultaba insoportable porque, como otrora el ladrón de Roberto el Grumete —este recuerdo venía acompañado de fiebre y síntomas violentísimos—, le había quitado a su padre dos medallas. La palabra medalla lo llevaba a la palabra medallón, y precisamente un medallón con la fotografía de su madre llevaba su padre, y a este medallón era a lo que en realidad se dirigía el hurto. Lo que él quería era robarle la madre al padre. Edipo.

Todavía me resta que mencionar una cosa rara. D. arrastraba consigo toda una serie de complejos que, en última instancia, tenían que ver todos con el complejo de Edipo y la idea de su impotencia. Si atacaba,

durante el tratamiento, desde algún lado el complejo de Edipo, entonces aparecía la fiebre; se acercaba uno demasiado a la impotencia, en ese momento aparecían los síntomas de la sífilis. D. me lo explicó de la siguiente manera: «Mi madre, con el correr del tiempo, llegó a serme totalmente indiferente. Esto me avergüenza y trato lo más a menudo posible de hacer un esfuerzo y pensar en ella, de darle otra vez llama al rescoldo. Y como no lo consigo espiritualmente, resulta que entonces aparece el calor corporal, la fiebre. Toda la culpa de mi impotencia se la atribuyo a mi padre, que era ya viejo cuando me engendró, según mi opinión demasiado viejo. Y como no puedo castigar personalmente a mi padre, que hace ya mucho tiempo que murió, lo castigo en lo que representa, en la figura del progenitor, en aquello que engendra, en mis propios órganos genitales. Esto tiene la ventaja de que yo me castigo a mí mismo por la mentira, pues no mi padre, sino yo mismo cargo con la culpa de la impotencia. Y, finalmente, un sífilítico puede permitirse el lujo de ser impotente. Es bueno para él y para las mujeres». Como usted ve, a D. no le faltaban inspiraciones del demonio. Esto es lo que siempre me gustó de él.

Y ahora el complejo de Edipo. En primer plano, la pasión por la madre. La masa de los detalles la dejo a un lado. Como prueba le ofrecí a usted el hurto de las medallas, que, simbólicamente, no representa sino el rapto de la madre. En lugar de pequeños rasgos voy a escoger algo que le demostrará a usted los profundos efectos del Ello. En primer lugar está la enfermedad continua y prolongada de D., que de tiempo en tiempo degeneraba en manifestaciones verdaderamente graves. El enfermo necesita cuidado, el enfermo se obliga a sí mismo a cuidarse. Todo caer enfermo es una repetición de una situación de lactante, brota de la nostalgia por la madre. Todo enfermo es un niño, todo hombre que se hace cargo de un enfermo es su madre. El ser enfermo, la frecuencia y duración de las enfermedades son una prueba de lo muchísimo que depende el hombre de la imagen materna. En la mayor parte de los casos puede usted incluso seguir sacando conclusiones sin peligro a equivocarse: si alguien se pone enfermo lo probable es que, a máxima cercanía temporal del comienzo de la enfermedad, hubo un recuerdo extraordinariamente

fuerte de la imagen materna, de la imagen de las primeras semanas de lactante. Es más, ni siquiera me arrojé a colocar aquí la palabra «siempre». Siempre es así. Y no hay nada que demuestre de manera más patente la pasión que alguien puede abrigar por su madre, por su dependencia de ella y del complejo de Edipo, que el hecho de ser un tipo enfermizo.

Esta pasión ha engendrado en D. además una cosa que no es raro observar. El amo y señor de la madre es el padre. Por eso, si el hijo quiere convertirse en dueño, señor y amante de la madre, ha de hacerse semejante al padre. Este es el caso de D. Al principio —yo he visto fotografías de él cuando era niño— no se podía decir que se pareciese al padre, y su manera de ser, a decir de la madre, tampoco tenía nada de común con él. A la edad de veinte años, cuando yo conocí al enfermo, se podía observar de año en año cómo poco a poco iba teniendo lugar esta asimilación al padre en gestos, posturas, costumbres, en el rostro y en la constitución corporal, y hasta en la manera de ser y pensar. No es que se cambiase su Ello, sino que más bien se formó otro Ello de la superficie que sólo dejaba muy de vez en cuando ver el auténtico núcleo de su personalidad, y este nuevo Ello desapareció —y aquí tenemos la prueba de su existencia— cuando la curación fue progresando. El auténtico D. reapareció de nuevo. La manera más clara en que se pudo apreciar la asimilación a su padre fue el rápido envejecer del señor D. Ya con treinta años tenía el pelo completamente blanco. Yo mismo pude observar varias veces cómo este encanecimiento de su pelo en aras de la semejanza con su padre tenía lugar y volvía otra vez a la normalidad. En lo que hubiera quedado no lo sé. Murió demasiado pronto.

Una tercera característica de ligazón a la imagen materna era la impotencia. Cuando un hombre padece impotencia la primera pregunta es siempre: ¿Cuál es la situación de este hombre con relación a su madre? D. tenía la típica y característica forma de impotencia tal como la ha descrito Freud. Para él las mujeres se dividían en dos: damas y putas. Frente a las damas, es decir, frente a la madre, era impotente. Con las putas, sin embargo, sí podía realizar el comercio carnal. Pero la imagen de la madre operaba en él con muchísima fuerza, y así su Ello, para librarse de todo posible peli-

gro de incesto, incluso en figura de puta, se inventó el contagio sifilítico. Que alguien, bajo la presión del complejo de Edipo, se coja una infección con alguna furcia, eso lo he visto muy a menudo. Pero que el Ello se invente su contagio y nos dé la lata durante años con síntomas de sífilis y gonorrea es una cosa que parece ser mucho más rara. Hasta el presente sólo me he encontrado dos veces con este caso: en D. y en una mujer.

Sigamos. Los comienzos de la enfermedad —los primeros síntomas hay que tenerlos siempre muy en cuenta, pues delatan muchas de las intenciones del Ello—, los comienzos de la enfermedad, decía, los constituyó la esclerodermia de la pierna izquierda, esclerodermia que luego se extendió al brazo derecho. Lo que pasa con la pierna izquierda me lo dice a mí mi loco lenguaje, un lenguaje que se está verificando como exacto: este hombre desearía ir por un camino malo, de la izquierda, siniestro, pero su Ello no se lo permite. Si el que enferma es el brazo derecho, el significado es: este brazo derecho quiere hacer algo de lo cual el Ello se escandaliza, por eso se le paraliza. Al grano. Poco antes de que la pierna izquierda empezase a mostrar los primeros síntomas de la enfermedad, aconteció un hecho relevante: la madre de D. quedó encinta. Él tenía entonces quince años, y asegura que no notó el embarazo en absoluto. Esto es una señal manifiesta de que profundas conmociones de su espíritu lo obligaron a reprimir. Esta lucha por reprimir la impresión del embarazo materno tiene lugar precisamente en plena revolución pubertal y se asocia a la represión de un segundo conflicto sexual. Pues así como afirmaba el enfermo que el nacimiento de su hermano lo sorprendió totalmente, así afirmaba también que él, por aquella época, no tenía ni los más remotos conocimientos sexuales. Ambas cosas son imposibles. La última de ellas porque el muchacho tenía conejos y se pasaba horas enteras contemplando los juegos sexuales de los mismos. La primera porque él mismo pronto se dio cuenta de que, ya durante el embarazo, se había apoderado de él la idea del asesinato, de la cual hablaremos en seguida. De la idea de eliminar a su tardío hermano se puede concluir a la extensión de la esclerodermia a su brazo derecho. El pensamiento que nos lleva a matar a las personas que nos son desagrables es un pensamiento

que tenemos todos nosotros y que nos acompaña durante toda la vida. En circunstancias desfavorables el deseo y el horror a matar son tan grandes que el Ello se decide por paralizar el brazo derecho, el instrumento asesino del hombre. Creo que ya le expliqué a usted por qué estas ideas están tan extendidas, pero para su provecho y utilidad se lo voy a repetir: el niño aprende lo que es la muerte en el juego. El niño hace como que dispara o clava a la persona mayor, ésta cae, se hace el muerto y resucita unos segundos después. ¿No resulta extraño el ver cómo el Ello del alma del niño se las arregla para darle a los problemas más serios de la vida la apariencia de naderías, de bromas, como es, por ejemplo, el hacer de la muerte un pasatiempo? ¿Y es de extrañar que esta impresión de la muerte, alegre y bromeante, asociada a los momentos más felices de la infancia y seguida de un rápido revivir, se grave profundamente en el alma del niño y espere allí a posibles utilizaciones ulteriores? Para acabar: las afecciones que tuvieron por objeto primero la pierna y luego el brazo tienen su base y fundamento en luchas de carácter sexual que caen dentro del campo del erotismo materno-filial.

Y ahora llego a la parte más extraña de toda esta extraña enfermedad, o sea, al arte y manera de cómo se originó la idea de la sífilis del complejo materno y cómo, debido precisamente a este origen, pudo llegar a ser tan poderosa, a sacar a luz siempre de nuevo síntomas sífilíticos y presentarlos de tal manera que engañaron a todos los médicos, yo incluido. Le pregunté a D. si sabía quién lo había contagiado. «Yo no sé si estoy contagiado —dijo—; lo supongo.» «¿Y por qué lo supone?» «Porque me acosté una vez con una mujer que llevaba un velo.» Y al verme cara de escepticismo, agregó en seguida: «Todas las putas callejeras que llevan velo son sífilíticas.» La noticia para mí era nueva; comprendí, sin embargo, que la idea no era tonta, y por eso seguí preguntando: «¿Así que usted cree que ha sido contagiado por esa mujer?» «Sí —y agregó en seguida—: No sé, no sé ni siquiera si me ha contagiado o no. Después es imposible, pues no me he vuelto a acostar con ninguna mujer. Al día siguiente me entró miedo, fui al médico y le dije que me examinase. Me dijo que volviera al cabo de algunos días; volví y me dijo lo mismo,

y así seguimos durante un tiempo, hasta que, medio riendo medio hoscamente, me dijo que no tenía nada, que no se podía hablar de contagio y que yo estaba perfectamente sano. Desde entonces me han vuelto a examinar muchísimos médicos. Ninguno ha encontrado nada.» «Pero —le dije yo—, usted, antes de que se presentase su última enfermedad con ocasión de la guerra, había recibido un tratamiento antiluético.» «Sí, porque yo lo exigí. Yo creía que mis dolores de cabeza, la enfermedad de mi pierna, de mis brazos, no se debían sino a la sífilis. He leído todo lo que se ha escrito sobre esclerodermia y muchos relacionan esta enfermedad con la sífilis.» «Pero usted tenía, cuando la enfermedad apareció, quince años recién cumplidos.» «Con sífilis heredada —me interrumpió—. Jamás pensé seriamente que yo hubiese podido contagiarme; lo que yo creía es que mi padre había sido sifilítico.» Guardó silencio por un momento y luego continuó: «Si mal no recuerdo, la mujer de que le hablé no llevaba velo alguno. Al contrario, me consta con seguridad que no tenía la menor mancha en todo el cuerpo. La desnudé completamente, tuve la luz encendida durante toda la noche, la vi desnuda delante del espejo, leí su cartilla de control *, es decir, que es imposible que estuviese enferma. El caso es que yo tenía un miedo atroz a padecer sífilis hereditaria. Por eso fui al médico, le conté la mentira del velo, pues no quería decirle las sospechas que abrigaba al respecto contra mi padre, y conté tantas veces la historia que yo mismo acabé por creérmela. Pero ahora, después de todo este análisis, me consta que nunca tuve a la mujer por sifilítica y que no llevaba velo alguno.»

Todo esto me resultó muy extraño, lo mismo que, con toda probabilidad, le estará pasando a usted. Yo quería y esperaba aclarar aún más las cosas, y, por eso, le pregunté a D. qué era lo que se le ocurría al oír la palabra velo. En lugar de una respuesta, me dio en seguida dos: «El velo de la viuda y la Madonna con el velo de Rafael.» A base de estas dos ocurrencias se originó todo un juego de asociaciones que se extendió a lo largo de dos semanas. Le comuniqué brevemente el resultado.

* *Führungsbuch*, la cartilla de control de toda prostituta. [N. del T.]

El velo de la viuda nos llevó inmediatamente a la muerte del padre y al vestido de luto de su madre. Resultó que D., a lo largo de sus luchas por reprimir sus incestuosos deseos, acabó identificando a la madre con la puta, que su fantasía le colocó el velo negro a la mujer y la hizo sifilítica porque su inconsciente creía acabar de esta manera mucho más fácilmente con la pasión incestuosa. La madre debía y tenía que desaparecer de su erotismo; quien tenía sífilis no podía ser deseado; por consiguiente la madre debería estar sifilítica. Pero esto no era posible —luego veremos por qué—; así pues, era necesario encontrar a alguien que ocupase su lugar y esto resultaba fácil con ayuda de la asociación del velo. Para fortalecer la defensa se elaboró el pensamiento de que el padre estaba sifilítico.

A cualquiera le resulta comprensible que el enfermo retrocediese ante el pensamiento de considerar sifilítica a su madre. Pero en el caso de D. hay que agregarle a esto una idea que toma cuerpo ligada a la asociación de la Madonna con el velo. Esta asociación coloca a la madre en un lugar elevado e inaccesible, le otorga los atributos de la Inmaculada, elimina con ello totalmente al padre del terreno de juego. Además, tiene otra ventaja: a él mismo le permite sentirse nacido de madre virginal y considerarse de origen divino. El inconsciente trabaja con medios que nos desconciertan. Con el fin de reprimir el deseo incestuoso consigue elevar a la madre a la categoría divina y en el mismo momento la rebaja a la condición de puta sifilítica.

Aquí tiene, si usted quiere, una confirmación de lo que yo siempre he tratado de hacerle creer a usted, a saber, que no nos arredramos ante la idea de atribuirnos a nosotros mismos origen divino, que para nosotros propiamente el padre es Dios Padre y la madre la Madre de Dios. No hay nada que hacer, el hombre está hecho de tal modo que cree estas cosas, y aun cuando toda la religión católica con la Virgen María y el Niño Dios llegase a desaparecer y no quedase rastro ni recuerdo de ella, no por ello iba a dejar de aparecer mañana un nuevo mito en que, otra vez, habría de tener lugar la unión de Dios con el hombre y volvería a nacer el hijo de Dios. Las religiones son creaciones del Ello, y el Ello del niño ni está en condiciones de poder soportar el pensamiento del comercio carnal entre padre y madre, ni podrá re-

nunciar a la maniobra de beatificar a la madre en su lucha contra la inclinación del incesto. Y tampoco podrá —Ferenczi nos lo ha enseñado— prescindir de la idea de ser igual a Dios, ya que está acostumbrado a sentirse omnipotente desde el vientre de la madre.

Las religiones son creaciones del Ello. Mire usted a la cruz con sus brazos extendidos y me dará la razón. El Hijo de Dios cuelga de ella y en ella muere. La cruz es la madre, y en nuestra madre morimos todos nosotros. Edipo, Edipo. Pero observe usted bien: si la cruz es la madre, entonces los clavos, que taladran al hijo, la alcanzan también a ésta en su carne, sufre el mismo dolor, los mismos padecimientos que el hijo. Y ella soporta sobre sus fuertes brazos de madre los dolores del hijo, siente su muerte y la siente con él. Madre e hijo, en estas dos palabras está condensado todo el dolor del mundo, todas las lágrimas y todos los lamentos. Y el agradecimiento que la espera a la madre son las duras palabras: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» Es destino humano el que ello sea así, y ninguna madre se encoleriza porque su hijo la rechace. Así debe ser.

En la historia clínica de D. hay todavía un conflicto más profundo, muy humano y muy común, que se alimenta de una de sus raíces del complejo de Edipo y éste es el problema de la homosexualidad. Me decía que cuando estaba bebido se dedicaba a recorrer las calles de Berlín en busca de pederastas y que, fuese quien fuese y lo encontrase donde lo encontrase, lo golpeaba hasta casi dejarlo muerto. Esto era lo que me contaba por una parte. *In vino veritas*. Esta narración sólo resulta comprensible si se la une a la segunda, que tuvo lugar unas semanas después. Un día me encontré al enfermo presa de una fiebre muy alta y se puso a contarme que la tarde anterior había salido a dar un paseo por el bosque, y que allí le había sobrevenido de repente la idea de que unos vagabundos iban a caer sobre él, amordazarle y abusar de su ano, para luego atarlo a un árbol con el trasero desnudo y ultrajado. Agregó que esto era una fantasía muy corriente en él, a la que, siempre, le seguía la fiebre. Donde hay temor hay deseo, no cabe la menor duda. El odio con que D. perseguía a los pederastas cuando estaba bajo los influjos del alcohol no es más que homoesexualidad reprimida; la fantasía tampoco

es otra cosa, y lo alto de la fiebre nos permite calibrar qué fuego es el del deseo homosexual que le abrasa. Otro día volveré sobre el tema de la homosexualidad. Aquí quisiera solamente decir que entre las muchas causas que pueden llevar a este fenómeno, una que jamás se puede pasar por alto es la represión del deseo incestuoso hacia la madre. El hombre libra una batalla muy dura para deshacerse del erotismo para con la madre, y no es de extrañar que, si resulta que en esta lucha todas las tendencias conscientes hacia el sexo femenino son arrastradas juntamente con la pasión por la madre hacia el abismo de la represión, no es de extrañar, digo, que para éste y aquél la mujer caiga totalmente fuera de su campo sexual. En el caso del señor D., que tiene miedo a ser víctima de una violación homosexual, aparece con toda claridad todavía otra causa de la tendencia hacia el propio sexo y que él ha reprimido, a saber, la inclinación por su propio padre. Pues su temor sólo se explica por el hecho de haber abrigado en su corazón el cálido deseo de ser mujer, de ser la mujer de su padre. Piense usted, querida amiga, en la procedencia de las perversiones y no juzgará tan duramente.

Y con esto he llegado a la segunda parte del complejo de Edipo, a saber, a las relaciones de D. con su padre. Llegado a este punto, tengo que llamar en seguida la atención sobre algo que es característico de muchos hombres. D. estaba plenamente convencido de que para él no había cosa más grande, más venerable, más amada que su padre, mientras que a su madre no hacía sino ponerle faltas y no era capaz de pasar con ella poco más de algunas horas. Por cierto, su padre estaba muerto y su madre vivía, y es muy difícil divinizar a muertos. Fuese como fuese, el caso es que D. creía que amaba a su padre con todas sus fuerzas. Su vida había reprimido el odio contra su padre. Tampoco quiero discutir que él amase tiernamente a este padre, pues, a fin de cuentas, su complejo homosexual y su asimilación al padre lo demuestran. Pero lo odiaba a la vez con la misma fuerza y, ante todo al comienzo de su enfermedad, existía un vivo conflicto entre amor y aversión.

Selecciono dos recuerdos de aquel tiempo de los varios que consiguieron soltarse, durante el análisis, de las cadenas de la represión. Uno de ellos dice que D., durante

el tiempo del susodicho embarazo de su madre, adquirió la costumbre de ponerse, durante horas enteras, a la espera de ratas a la salida de una alcantarilla, con el fin de disparar y matarlas. Juegos de niños, piensa usted. En efecto, pero, ¿por qué les gusta tanto disparar a los niños y por qué dispara D. contra ratas que salen de la alcantarilla? El disparar es el incontenible impulso sexual de la pubertad que sale por sus fueros en esta acción simbólica. La rata, por su parte, simboliza el órgano genital de su padre, al cual mata precisamente en el momento en que sale de la alcantarilla; es decir, de la vagina materna. No, no es una interpretación mía. Procede de D. Pero para mí que es correcta. Igualmente correcto me parece la otra interpretación que dio. Según ella, la alcantarilla es de nuevo la vagina de la madre, pero la rata es ahora el niño que ella espera. Junto al deseo de castrar al padre —pues este sentido tiene el matar la rata— se introduce el deseo de asesinar a su hermano, al niño que va a nacer. Ambas ideas son transformadas por poderes reprimidos en formas simbólicas. Y luego resulta que interviene el destino en estas luchas subterráneas y hace que el recién nacido muera a las pocas semanas. Ahora ya tiene la conciencia de culpa, ese terrible e inseparable compañero del hombre, un objeto: el asesinato del hermano. Usted no va a creer, queridísima amiga, lo cómodo que es para la represión encontrar una culpa un poco mayor. Detrás de ella es posible ocultar todo y, de hecho, detrás de ella todo se oculta. D. ha aprovechado brevemente esta absurda historia para engañarse a sí mismo. Y, como es propio de la naturaleza humana el hacer cargar a otros con las culpas propias, desde la muerte de su hermano D. no fue ya más a cazar ratas. Se dedicó a disparar contra los gatos, imágenes de su madre. Los caminos del Ello son muy extraños.

Del todo no le fue posible a D. cubrir el deseo de castración de su padre con el asesinato de su hermano. Esto lo demuestra un segundo recuerdo. Ya le conté a usted que por la época en que se generaban estos conflictos D. se dedicaba a la cría de conejos. Entre estos animales había un macho que era blanco como la nieve. Con este conejo puso D. en escena un extraño teatro. A todos los machos les permitía cubrir a sus hembras —pues le gustaba ver cómo lo hacían— menos a éste.

Se dejaba, sin embargo, llevar de la pasión y lo hacía... Entonces lo cogía D. por las orejas, lo ataba, lo colgaba de una viga y lo azotaba con el látigo hasta que no podía más. Esto lo hacía con el brazo derecho, el brazo que primero fue atacado por la enfermedad, y la enfermedad apareció precisamente entonces. Este recuerdo logró aflorar a la conciencia ante la resistencia más insospechada. Tocando el tema, el enfermo rehuía inmediatamente la cuestión y aparecían toda una colección de síntomas de gravedad. Uno de ellos era especialmente significativo: los puntos del codo derecho, afectados por la esclerodermia, se agravaron a ojos vistas. El día en que el recuerdo logró salir a la conciencia desaparecieron y curaron las heridas de la articulación del codo. Curaron de una manera tan total y completa que, desde aquel día, podía volver a extender y doblar el brazo sin la menor dificultad, cosa que no habían conseguido todos los tratamientos aplicados durante dos decenios. Y, además, no sentía el menor dolor.

Casi olvido lo más importante. Aquel macho blanco al que se trataba de mantener alejado de todo gozo carnal y que se le daban latigazos cuando no se sometía ocupaba el lugar del padre. ¿O lo había usted ya adivinado?

¿Está usted cansada? Un poco de paciencia. Sólo faltan ya un par de pinceladas y el retrato estará completo. Dentro del marco del odio al padre hay un rasgo que usted conoce de Freud, pues la historia de D. presenta algunas semejanzas con la narración del hombre de las ratas de Freud. D. era una persona creyente, casi se puede decir creyente a pies juntillas, pero se las entendía mejor con Dios Padre que con Dios Hijo y le rezaba todos los días a esa divinidad creada por él mismo a base de su imagen paterna. Pero, mientras rezaba, le venían a la mente injurias, maldiciones, blasfemias terribles. El odio contra el padre salió así por sus fueros. Léalo usted otra vez en Freud. Yo no creo que añada nada nuevo y podría estropear lo viejo.

Tengo que agregar todavía algunas cosillas al asunto de los conejos. D. le había puesto al macho blanco de la historia el nombre de Hans. Como usted sabe, éste es el nombre que él deseaba para sí mismo. Así pues, cuando azotaba con el látigo al blanco animalito, azotaba a su padre, pero también se azotaba a sí mismo, o mejor,

a su Hans, el Hans que le colgaba de entre las piernas (...). Yo no sé si es verdad, pero un inglés me ha contado que en su país al instrumento sexual lo llaman St. John, y en Francia debe pasar algo parecido. Pero esto no tiene nada que ver con la cosa en sí. De todas formas, D. pensaba en su propio rabo cuando le puso al conejo el nombre de Hans, y cuando lo azotaba lo hacía para castigarlo por sus masturbaciones. Sí, sí, masturbaciones. ¿Extraño?

Voy a acabar; quiero decir que ya no tengo nada importante más que agregar. El que haya dejado de lado lo más importante, los recuerdos de la infancia, se debe únicamente a que no me son conocidos, o los conozco sólo muy someramente. En este mi desconocimiento basaba yo el aserto de que D. probablemente hubiera reincidido en su enfermedad en caso de haber seguido viviendo. El análisis llevado a cabo no era, ni mucho menos, completo.

Como nota final, voy a darle, al menos, una de las razones por las cuales D. temía la guerra, aunque, por otra parte, suspiraba por ella. Le perseguía la idea de que le meterían un tiro por cada uno de sus ojos. Para mí esto es la prueba —esto lo saco de mis experiencias con soldados— de que había visto a su madre desnuda en una época en la que era consciente del pecado inherente a ello. El pueblo dice que quien ve a su madre desnuda acaba perdiendo la vista. Y Edipo se sacó los ojos.

Le saludo cariñosamente, quedando siempre suyo,

PATRIK TROLL

Ciertamente, querida amiga, yo podría contarle a usted toda una serie de historias semejantes a la del señor D., todas historias que tienen que ver con el complejo de Edipo y que yo había prometido narrarle. Pero, ¿para qué? Si usted no se deja impresionar por la historia que le he contado, tampoco lo conseguirán las demás tan fácilmente. Además, en toda la literatura que se

relaciona con el psicoanálisis encontrará usted historias de éstas a montones. Prefiero defenderme de sus ataques, pues, si no, sus prejuicios adquieren cada vez más base y es inútil continuar con nuestra correspondencia.

Usted dice que no comprende cómo a causa de esas cosas que yo le he contado es posible que lleguen a tener lugar tales afecciones corporales en un hombre, que llegue a enfermar orgánicamente y mucho menos que, al descubrir tales cosas, se vuelve a poner completamente sano. Todo eso, querida amiga, tampoco lo comprendo yo, pero el caso es que lo experimento, que lo vivo. Naturalmente que reflexiono bastante al respecto, pero es difícil expresarse en estos terrenos. Una cosa, sin embargo, tengo que pedirle a usted: prescinda en nuestras cartas de la distinción entre «psíquico» y «orgánico». Se trata únicamente de nombres que se utilizan para hacer más fácilmente comprensibles determinadas peculiaridades de la vida, pero, en el fondo, son las dos cosas lo mismo: ambas están igualmente sometidas a las principales y más importantes leyes que rigen a los seres vivos, ambas tienen su origen en la misma vida. Sin duda, un vaso de vino es otra cosa que un vaso de agua o una lámpara de cristal, pero, a fin de cuentas, todo es vidrio y todos los objetos de vidrio son producidos por el hombre. Una casa de madera es diferente de una casa de piedra. Pero usted misma no duda en lo más mínimo de que es sólo cuestión de finalidades y no de capacidad técnica el que un arquitecto se ponga a construir una u otra. Lo mismo hay que pensar en lo que se refiere a las enfermedades orgánicas, funcionales o psíquicas. El Ello decide con toda autonomía cuál es la enfermedad que va a provocar, y no se deja guiar por nuestros nombres. Ahora creo que ya, por fin, nos entendemos usted y yo, o, al menos, usted me entiende a mí y mi afirmación clara y rotunda de que para el Ello no existe diferencia alguna entre orgánico y psíquico y que, por consiguiente, si se puede influir sobre el Ello por medio del análisis, se podrán también tratar las enfermedades orgánicas psicoanalíticamente. En determinadas circunstancias es incluso necesario hacerlo.

Corporal, anímico. ¡Qué poder tienen las palabras! Antiguamente se pensaba —quizá hay gente que lo piense todavía hoy— que había un cuerpo humano en el cual, como en su habitación, se hospedaba el alma. Pero aun

cuando se aceptase esto, habría que decir que el cuerpo como tal no enferma, pues, sin el alma, estaría muerto. Solamente lo vivo enferma, y como ninguna persona duda de que únicamente se puede llamar vivo a algo en lo que están integrados alma y cuerpo... Pero, discúlpe-me. Todo esto son tonterías. No vamos a pelearnos por palabras. De lo que aquí se trata —ya que usted quiere oír mi opinión— es de que me exprese de modo que se me comprenda. De que mi opinión sea clara. Y mi opinión ya se la he dicho a usted: para mí sólo existe el Ello. Cuando utilizo las palabras alma y cuerpo entiendo por ellas fenómenos del Ello, funciones del Ello, si usted quiere. Para mí no se trata, en absoluto, de conceptos independientes y, menos, opuestos. No nos metamos en este tema tan desagradable y que otros se han encargado de embrollar durante milenios. Hay otras cosas de qué hablar.

Usted se espanta de que yo le atribuya efectos tan espectaculares a los procesos represivos, me llama la atención sobre el hecho de que también se dan nacimientos de niños deformes, enfermedades embrionales, y exige de mí que tenga también en cuenta otros fenómenos. A todo esto sólo puedo contestar que yo encuentro muy cómoda la expresión «reprimir». Si es suficiente para todo o no, a mí no me interesa. Hasta ahora a mí me ha bastado, también por lo que respecta a mí más bien somero trato con la vida embrional. Así pues, no veo ninguna razón para agregarle nada nuevo y, menos, para prescindir de él.

Quizá sea útil dejar vagar un poco la fantasía para que usted llegue a hacerse una idea de la extensión de las represiones. Imagínese usted dos niños, un muchacho y una muchacha, que están solos en el comedor. La madre está en otra habitación ocupada o durmiendo, o sea, que los niños se sienten seguros, tan seguros que el mayor aprovecha la ocasión para poner al corriente al otro y a sí mismo de la diferenciación de los sexos y de lo agradable de tales observaciones. De repente se abre la puerta y los niños apenas tienen tiempo de separarse, pero la conciencia de culpa no logran ocultarla. Y como la madre, convencida de la inocencia infantil de los dos pequeños, los ve que se hallan muy cerca del tarro del azúcar, supone que andaban comiendo de él, los riñe y les amenaza con azotes caso de que ello vuelva a su-

ceder. Tal vez se defiendan los niños de la acusación de la madre, tal vez no. De todas formas, no es de suponer que lleguen a confesar su auténtico pecado, el que ellos consideran mucho más grave. Lo callan, lo reprimen. A la hora de la merienda la madre repite las mismas amonestaciones. El niño con mayor conciencia de culpa enrojece, dando así a conocer que ha sido él el que tomó la iniciativa, y reprime de nuevo lo que estaría dispuesto a confesar. Después de algunos días —la madre hace ya tiempo que se lo ha perdonado, pero le gusta atormentar al niño— se le escapa alguna broma al respecto estando con una de las tías. «Aquí el hombrecito sabe muy bien dónde está el tarro del azúcar», o algo semejante. Y la tía hace luego también sus alusiones. Aquí tiene usted toda una cadena de represiones que, por otra parte, no es nada infrecuente. Ahora bien, los niños son diferentes. Unos se toman muy a serio sus pecados; los otros, no; para algunos es casi insoportable el haber pecado y, sobre todo, el no haber confesado. ¿Qué otra posibilidad le queda? Hacer presión y más presión sobre el pecado hasta echarlo de la conciencia y recluirlo en el inconsciente. Allí está ahora, por de pronto, aún muy en la superficie, pero poco a poco la presión hacia abajo sigue surtiendo efecto, hasta que llega a las profundidades del inconsciente, escapando así al recuerdo. Aún más, para cortar toda posibilidad de vuelta a la conciencia por el camino del recuerdo, se colocan encima de él toda una serie de otros recuerdos, ante todo recuerdos tales como que la madre procedía de una manera totalmente injusta, que acusaba a los niños sin razón de coger azúcar y que les amenazaba con azotes. Y aquí comienza el problema o, al menos, podría comenzar. Se ha formado un complejo al que no se le puede tocar y que, poco a poco, la cosa se pone tan grave que cualquier acercamiento a él es algo terrible. Ahora puede usted observar el complejo en su estructura. En la superficie están los recuerdos destinados a cubrir y encubrir el meollo de la cuestión: el azúcar, el coger azúcar, o cosas parecidas, la falsa acusación, la amenaza de ser castigados, el callar y, con ello, el mentir, el enrojecer, y luego el tarro de azúcar, la mesa del comedor con sus sillas, la habitación con un tapiz de color marrón y toda clase de muebles y loza, el vestido verde de la madre, la niña de cinco años vestida a

la escocesa y con el nombre de Grete, etcétera. Más profundamente está ya el campo de la sexualidad. En circunstancias, el trabajo de reprimir es ahora ya más difícil. Pero puede ser que este trabajo llegue con todo a límites inimaginables. Tome usted la palabra azúcar. Pertenece al complejo, por consiguiente, debe ser, en lo posible, evitada. Si resulta que, además, esta palabra va ya, por otras razones, cargada de culpa —por ejemplo, por haber hurtado realmente azúcar en otra ocasión—, entonces la tendencia a reprimir será mucho mayor. Consigo arrastrará a toda una serie de conceptos como dulce, blanco o, por ejemplo, cuadrado, y de cuadrado puede usted pasar a cuadro, y así hasta el infinito. No es nada extraño que el inconsciente, con ayuda de la asociación, extienda su trabajo represivo hasta el infinito. A la huida del dulce azúcar puede originarse la amargura de alma o utilizar como sucedáneo un dulce sentimentalismo. A la expresión «hurtar azúcar» puede asociarse un cuidado puntilloso en no quedarse jamás con nada que sea propiedad ajena, pero también, quizá, la infantil satisfacción de decir mentiras inocentes o un farisaico amor a la justicia. Y luego las palabras azotar, azote, plaga, pegar, pega, pájaro, castigo, castigar, caen también dentro del círculo del complejo como vitandas pero a la vez seductoras, pues la culpa no expiada clama por el castigo, clama por el castigo durante decenios enteros. Castigar. Castigar está a un paso de castrar. Todo tapiz marrón será insoportable, y lo mismo los vestidos verdes y a la escocesa, el nombre de Gretchen producirá náuseas, y así por el estilo. Y todavía no hemos entrado en el terrible terreno de la sexualidad, que viene detrás de todo esto.

Usted quizá se crea que yo exagero o que quizá le cuento la extraña vida interior de algún histérico. No, no, tales complejos los arrastramos todos nosotros. Penetre usted en su interior; no dejará de encontrar muchas cosas: alguna antipatía inexorable, alguna conmoción anímica, que, en relación con lo que de momento le ha ocasionado, es incomprensiblemente fuerte; alguna ríña, alguna preocupación o mal estado de ánimo, sólo explicables teniendo en cuenta el complejo de donde procede. Ay, cómo se le abrirán a usted los ojos cuando aprenda a construir el puente que une el presente con las vivencias de la niñez, cuando aprenda a comprender

que somos niños y que niños seguimos siendo, y que reprimimos, que reprimimos sin interrupción. Y que, precisamente porque reprimimos y no eliminamos, nos vemos obligados a repetir siempre de nuevo determinados fenómenos, nos vemos coaccionados a repetir, a repetir, a repetir. Créame, es llamativo lo que se repite el deseo. En su interior hay un duende que lo obliga a repetirse.

De esta necesidad de repetición tendría que hablarle a usted más, pero ahora estoy con las represiones y todavía le debo a usted la explicación de cómo me imagino a la represión como causa de padecimientos orgánicos. Usted comprenderá, por otra parte, también sin mis explicaciones, que de ahí pueden originarse muchas psicopatías. De las represiones.

Lo que le voy a decir ahora son también fantasías. Usted podrá reírse o tomarlas en serio, a mí me es igual. La cuestión de cómo se originan los padecimientos orgánicos es, para mí, insoluble. Yo soy médico y, como tal, lo único que me interesa es que, liberado uno de las represiones, aparece inmediatamente la mejoría.

¿Puedo pedirle a usted que me permita hacer un pequeño experimento antes de seguir adelante? Piense usted en alguna cosa que le interesa muchísimo, por ejemplo, en si se va a comprar un nuevo sombrero o no. Y ahora trate usted repetidamente de reprimir el pensamiento en el sombrero. Si usted se lo ha imaginado muy bonito el sombrero, que le va a caer muy bien y lo envidiada que será por ello, no le va a ser a usted posible reprimir este pensamiento sin llegar a contraer los músculos abdominales. Quizá colaboran también otros músculos en el esfuerzo; la parte superior del vientre lo hará con seguridad. Esta región colabora siempre, en la tensión más pequeña. La consecuencia de todo esto es, con necesidad, una alteración de la circulación, por pequeña que ésta sea. Y esta alteración se comunica por medio de los nervios simpáticos a otras regiones del organismo; primero, naturalmente, a las más cercanas, como son los intestinos, el estómago, el hígado, el corazón, los órganos respiratorios. Usted puede imaginarse esa alteración tan pequeña como usted quiera, pero está ahí. Y como está ahí, y como alcanza a toda clase de órganos, interviene inmediatamente toda una serie de procesos químicos de los cuales ni el más sabio com-

prende casi nada. Pero que estos fenómenos tienen lugar esto lo sabe muy bien, y lo sabrá tanto mejor cuanto más se haya ocupado de la psicología. Ahora imagínese usted un fenómeno de por sí sin importancia como el descrito, repetido diez veces al día. Esto ya es algo, ¿no? Pero imagínesele usted veinte veces en una hora y tendrá un Walpurgis de procesos mecánicos y químicos que ya no tienen nada de hermoso. Y luego dele usted más tiempo y más intensidad al esfuerzo. Suponga usted que un tal esfuerzo dura horas enteras, días enteros y que son muy cortos los momentos de relax de las regiones abdominales. ¿Le resultará todavía difícil a su fantasía imaginarse una posible relación entre las represiones y las dolencias orgánicas?

Es bien posible que usted aún no haya visto muchos vientres humanos desnudos. Yo sí. Y a menudo se pueden observar cosas muy singulares. Muchas personas tienen en la parte superior del abdomen una arruga que le cruza el vientre de derecha a izquierda. La arruga es consecuencia de tanto reprimir. O se le ven pequeñas arterias rojas, o tienen un vientre abultado, o lo que sea. Imagínese usted solamente que una persona con temor a subir toda clase de escaleras anda por la vida años, decenios. La escalera es un símbolo sexual y hay muchísimas personas que andan perseguidas por la idea de que van a caer si suben por una escalera. O piense usted en alguien que tiene la confusa sensación de que el sombrero es un símbolo sexual, o que lo es un botón, o el escribir. Estas personas tienen que estar continuamente, casi ininterrumpidamente reprimiendo. Tienen que estar, por necesidad, maltratando de continuo su vientre, su pecho, sus brazos, los riñones, el corazón, el cerebro, con alteraciones circulatorias, con sorpresas químicas, con envenenamientos químicos. No, querida, para mí no es, en absoluto, extraño el que las represiones —o cualquier otro acontecimiento psíquico— lleguen a dar origen a padecimientos orgánicos. Al contrario, lo que yo encuentro extraño es que tales dolencias sean relativamente raras. Y de mí se apodera el asombro, un asombro que me llena de reverencia ante el Ello del hombre, que es capaz de llevar todo lo que acontece por el camino de lo mejor.

Tome usted, por ejemplo, un ojo. Cuando ve se realizan en él una infinidad de procesos. Pero cuando le está

prohibido ver y, sin embargo, ve, pero no se atreve a transmitir al cerebro sus impresiones, ¿qué es lo que pasa entonces propiamente en él? ¿No cabría pensar que, viéndose obligado mil veces al día a pasar por alto lo que ve, acaba cansándose y dice: esto lo puedo hacer de una manera mucho más cómoda; ya que no debo ver me haré miope, alargaré mi eje, y, si esto no basta, haré que penetre sangre en la retina y quedaré ciego? ¡Es tan poco lo que sabemos acerca de los ojos! Permítame, pues, el gusto de que fantasee al respecto.

¿Le ha valido para algo lo que he escrito? Pero usted debe leerlo con benevolencia, jamás con ojos críticos. Al contrario, lo que debería hacer usted es ponerse a construir por sí misma una o tres docenas de tales edificios de fantasía. Lo que yo he ofrecido es solamente un ejemplo, un invento, hijo de un humor travieso. No se fije usted en la forma, ni tampoco en el pensamiento. Lo que me importa es la manera de pensar, lo que me importa es que deje de lado la inteligencia y dé vuelos a su imaginación.

Ya he hablado del origen de las enfermedades. Ahora tengo que decir también algo sobre su tratamiento. Cuando, ya hace años, llegué a luchar tanto contra mi vanidad que, por fin, me permitió escribirle por primera vez a Freud, éste me contestó más o menos lo siguiente: Si usted ha llegado a comprender lo que son la transferencia y la resistencia, puede pasar, sin más, el tratamiento psicoanalítico de enfermos. Así pues, transferencia y resistencia; éstos son los puntos de ataque del tratamiento. Por lo que a la transferencia se refiere, creo que ya me he explicado con toda claridad sobre cómo yo la entiendo. Hasta un cierto punto, el médico tiene la posibilidad de provocarla, pero, por lo menos, puede y debe tratar de conservarla y dirigirla una vez aparecida. Pero lo más importante, el transferir como tal, es un fenómeno de reacción en el enfermo que, en lo fundamental, escapa al influjo del médico. Así pues, la tarea principal del tratamiento consiste en eliminar y superar las resistencias. Freud ha comparado la conciencia humana con un salón en el que se recibe a toda clase de gente. En la sala de espera, detrás de la puerta, en el inconsciente, se agolpa la masa de las entidades psíquicas. A la puerta hay un guardián que sólo deja pasar

al salón a aquéllos que están correspondientemente vestidos. Según esto, las resistencias pueden proceder de tres lugares: del salón, es decir, de la conciencia, que no permite pasar determinadas cosas; del guardián, una especie de intermediario, altamente dependiente de la conciencia, pero que tiene sus preferencias y sus caprichos, aun cuando la conciencia haya dado el permiso de entrada, y del inconsciente mismo, que no tiene la menor gana de departir con esa fauna decente y aburrida del salón. Y hay que contar con que cada una de esas tres instancias puede tener sus caprichos y ofrecer sus sorpresas. Pero como, según mi opinión, tanto la conciencia como el portero no son más que instrumentos sin voluntad en manos del Ello, hay que concluir con que esta distinción tiene poca importancia.

Con ocasión de contarle a usted la historia del señor D. le hablé también de un par de formas de resistencia. En realidad hay miles y miles. Jamás se acaba de aprender en este terreno, y aunque yo no soy precisamente un abogado de la desconfianza en este punto, sin embargo, tengo la convicción de que, como médico, siempre hay que contar con el hecho: ahora se encuentra el enfermo en estado de resistencia. La resistencia puede parapetarse detrás de cada manifestación de la vida; cada palabra, cada gesto, puede esconderla o delatarla.

¿Cómo nos las arreglamos, pues, con la resistencia? Esto es muy difícil de decir, querida. Yo creo que lo principal es que uno se conozca primero a sí mismo, que investigue sus propias esquinas, sus sótanos y sus refectorios, que tenga la valentía de mirar en su propio interior, en su propia maldad o, como yo diría, en su propia humanidad. Quien desconoce que él mismo se ha revolcado en basura, que él mismo ha producido muchos montones de excrementos, ese tal no llegará muy lejos. La primera exigencia es, pues, sinceridad, sinceridad consigo mismo. Como mejor se aprende a conocer las resistencias es consigo mismo. Y el conocimiento de uno mismo más profundo se consigue precisamente analizando a los demás. Nosotros los médicos estamos bien a este respecto y yo no sabría decir qué otra profesión podría interesarme. Luego me parece que lo que más se necesita son dos cosas: atención y

paciencia. Paciencia sobre todo, y, una vez más, paciencia. Pero esto también se aprende.

Así pues, analizarse a sí mismo es algo imprescindible. No es que sea fácil, pero nos muestra nuestras propias resistencias, y no dura mucho sin que aparezcan resistencias de clases enteras, de pueblos enteros, hasta de toda la humanidad. Hay resistencias que son comunes a muchos y, hasta se puede decir, a todos. Así, por ejemplo, hoy se me ha ocurrido una forma con la que me he topado muy a menudo: nosotros evitamos utilizar determinadas expresiones infantiles, expresiones que nos eran familiares en nuestra infancia y las usábamos corrientemente. Tratando con los niños y, cosa rara, en el trato amoroso, volvemos a decir sin dificultad «hacer pis», «hacer caca», «guau-guau», «culito», mientras que entre mayores nos sentimos nosotros también mayores, renegamos de nuestra naturaleza infantil y hablamos de «mear», «cagar», «culo», etc. Jugar a ser mayores, nada más.

Por fin voy a decir también unas palabras sobre la eficacia del tratamiento. Sólo que, por desgracia, sé muy poco al respecto. Yo tengo la vaga idea de que el hecho de liberar al reprimido de la represión tiene una cierta importancia. Dudo, sin embargo, que sea lo que constituye directamente el proceso curativo. Quizá, debido a la liberación, al pasar algo reprimido al salón de la conciencia, se origina un movimiento en el subconsciente, y este movimiento puede traer salud o enfermedad. Según esto ni sería siquiera necesario que lo reprimido, que fue lo que dio origen a la enfermedad, apareciese en la superficie. Podría perfectamente quedarse en el subconsciente, con tal que se le hiciese sitio en él. Según todo lo que yo sé sobre estas cosas —ya lo digo, es muy poco—, me parece que a menudo basta con trabajar al portero para que grite un nombre cualquiera en el subconsciente, por ejemplo, el nombre de Wüllner. Si resulta que no hay nadie entre los más cercanos que se llame Wüllner, irán llevando el nombre hacia atrás, y aunque el nombre no llegue a su portador, puede ser que allá en el fondo se encuentra algún Müller que, intencionada o inintencionadamente, se abre paso hasta la puerta y entra en la conciencia.



La carta es ya larga y la charlatanería parece no tener fin.

Adieu, bienamada, es hora de irse a dormir. Su muy cansado

TROLL *

16

¿Le resulta a usted demasiado confuso todo esto? A mí, también. Pero no hay nada que hacer; el Ello está siempre en movimiento y no tiene ni un segundo de descanso. Hay remolinos, y corrientes violentas, ahora se levanta una parte y luego la otra, empujando hacia la superficie. Precisamente ahora mismo, cuando iba a empezar la carta, intentaba descubrir lo que pasaba por mi interior. No pasé de las cosas de más calibre.

Aquí está lo que he encontrado. En la mano derecha tengo la pluma, con la izquierda juego con la cadena del reloj. La mirada está dirigida a la pared de enfrente, a un aguafuerte holandés que reproduce el cuadro de Rembrandt de la Circuncisión de Jesús. Los pies descansan sobre el suelo, pero el pie derecho sigue con el tacón el ritmo de una marcha que toca, abajo, la orquesta del balneario. A la vez oigo el chillido de una lechuza, la bocina de un coche y el paso del tranvía. No percibo ningún olor determinado, pero me doy cuenta de que el orificio derecho de mi nariz está un poco obstruido. Siento que me pica en la región de la espinilla de la pierna derecha y soy consciente de que tengo un grano rojo y redondo en el labio superior, a la derecha, más o menos a medio centímetro de la comisura de los labios. Estoy inquieto, y las puntas de los dedos están frías.

Permítame, querida amiga, que comience por el fin. Las puntas de los dedos están frías; esto dificulta la tarea de escribir, lo cual quiere decir: «Ten cuidado,

* Aquí el autor juega abiertamente con el nombre de «Troll». Por una parte, es el apellido del que suscribe las cartas; por otra parte, *Troll*, en alemán, significa «el maligno». El autor ha escogido sin duda este nombre con toda intención. [N. del T.]

no sea que escribas tonterías.» Y análogamente acontece con la inquietud. Robustece el requerimiento a proceder con cuidado. Mi Ello es de la opinión que debería ocuparme de otra cosa diferente de escribir. Lo que esto es, no lo sé aún. Por de pronto, tengo la impresión de que en el constreñimiento de los capilares de la punta de los dedos y en la intranquilidad se expresa el sentimiento: tu lectora no va a entender lo que tú le quieres decir. Tendrías que haberla preparado mejor, más metódicamente. Y, sin embargo..., ¡me atrevo a dar el salto!

El que yo juegue con la cadena del reloj le hará sonreír a usted. Usted conoce esta costumbre; a menudo me ha tomado el pelo por ello, pero jamás ha sabido lo que quiere decir. Es un símbolo masturbatorio, lo mismo que el jugar con el anillo, de que ya le hablé en una ocasión. Pero la cadena tiene sus peculiaridades. El anillo es un símbolo femenino, y el reloj, lo mismo que toda máquina, lo es también. Pero la cadena, a mi modo de ver, no lo es. Más bien simboliza algo que tiene lugar antes del acto sexual en sí, antes de empezar a jugar con el reloj. Mi mano izquierda le delata a usted que yo encuentro más placer en los preludios que proceden a la unión de hombre y mujer, en los besos, las caricias, en el desnudar, jugar, en una sensación de placer vivida para mí secretamente, en cosas que satisfacen especialmente al muchacho. Y usted sabe ya hace mucho tiempo que soy un muchacho, al menos por el lado izquierdo, que es el lado del amor, donde está el corazón. Lo que es de izquierdas es amor, lo que es de izquierdas está prohibido, es censurado por los mayores: no es lo derecho, es lo torcido. Y aquí tiene usted un punto más que contribuye a explicar la inquietud de que soy presa, el frío de las puntas de los dedos. La mano derecha, la mano del trabajo, de la autoridad, del bien y del derecho se ha detenido en su actividad de escribir con seriedad y amenaza a la infantil mano izquierda, a la juguetona, y de derecha a izquierda vienen alteraciones e intranquilidad que desequilibran el centro de mando de la irrigación sanguínea y hacen que los dedos se hielan.

«Pero —la voz del Ello tranquiliza a la derecha, remolona, que representa mi madurez— no te ocupes del niño; como ves, juega con la cadena, no con el reloj.» De esta manera quiere decir la voz que el reloj

significa el corazón, como en la balada del león. Esta voz encuentra malo el jugar con los corazones. A pesar de sus consuelos yo me siento realmente mal, e inmediatamente me relata también el Ello de la mano derecha cuán desechable es el proceder de la izquierda.

«Sólo hace falta que juegue un poco más con la cadena. La consecuencia será que el reloj se va a desprender, va a caer, y un corazón quedará destrozado.»

Toda una serie de recuerdos pasó, como un relámpago, por mi cabeza. Toda una serie de nombres de muchachas: Anna, Marienne, Liese y otras. A todas éstas pensé un día que con mis juegos las llegue a herir el corazón. Pero de repente me tranquilizo. Me consta, ahora que he llegado a penetrar un poco en las profundidades del alma de las muchachas, que el juego de por sí era hermoso, y que sólo se convirtió en un tormento para ellas porque yo mismo tomé en serio la aventura, porque yo mismo tenía una mala conciencia, y ellas se dieron cuenta de ello. El hombre, por suponer que debe avergonzarse por lo que hizo con la muchacha, se avergüenza realmente de ello; no por haber hecho mal, no, sino porque se espera de la chica una integridad moral que no tiene. Gracias a Dios que no la tiene. Pero por nada en el mundo es más profundamente herida una persona que por tenerla por algo más noble y elevado de lo que en realidad es.

A pesar de esta autodefensa por lo que al juego con los corazones se refiere, sigue en pie el hecho de que no pongo mi pluma en movimiento, y yo trato de entender el fenómeno. Me vienen recuerdos, si usted los quiere llamar así. Me acuerdo de personas que sufrían contracciones espasmódicas de los dedos cuando querían escribir y a quienes yo he tenido bajo tratamiento. Independientemente unos de otros, me han dado muchos de ellos la siguiente explicación: «La pluma es el órgano sexual masculino; el papel representa el sexo receptor de la mujer; la tinta es el semen que se derrama como consecuencia del rápido y rítmico movimiento de la mano. Con otras palabras, el escribir es un coito en símbolos. Pero a la vez es un símbolo masturbatorio, un símbolo del acto sexual imaginado.» Que la explicación es correcta se desprende para mí del hecho de que los enfermos dejaron de serlo desde el momento en que descubrieron estas relaciones. ¿Puedo agregar aún un

par de pensamientos lúdicos al caso? La escritura gótica es, para los que padecen la enfermedad descrita, más difícil, pues sus rasgos, y con ellos los movimientos de la mano, son más acusados, más duros, más entrecortados que en la escritura latina. La pluma gruesa es más fácil de utilizar que la fina, la cual representa más fácilmente al dedo o a un pene muy delgado que a uno gordo. El lápiz tiene la ventaja de que no da lugar a simbolizar la pérdida del semen. La máquina de escribir, la de que la mano no agarra directamente el pene, aun cuando no deja de tener un momento erótico en el teclado, en el más o menos rítmico movimiento de las teclas. Todo esto, pues, tiene que ver con los acontecimientos relacionados con quienes sufren contracciones espasmódicas de los dedos al escribir y van de la utilización de la pluma corriente, el lápiz y la escritura latina hasta la utilización de la máquina de escribir y, finalmente, hasta el proceso de dictar.

En todo ello no se ha mencionado el papel que puede jugar el tintero, objeto sobre el cual los síntomas no dejan de hablar su lenguaje. El tintero, con su bostezante interioridad cavernosa, que lleva a negras y oscuras profundidades, es un símbolo materno, representa el seno de la madre. Y, de repente, tenemos otra vez delante de nosotros el complejo de Edipo, la prohibición del incesto. Y luego entran en escena los diablillos de la escritura que trepan por el negro interior de la caverna e insinúan estrechas relaciones entre la idea de la madre y el reino del mal. Usted no se imagina, amiga queridísima, los saltos que es capaz de dar el Ello cuando le viene en gana. Cómo puede llegar a unir en comunidad la tierra, el cielo, el infierno, la orina y la pluma del enfermo, y cómo, por fin, acaba entonteciendo de tal modo el cerebro de un pobre doctor, que éste termina por creer que seno materno, tintero e infierno son parientes cercanos.

La historia tiene su continuación. De la pluma sale la tinta que fecunda el papel. Una vez escrito, lo doblo, lo meto en el sobre y lo confío al correo. Usted abre la carta, a la vez que se dibuja una amable sonrisa en sus labios; como es de esperar, el balanceo de su cabeza me delata que usted ha adivinado que lo que yo describía en todo este proceso era el embarazo y el nacimiento. Y luego le viene a usted a la mente que hay

muchísimas personas a quienes se les tilda de perezosas para escribir y comprende por qué les resulta tan difícil. Todas estas personas tienen en su interior inconsciente un sentido muy desarrollado de lo simbólico, y todas ellas sufren las consecuencias de su temor al parto y al niño. Y como broche de oro, le viene a usted a la memoria nuestro común amigo Rallot, que antes de dar su carta al correo, la llevaba diez veces al buzón y diez veces de vuelta a su casa. Y ahora comprende usted cómo me fue posible, después de sólo media hora de hablar con él, librarlo no ya de su enfermedad, pero al menos de los síntomas. El conocimiento es una cosa muy buena, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.

Si no temiese cansarla a usted emprendería ahora una pequeña excursión por el campo de la grafología y le diría esto y lo de más allá sobre las letras. Tampoco voy a prometerle que ocasionalmente no vuelva sobre el tema. Por hoy quisiera únicamente recordarle que, cuando éramos niños, nos hubimos de pasar toda una hora escribiendo aes, oes y ues, y que, para soportarlo, tuvimos que imaginarnos toda clase de figuras y símbolos en esos grafismos. Trate usted de ser otra vez una niña; tal vez se le presentan a usted toda clase de pensamientos sobre el origen de la escritura, y luego la cuestión será si es usted más o menos tonta que nuestros sabios. Con sólo ciencia no ha logrado nadie aún acercarse al Ello... Pero, bueno, ya sabe que yo no tengo en gran estima a la ciencia.

Me vienen aún a la memoria un par de vivencias que tienen que ver con el complejo de la masturbación. Una vez tuve una discusión con una amiga —usted no la conoce, pero le garantizo que no pertenece al género de los tontos— porque no me quería creer que las enfermedades son creaciones del Ello, que son queridas y provocadas por el Ello. «Nerviosismo, histeria, esto lo concedo. ¿Pero también afecciones orgánicas?» «También afecciones orgánicas», repliqué yo. Y antes de que me fuese dado comenzar con mi discurso preferido y decirle que la distinción entre nervioso y orgánico no es más que una autoacusación de los médicos que, con ella, quieren decir: «No sabemos mucho sobre los procesos químicos, físicos y biológicos de las enfermedades nerviosas; lo único que sabemos es que tales fenómenos

se dan, aun cuando nuestras investigaciones no han podido descubrirlos; por eso utilizamos la expresión "nervioso" para delatar ante el público nuestra ignorancia, para vernos libres de tener que demostrar lo que no podemos»; antes que yo pudiese decir todo esto, digo, me espetó la pregunta: «¿También los accidentados?» «Sí, también los accidentados.» «Estoy curiosa —dijo ella entonces— por saber lo que mi Ello ha pretendido con provocar la fractura de mi brazo derecho.» «¿Recuerda todavía cómo tuvo lugar el accidente?» «Sin duda; fue en Berlín, en la Leipzigerstrasse. Yo tenía la intención de entrar en una tienda de ultramarinos, pero resbalé, caí y fracturé el brazo.» «¿Se acuerda usted qué es lo que pudo ver en aquel momento?» «Sí, una cesta de espárragos.» De repente mi contrincante se volvió pensativa. «Tal vez tiene usted razón», dijo, y luego comenzó a narrarme una historia que no quiero detallar, pero en la que se trataba de la semejanza de los espárragos y el pene y de un deseo del que la accidentada estaba poseída. Una fantasía reprimida de carácter masturbatorio, ni más ni menos. La fractura del brazo no fue sino el intento logrado de sostener la tambaleante moral. A quien tiene un brazo roto fácilmente se le esfuma la concupiscencia.

Otra vivencia parece estar, en principio, muy lejos de todo lo que sea masturbación. Una mujer resbala sobre el asfalto helado, cae y se fractura también el brazo derecho. Afirma que en el momento que precedía al resbalón tuvo una visión: vio la figura de una dama, en vestido de calle, como la había visto en muchas ocasiones, pero debajo del sombrero no había una cabeza normal, sino una calavera. No es difícil imaginarse que esta visión encerraba un determinado deseo. Esa dama había sido un día su más íntima amiga, pero aquella amistad había acabado por convertirse en el odio más violento, odio que precisamente se acrecentó con el accidente. La suposición de que se trataba de una autopunición por intento de asesinato se confirmó en seguida, pues la paciente me contó haber tenido una visión semejante con otra mujer, y que en ese mismo momento dicha mujer murió. La fractura del brazo parecía, pues, suficientemente motivada incluso para un escéptico en estas cuestiones como yo. Pero el desarrollo que tomó luego el asunto me hizo cambiar de opinión.

La fractura curó rápidamente, pero, sin embargo, de tiempo en tiempo y durante un espacio de tres años, la señora continuó sintiendo de vez en cuando dolores, dolores que ella justificaba con cambio de tiempo unas veces y otras con agotamiento y cansancio. Poco a poco fue apareciendo todo un complejo masturbatorio, en cuyo dominio se encontraban también las fantasías relacionadas con el asesinato. Lo masturbatorio le resultaba a la dama tan insoportable que prefería sacar a luz la visión del asesinato, cuidando que lo demás quedase en el inconsciente.

Y con esto he llegado a constatar algo muy digno de consideración. De la cadena de mi reloj cuelga una pequeña calavera, regalo de mi querida amiga. Yo he pensado más de una vez que había acabado con el complejo masturbatorio, al menos por lo que a mi persona se refiere. Pero unos fenómenos tales como los de hoy, en que el juego con la cadena de mi reloj me obstaculiza el escribir, me llevan a considerar lo profundamente que él sigue arraigado en mi interior. La masturbación está castigada con la muerte. Esto resulta del hecho de que también se le llama onanismo, nombre que es digno de consideración ante todo por el hecho de estar relacionado con una muerte inmediata. La calavera de la cadena de mi reloj me previene, me repite insistentemente las advertencias a los que se masturban: que uno acaba enfermando, enloqueciendo, muriendo, si no se le pone coto al instinto.

El miedo a la masturbación ha calado muy profundamente en el alma humana. Ya le he contado por qué. Porque, antes de que ni siquiera le sea conocido algo del mundo al niño, antes de que éste sepa siquiera distinguir entre hombre y mujer, antes de saber lo que está cerca y lo que está lejos, cuando aún extiende la mano para agarrar los cuernos de la Luna y considera sus propios excrementos como un juguete, antes de todo esto ya la mano amenazadora de la madre intercepta todo juego placentero del niño con sus propios genitales.

Pero hay todavía otra relación entre muerte y placer venéreo que es más importante que el miedo, y que la capacidad simbolizadora del Ello se encarga de tramitar insistentemente.

Para el hombre inocente, el que todavía no está aque-

jado del mal del pensamiento, es la muerte la huida del alma que escapa fuera del cuerpo, la entrega de uno mismo, el abandono de este mundo. Ahora bien, ese morir, ese abandonar el mundo, esa entrega del Yo es algo que también acontece en determinados momentos de la vida. Acontece cuando el hombre se derrite de placer, cuando el gozo le hace perder los sentidos y la conciencia, cuando, como dice la voz popular, se pierde en el otro. Con otras palabras, que amor y muerte son iguales. Como usted sabe, los griegos le atribuían al Eros los mismos caracteres que a la muerte. En la mano del Eros ponían la antorcha elevada, derecha, viva; en manos de la muerte colocaban una antorcha caída, flácida, muerta. La antorcha, un signo que al caracterizar a los dos los adecuaba. Y nosotros todos conocemos también esa ecuación. Para nosotros es también la erección la vida, la eyaculación transmisora de vida es el morir en paz, y la relajación, la muerte. Y según sea la constelación de nuestros sentimientos ante la idea de la muerte en la mujer aparecerá en nosotros la confianza de que estamos destinados al cielo de los bienaventurados o bien que nos hundiremos en la cloaca del infierno; pues cielo e infierno se derivan del morir del hombre en el abrazo del coito, de la entrega de su alma en el seno de la mujer, bien sea con la esperanza de la resurrección después de un espacio de tres veces tres meses en el niño, o bien con el miedo ante el inapagable fuego de la concupiscencia.

Muerte y amor son uno, no hay duda. Otra cosa es si todos y cada uno de los hombres llegan a ese verdadero morir, donde el hombre se pierde en la mujer y la mujer en el hombre. Yo no lo sé. De todas formas, en los medios culturales en que usted y yo nos movemos yo lo considero casi imposible de alcanzar y, en todo caso, se trata de vivencias tan raras que prefiero no hacer comentarios al respecto. Quizá son aquellas personas cuya fantasía consigue adecuar en el momento del coito a éste y a la muerte aquéllas que están en mejores condiciones de llegar a la muerte descrita. Y como resulta que se da el caso, a veces, de que la muerte verdadera sobreviene en el momento del máximo placer, nos es lícito suponer que en tales casos también se ha llegado a vivir la muerte simbólica, la muerte de amor. La nostalgia que al respecto se descubre en

la música, la poesía y el lenguaje corriente es generalizada y nos da hincapié para seguir los hilos que unen la muerte y el amor, la tumba y la cuna, la madre y el hijo, la muerte y la resurrección.

Muy cerca de la muerte simbólica se encuentran aquellos a quienes les es dado vivir un ataque de histeria, lo cual es, a ojos vistas, una fantasía masturbatoria.

Pero con todo esto he perdido el sendero. Espere-mos que usted no se pierda también, que tenga pacien-cia y que me permita, para la próxima, coger otra vez el hilo. Considero que tiene su importancia el que usted sepa todo lo que yo supongo asociado al hecho de dudar en escribir.

Carifiosamente, su

PATRIK TROLL

17

No me extraña, querida amiga, que usted rehuse compartir mis ideas. Ya una vez le pedí a usted que leyese mis cartas como se lee un relato de viajes. Y no pretendo que usted le atribuya más valor a esta narra-ción que a la de aquel inglés que, con haber estado sólo dos horas en Calais, afirmaba que todos los fran-ceses eran pelirrojos y tenían pecas porque, por casua-lidad, el camarero que lo sirvió tenía este aspecto.

Usted considera una broma el que yo le atribuya al Ello intencionalidad, el que lo considere capaz de provocar un resbalón y la fractura de un miembro. Yo llegué a este supuesto —y no es más que eso, un supues-to—, porque se puede trabajar a partir de él. Para mí existen dos clases de opiniones: aquellas que se tienen por gusto, o sea, opiniones de lujo, y aquellas otras que se utilizan como instrumentos, o sea, las hipótesis de trabajo. El que sean verdaderas o falsas es, para mí, una cosa secundaria. En este caso estoy con Cristo cuando le preguntó Pilatos: «¿Qué es la verdad?», y él le contestó, como se dice en uno de los Evangelios apócrifos: «La verdad no está en el cielo ni en la tierra, ni entre el cielo y la tierra.»

A lo largo de mis estudios e investigaciones sobre el

alma llegué también a ocuparme una que otra vez con el fenómeno de los desmayos, y me vi obligado, casi diría, contra mi voluntad, a admitir que cada caso es un aviso del Ello que dice: «Ten cuidado; si no, caes.» Si usted quiere examinar por sí misma el asunto no pierda de vista que hay dos clases de caídas, las caídas reales del cuerpo y las caídas morales. El Ello parece que no está en condiciones de poder distinguir claramente entre ambas, o, mejor, para expresarme de otra manera, que, al pensar en una caída piensa inmediatamente en la otra. El desmayo es, pues, una advertencia en ambos sentidos, en sentido real y en sentido simbólico-figurado. Y cuando el Ello considera que, por ejemplo, un simple desmayo, un paso en falso, un tropiezo, un cabezazo contra un poste de telégrafo, las molestias de un callo en el pie o una pisada sobre una piedra aguda no bastan a convertirse en una advertencia eficaz; entonces opta por arrojar a uno con fuerza al suelo, hacerle un agujero en la cabeza, herirle en un ojo o fracturarle un miembro, el miembro con el que el hombre pretendía pecar. Quizá prefiere incluso mandarle alguna enfermedad; por ejemplo, la gota. Volveré en seguida sobre esto.

De paso quisiera subrayar que no soy yo quien considera el pensar en un asesinato, un deseo de adulterio, el planeamiento de un robo o una fantasía masturbatoria como pecado, sino el Ello de la persona en cuestión. Yo no soy ni cura ni juez, sino médico. El bien y el mal no me importan. Yo no soy quien juzga, sino que únicamente constato el hecho de que el Ello de ésta o aquella persona considera esto o aquello como pecado, que lo juzga así o asá. Por lo que a mí mismo respecta procuro seguir el mandamiento: «No juzguéis y no seréis juzgados.» Y llevo a ampliar tanto el sentido de estas palabras que incluso rehúso juzgarme a mí mismo y trato de que mis pacientes dejen también de juzgarse a sí mismos. Esto puede sonar muy piadoso o muy frívolo, depende lo que cada uno quiera ver en ello, pero en el fondo no es sino un recurso médico. No temo que de ello puedan derivarse desgracias. Cuando yo le digo a la gente —y se lo digo de verdad— «ustedes deben ser capaces de no tener reparos a bajar los pantalones en pleno día en una calle muy concurrida y dejar allí el montón», el acento de lo que les digo cae sobre las



labras ser capaces. De que el enfermo no llegue a realizarlo se encargan la policía, las costumbres y el miedo que, desde siglos, le han venido metiendo en la cabeza. A este respecto me siento yo muy tranquilo, aun cuando usted me llame mil veces Satanás y corruptor de costumbres. Con otras palabras, que por mucho que uno se esfuerce en no juzgar ello no se consigue. Siempre y eternamente está abocado el hombre a hacer juicios de valor. Le pertenece lo mismo que el tener ojos y narices. Sí, porque tiene ojos y narices ha de decir continuamente: esto es malo. Lo necesita porque necesita adorarse a sí mismo. El más humilde lo hace. Cristo mismo en la Cruz lo hizo cuando dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», y con otras palabras: «Todo está consumado.» De fariseos es decir siempre: «Te doy gracias, Señor, porque no soy como aquél», pero también es humano. Pero igualmente humano es: «Dios tenga piedad de mí, pecador.» El hombre tiene, como todo, dos lados. Unas veces se muestra de un lado, otras de otro, pero ambos lados están ahí. Como el hombre tiene que creer en la libertad de su voluntad, como ha de sentirse meritorio de algunos de los rasgos de su naturaleza, así ha de inventar también su culpa ante sí mismo, ante los otros y ante Dios.

Ahora le voy a contar a usted una historia que no me va a creer. A mí, por el contrario, me hace mucha gracia, y como en ella se hallan comprimidas muchas de las cosas que todavía no le he dicho, o que no le he dicho de una manera suficientemente clara, se la voy a contar.

Hace algunos años vino a mi tratamiento una dama que padecía inflamaciones periódicas de las articulaciones. Los primeros síntomas de la enfermedad hay que buscarlos dieciocho años antes. Entonces, que era el tiempo de la pubertad, comenzó a inflamarse y a doler la pierna derecha. La primera vez que la vi tenía las articulaciones de la mano, los dedos y los codos casi incapacitados, de modo que la enferma tenía que ser alimentada por otra persona. Los muslos apenas los podía separar, ambas piernas estaban totalmente rígidas, no podía torcer ni doblar el cuello, entre los dientes de arriba y abajo no entraba ni siquiera un dedo, pues las articulaciones de la mandíbula estaban afectadas, y la enferma no podía elevar los brazos a la altura de los hombros. En pocas palabras: que como ella dijo en un

momento de humor negro, no estaba en condiciones, en caso de que viniese el Kaiser, de gritar ¡hurra! y saludarle con la mano como había hecho una vez cuando era niña. Había pasado dos años en la cama sin poderse servir a sí misma; en una palabra, su estado era lamentable. Y aun cuando el diagnóstico, que hablaba de tuberculosis, y de acuerdo al cual la habían tratado durante años, no resultó ser cierto; se podía hablar con toda razón de artritis deformante grave. La enferma puede andar ahora otra vez, come por sí sola, trabaja en el jardín, sube escaleras, dobla suficientemente las piernas y gira e inclina la cabeza a placer, puede abrir las piernas si tiene gusto en ello y, si de verdad viniese el Kaiser, podría gritar ¡hurra! sin dificultad. Con otras palabras, que está curada, si es que queremos llamar curación a una recapacitación total. Llamativo es únicamente que, al andar, saca demasiado el culo, como si invitase a que le den azotes en él. Y todos estos tormentos los padeció porque su padre se llamaba Federico Guillermo y porque se le hizo creer, para tomarle el pelo, que no era hija de su madre, sino que había sido encontrada en un matorral.

Y con esto llego a hablar sobre lo que quienes piensan como yo llaman la novela de la familia en Freud. Usted se acordará de los años de su infancia, en que usted se ocupaba vivamente, jugando o soñando, con la fantasía de haberle sido robada a sus auténticos padres, gente de rango y alcurnia, por los gitanos, y que el padre y la madre actuales no eran sino padres adoptivos. Pensamientos como éste o semejantes los tienen todos los niños. En realidad no son más que deseos reprimidos. Mientras uno anda en pañales y es el amo de la casa el acuerdo con los parientes es perfecto, pero cuando empieza la educación con sus exigencias justas e injustas e interviene en nuestras costumbres, empezamos a considerar a nuestros padres menos dignos de tener un hijo tan maravilloso. La consecuencia es que acabamos degradándolos a la categoría de padrastros, asnos y brujas, mientras que a nosotros nos tenemos por desventurados príncipes. Todo esto lo encuentra usted en sagas y cuentos o, si lo quiere más cómodo, en los ingeniosos libros de la escuela de Freud. Y allí se entera usted también que nosotros en principio consideramos al padre como al ser más alto, mejor y más fuerte, pero que poco a poco

nos vamos dando cuenta que éste y el otro están por encima de él, que no es ni mucho menos aquel señor absoluto que nosotros nos habíamos figurado. Pero como queremos a toda costa retener la idea de ser hijos del supremo señor —pues tanto la veneración como la vanidad son sentimientos de los que no podemos prescindir—, nuestra fantasía inventa la historia del robo, la historia de nuestra vida. Y, digámoslo también, como a fin de cuentas el rey no nos resulta tampoco suficientemente sublime como para saciar nuestra incansable sed de grandeza, acabamos decretando ser hijos de Dios y creamos con ello el concepto de Dios Padre.

Una novela familiar de este estilo vivía, si bien para ella inconsciente, en la enferma de quien le quiero a usted hablar. Su Ello se servía a estos efectos de dos nombres: del de su padre, Federico Guillermo, y del suyo propio, Augusta. Como complemento utilizaba la teoría infantil de que las muchachas provienen de los muchachos por castración de estos últimos. El hilo de los pensamientos es como sigue: Yo procedo de Federico Guillermo, el antiguo príncipe heredero y luego Kaiser Federico, soy propiamente un niño, heredero del trono y algún día legítimo sucesor como Kaiser con el nombre de Guillermo. Inmediatamente después de nacer fui rapado y en mi lugar en la real cuna pusieron al hijo de una bruja que, una vez crecido, se hizo cargo de la Corona con el nombre de Guillermo II, todo esto de manera ilegítima y en perjuicio mío. A mí mismo me dejaron abandonado en un matorral y, para quitarme toda posible esperanza, me cortaron los genitales y me convirtieron en una muchacha. Como único signo de mi alcurnia me dieron el nombre de Augusta, la sublime.

Es posible determinar con toda exactitud los comienzos de esta inconsciente fantasía. Tiene que haberse originado a más tardar en el año 1888, o sea, en una época en que la enferma no tenía todavía cuatro años de edad. Pues la idea de proceder de la familia Hohenzollern se basa en el nombre de Federico Guillermo, nombre que el imaginado padre sólo llevó mientras fue príncipe. Los comentarios sobre su enfermedad, cáncer (o sea, como ya explicamos una vez, cangrejo)*, frente

* En alemán, la palabra *Krebs*, con la que opera el autor, significa con toda claridad a la vez «cáncer» y «cangrejo», mien-

a los cuales la niña de cuatro años poco podía hacer a no ser asociar a la idea de cangrejo la de pinzas o tijeras y de allí pasar a la de castración, tienen su importancia precisamente a estos efectos. Es muy fácil asociar a todo esto la experiencia personal de cortar el pelo o las uñas cuyas relaciones con el complejo de castración se reforzaban al oír el cuento del muchacho desgreñado. En el mismo libro se narra también la historia de Konrad el chupadodos, una historia que no puede sino despertar viejas nostalgias del pecho materno y atormentadores recuerdos del tiempo en que al niño se le quitó la teta, del tiempo de esa ineludible castración que nos separa de la madre.

Todo esto no hago más que insinuarlo esperando que usted, por su cuenta, siga meditando al respecto. Pues únicamente la propia reflexión es capaz de convencer a uno de que precisamente la edad de tres a cuatro años es la más apropiada para alimentar una fantasía tal que llegue a dar origen a cosas tan terribles como la de mi paciente. Preste usted atención: El Ello de esta persona está convencido o, más bien, quiere estarlo, de que es el Ello del legítimo Kaiser. El portador de la corona no mira ni a derecha ni a izquierda, él juzga sin consideraciones, no dobla su cabeza ante ningún poder de la tierra. «Así, pues —ordena el Ello a los humores y fuerzas de la persona a quien él gobierna—, sentadme bien la cabeza que no se mueva, tabicadme bien sus vértebras. Cerradme las mandíbulas, para que no pueda gritar ¡hurra!, pues este grito ya lo dió una vez, a la vez que saludaba al usurpador, al hijo de la bruja. Paralizadme los hombros, para que no pueda otra vez saludar, levantando el brazo al falso Kaiser, como ya una vez lo hiciera; las piernas tienen que ponerse rígidas, para que jamás caigan en la tentación de doblarse ante nadie, como corresponde a un Kaiser. Haced que los muslos no puedan separarse, que ningún varón pueda penetrar por entre ellos. Esto significaría el éxito del plan diabólico, si este cuerpo, convertido por el odio y la envidia de hombre en mujer, llegase incluso a dar a luz a un hijo. Ello significaría la pérdida de todas las esperanzas. Obligadlo a que ande con el bajo vientre reti-

tras que en Español hay que recurrir al latín para darse cuenta de ello. [N. del T.]

rado hacia atrás para que nadie llegue a alcanzar la entrada. Todavía no hay razón alguna para suponer que los atributos de la masculinidad, de los que fue ignominiosamente privado, no hayan de crecer de nuevo algún día, pudiendo de nuevo volver a ser varón el Kaiser. Demostrarle vosotros, humores y fuerzas, a quien ha sido privado de su masculinidad, que sigue siendo posible que miembros flácidos se conviertan en miembros duros, hacedle captar la idea de la erección, del ponerse tieso y duro, haciendo que las piernas se pongan rígidas y no puedan doblarse, que no puedan relajarse; enseñadle simbólicamente que es un hombre y un macho.»

Me imagino perfectamente, venerada amiga, que a usted, ante todo esto, se le escapará lo de «¡qué tontoría!». Y luego se le ocurre a usted la idea de que lo que le cuento son las manías de grandeza de una pobre enferma mental. Pero esto no debería usted pensarlo. Mi paciente está mentalmente tan sana como usted. Lo que yo le he contado son algunas ideas —y de ningún modo todas— que puede utilizar cualquier Ello para, por ejemplo, provocar la gota o alguna parálisis. Si mis observaciones la llevasen a usted a reflexionar un poco sobre el origen de las enfermedades mentales, se daría usted cuenta de que el enfermo mental, considerado sin prejuicios, no es tan demente como a primera vista parece, que sus ideas fijas son ideas como las que todos tenemos y no podemos sino tener, pues sobre ellas descansa todo el acontecer humano. Por qué, sin embargo, el Ello hace en unos de tales ideas la religión del Dios Padre, en otros la gota, en otros provoca la demencia...; por qué a unos los empuja a la fundación de imperios y dinastías, por qué mueve a las novias a que se casen y a todos nosotros a tratar de perfeccionarnos, a tener amor propio y, en ocasiones, convertirnos en héroes... Todo esto son cuestiones con las que usted puede ocuparse en sus horas de aburrimiento y de ocio.

Usted no debe imaginarse que encontré en el alma de mi paciente esta historia del príncipe raptado, etc., tal como yo se la he contado. Al contrario, la encontré hecha mil jirones; jirones ocultos en los dedos, en la nariz, en las tripas y en el bajo vientre. Juntos logramos ir reconstruyéndola; pero, unas veces intencionadamente y otras por ser demasiado tontos, muchas cosas no las encontramos y otras las dejamos de lado. Es más, he de

confesar que, a fin de cuentas, di de lado a todo lo oscuro. Y precisamente lo oscuro es lo más importante. Pues si lo consideramos bien —pero usted debe olvidar inmediatamente lo que ahora digo—, todo lo que se cree saber acerca del Ello es algo sólo condicionadamente cierto, sólo cierto en el momento en que el Ello se expresa a través de una palabra, un síntoma, un gesto. Al minuto siguiente la verdad ya no está allí y no hay quien la encuentre, ni en el cielo ni en la tierra ni entre el cielo y la tierra.

PATRIK TROLL

18

Como discípula aventajada que es usted, querida amiga, me exige que le dé razón del hecho de haber dejado de hablarle sobre mis ideas respecto al jugar con la cadena del reloj y ponerme a contarle historias que no tienen nada que ver con lo mismo. A este respecto le puedo dar a usted una razón un poco cómica. Cuando, últimamente, comencé a hacer este pequeño autoanálisis, le escribía a usted lo siguiente: «En la mano derecha tengo la pluma, con la izquierda juego con la cadena del reloj.» Y luego agregaba que, en ambos casos, se simbolizaban complejos masturbatorios. Luego continuaba: «Mi mirada está dirigida a la pared de enfrente, a un aguafuerte holandés que reproduce un cuadro de Rembrandt de la Circuncisión de Jesús.» Esto no es cierto. El aguafuerte reproduce la presentación de Jesús en el templo en presencia de un gran contingente de personas. Yo debía haberlo sabido, y, en realidad, lo sabía, pues había contemplado el cuadro muchas veces y detenidamente. Y, con todo, mi Ello me llevó a olvidar todo esto y a hacer de la Presentación una Circuncisión. ¿Por qué? Porque yo era en aquel momento presa y víctima del complejo masturbatorio, porque la masturbación es un delito que no escapa al castigo, al castigo de la castración, y la circuncisión es una castración simbólica. Mi inconsciente ha exigido como reacción a la idea de la masturbación la de la castración y, por el contrario, rechazado con toda deci-

187

sión la idea de que Jesús infante haya sido expuesto a las miradas de todos en el templo, pues este niño es, como todo niño varón, un símbolo del órgano masculino, y el templo, un símbolo de la madre. Si el objeto del aguafuerte hubiese alcanzado el marco de mi conciencia hubiese significado, al relacionarlo con la pluma y la cadena del reloj, lo siguiente: «Estás jugando con ese niñito simbólico ante la mirada de todos, y además les delatas que, en último término, este juego masturbatorio atañe a la imagen de la madre tal como Rembrandt, en ese misterioso claroscuro del templo, ha sabido simbolizarla.» Todo esto le resultaba al inconsciente insupportable a raíz de la doble prohibición del incesto y de la masturbación, y por eso prefirió llamar en seguida en su ayuda al símbolo del castigo.

Que el rito de la circuncisión tenga algo que ver con el acto de castrar es algo que me siento inclinado a admitir porque su introducción va unida al nombre de Abraham. De la vida de Abraham se nos cuenta esa extraña historia del sacrificio de Isaac, o sea, cómo el Señor le ordena que sacrifique a su hijo Isaac, cómo Abraham está dispuesto a obedecer y llevarlo a la práctica, pero en el último minuto viene el ángel y se lo impide. En lugar de Isaac, Abraham inmola un carnero. Si usted tiene un poco de buena voluntad se dará cuenta que el sacrificio del hijo lo que significa es la amputación del pene, cuyo símbolo es el hijo. Lo que se quiere expresar con esta historia es que, en lugar de la autocastración del siervo de Dios, que tiene sus seguidores en el celibato de los sacerdotes católicos, se procedió, en algún tiempo determinado, a la introducción de los sacrificios animales. El carnero es un animal apropiado para llegar a descifrar todo este simbolismo, por cuanto el hábito de capar a los machos es una práctica conocida desde siempre en la cría de los ovinos. Consideradas así las cosas, hay que quedar también en que la historia de la alianza por la circuncisión entre Jahveh y Abraham no es sino una repetición del cuento en otra forma, o sea, una doble versión, como es habitual en la Biblia y en otros sitios. La circuncisión sería, pues, el resto simbólico de la castración ritual. Pero sea lo que fuere, para mi inconsciente —y esto ya entra en consideración al confundir circuncisión y presentación en el cuadro—, castración y circuncisión son parientes cercanos, es más,

son lo mismo. Pues, como muchos otros, también yo me enteré relativamente tarde que un castrado, un eunuco, es diferente de un circuncidado.

Por otra parte, estas relaciones existentes entre castración y circuncisión tienen una especial importancia en la doctrina de Freud, por lo que debo recomendarle a usted se lea su libro sobre el tótem y el tabú. Por mi parte sólo quisiera poner ya en sus manos una pequeña fantasía de la psicología de los pueblos para que usted haga con ella lo que quiera. Tengo la impresión de que, en los tiempos en que los matrimonios se celebraban siendo los contrayentes relativamente jóvenes, el hijo mayor debe haber sido algo así como un inquilino poco grato en el hogar paterno. La diferencia de edad entre el padre y el hijo era tan escasa, que el primogénito podía ser el rival nato del padre en todo, y sobre todo en relación con la madre, no mucho más vieja que él tampoco. Incluso en la actualidad son padre e hijo rivales naturales y enemigos, de nuevo a causa de la madre, a quien el uno posee como mujer y el otro desea de la manera más ardiente. En los tiempos en que la superioridad que la edad confiere no tenía tanta beligerancia, cuando las pasiones y los instintos eran todavía más ardientes e indomables, no estaba nada lejos de la mente del padre el matar al hijo, que tantas molestias ocasionaba, idea que ahora ya, desde hace mucho tiempo, yace reprimida en las profundidades del inconsciente, pero que no deja de salir por sus fueros a través de un sinnúmero de manifestaciones vitales y síntomas patológicos. Pues el amor paterno, considerado de cerca, no resulta menos extraño que el amor de la madre. Según esto se podría suponer que originariamente existía la costumbre de ejecutar al hijo mayor, y como resulta que el hombre es un comediante y un fariseo, luego se terminó por considerar el crimen como un acto religioso y ritual, y al asesinato del hijo, como un sacrificio. Esto, además de convertir en noble lo malvado, poseía la ventaja de poder comerse al muerto después del asesinato y así dar expresión plástica a la infantil idea del inconsciente de que el embarazo es consecuencia de la previa ingestión del pene, aquí simbolizado por el hijo. Con la progresiva represión del odio se llegó poco a poco a otros métodos, pues, además, la necesidad cada vez mayor de fuerza de trabajo hacía

desaconsejable el simple asesinato. La manera de librarse ahora del rival era la castración. Con ello no había ya más que temer en lo tocante al amor y, además, sin mucho trabajo, se disponía de un esclavo. Al aumentar la densidad de población se echó mano de la idea del destierro, procedimiento que nos es conocido hasta en tiempos históricos con el nombre de *ver sacrum*. Y finalmente, al hacerse necesaria la conservación y la salud de todos los miembros de la tribu al entrar ésta a formar con otras tribus la unidad superior que dio origen a los pueblos, y al aparecer el sedentarismo y la agricultura, se llegó a la simbolización del asesinato y a la invención de la circuncisión.

Si ahora quiere usted cerrar el círculo de todas estas fantásticas consideraciones ha de enfocar el asunto desde el punto de vista del hijo, que no odia menos al padre que el padre a él. El deseo de asesinar al padre se centra en torno al complejo de castración tal como aparece en el mito de Zeus y Cronos, y de aquí se desarrolla después la castración del sacerdote al servicio de la divinidad, pues así como el pene es simbólicamente el hijo, lo es, de la misma manera, el progenitor, el padre, y su castración no es sino un parricidio en símbolos.

Estoy temiendo cansarla a usted, pero es preciso que vuelva de nuevo a la cadena de mi reloj. Junto a la calavera que cuelga de ella hay también un pequeño globo terráqueo. Dentro del humor inquieto de mis pensamientos me viene la idea de que la tierra es un símbolo de la madre y que, por consiguiente, el hecho de que yo ande jugando con ella entraña la simbólica realización del incesto. Y como al lado se halla, amenazadora, la calavera, no es de extrañar que se bloquee el movimiento de mi pluma, que rehusaba ser instrumento de dos pecados mortales: la masturbación y el incesto.

Y ahora, ¿a dónde nos llevan las sensaciones acústicas a las que yo hacía referencia, es decir, la música de marcha, el chillido de la lechuza, el ruido del automóvil y el paso del tranvía? Característico de la marcha son el ritmo y el compás, y a la palabra ritmo fácilmente se asocia la idea de que toda actividad puede ser realizada con más facilidad si se la ordena rítmicamente en compás. Esto lo sabe cualquier niño. Quizá sabe también el niño por qué es así. Quizá son el ritmo y el compás antiguos conocidos, necesidades vitales e im-

prescindibles desde el vientre de la madre. Posiblemente el niño que todavía no ha nacido está limitado a un pequeño número de sensaciones, entre las que el ritmo y el compás ocupan el primer puesto. El niño se columpia en el seno materno unas veces más suave, otras veces más fuerte, según sean los movimientos de la madre, según sea su manera de andar y la rapidez con que lo hace. Y sin interrupción, rítmica y acompasadamente, el corazón del niño toca extrañas melodías, a las que el niño presta toda su atención, tal vez con los oídos, tal vez con el sentido común de su cuerpo, que capta el movimiento y lo elabora en el inconsciente.

Sería muy atractivo intercalar aquí algunas consideraciones sobre este fenómeno, considerar cómo el hombre no solamente está sometido al ritmo en su actividad consciente, en su trabajo, en sus actividades artísticas, en su andar, en su actuar, sino también en el sueño y en la vigilia, en la respiración, la digestión, en el desarrollo y en la decrepitud, en todo. Al parecer el Ello se manifiesta tanto en el ritmo como en los símbolos; parece ser que el ritmo es una propiedad necesaria del Ello, o, al menos, que nosotros, para poder hacer al Ello objeto de nuestras consideraciones, hemos de atribuirle capacidades rítmicas. Pero esto me llevaría demasiado lejos y, por eso, prefiero llamar su atención sobre el hecho de que la marcha me llevó a pensar en el embarazo, como ya se había antes insinuado al hablar del pequeño globo terráqueo pendiente de la cadena de mi reloj. Pues este globo terráqueo —apenas necesito decirlo— es, a través de la idea de la madre tierra y de la redondez del globo, una insinuación del vientre materno en estado de buena esperanza.

Ahora comprendo también por qué yo llevaba el compás con el talón, en lugar de llevarlo con la punta del pie. Para todo el mundo, desde la infancia, el talón se halla relacionado inconscientemente con el acto de dar a luz. Pues en la educación de todos nosotros, desde la tierna infancia, no falta la historia del pecado original. Léala usted, por favor. Lo más llamativo de ella es que, después de haber comido del fruto prohibido, ambos, Adán y Eva, se avergüenzan de su desnudez. Esto prueba que se trata de una narración simbólica acerca del pecado del placer venéreo. El paraíso, en cuyo centro «se levanta» el árbol de la vida y del conocimiento

—conocer significa realizar el coito—, habla por sí mismo. La serpiente es un antiquísimo símbolo fálico que aparece por todas las culturas; su mordedura envenena, embaraza. El fruto que Eva ofrece a Adán y que, llamativamente, los siglos se han encargado de decir por su cuenta que fue una manzana, el fruto de la diosa del amor, siendo así que la palabra manzana no aparece en la Biblia; este fruto, agradable a la vista y bueno para comer, hace referencia a los pechos de la mujer, a los testículos y a las nalgas. Una vez captadas todas estas relaciones es ya inmediatamente claro que la maldición: «La mujer le aplastará la cabeza a la serpiente y la serpiente le picará a la mujer en su calcañar» significa la relajación, la muerte del miembro viril después de la eyaculación, y la picadura nos lleva, pasando por la cigüeña de nuestra infancia, al nacimiento. El hecho de que yo usaba el talón para llevar el compás demuestra lo implicado que estaba mi inconsciente con la idea del embarazo. Pero a la vez también en el complejo de castración. Pues en el acto de aplastar la cabeza de la serpiente van parejamente incluidos castración y relajación. Y, a compás con todo esto, se impone también aquí la idea de la muerte. El aplastar la cabeza equivale al acto de degollar, una clase de muerte que, por el camino de los símbolos, se ha desarrollado a partir del tándem castración-relajación del miembro. El hombre pierde la cabeza, al ser degollado, lo mismo que el miembro viril la pierde al relajarse y ocultar de nuevo el glande dentro de la piel que constituye el prepucio. Usted puede seguir todas estas ideas, si le parece bien, en las historias de David y Goliat, de Judit y Holofernes, de Salomé y Juan el Bautista. El coito es una especie de muerte, de muerte en la mujer, una imagen que ha recorrido los siglos. Y la muerte penetra en mis oídos con chillido agudo, con el chillido de la lechuza que me llama: «Vente conmigo, vente conmigo.» A la vez se insinúa de nuevo el motivo de la masturbación en la señal del automóvil; pues el auto es un conocido símbolo de autosatisfacción, si no es que hay que agradecer su invención a nuestras tendencias masturbatorias. Que el tranvía eléctrico —naturalmente por asociación con la electricidad por frotamiento y el transporte de personal—, que el tranvía eléctrico, digo, unifica en sí símbolos masturbatorios y de embarazo se deduce

del hecho de que la mujer, que tanta sensibilidad tiene para captar los símbolos y que representa la parte de la humanidad más emparentada con el arte, lo hace continuamente mal al bajar del tranvía... ¡con el fin de caerse!

Y ahora se me aclara otra faceta del problema de la marcha. Hace muchos años tuve ocasión de oír estos mismos compases cuando volvía del entierro de un oficial del ejército. A mí me ha agradado siempre, y de manera excepcional, que los soldados, después de haber cubierto de tierra el cuerpo de alguno de sus compañeros, vuelven a la vida normal con toda alegría. Así debería ser en todas partes. Una vez que la tierra ha cubierto el cadáver, ya no debe haber lugar a la tristeza: «Cerrad vuestras filas.»

¿Me encuentra usted duro y cruel? Más duro me parece a mí exigir de los hombres que estén tristes durante tres días. Es más, por lo que yo los conozco, tres días son ya insoportables. Los muertos tienen siempre razón, reza el proverbio, pero en el fondo no la tienen nunca. Y si se investiga un poco todo este asunto llega uno fácilmente a la conclusión de que todo el luto y toda la tristeza no son más que miedo, temor a los fantasmas, y no se hallan a mayor altura ética que la costumbre de sacar a los muertos de casa con los pies para adelante... para que no vuelvan. Tenemos la sensación de que el espíritu del muerto vaga por las cercanías del cadáver, y uno debe llorar, pues si no se ofende al espíritu, y los espíritus son vengativos. Pero una vez que el cuerpo está bajo tierra ya no hay miedo a que aparezca el espíritu. Y encima de la tumba se coloca una losa. Esto da aún más seguridad. Y para el caso de que en realidad alguno de los muertos resucitase, se encontraría, al salir de la tumba, con lazos que presentarían la forma de coronas de flores, que le enratarían los pies y no lo dejarían escapar.

No quiero ser injusto. La palabra resucitar demuestra que en la decisión de que sean tres los días de corpore insepulto ha intervenido también otra cadena de ideas. Tres días es el tiempo de la resurrección, y tres por tres son nueve, el número del embarazo. Y la esperanza de que el alma del difunto haya encontrado en este espacio de tiempo el camino que le conduce al

cielo, donde, desde ese momento, podrá descansar bien lejos y sin dar guerra, tiene también su sentido.

El hombre no llora en realidad a sus muertos. De eso nada. Y si, en su intimidad más profunda, lo hace, no lo deja ver. Pero aún entonces es muy dudoso si sus lloros tienen que ver con el muerto o más bien el Ello está triste por alguna otra cosa y aprovecha la ocasión de tomar un pretexto y racionalizar sus cuitas, y fundamentarlas ante la Señora Moral.

¿Usted no lo cree? ¿Que tan malos no son los hombres? Pero ¿por qué los llama usted malos? ¿Ha visto usted alguna vez llorar a un niño por un muerto? ¿Y querrá usted acaso decirme que los niños son malos? Mi madre me contó que yo, cuando murió mi abuelo —tendría entonces tres o cuatro años—, andaba saltando y batiendo palmas alrededor de su ataúd y decía: «Ahí dentro está mi abuelo.» Y no por esto mi madre me consideraba como malo, y yo no creo que tenga derecho a considerarme más moral que ella.

¿Por qué, pues, lleva la gente luto incluso durante un año entero? En parte por el qué dirán de los demás, pero sobre todo —como los fariseos— para vanagloriarse ante sí mismos, para engañarse a sí propios. Le juraron un día al muerto y a sí mismos serle siempre fiel, no olvidarlo jamás. Y pocas horas después de la muerte ya lo hemos olvidado. Pero entonces lo bueno consiste en acordarse de él, en ir vestidos de negro, llevar señales de luto, colgar retratos suyos en la casa y llevar siempre consigo un mechón de cabellos del difunto. Uno se siente bien y le resulta a sí mismo una buena persona cuando guarda el luto.

¿Quiere que le insinúe, en secreto, una pequeña prueba? Observe usted después de dos años de la muerte del esposo o la esposa lo que pasa con el sobreviviente, con aquel sobreviviente transido de dolor. O ha muerto ya también, lo cual es bastante frecuente, o se trata de una viuda satisfecha y floreciente o de un viudo que ya se ha vuelto a casar. ¡No se ría usted! Tiene un profundo sentido y, además, es cierto.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL

Usted no ha hecho otra vez más que criticar. Esto no me gusta, y, como consecuencia, voy a ser claro. ¿Por qué encuentra usted rebuscado el que yo compare la manzana de Eva con la nalga? No es un invento mío. El idioma alemán hace esa comparación, lo mismo el italiano y también el inglés.

Y ahora quiero decirle por qué usted se irrita y me critica. La alusión al pompis de Eva la ha llevado a usted a pensar que su marido la ha poseído a veces por detrás, mientras usted estaba arrodillada o sentada sobre él. Y de eso se avergüenza usted, como si usted misma fuese la ciencia alemana, la cual le dedica pudorosamente a este placer la expresión *more ferarum*, a manera de los animales, y no se avergüenza de propinar de esta manera una bofetada a todos sus propagadores. Pues ella sabe perfectamente que todos ellos han hecho el amor *more ferarum* o, al menos, les hubiera gustado hacerlo. Y ella sabe también muy bien o, al menos, debería saberlo, que el masculino puñal del amor es triangular y la femenina vaina también, y que el puñal sólo entra a perfección en la vaina si lo hace por detrás. No haga usted caso de la charlatanería de hipócritas y fariseos. El amor no existe en función de la procreación, y el matrimonio no es un instituto de moralidad. El comercio carnal debe procurar placer, y en todos los matrimonios, entre los hombres más castos y las mujeres más puras, se hace el amor de la manera más variada que usted se puede imaginar; por ejemplo, masturbándose mutuamente, o exponiéndose a la mutua contemplación, o besando y mamando en los lugares de localización del placer, o bien al modo los homosexuales, o cambiando los papeles, de modo que la mujer está encima y el hombre debajo, o de pie, o echados, o sentados, y también *more ferarum*. Y sólo determinadas personas no tienen ánimos para hacer estas cosas y, en su lugar, sueñan con ellas. Pero yo no me he dado cuenta de que son mejores que aquéllas que no reniegan de su infantil inocencia delante del ser amado. Hay per-

sonas que hablan del animal que se oculta en el hombre, y por humano entienden lo que ellos llaman noble y elevado, pero que, mirado más de cerca, no deja de ser bien innoble, como acontece, por ejemplo, con el entendimiento, o el arte, o la religión, en una palabra, todo lo que, de alguna manera, pueda referirse al corazón o el cerebro o estar por encima del diafragma; mientras que animal es todo lo que acontece en el vientre, sobre todo entre las piernas, en los genitales y en el ano. Yo, en su lugar, me ocuparía primero de mirar bien quiénes son esas personas que tales dicen, antes de hacer amistad con ellas. ¿Me permite usted que le diga una pequeña bellaquería? Nosotros, los cultos europeos, nos comportamos como si fuésemos los únicos hombres sobre el planeta, como si lo que hacemos nosotros fuese lo bueno y lo natural, y lo que hacen otros pueblos, o han hecho otras épocas de la Historia, no fuese sino lo malo, lo perverso. Lea usted el libro de Ploch sobre la mujer. Allí encontrará usted que muchos cientos de millones de hombres tienen unas costumbres sexuales diferentes, realizan el coito de distinta manera. Pero, claro, sólo se trata de chinos, japoneses, indos y, naturalmente, negros. O vaya usted a Pompeya. En las excavaciones hechas en esta antigua ciudad se ha descubierto una casa —la casa de los Vetios, se le llama— que en el baño, común para padres e hijos, tiene un friso en el que aparecen representadas todas las formas del placer carnal, incluso la *more ferarum*. Claro, eran sólo griegos y romanos. Pero eran también casi contemporáneos de San Juan y de San Pablo.

Todo esto es importante. Usted no tiene idea del papel que juegan estas cosas en las costumbres de cada día y en las diferentes enfermedades. Basta con que usted considere lo de *more ferarum*. Jamás habríamos llegado a la idea de la lavativa de no haber existido esa clase de juego tal como lo llevan a efecto, por ejemplo, los perros. Tampoco se habría descubierto el procedimiento de medir la fiebre en el ano. Y la infantil teoría de que se da a luz por el ano, que de manera tan variada interviene en la vida sana y enferma de toda persona... Pero no quiero hablar de ello. Me llevaría demasiado lejos. Prefiero tomar otro ejemplo. ¿Se ha fijado usted en la manera que tienen de correr las muchachas? El cuerpo, de la cintura para arriba, lo mantienen derecho,

y las piernas las mueven con un movimiento marcadamente trasero, mientras que los muchachos lanzan ambiciosamente las piernas hacia adelante e inclinan la parte superior del cuerpo como si lo que quisiesen es perforar con él al fugitivo. Usted utiliza mucho la palabra atavismo. ¿No cree usted que podría ser precisamente atávica esta marcada diferencia en el correr? ¿Que podría ser una herencia de los tiempos primitivos, en que el hombre corría a la caza de la hembra? ¿O es más bien el Ello quien piensa que el ataque sexual debe venir por la espalda y, por consiguiente, considera bueno y apropiado esa manera de correr de las muchachas, que van como si dieran coces? Es difícil decidir. Pero todo ello me lleva a acordarme de otras diferencias muy divertidas. Por ejemplo, el niño, cuando juega sobre el suelo, acostumbra a ponerse de rodillas, mientras que la niña se pone en cuclillas, abriendo bien las piernas. El niño cae hacia adelante, la pequeña doncella, hacia atrás. Un hombre sentado reacciona, al querer coger con las piernas un objeto que cae de la mesa, cerrando éstas, mientras que la mujer, en la misma situación, las abre. El hombre, cuando cose, realiza movimientos laterales y amplios, mientras que la mujer cose de abajo a arriba, describiendo con la mano suaves movimientos circulares, exactamente como cuando realiza el coito. Los niños, por su parte, de acuerdo con su teoría de que se concibe por la boca, meten la aguja, cuando cosen, de arriba abajo. Y, dicho sea de paso, ¿se ha fijado usted alguna vez en las relaciones existentes entre el coser y los complejos masturbatorios? Reflexione usted al respecto. Sacará de ello gran provecho, bien sea que usted opine que el coser recuerda simbólicamente la masturbación o que, como yo creo, se decida por admitir que el coser se ha originado gracias a los procesos masturbatorios. Y ya que, de alguna manera, estamos hablando de vestidos, dedíquele usted su atención por un momento a los escotes, de forma acorazonada, de las muchachas, y a sus rosas, y broches, y collares, y también a sus faldas, que, por cierto, no las llevan con el fin de estorbar los actos del amor, sino más bien con la idea de acentuar el incentivo, de provocar. La moda nos delata tendencias que caracterizan a épocas enteras, y de las cuales, a no ser por ella, nada sabríamos. Antigüamente la mujer no llevaba bra-

gas. Hombre y mujer gustaban de llegar rápidamente a la fruición del placer. Luego, por lo visto, empezó a resultar más agradable detenerse en la excitación previa al acto en cuanto tal, y se inventaron las bragas, pero provistas de su abertura, que guardaba los secretos sólo a medias. Hoy día ya llevan todas sus elegantes braguitas, bien cerradas y hasta con volantes y puntillas. Los volantes y las puntillas, para seducir; la abertura, ahora cerrada, para alargar el juego. Pero observe usted también las trabillas de los pantalones de los hombres, mire usted sus peinados, sus peinados a raya y sus rizos: todos son creaciones del Ello, creaciones del Ello de la moda y del Ello individual.

Pero volvamos a las pequeñas particularidades que diferencian el comportamiento de hombre y mujer. El hombre, cuando quiere recoger algo del suelo, se baja doblando la cintura, mientras que la mujer dobla las rodillas, poniéndose como en cuclillas. El hombre, cuando lleva o levanta algo, acciona la musculatura de la espalda, pero la mujer, simbolizando la maternidad, lo hace con el vientre. El hombre, cuando se limpia la boca con la servilleta, lo hace hacia los lados, lejos de sí, mientras que la mujer mueve la servilleta desde las comisuras de los labios hacia el centro, realizando un gesto típicamente receptor. El hombre, al sonarse la nariz, hace un ruido como un elefante, pues la nariz es un símbolo de su miembro, del que él está orgulloso; la mujer, sin embargo, utiliza el pañuelo con la más suave discreción, pues a ella le falta lo que la nariz simboliza. La joven prende de una manera firme y segura la flor a su vestido, mientras que el hombre la mete sencillamente en el ojal de la solapa. La muchacha lleva el ramo de flores apretado contra su pecho; el muchacho lo lleva en la mano, manteniendo caído el brazo. Ello quiere decir que la muchacha no tiene nada en su cuerpo que apunte hacia arriba, que no es un chico. Los muchachos y los hombres escupen, demostrando así que tienen eyaculaciones de semen; las muchachas, por el contrario, lloran, pues el arrasarse en lágrimas de sus ojos simboliza la consecución de su orgasmo. ¿O, acaso, no sabe usted que las pupilas simbolizan niños y que, por consiguiente, el ojo simboliza a la mujer, por cuanto en el ojo se ve uno reflejado en pequeño? El ojo es la madre, los ojos son los testículos,

pues también en los testículos están los niños, y ese rayo de pasión que sale de los ojos es un claro símbolo viril. El hombre hace una inclinación ante la dama, se presenta como su servidor, diciéndole de esta manera: Tu sola presencia ha constituido para mí el mayor placer, de modo que me relajo, pero en cuestión de pocos segundos voy a erguirme otra vez, pues la pasión me invade de nuevo. La dama, por el contrario, dobla ligeramente las rodillas, dando a entender: basta con verte, y toda mi resistencia se viene abajo. Las niñas pequeñas juegan con sus muñecos; los niños no lo necesitan; ellos llevan en su propio cuerpo el muñeco.

¡Hay tantas costumbres a las que nosotros no prestamos atención! ¡Tantas costumbres que merecerían que se la prestásemos! ¿Qué quiere decir el hombre cuando acaricia su bigote? La nariz es el símbolo de su miembro, como ya he dicho, y el andar acariciando el bigote tiene por finalidad llamar la atención sobre el hecho de que delante de nosotros se encuentra un hombre sexualmente maduro, con un bien poblado pubis. La boca, por su parte, es el símbolo de la mujer, por lo que las caricias al bigote significan también: me gustaría acariciar a la mujer. El rostro lampiño y bien afeitado tiene por objeto acentuar la infantil inocencia, la falta de peligrosidad, pues el niño todavía carece de las poblaciones pilosas típicas de los caracteres sexuales secundarios; pero a la vez significa fuerza, potencia, pues el hombre, como animal erecto que es, significa el falo, y la cabeza representa la punta lisa y desprovista de pelos del glande en el momento de la erección. No olvide usted esto cuando vea a algún calvo o cuando sus amigas se quejan de que pierden cabello. Con ello se manifiesta la potencia del varón o, también, su infantil inocencia, el hecho de ser un renacido. Cuando una mujer se sienta, tira por su vestido hacia abajo, como diciendo: mira qué piernas, pero yo no te permito que veas nada más, pues soy pudorosa. Cuando se tumba en presencia de alguien, cruza las piernas. En esto no hay excepciones. «Sé que me descas —significa todo esto—, pero yo estoy ya protegida contra el ataque. Inténtalo y verás.» Todo ello es muy equívoco. Es un juego que atrae a la vez que aparta, que provoca al mismo tiempo que prohíbe. Es, ni más ni menos, la representación mímica de ese extraño «no, por favor»

con que la chica rechaza la mano dispuesta a la caricia. ¡No! ¡Bueno! Pasa lo mismo que con los que tienen que ponerse gafas: se quiere ver mejor, pero no se quiere que uno sea visto con ellas. Aquí duerme uno con la boca abierta: dispuesto está a concebir; allí duerme otro todo encogido, como un feto. Aquel anciano anda a pasos muy cortos: lo que pretende es alargar el camino que lleva a la tumba; además, duerme poco, pues sus horas están contadas y pronto habrá de dormir muy largamente; se convierte en prósbita, pues no quiere ver lo que tan cerca tiene, los negros ornamentos de la misa de difuntos, el hilo que la parca está pronta a cortar. La mujer tiene miedo a enfermar si pasa en pie mucho tiempo mientras le dura el período, pues la hemorragia le recuerda que ella no tiene nada que se mantenga erecto, que lo mejor le falta. No va a bailar durante la menstruación, pues está prohibido realizar el acto matrimonial hasta en símbolos.

¿Por qué le cuento a usted todas estas cosas? Porque quiero evitar una larga disertación acerca de la manzana del Paraíso. Pero, en fin, alguna vez hay que decidirse. Aunque, bueno... Primero voy a hablarle un poco de los diferentes frutos. Tomemos una ciruela: dentro oculta un núcleo huesudo, el niño. La división que, suavemente, insinúa en sí misma nos delata el típico carácter de la mujer. Tomemos ahora la frambuesa: ¿no tiene una gran semejanza con las mamas de la mujer? O la fresa. La fresa crece profundamente oculta en el verde de la hierba, y usted ha de ponerse a buscar hasta dar con este precioso secreto en la mujer. Pero cuídese usted de ella, de la fresa, pues las delicias del clítoris se apoderan cada vez más profundamente de la naturaleza humana, se desean ardientemente, y luego aparece el complejo de culpa y, después, la urticaria, que acaba por convertir la sensación en cien veces más desagradable y torturante. ¿La cereza? Usted la puede encontrar en los pechos, pero también el hombre lleva cerezas colgadas de su árbol, pues todos los símbolos son sexualmente ambiguos. Y ahora la bellota. La bellota es un fruto sancionado y autorizado por la ciencia, a pesar de estar tan íntimamente emparentada con el cerdo; el cerdo, que tantos secretos porta consigo. ¿Quiere usted que le revele uno de ellos? La madre que educa a su hijo, cuando lo encuentra a éste sucio, lo llama

marrano. ¿Y habrá de encontrar extraño la madre que el hijo, con el pensamiento, le responda: si yo soy el marrano, tú eres la marrana? Y así es, en efecto, pues por muy duro que resulte, el cerdo es uno de los símbolos más corrientes de la madre. Esto tiene un profundo significado, pues al cerdo se le mata, se le abre el vientre y, además, chilla y gruñe. Y una teoría, quizá la más corriente de las que los niños acostumbran a tener acerca de los partos, es que a la madre se le abre el vientre para sacarle el niño, una teoría que, por lo demás, tiene su base en la existencia de esa intrigante raya que va del ombligo a los genitales y que es confirmada por los gritos de dolor del parto. De la asociación cerdo-madre hay un extraño sendero que lleva a lo religioso, al menos en Alemania, donde los carniceros tienen la costumbre de colgar los cerdos en los escaparates. Un símbolo de la crucifixión. ¡Vaya humor el del Ello: cerdo-madre-Cristo! A veces es para estremecerse. Lo mismo que la madre, también el padre tiene su símbolo animal. Es el buey, naturalmente. Pues en lugar de acercarse amorosamente al niño, permanece impasible frente a sus artes y caricias; por eso ha de estar castrado. Finalmente no quisiera olvidar el higo, pues es, en todos los idiomas, una imagen de los genitales femeninos. Y he aquí que ya estamos de nuevo con la leyenda del Paraíso.

¿Qué significado podrá tener el hecho de que la primera pareja humana se hiciese un taparrabos de hojas de higuera? Y luego, ¿por qué los siglos acabaron por convertir el taparrabos en una sola hoja? Yo no puedo leer los pensamientos del autor del bíblico mito, pero por lo que a la una y sola hoja de higuera respecta me voy a permitir algunas bromas. Cinco hojas tiene esta hoja, y cinco son los dedos de la mano. Es natural que se oculte con la mano lo que no debe ser visto. ¿Pero ha de ponerse la mano en los genitales? ¿Allí precisamente donde no puede estar? A mí todo esto me resulta una broma del Ello: «Como no te es permitido una vida libre en el eros, haz lo que la naturaleza te enseña, ¡utiliza la mano!»

Lo sé, soy un frívolo. Pero voy a acabar por ponerme serio. Como usted sabe, por estas tierras a la tráquea se le da el nombre de manzana de Adán. La idea que hay detrás de ello es que a Adán, al ir a tragar la man-

zana, se le quedó atalancada en la garganta. Pero ¿por qué le pasó esto a él y no a Eva, que también comió del mismo fruto? Eva se tragó el fruto para que de ese fruto pudiese salir otro, el niño. Adán no puede dar a luz.

Y con esto, sin darnos cuenta, estamos en ese fárrago de ideas que alimentan la fantasía del niño en relación con parto y embarazo. Usted, naturalmente, no duda en opinar que un niño bueno y bien educado cree en la cigüeña, y así es, en efecto. Pero no olvide usted que el niño también cree en los Reyes Magos, y a la vez sabe que los regalos de los Reyes Magos los compran sus padres en las tiendas de la ciudad. El niño tiene una gran capacidad de creer, y nada se opone a que, a la vez que acepta lo de la cigüeña, sepa que el hermanito se desarrolla en el vientre de la mamá. Esto lo sabe él, es más, tiene que saberlo, pues hace dos o tres años estaba él mismo dentro de ese vientre. Pero ¿cómo salen los niños del vientre y cómo entran en él? Estas son preguntas que a todos nos han urgido con variable, pero creciente perentoriedad. Una de las muchas respuestas la encontramos todos, sin excepción, pues nadie de nosotros, en la infancia, sabe nada del útero o de la vagina. Y esta respuesta es que los niños salen por el mismo sitio por donde sale todo lo que se encuentra en el vientre: por el ano. ¿Pero entrar? ¿Cómo entran? También en este caso al niño se le presentan varias respuestas. Mayormente se inclina por el supuesto de que el germen que da lugar al niño penetra por la boca, lo mismo que penetra la leche que mama de los pechos de su madre. Y de todo esto, de este excitante y siempre repetido preguntarse y responderse a sí mismo del niño se origina el deseo de mamar el miembro del amado, de fumar, de besar... Un deseo que urge doblemente, pues en su satisfacción reaparecen el pecho de la madre y la beatitud del lactante; y de aquí procede también la idea de darle el nombre de manzana de Adán a la tráquea sobresaliente del varón. Y, finalmente, para decirlo también, aquí tiene su origen el bocio, que a usted tanto la aterroriza en sus hijos. A usted, cuando era una chicuela, se le hincharon también los papos, créame. Pero las paperas pasan. Solamente en los casos en que el Ello está penetrado de la idea de la concepción por

la boca y del horror a tener un niño en el vientre se llega a auténticos casos de bocio y a la enfermedad de Basedow.

Gracias a Dios, por hoy he acabado,

PATRIK

20

En efecto, querida amiga, le prometo que hoy voy a dar fin a la historia de la pluma y la cadena de mi reloj.

Voy a intentar adivinar por qué se encontraba obstruido el canal derecho de mi nariz. Mi Ello desea no oler algo o bien quiere deshacerse de alguna impresión olfativa. Este es mi caso particular. En muchas personas no viene al caso pensar en ocasiones como ésta en el olfato; bajo la presión de la prevención contra las enfermedades, que ahora ya es casi cosa de fanatismo, sobre todo por lo que a la tuberculosis se refiere, a toda una serie de personas se le ha metido la idea en la cabeza de que la nariz es fundamentalmente un órgano respiratorio por cuanto, para esta gente, respirar por la boca es tanto como tentar a Dios. Para otros es a su vez, y sin más, la nariz un símbolo fálico, y por todo eso es necesario mirar en cada caso cuál es la intención del Ello. Por lo que a mí respecta, ya me es de sobra conocido que, cuando algo en mi nariz no funciona bien, hay que ir a la búsqueda de qué es lo que no debo oler; y como en este caso es el canal derecho el que está obstruido, ha de encontrarse a mi derecha aquello que para mí constituye un mal olor. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, parece que no consigo descubrir nada que, a mi derecha, huela mal. Con todo, mi familiaridad en querer creer durante años en las intenciones del Ello me ha hecho espabilar y, así, estoy en posesión de muchos recursos que me permiten justificar jesuíticamente mi teoría. Así, por ejemplo, me digo ahora a mí mismo: Si no hay nada ahí que me huela mal en este momento, bien puede ser que haya, sin embargo, algo que me traiga a la memoria algún mal olor del pasado. Inmediatamente me viene a la memoria un aguafuerte de Hans

203

am Ende que cuelga a mi derecha y representa una ribera pantanosa y un velero sobre aguas de bajo fondo. Venecia está de repente delante de mis ojos, aun cuando sé muy bien que el aguafuertista ha tomado su motivo del mar del Norte; y de Venecia paso al león de San Marcos, y de aquí, a una cuchara de té que estuve usando hace unos minutos. Y de golpe, es como si supiera cuál es el olor que rehuyo. Cuando, hace ya muchos años, después de una grave pulmonía, me volví hidrópico, llegó a desarrollarse de tal manera mi olfato que no podía soportar el utilizar cucharas, pues, a pesar de haberlas limpiado cuidadosamente, mi olfato percibía lo que se había comido con ellas hacía horas o, incluso, días. Así pues, ¿será que lo que yo evito, lo que incluso evito como recuerdo, es aquella enfermedad renal? En efecto, pocas horas antes había logrado descifrar la enfermedad de una muchacha en la que tenía algo que ver un orinal maloliente. Pero a mí mismo el olor de la orina me es indiferente. Esto no puede ser. Pero, eso sí, la memoria me lleva a mis tiempos de colegio, a los urinarios públicos que había en la escuela y cuyo penetrante olor a amoníaco parece que percibo todavía. Y aquellos tiempos de colegio, su sola idea, me ponen aún hoy de mal humor. Pero recuerdo muy bien que por aquel entonces —tendría yo de doce a trece años— yo todavía tenía la costumbre de mear la cama y temía por eso muchísimo las burlas de los compañeros, que, por lo demás, casi nunca sufrí, y cuando se dio el caso fueron realmente leves. Aparecen pensamientos que me recuerdan apasionadas simpatías por este y aquel amigo, simpatías cuyo componente genital fue reprimido, pero que no por eso dejaron de abrirse brecha a través de mi fantasía. El momento en que aprendí lo que era la masturbación, la fiebre del sarampión, en cuya ocasión caí por primera vez enfermo de los riñones, todo esto pasa vivamente por mi mente. Que Hans am Ende acabó siendo mi amigo de colegio y que a él también lo cogió el sarampión. Y detrás de todo esto se levanta, primero oscura, pero luego más clara, siempre más clara, la imagen de la madre. Yo era un hijo de mamá, un niño mimado, y la separación de mi madre, que el colegio supuso para mí, me hizo sufrir mucho.

Pero con esto se acabó mi ciencia. Ya no sé más. Con todo, también en estos casos me ayudan las expe-

riencias que he hecho, siempre tratando de salvar mi teoría sobre el Ello: donde se acaban las ideas, allí precisamente se encuentra la solución del enigma. Así pues, en la madre. Esto podría habérmelo muy bien imaginado ya, pues todo lo que está a la derecha tiene que ver con mi madre. Pero no logro acordarme, por más que lo intento, de haber percibido jamás algún mal olor de ella; es más, a ella no tengo ni siquiera asociado olor de ninguna clase.

Probaré fortuna con el nombre de Hans (Hans am Ende). Así se llamaba uno de mis hermanos mayores, al cual está muy unida toda mi vida de colegio. Y de repente se cuela delante de su nombre otro nombre: el nombre de Lina. Lina era mi hermana, la misma de quien le hablé a usted cuando le conté lo de mis aficiones sádicas. Y de ahí procede también el olor que busco. Pero no se trata de un olor desagradable, sino más bien suave y adormecedor, inolvidable. Tendríamos una edad de once y doce años, y ya no consigo acordarme de aquella excitación, pero he topado alguna vez más con aquel olor, y desde entonces, ¡qué sobrecogedora es la impresión que produce sobre mí! A este recuerdo se le asocia inmediatamente otro, a saber, que Lina, poco tiempo después, me puso al corriente del secreto de la menstruación. Me hizo creer que estaba tísica, me enseñó la sangre, se rió de mí al ver el susto que me llevé, y me explicó el sentido de la hemorragia.

Una vez llegado a este punto, desapareció la obstrucción de la nariz. Lo que ahora voy a agregar sirve únicamente a aclarar algo más los términos del asunto. En primer lugar se me ocurre el sentido en esta historia de Hans am Ende. Todos mis parientes han muerto; el último de todos, Hans: Hans am Ende*. Con este hermano llevé a cabo el único viaje en velero de toda mi vida, lo cual se relaciona, naturalmente, con la vela del aguafuerte de am Ende.

Y ahora se aclaran las nieblas que oscurecen las relaciones del complejo con la imagen materna. Mi madre se llamaba lo mismo que mi hermana: Lina. Con esto crece mi admiración sobre el hecho de que no tengo ningún olor asociado a mi madre, mientras que en el

* Para entender mejor la frase téngase en cuenta que *Hans am Ende* significa «Hans al fin». [N. del T.]

caso de la hermana son muy fuertes, y así empiezan de nuevo mis malabarismos mentales.

Cuando dos perros se encuentran, el uno se pone a olfatear las partes del otro. Sin duda tratan de aclarar con la nariz si se son mutuamente simpáticos o no. Los que tienen humor se ríen de esta costumbre canina, y los que no lo tienen la encuentran falta de gusto. Y su humor de usted, ¿sigue en pie si le digo que entre los humanos acontece tres cuartos de lo mismo? Usted misma ha de saber por propia experiencia que una persona que huele mal ya puede tener todas las cualidades que quiera; en el fondo resulta antipática. Aunque, claro, aquí hay que tener en cuenta que lo que a uno le huele mal a otro le puede oler a rosas. Usted misma, como madre que es y acostumbrada a una observación penetrante, habrá visto que los niños juzgan los objetos y las personas por el olor que tienen. La ciencia hace como si la lengua y la boca fuesen la piedra en que se prueba lo que es agradable y lo que es desagradable, pero la ciencia afirma muchas cosas, y nosotros no tenemos por qué preocuparnos de ello. Yo mantengo la afirmación de que el hombre utiliza su nariz de una manera más intensiva y, si usted quiere, de peor gusto, para decidir lo que le va y lo que no le va.

En primer lugar, el olor del seno materno y de la sangre que de él sale constituyen una de las primeras percepciones del hombre. Ya hice alusión a ella al tratar del significado e importancia del celo periódico. A esto le sucede una época en que la nariz del pequeño terrícola se utiliza fundamentalmente para oler su propia orina y su propia caca, presentándose también ocasionalmente olores agradables, como son los de la leche materna y los de los sobacos de la madre. Durante todo este tiempo, después del parto, la madre refresca los recuerdos de su propia lactancia, que le ofrecen la oportunidad de transferir al bebé el amor a sí misma. Los olores de los pañales, ha mucho tiempo olvidados, reaparecen ahora de nuevo. Además se ve obligada a respirar todos los olores que provienen de la cabeza y el cuerpo del lactante. Y esto dura bastante, pues el niño es pequeño y la madre grande; de modo que, al tratar con él, lo primero que percibe la madre son los cabellos de su cabecita y el olor de los cabellos de su cabecita, cosa que no deja de tener su importancia, pues precisamente

los órganos del amor están profusamente rodeados de pelo. En lo que al niño respecta, hay cambio de campo. En los primeros años lo que él huele son los pies y las piernas, pues él es pequeño y los demás son grandes. Conserve usted esto bien en la memoria, querida mía, conserve usted bien en la memoria que los niños empiezan por conocer y amar las piernas de las personas. Es muy importante, aclara muchas cosas y nunca se tiene en cuenta. Y luego pasan años, muchos años, y si usted sumara todos los escasos momentos en que los perros se olfatean, vería que no se acercan ni con mucho a todo el tiempo, a todos los años que el niño pasa oliendo, casi de manera ininterrumpida, lo que ocurre por la región abdominal de los mayores. Y ello le resulta extraordinariamente agradable. Y hasta se lo encuentra romántico a todo esto. ¿Pues qué escritor que tenga verdaderamente sensibilidad dejará sin anotar la escena en que el muchacho —o el hombre— deja descansar su cabeza en el seno de la madre o de la amada? Lo que, despojado de su halo poético, no significa ni más ni menos que él mete la cabeza entre sus piernas. Esto suena a grosero, pero desentraña los orígenes del amor filial y del amor a la mujer. La naturaleza tiene caminos maravillosos que hacen llegar al hombre a la mujer. Y éste es un camino que todos recorremos.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el hecho de que yo no poseo recuerdos asociados a la figura de mi madre? La cosa es suficientemente clara. Si el niño está realmente obligado por la diferencia de estatura a percibir con la nariz todo lo que acontece en el vientre de su madre, habrá de notar también los extraños cambios de olor que tienen lugar en la mujer cada cuatro semanas. Habrá de participar también de esta manera en las excitaciones de que es objeto la mujer durante el período. Los vapores de la sangre llegarán hasta él y acrecentarán sus incestuosos deseos. Y como consecuencia de estas excitantes impresiones el niño será presa de toda clase de luchas interiores. A todo ello enlazan una variedad de oscuros y profundamente dolorosos desgños acrecentados por el sufrimiento originado por el mal humor y los dolores de cabeza de la madre. ¿Es de extrañar que yo haya optado por tomar la escapatoria de reprimir?

¿Comprende usted lo que digo? Piense usted que hay

personas que afirman no haber sabido nada de la menstruación hasta que llegaron a ser mayores. Si no me equivoco, ¿son muchas personas o son todas? ¿Dónde han dejado su nariz? ¿Y qué hay que pensar de la memoria del hombre si olvida, es más, tiene que olvidar, estas vivencias? Por una parte, uno se admira de que el hombre tenga tan poca capacidad para detectar las cosas. Pero, por otra, ¿qué sería de él si no bloquease su nariz con todas las fuerzas de su inconsciente? A ello le obliga la prohibición de los mayores de no enterarse de nada relacionado con lo sexual, a ello le obliga el pudor de la madre, que se desconcierta y sonroja cuando el niño le pregunta algo al respecto; pues nada hay más vergonzoso que la persona amada se avergüence de lo que uno mismo pregunta con toda inocencia y naturalidad. No es necesario que sean siempre palabras las que intimidan a los niños. Un movimiento involuntario, un gesto casi imperceptible, un segundo de perplejidad pueden tener un influjo incluso más profundo. ¿Pero cómo podría la madre evitar el que esa perplejidad se trasluciese? Es destino de la madre el herir a su propio hijo en su más profunda sensibilidad, es su fatalidad. Y la mejor buena voluntad, el mejor propósito, no cambian nada en este terreno. ¡Ay, querida amiga, es tanta la tragedia de esta vida que aún está en espera del escritor capaz de darle expresión! Y tal vez ese escritor no llegue nunca.

Uno se olvida de lo que es difícil de soportar, y de lo que uno no se olvida es porque no fue demasiado pesado para nosotros. Esta es una frase cuyo contenido debería usted sopesar detenidamente, pues tira muchas cosas por la borda que, entre los hombres, están a la orden del día. Olvidamos que estuvimos en el vientre de nuestra madre, que fuimos expulsados del Paraíso, y esto es terrible; pero también es terrible pensar que un día estuvimos en las tinieblas de una tumba. Olvidamos la hora en que vinimos al mundo, pues el miedo que pasamos a ahogarnos nos resultó insoportable. Olvidamos que hubo un día en que aprendimos a andar, pues el momento en que la mano de la madre nos dejó fue terrible, y la alegría de vernos por primera vez libres y autónomos tan sobrecogedora, que no podemos retener su recuerdo. ¿Cómo podríamos soportar el saber que durante meses y años meábamos y cagábamos pa-



ñales y pantalones? Piense en lo que le avergüenza usted encontrar una mancha marrón en su ropa interior, piense usted en el terror y azoramiento que se apodera de usted cuando, en la calle, no puede ya retener por más tiempo dentro de su cuerpo lo que corresponde echar en el retrete. ¿Y qué vamos a hacer con el recuerdo de que había personas tan terriblemente fuertes que nos lanzaban con toda facilidad por los aires? ¿Que nos reñan, nos castigaban y nos daban azotes sin que nosotros pudiésemos hacer nada en contrario, nosotros que ahora somos consejeros, doctores o, aunque nada más sea, estudiantes de bachillerato? No podemos soportar que esa persona que llamamos madre llegó un día en que nos rehusó dar la teta, esa persona que dice que tanto nos ama, que nos enseñó lo que es la masturbación y luego nos castigaba por ello. Y esto es poco. Lloraríamos por toda la eternidad si nos acordásemos de que tuvimos una madre que sentía y se preocupaba por nosotros y que ahora nos encontramos solos y sin madre... ¡por propia culpa!

No es más extraño que nos olvidemos de la menstruación tal como nuestro olfato nos la hizo conocer en la más tierna infancia o incluso también el haber visto la sangre, las vendas, el orinal, la experiencia del mal humor de la madre, de sus dolores de cabeza, de sus tratamientos ginecológicos, no es más extraño, digo, olvidarnos de todo esto que olvidarnos totalmente de la masturbación, de la masturbación de nuestros primeros años. Y al menos hay una razón común para explicar la existencia de estas dos grandes lagunas en nuestra memoria: el miedo a ser castrados. Usted recordará que yo he afirmado que nuestro miedo a ser castrados está relacionado con la masturbación y la prohibición que sobre ella pesa. Pero, sin embargo, el pensamiento de que determinadas partes sexuales pueden ser cortadas procede de la observación, en los años de la infancia, de la diferenciación sexual, pues cuando somos niños pensamos que es simplemente la herida que ha dejado la amputación del órgano masculino. La mujer es un hombre castrado. Esta idea se convierte en certeza al percibir las hemorragias por medio del olfato. Esas hemorragias nos atemorizan, pues despiertan la idea de que nosotros mismos seamos convertidos en mujeres. Con el fin de no traer a la memoria tales hemorragias hemos

de mortificar nuestro olfato y borrar todo recuerdo olfativo relacionado con la sangre. Pero esto no lo conseguimos; lo que conseguimos es reprimir. Y de esta represión se aprovecha la vida para construir la prohibición de tener comercio carnal durante el período. Como la mujer víctima de hemorragia nos recuerda el reprimido complejo de castración, evitamos un nuevo contacto con la herida de la que sale sangre.

Aquí hay un segundo complejo reprimido que interviene en el asunto, y que también tiene que ver con el sentido del olfato, a saber, el complejo de embarazo y parto.

¿Recuerda usted que yo le pregunté una vez a ver si usted había notado algo de los embarazos y partos de su madre? Usted acababa de hacer una visita a su cuñada Lisbeth, que había dado a luz, y todavía estaba muy reciente en su memoria ese inequívoco olor de la cama de la puérpera. No, me contestó usted; jamás. Incluso la venida de su hermano menor la sorprendió a usted, aun cuando, con los quince años que usted ya tenía, estaba sexualmente informada. ¿Cómo es posible que un niño no se dé cuenta que la madre va engordando de día en día? ¿Cómo es posible que un niño crea en la cigüeña?

Ninguna de las dos cosas es posible. Los niños saben que proceden del vientre de la madre; pero son obligados, por sí mismos y por los mayores, a creer en la fábula de la cigüeña. Los niños se dan perfecta cuenta de que la madre va engordando, de que, de repente, le sobrevienen los dolores, de que trae un hijo al mundo, pierde sangre y, al levantarse, está otra vez delgada y normal. Los niños se dan cuenta cada vez que la madre queda encinta, y el parto no les sorprende. Pero todos estos conocimientos son reprimidos.

Si usted es capaz de imaginarse toda la fuerza que es necesaria para dar de lado a todos estos conocimientos le resultará ya un poco más claro lo que yo quiero decir cuando afirmo que el reprimir es la ocupación más importante de la vida. Pues lo mismo que yo he apuntado aquí con relación a nacimiento y embarazo acontece en cada minuto de la vida con otros complejos. Usted no puede ni siquiera poner los pies en un aposento sin, a la vez, poner en movimiento el mecanismo de la represión, sin apartar de la conciencia la percepción de

determinados muebles, adornos, colores, formas. Usted no puede leer una sola letra, mirar un solo rostro, sin estar, de continuo, reprimiendo, sin apartar de la conciencia recuerdos, fantasías, símbolos, sentimientos, odio, amor, desprecio, vergüenza, ternura... Y ahora, querida, piense usted en lo siguiente: Lo que se reprime no se aniquila, permanece, sólo que está arrinconado, pero algún día volverá a presentarse, aunque no pueda verse totalmente a la luz del sol y brillar en su rojo natural, sino, tal vez, aparecer de color negro. La represión interviene de continuo en la conformación de los fenómenos. Lo que ahora es para el ojo un cuadro de Rembrandt es reprimido y aparece en el mismo momento en forma de entretenimiento con la cadena del reloj, como una vesícula en el labio, como disertación sobre el complejo de castración, como fundación de un imperio, declaración de amor, riña, cansancio, hambre repentina, abrazos o manchas de tinta. El reprimir opera revolucionariamente, crea y aniquila culturas, inventa la Biblia y el cuento de la cigüeña. Y la visión de los secretos de la represión saca de tal manera de quicio el pensar que uno se ve obligado a cerrar los ojos y olvidar que existen represiones.

PATRIK TROLL

21

Usted se queja, amiga mía querida, de que no he cumplido mi promesa, es decir, de que aún no he conseguido dar fin a mi historia de la cadena del reloj. Jamás hubiese creído que usted fuera tan tonta como para creer en mis promesas. Mucha más razón tendría usted en echarme en cara que me pierdo en mis disertaciones, que no acabo lo que empiezo.

Hablé de represión de las sensaciones olfativas en el parto y no puse cuidado alguno en explicar cómo el niño, a pesar de las precauciones que se toman por ocultarlo, no deja de percibir el penetrante olor que despide lo que la puerpera expulsa, y que, por consiguiente, participa necesariamente en una experiencia del parto a través de sus órganos olfativos. Además, tampoco ex-

pliqué por qué se borra totalmente la sensación de tales olores de la memoria consciente.

¿Por qué acontece esto? En primer lugar, porque la madre, los padres, los mayores, prohíben al niño entender tales cosas. Tal vez no se lo prohíben de palabra y expresamente, pero el tono en lo que dicen, el timbre de las palabras, algún azoramiento o perplejidad notados por el niño, todo esto habla por sí solo. Es simplemente una fatalidad y un hecho que el hombre se avergüenza de haber sido engendrado. Por lo visto este hecho pone en peligro su vanidad, su imagen y semejanza divinas. ¡Le gustaría tanto ser engendrado como la Divinidad, ser Dios! Y esto precisamente porque, en el seno de su madre, se sintió como un Dios todopoderoso. Por eso inventa la filiación divina por el camino de la religión, se procura un Dios Padre e incrementa la represión de sus deseos incestuosos hasta que encuentra consuelo creyendo en la Virgen María y su Inmaculada Concepción o en algún ramo de la ciencia. Llama despectivamente actos animales a la concepción y al acto de engendrar para poder decir de sí mismo: yo no soy un animal, no tengo formas animales; soy, por consiguiente, hijo de Dios y por Dios he sido engendrado. Como todo esto a fin de cuentas no resulta, envuelve todos estos actos con el pseudosagrado velo del misterio, para cuya construcción, como un Judas, ha de traicionar a su amor. Hasta tal punto llega, que ni siquiera se avergüenza de manchar el instante de la humana copulación con una malsonante mentira, como si ese momento no fuese precisamente el cielo. El hombre quisiera ser cualquier cosa menos hombre.

La segunda razón, por la cual reprimimos el complejo olfativo en cuestión y así negamos nuestro auténtico adorno distintivo humano, la nariz —pues lo que nos diferencia de los animales es, en primero y último lugar, la nariz—, la segunda razón es que no soportamos el hecho de tener una madre. Bueno, usted debe comprender: si nos va bien y es como nosotros queremos que sea, entonces no dejamos de reconocerla como madre. Pero en cuanto nos acordamos que fue ella quien nos dio a luz, empezamos a odiarla. No queremos saber que ha sufrido por nosotros; nos resulta insoportable el saberlo. ¿O no ha visto usted el terror, el tormento de sus hijos cuando usted se ponía triste o, tal vez, lloraba?

Por supuesto, a mí me es conocido que mi madre me dio a luz y hablo de ello como si fuese la cosa más natural del mundo. Pero mi corazón no lo reconoce, se opone al hecho y dice no. A veces se remueve en nuestro pecho como una piedra. Se trata de un recuerdo inconsistente en nuestra lucha por tomar aliento en el momento de nacer, dice nuestra omnisciencia y nuestra nesciencia. «No», dice el espíritu del mal, «son tus pecados contra la madre que te ha traído al mundo, tus pecados mortales de ingratitud, de incestuosos deseos, de derramamiento de sangre, de asesinato. ¿Has hecho alguna vez lo que debías para que te vaya bien y vivas largo tiempo sobre la tierra?» Su mano me acarició y me dio comida y bebida, y yo más de una vez la he odiado, la he odiado a menudo, pues ella me gobernaba; su piel me dio calor, y yo la he odiado, porque yo era demasiado débil como para renunciar a su calor y a los encantos de su suavidad, y porque, debido a eso, y contra mejor saber, le atribuí toda clase de arrugas y de ascos con el fin de escapar a la tentación, yo, Judas. Su boca me sonreía y hablaba, y yo frecuentemente la odié por haberme reñido; sus ojos me sonreían y hablaban, y yo los odié; sus pechos me alimentaban, y yo los mordí; habité dentro de su cuerpo, y acabé abriendo su vientre. ¡Parricida! Usted lo sabe y lo siente como yo: Todavía no ha vivido sobre esta tierra el hombre que no habría asesinado a su madre. Y por eso no queremos reconocer que ha sido la madre quien nos ha dado a luz. Lo creemos con los labios, pero no con el corazón. La sangre que derramamos clama al cielo, y nosotros huímos de ella, de los vapores de la sangre.

Todavía se me ocurre otra razón que nos lleva a reprimir los recuerdos de los olores de la puérpera y a aniquilar nuestro más noble sentido, el sentido del olfato; esta razón es el miedo a ser castrados. Comprendo que esto le aburra a usted, pero ¿qué vamos a hacer? Ya que usted quiere de todas formas enterarse de lo que yo pienso, he de repetirme. Pues la idea de la castración va por nuestra vida lo mismo que los sonidos del lenguaje. Lo mismo que la *a* y la *b* se repiten continuamente en el lenguaje, de la misma manera aparece continuamente este complejo y miedo de convertirnos en mujer. Y si usted junta los sonidos *a* y *b* tiene usted,

por ejemplo, «ba», y se reirá seguramente de las bromas asociativas del inconsciente.

Pero ya va siendo hora que me ponga a completar un poco lo que he dicho respecto a las teorías del niño sobre los partos, si no, no vamos a salir nunca de este barullo. Ya le dije a usted que el niño sabe que, antes de venir al mundo, se está en el vientre de la madre. Cuanto más niño se es, mejor se sabe esto. Y de que no se olvide, de ello se encarga, entre otras cosas, la Biblia cuando dice: Y el niño dio un salto de alegría en su vientre. A menudo se localiza el lugar donde el feto reside debajo del corazón, es decir, en el hueco del estómago. Y ello tiene que ver con nuestra costumbre de hablar y decir que la madre lleva al hijo debajo de su corazón. Cuénteselo usted alguna vez a su médico. Le puede ser muy útil en el diagnóstico y en el tratamiento, sobre todo si se trata de molestias en el estómago, molestias que pueden ir desde un simple malestar al cáncer. Y también a usted le será útil para conocer a su médico. ¿Que se encoge de hombros y no le hace caso? Entonces búsquese a otro, pues el suyo está pasado de moda, por muy capaz que sea. Sé muy bien que no hay nada que le resulte a usted más desagradable que andar fuera de moda. A veces aparece también la idea de que el embarazo tiene lugar en el corazón mismo. Ya le hablé a usted de un caso tal, en el que esta idea desembocó en una enfermedad y dominó el campo hasta que el paciente se sometió al análisis. Las personas que esto creen durante su infancia se encuentran en una situación nada envidiable. Pues a esta idea absurda, que procede de las frases: «Te llevo en mi corazón» y «Tú, hijo de mi corazón», se asocia de manera oscura y temible la conciencia de haber rasgado el corazón de la madre... Y también esto lo debería de saber su médico: para sus pacientes cardíacos. Y para descubrir ya toda la locura de los niños, voy a agregar aún lo que sé por boca de enfermos de la vista, a saber, que existe también la idea del embarazo en los ojos —basta que usted piense en la palabra pupila—, y esto proviene del hecho de que la madre, alguna vez, llama a su hijo «niña de mis ojos». ¿O proviene acaso la designación de «niña» del hecho de ser esta teoría una cosa generalizada y haberse así decantado con este nombre en el lenguaje? No sé.

Pero ya basta. La idea predominante es, en todo caso,

la del embarazo en el vientre. Y si prescindo de las fantasías que hablan de reventar, de rajar el vientre, de nacer por el ombligo o bien de ser vomitado, la única opinión que le queda al niño es la del nacimiento por el ano. Ya le hablé a usted de esto, pero es necesario que se lo grabe profundamente en su memoria, pues sobre esta teoría descansan todos los estreñimientos, sobre ella se basa también el sentido del ahorro, el comercio, el cambio y el concepto de propiedad, y sobre ella descansa, finalmente, el sentido del orden..., y muchas cosas más. No se ría usted, querida, cuando digo estas cosas. A mí mismo me resultan monstruosas en el momento en que las digo, y, sin embargo, son ciertas. El Ello no se ocupa en absoluto de nuestra estética, de nuestra inteligencia y de nuestro pensar. El Ello tiene un pensar autónomo, propio de él mismo, y juega con los conceptos, de modo que toda razón parece loca. «Para mí —dice el Ello— el niño es lo mismo que el chorizo que tú, hijo del hombre, haces, y lo mismo que el dinero que tú posees; es más, había olvidado que también es lo mismo que el rabito que distingue al muchacho de la muchacha y que yo, por humorada y porque me dio la gana, puse delante, en lugar de hacer que saliera detrás. Por detrás dejo caer también un chorizo cada veinticuatro horas, lo castro, y por delante permito que lo conserven aquellos a quienes reconozco por hombres, por hombres, mientras que a las demás personas se lo quito, las obligo a cortárselo, a arrancárselo, a raspárselo. Pues también necesito mujeres.»

Todo esto lo he contado ya muchas veces. Pero la repetición ayuda a la memoria. Y ahora vamos a ver qué es lo que el niño piensa sobre el acto de concebir.

En primer lugar tenemos que dejar bien en claro cómo es que el niño encuentra ocasión y tiempo para reflexionar. El mundo exterior ofrece al cerebro del niño tantas cosas interesantes que la menor presión a estarse quieto la aprovecha para elaborar sus impresiones. Y ahora me permitirá usted que le traiga a la memoria el trono desde el que todo niño reina dentro de su casa. Hace tiempo que me vengo extrañando de que nadie haya hecho uso de su erudición para poner en claro la importancia del orinal, y esto es doblemente incomprensible si tenemos en cuenta que ya Busch llamó la atención al respecto en sus clásicos versos:

*El hombre, víctima de su oscura presión,
se inventó la lujosa habitación.*

En efecto, difícilmente podrá usted sobrevalorar la importancia de este recipiente que, durante toda la vida, se adapta a las dimensiones del cuerpo y sirve a procurar soledad con los propios pensamientos por el tiempo que uno buenamente quiera usarlo. Y, sobre todo y en primer lugar, la diaria satisfacción de los primeros años de la vida.

No puedo contar las veces que espontáneamente, o bien obligado por alguna circunstancia, he podido ver cómo toda la familia, padres muy severos, madres muy pudorosas y niños muy bien educados se han puesto a observar cómo el pequeño se aligeraba de la carga de su vientre, penetrados de silenciosa devoción, sólo interrumpida una que otra vez por el consejo de alguien que le decía: «haz mj, mj». Y, si mal no recuerdo, era precisamente su pequeña Margarete quien se las arreglaba para verse en la necesidad cada vez que había visita en casa. Era maravilloso observar qué hábilmente sabía apretar sus vestidos, pantalones o lo que fuese, contra su cuerpo, para luego, de repente, dejar éste descubierto y así mostrar qué misteriosos tesoros poseía, y luego, una vez acabada la tarea, no olvidaba llamar la atención sobre sus partes traseras presentando graciosamente el culito.

Tales cosas son corrientes y molientes entre los niños. Y como no nos gusta reconocer como patrimonio común determinadas cosas, porque está feo, les inventamos nombres eruditos, pretendiendo así que se trata de inclinaciones enfermizas de las que nosotros estamos muy alejados. Así, por ejemplo, a esa tendencia que nos lleva a poner al descubierto nuestros secretos sexuales le hemos puesto el nombre de exhibicionismo. Contra ello no hay nada que decir. Pero, por lo visto, la medicina, la jurisprudencia, la teología y, lastimosamente también, la puta decente, se han asociado para decir que tiene que haber personas que sean exhibicionistas. Es decir, personas en las cuales la tendencia a exhibir las partes sexuales se ha potenciado hasta lo enfermizo. Permita usted que me oponga a ello. En realidad, en el caso de los exhibicionistas acontece lo mismo que con todos los «-istas», por ejemplo, con los sadistas, masoquistas,

fetichistas. En el fondo no se diferencian de nosotros los que nos llamamos sanos; la diferencia sólo consiste en el hecho de que nosotros únicamente dejamos salir a la superficie nuestras tendencias, nuestros «ismos», nuestro exhibicionismo, cuando la moda lo permite, mientras que el «ista» no es moderno.

Hace algunos años había por aquí un hombre que, a las seis de la mañana, iba de casa en casa, llamaba a la puerta y, cuando salía la criada, abría de repente su larga capa, que era lo único que llevaba puesto, y le presentaba a la asustada muchacha su miembro erecto, del cual llevaba colgado, para que se notase más, un pequeño farol. A esto se lo llamaba enfermizo, se lo llamaba exhibicionismo. Pero ¿por qué no se dice lo mismo de los vestidos de baile, que enseñan lo suficiente, o del baile mismo, que es una representación del coito o, al menos, de auténtico erotismo? Por supuesto que hay fanáticos fariseos de la castidad que aseveran que se baila solamente por razones de movimiento. Creo que se me permitirá responder a este intento exagerado y unilateral por salvar la moral con un ataque igualmente unilateral y exagerado a la misma y afirmar que todo movimiento —bien se trate de andar, bailar o hacer esgrima— no existe sino en función del erotismo. Hoy día se llevan por desgracia los pantalones anchos, pero todavía no hace mucho que no se podían llevar más estrechos, de modo que los atributos de la masculinidad se podían apreciar muy bien, incluso desde lejos. Y los lansquenets de la época de la Reforma llevaban remarcado el escroto, en dimensiones de consideración, y, además, encima cosían un trozo de madera, cuya punta envolvían con un trapo rojo. ¿Y hoy en día? El bastón y los cigarrillos hablan un lenguaje suficientemente claro. Observe usted qué es lo que hacen los que están empujando a fumar, observe usted la frecuencia con que realizan las chupadas. Observe usted cómo suben las damas al tren o a los carruajes y diga usted todavía que hay por qué hablar de lo enfermizo del exhibicionismo. Las mujeres hacen ganchillo, y esto es exhibición; los hombres montan a caballo, y esto es exhibición; la ama-da coge a su amado del brazo, y esto es exhibición; la novia lleva la corona de desposada y el velo, y esto es exhibición de la noche de bodas.

Usted se habrá dado cuenta de lo cercanos que

están, desde mi punto de vista, la tendencia a exhibirse y el imperativo a simbolizar, pues me siento con derecho a considerar como exhibición el hacer ganchillo, por cuanto considero que la aguja, el miembro, se introduce en la malla, el agujero. El cabalgar es también una exhibición, por cuanto la identificación de mujer y caballo es algo profundamente arraigado en el inconsciente. Y no hace falta que diga que la corona de desposada representa la vagina y el velo el himen. El sentido de este entramado de exhibicionismos supongo que será claro para usted. Lo que yo quiero decir con todo ello es que no se puede hacer ninguna diferencia de principio entre lo sano y lo enfermo, que está totalmente al arbitrio de cada médico y de cada enfermo el considerar un fenómeno como patológico o no. Es necesario que el médico se haya dado perfectamente cuenta de este hecho. En caso contrario perderá el tiempo en rodeos, pretendiendo curar, y esto es un error, pues el curar no es cosa del médico, sino del Ello. Al médico sólo le compete aplicar un tratamiento. Podemos hablar otro día sobre esto. Hoy es otra cosa la que me preocupa.

Se da también una especie de equivalente opuesto al exhibicionismo: el voyeurismo. Por voyeurismo se entiende la tendencia a procurarse la contemplación de cosas relativas a lo sexual. Y también a esta tendencia se la ha honrado con atribuciones patológicas inherentes al así llamado voyeurista. Esto, como ya he dicho, es cuestión de gustos. A mí no me caen nada bien las personas que pasan de largo ante el erotismo, como si para ellas no existiera; y tampoco creo en la autenticidad del movimiento de la presidenta del pensionado que coloca su paraguas, abierto, de modo que no pueda caer bajo su mirada la playa de bañistas. No hay duda alguna que estas dos tendencias, mostrarse y mirar, comprenden un campo muy amplio en la psicología del hombre y tienen su influjo sobre cosas humanas y demasiado humanas.

Imagínese usted que estas dos tendencias no se dan en la vida del hombre, ¿qué acontecería entonces? ¿Dónde quedaría el teatro y el levantarse del telón, la Iglesia y sus bodas, los jardines con sus flores y la casa con el adorno que le dan los cuadros y los muebles? Créame usted, a veces no sé si lo que debo hacer es reír o llorar. Y cuando estoy en este estado de ánimo mis ojos se vuelven más agudos y poco a poco me voy conformando

con la idea de que estas cosas son, para mí, interesantes, y para usted, materia de entretenimiento.

PATRIK TROLL

22

Gracias, querida amiga. Esta vez ha encontrado usted con rapidez un camino por donde penetrar en el problema. La historia de su pequeña Else, que viene en camisón a decir buenas noches a sus invitados de noche y que ante las palabras de la madre: «Deberías avergonzarte, Else; no se viene en camisón cuando hay visita», Else reacciona levantando el camisón para tener de verdad de qué avergonzarse, todo esto pega muy bien dentro de la seriedad y concentración de nuestra convivencia. Y Ernst, que ha hecho un agujero en la falda de su hermanita para poder ver siempre lo que ella tiene allí debajo, ilustra de manera acertadísima la costumbre de dejar en los escenarios un agujero por donde poder mirar. Quizá esto le hace comprender por qué yo relacioné el teatro con los fenómenos de la exhibición y del voyeurismo. El acto es verdaderamente un acto, un acto sexual.

Y aquí tiene usted a la vez mi respuesta a nuestra controversia acerca de la perversión múltiple del niño. Sigo en la afirmación de que esta multiperversión es una propiedad general que alcanza a todas las personas de todas las edades y no me dejo inducir a error al respecto ni siquiera por usted. Las dos perversiones del exhibicionismo y del voyeurismo se dan, sin lugar a duda, en todos los niños. Y no se me escapa en absoluto la importancia del hecho de que los niños hasta los tres años se ocupan con especial interés de estas perversiones. Volveré ocasionalmente sobre el asunto, pues de todas formas he de decirle a usted unas encarecidas palabras sobre que la naturaleza aprovecha los tres primeros años de la vida, de los que no guardamos ningún recuerdo, para hacer del niño un esclavo y un artista del amor. Pero lo que al niño le va bien no tiene por qué irle mal al mayor. No se puede poner en tela de juicio que al amante le gusta ver desnuda a la amada,

219

y que no se muestra a sí mismo desnudo a disgusto, es más, que hay que ver en ello un síntoma inequívoco de enfermedad si es que no hace todo esto con placer. En relación con todo esto no hace falta que le diga la importancia que tiene el orinal. ¿Pero no es divertido que los eruditos, los jueces, las damas, durante el día, durante la seriedad del día, se olviden de lo que han hecho por la noche? E incluso a uno mismo, que se cree libre de prejuicios, no le pasa otra cosa que a los demás. La frase: «Lo que tú criticas es lo que tú haces», es una verdad, una verdad hasta sus mínimos detalles. Nosotros todos, los humanos, nos comportamos de acuerdo al principio de aquel ladrón que, después de robar, es el primero en gritar a voz en cuello: «¡Detened al ladrón!»

Y otra cosa: La perversión no se limita al sentido de la vista. Sonará a demencial el que me ponga a hablar de un exhibicionismo auditivo y olfativo, de un voyeurismo del tacto y del gusto, pero, con todo, ello es una realidad, y una realidad esencial. No solamente el muchacho, cuando mea, trata de hacerlo de modo que se oiga, con el fin de significar su masculinidad, el hombre mayor hace lo mismo en el juego amoroso. La curiosidad casi morbosa con que se aguza el oído para escuchar las palabras amorosas y los cálidos suspiros de la joven pareja en la habitación vecina del hotel, el ruido del agua al lavarse, el cerrar de la portezuela de la mesita de noche y el chisporroteante ruido de la caída del chorro de orina, son todas cosas que usted conoce por propia experiencia. Las madres lo imitan con el «chis, chis» con que pretenden inducir a sus pequeños a la eyaculación de la orina, y nosotros, los médicos, nos valemos todos del ardid de dejar chorrear el grifo cuando vemos que el enfermo se avergüenza de utilizar el orinal en nuestra presencia. ¡Y qué papel más importante juega el tirar pedos en la vida del hombre! Usted no es la única, querida amiga, que se ríe al leer esta frase y acordarse de algún famoso bombardeo. Por cierto que ya cuento con que si usted le da a leer esta carta a su amiga Katinka, al ver esto volverá púdicamente la cabeza y rehusará seguir adelante, y con que el consejero señor Schwerleber *, a quien ya ha mucho se le ha ex-

* El humor de la frase exige que se le aclare al lector que *Schwerleber* significa «hígado pesado». [N. del T.]

traviado el humor por las inextricables y difícilmente lavables arrugas de su boca de charlatán, con gesto acusador, no podrá sino decir: ¡cerdo! Pero la ira, lo mismo que la risa, no hace sino demostrar que el sentimiento existe, que el exhibicionista del oído ha encontrado a un voyeurista de los sonidos.

El paso del pedo a los fenómenos relacionados con el sentido del olfato es inmediato y sin problemas. Dejo a su arbitrio la actualización de los olores agradables y desagradables que proceden de las personas o que éstas mismas se procuran y paso en seguida a hacer algunas observaciones al respecto. En primer lugar, algo que se deduce de la frase precedente, a saber, que el percibir olores o dar origen a ellos es algo que no siempre exhibe un carácter positivamente sexual, de atracción. Pues también aquí vale la ley de los opuestos. A veces, a través del olor, se dan a conocer sentimientos de odio, desprecio o aversión. Usted habrá de concederme que el mal olor que el Ello se encarga de poner en la boca, manos, pies y genitales pone en movimiento sentimientos más poderosos que el buen olor. Usted me permitirá que, para explicarle las extrañas monerías de que el Ello es capaz, le recuerde a nuestra común amiga Wehler. Como usted sabe, tiene un cabello hermosísimo, tal vez el más hermoso que yo conozco. Pero yo ya estoy viendo la cara que usted pone. Ese hermoso cabello hiede como la peste. O, mejor dicho, hedía, pues, en la actualidad, ni la pituitaria más delicada tiene nada que objetar al perfume de ese cabello. Anni acabó con este pacto fatal entre hermoso y desagradable de una manera fácil y rápida desde el momento en que tomó conciencia de que su Ello era especialmente sensual y, por eso, le había dado una cabellera tan hermosa, lo mismo que acontece con los más sensuales de todos los sensuales, con los tísicos, que tienen cabellos, ojos y dientes hermosísimos. Sobre este Ello ha colocado la Naturaleza a otro Ello, de quien procede el mal olor, pues es un Ello moralista y cobarde que pretende neutralizar la atracción con la repulsa.

Otra cosa en este contexto. Usted dice siempre que gentes que no se desean huelen mutuamente mal. Yo mismo pude presenciar cómo usted trataba de hacerle patente de una manera palpable y real a su hijo a quien, como es natural en un niño de diez años, no le gustaba



el agua, que debía lavarse y, para esto, le miraba cuello, manos y orejas. ¿Puedo permitirme preguntarle con qué frecuencia se lava usted el pelo? Y puedo asegurarle que sus cabellos tienen un perfume como de heno fresco. El Ello no tiene para nada en cuenta las ingenuas opiniones de los hombres. Hiede cuando quiere, y cuando le da la gana convierte la suciedad en buen olor. A veces me da la impresión que los hombres no se lavan porque detestan la suciedad, sino que, como Pilatos cuando condenó a Cristo, lo hacen para aparentar una limpieza que no poseen. La frase de aquel muchacho que dijo: «Yo no soy tan cerdo como para tener que lavarme todos los días», no es una frase tan tonta. Con la aversión a la suciedad acontece como con la aversión a la caca y al pis. Uno se limpia con todo cuidado, tal vez hasta se lava, después de haberse aligerado sea de lo sólido o de lo líquido, y no se da cuenta que eso que él llama suciedad y de la que tiene a gala privarse lo lleva durante todo el día consigo en el vientre. ¡Oh, tú, letrina ambulante que te llamas hombre, cuanto más te manifiestas con náusea y aversión ante las heces y la orina, tanto más claramente delatas tu lascivia en estos terrenos, y cuanto más te lavas, mejor sé que sientes que tu alma está llena de inmundicia! ¿Pero por qué te tragas tus escupitajos si los escupitajos son asquerosos?

No quiero atormentarla a usted más con paradojas, sino más bien llamarle la atención sobre una extraña forma de exhibicionismo, el exhibicionismo ante uno mismo. Inmediatamente le viene a usted a la cabeza el espejo y, con él, el narcisismo —pues Narciso inventó el espejo— y la masturbación —y el espejo es un símbolo masturbatorio—, y si usted tiene cerebro de prestidigitador, como yo, piense que ante el espejo también se pueden hacer muecas y así divertirse, y que, por consiguiente, la exhibición es en verdad ambigua, pudiendo ser atrayente o desagradable.

Pero andábamos por lo del olor y las letrinas, y si a usted le parece, nómbreme, por favor, a alguna de sus amigas que no mire sus heces... Por razones de salud, se entiende. Creo que, en esta operación, ninguna de ellas se tapa la nariz, y, posiblemente, hay algunas de entre ellas que, por la noche, en la cama, una vez que ha entrado ya en funciones la calefacción por aire, meten la cabeza debajo de las mantas para oler qué clase

de leña se ha quemado. Quizá la una o la otra se pone a oler el dedo, supuesto que el papel utilizado para limpiar el lugar de los profundos sentimientos no fuese muy grueso. Y, créame usted, hay personas educadas que se meten los dedos en las narices cuando están solas, pues ningún agujero descansa hasta que se mete algo en él, y los orificios de la nariz no constituyen ninguna excepción.

¡Lo que podría yo contarle acerca de todas estas exhibiciones inconscientes a través de los gestos, de la voz, de las costumbres! «Buscad y encontraréis», dice la Biblia. Pero también dice: «Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.»

Es difícil retrotraer a la conciencia las relaciones del sentido del gusto con el eros inconsciente. Lo más fácil, dentro de todo, es ponerse a observar lo que los niños hacen con el chupete, pues está íntimamente relacionado con el acto de mamar. Si, partiendo de esta experiencia, nos esforzamos un poco, nos encontraremos con que no es demasiado raro dar con costumbres de personas que se aman que pueden muy bien ser interpretadas en relación con el sentido del gusto. Así, por ejemplo, estamos en este caso cuando alguien chupa el dedo de otro, cosa que se puede ver a menudo. Pero el hecho de que las caricias de este estilo se realizan en la intimidad prueba cuán grande es el aprecio que sentimos por estos placeres del gustar. Por muy moral que uno sea, el chupar los pechos, los labios, el cuello o cualquier parte de la piel acompaña a la realización del amor, y la lengua es para todo el mundo no solamente el órgano que sabe intercambiar maravillosamente la palabra «amor mío», sino también órgano de placer. Sobre todo tengo la impresión de que esa tendencia a enseñar los pechos no es sino una incitación a gustarlos con la boca, si bien, como es natural, acompañada del estímulo a tocarlos y gozar de su vista, pues las funciones sensitivas tratan de asociarse. Y esto tiene como consecuencia el poder constatar una auténtica exhibición del Ello, a saber, la erección de los pezones, que tiene lugar de una manera completamente independiente de la voluntad de la más casta muchacha, y que, mientras goza de unas suavísimas cosquillas, se ríe de los eruditos y de usted, querida amiga, de usted que llama perversiones e inclinaciones antinaturales a lo que la misma natu-

raleza lleva a cabo. Le dejo para usted la tarea de concluir de la erección de los pezones femeninos a la erección masculina, aunque más tarde, por muy delicado que sea el tema, habré de volver sobre ello.

Pero aún he de señalar una cosa que pertenece al campo del erotismo gustativo, y son las comidas preferidas. La preferencia por lo dulce, lo agrio, lo amargo, lo graso, lo salado, por tal comida y tal bebida, así como el ofrecer comida, el obligar a comer, la manera de comer y de confeccionar un menú, todas estas cosas delatan inclinaciones de naturaleza muy singular. Réteñgalo usted muy bien en la memoria y no lo olvide: es lo mismo el que uno coma con mucho gusto un asado de cerdo o le haga daño.

¿Quiere que le diga todavía algo sobre el sentido del tacto? Usted misma puede atar cabos al respecto, reflexionar sobre ello y hacer pruebas: el ofrecer la mano o los labios, las rodillas que se tocan o el pisar el pie debajo de la mesa. Pero hay casos que no se entienden tan fácilmente. Naturalmente, la intencionalidad erótica de la mano que te acaricia se comprende y se interpreta inmediatamente. Pero ¿qué habrá que decir de las manos frías? Manos frías, corazón caliente, dice la voz popular, y la voz popular raramente se equivoca. «Mira, estoy fría —dice la mano—; caliéntame, necesito amor.» Y, detrás, el Ello espía ladina y socarronamente. «Este hombre me gusta —piensa—, pero quizá no le gusto yo a él. Veamos. No retrocede ante la frialdad de mi mano y la coge amorosamente con la suya; entonces todo irá bien. Permanece, por el contrario, inaccesible, frío como mi propia mano; entonces puede ser que me quiera, y sólo retrocede ante mi frialdad.» Y como el Ello es más refinado de lo que usted se cree, hace a veces que la mano, además de fría, también se ponga húmeda, lo cual es ya una auténtica prueba para el amor. Pues para coger con gusto una mano fría y húmeda hay que querer verdaderamente a su dueño. Esta mano exhibicionista pregona franca y abiertamente a los cuatro vientos: «¡Mira, incluso transida de frío, rezumo humores de vida, tan ardiente es mi pasión! ¡Con qué oleadas de amor no te cubriré yo si me das un poco de calor!»

Como usted ve, queridísima, andamos ya por las capas profundas del erotismo inconsciente, por la inter-

pretación de procesos fisiológicos, y con esto quisiera ocuparme todavía un momento.

Como ejemplo al alcance de la mano se me ocurren determinados fenómenos en la piel que me han dado mucho trabajo. Usted sabe que, como discípulo que soy de Schweninger, aun ahora vienen todavía a mi consulta enfermos de la piel, y entre ellos hay siempre algunos que padecen erupciones crónicas acompañadas de picores. Antes no prestaba atención cuando, haciendo referencia a una parte afectada de la piel, me decían que tenían la piel muy delicada. Ahora me consta que su eczema repite ininterrumpidamente esta su afirmación, sólo que el eczema habla de una manera más clara y describe en qué consiste la delicadeza de esa piel. Nos describe lo siguiente —a mí al menos me parece oírlo, y el éxito, por lo visto, me da la razón—: «Mira cómo mi piel anhela ser acariciada suavemente. Es tan maravilloso esto de ser acariciado, y a mí nadie me lo hace. ¡Comprendedme, ayudadme! Cómo puedo expresar mejor mis deseos que con los arañazos que yo mismo me hago con mis propias uñas.» Esto es una auténtica exhibición en el terreno del sentido del tacto.

Así, pues, ya nos hemos entretenido con estas cosas por un espacio suficientemente largo, y, mientras tanto, nuestro pequeño, a quien dejamos sentado serio y pensativo sobre su pequeño trono, habrá terminado ya su tarea. Y yo quería hablarle a usted sobre las ideas que dominan la cabeza del niño en ese espacio de tiempo, pero no lo hice porque en realidad no es nada seguro, que, precisamente en esa postura, se ocupe con pensamientos que atañen al momento de concebir. Más tarde volveré sobre ello. Ahora, antes de que me despida de usted, tengo que decirle aún una cosa: el orinal —o el retrete, pues a fin de cuentas es lo mismo— es un mueble de una gran importancia, y hay muchas personas que se pasan con él tres cuartas partes de su vida. No en sentido literal, naturalmente, pero por la mañana se levantan con la idea: ¿haré hoy de vientre? Y pocas horas después de haber dado buen fin a tan difícil tarea empiezan de nuevo a pensar —y también a hablar, sobre todo durante la comida del mediodía—: ¿haré de vientre mañana? Es un mundo realmente divertido.

Reflexione usted un momento: al niño pequeño le gusta ir con el padre y con la madre y observar su

secreta actividad. Cuando se hace mayor se busca compañeros para ir estudiando y descifrando más y más el enigma. Luego viene la pubertad, y de nuevo el retrete es testigo de las vivencias más profundas de estos años e incluso de toda su vida: la masturbación. Después del desarrollo comienza el entontecimiento del hombre, y éste empieza a contentarse con leer el periódico o instruirse en lugar de seguir tras las maravillas de la vida, hasta que, finalmente, aparece la senectud, y no es raro que todo acabe con algún ataque sufrido en el retrete. Desde la cuna hasta la tumba.

Con los más cordiales saludos.

Siempre suyo,

TROLL

23

No me cuesta conceder, amiga queridísima, que no es razonable hablar tanto tiempo de la exhibición, y también admito que he ampliado inconvenientemente el campo semántico de esta palabra. La explicación reside en el hecho de que, en la actualidad, me ocupo con un par de enfermos que gozan de estas inclinaciones con verdadero virtuosismo. Yo había abrigado la esperanza de que usted, en aras del contenido, pasaría por alto la forma.

Así, pues, lo que hoy quiero es presentar simplemente algunas observaciones mutuamente relacionadas, en lugar de tratar de forzar dentro de un sistema lo que es por naturaleza asistemático. Las consecuencias puede sacarlas usted misma.

Preste usted atención durante un par de días a la boca de Helene Karsten. Puede aprender ahí mucho.

Como usted sabe, esa boca es conocida como especialmente pequeña. Parece como si hasta una moneda de un marco tuviese dificultad para entrar por ella. Pero pronuncie usted la palabra caballo delante de ella y su boca se dilatará como la boca de un caballo y sus mandíbulas harán una mueca como la de un caballo cuando relincha. ¿Por qué? Detrás de la casa paterna de Helene había un campo de ejercicios de un regimiento

de dragones. Y con los caballos de los dragones hizo ella su estudio acerca del hombre y la mujer, y sobre un caballo de éstos la subió un día, siendo aún una muchacha, un oficial, y sintió las primeras sensaciones de placer venéreo. Imagínese usted a una muchacha de cinco años que está junto a un caballo capón y luego ve la barriga del animal con una cosa que le cuelga y que, de repente, adquiere una longitud doble de la que tenía y arroja un poderoso chorro de orina de su vientre. En realidad, una escena sobrecogedora para un niño.

El pueblo cuenta que según tengan de grande las mujeres la boca, así de grande ha de ser también la entrada de la vagina. Tal vez el pueblo tiene razón, pues no se puede negar un paralelismo entre la boca y el orificio vaginal. La configuración de la boca responde a la excitación sexual, y si no lo hace, el juego de sus músculos delata la represión. Y el hecho de bostezar no habla solamente de que uno está cansado, sino también de que el que bosteza es en ese momento una mujer concupiscente, lo mismo que el que duerme con la boca abierta.

Observe usted a las personas. Leerá en su rostro, en la forma de su cabeza, en sus manos, en la manera de su andar, veinte mil historias. Ahí hay uno con ojos saltones; esté usted segura, desde lejos quiere ya mostrarle su curiosidad y, a la vez, el susto por haber descubierta cosas de verdadero pasmo. Aquellos ojos hundidos se replegaron sobre sí mismos cuando el odio a los hombres se hizo mayor; no quieren ver, y menos ser vistos. Las lágrimas que se lloran no están únicamente consagradas al luto y al dolor; imitan a la perla que descansa allá en lo profundo de la concha, en la madreperla de la mujer, y toda lágrima está preñada de simbólico placer. Siempre, sin excepción. Lo saben todos los poetas; desde milenios, lo saben y lo cuentan sin ser conscientes de ello. Sólo aquellos que deberían saberlo no lo saben. Eros tiene el ojo a su servicio, ha de ofrecer imágenes que le gustan. Y cuando éstas son demasiadas, las borra; deja que el ojo mane y se arrase de agua, pues la tensión interior fue demasiado grande como para resolverla por el camino de las secreciones genitales, bien debido a que el procedimiento de la infancia, consistente en eliminar la excitación por la orina,

está bloqueado, o a que, puesto de malhumor por la moralidad, quiere castigar simbólicamente al hombre por el hecho de avergonzarse de su erotismo. Eros es un dios fuerte y celoso, que sabe castigar con sarcasmo y crueldad. «Tú llamas sucio —dice el dios con ceño fruncido y severo— al mayor acto de que es capaz el hombre, a la unión entre hombre y mujer y a la creación de un nuevo ser, cosas que yo asocié a un humedecimiento muy particular que tiene lugar entre las piernas. Así, pues, tendrás lo que quieres. Tendrás membranas mucosas en el intestino y en otras partes; tu eyaculación será diarrea, esputo, constipado, sudor de pies o de las axilas y, sobre todo, orina.»

Comprendo que a usted le resulte todo esto muy extraño. Pero ¿quién me prohíbe utilizar mi fantasía de la manera que yo quiera? ¿Quién me prohíbe llamar hoy Eros a lo que ayer llamaba Ello? ¿Concebir a este Ello como a un dios vengador, aun cuando no hace mucho lo pintaba compasivo, tierno y delicado; concederle un poder que aquí empuja y allá retiene y siempre de nuevo parece entrar en contradicción consigo mismo? Con ello no hago otra cosa que lo que vienen haciendo los hombres desde siempre. Además, me parece ser muy útil para nuestro ordenado pensar de superficie el revolver de vez en cuando alguna vez las cosas. Hay que revolucionarlo todo, lo cual es un objetivo imbécil, pero una observación correcta.

¿Puedo seguir utilizando mi fantasía? Hablaba hace un momento de la asimilación de la boca al orificio sexual. Así, también la nariz puede ser para un Ello caprichoso, cuya perfección de poder es ilimitada, el miembro masculino, y, consecuentemente, hacer que crezca grande o pequeña, chata o afilada, procurando también a veces que salga torcida, según que quiera dar a conocer esta o aquella inclinación. Y ahora saque usted sus consecuencias de la aparición de hemorragias nasales, muy frecuentes a determinada edad; de los pelos que salen en los orificios de la nariz, de los pólipos y del olor a escrófula. Las orejas, por su parte, nos recuerdan una concha, y las conchas, ya lo dije, son un símbolo de la feminidad. La oreja es un órgano receptor, y su configuración no deja de ser interesante para observadores capaces de soñar.

Pero usted no se vaya a figurar que lo que yo pre-

tendo es hacer declaraciones. La vida es demasiado compleja como para conocerla, demasiado escurridiza como para captarla. Tal vez lo único que pretendo es burlarme de la lógica. Tal vez hay algo más detrás de todo eso.

¿Ha observado usted lo difícil que resulta muchas veces el convencer a los niños para que se dejen mirar la boca? El niño piensa aún ingenuamente: considera a la boca como la puerta del alma y cree que el médico —un mago a ojos de locos pequeños y mayores— podrá descubrirle allí todos los secretos. Y, en efecto, en la garganta hay algo que ningún niño descubre con gusto, lo que él sabe del hombre y la mujer. Allá en el fondo hay dos arcos —¿o son las amígdalas?— que limitan una abertura que conduce a lo profundo, y en el medio tiembla, se acorta y se alarga una formación que es colorada, una especie de rabito. «El hombre de las gafas, el médico, sabe, al ver esto, que yo escuchaba con el oído aguzado mientras mis padres me creían dormido, y, con abertura y tapón, jugaban juegos que no me es permitido saber. Y, quién sabe, acaso también está allí escrito lo que yo mismo hacía sin que nadie se enterase de ello.» Las amigdalitis de los niños son muy instructivas; usted apenas puede imaginarse lo que uno es capaz de sacar de ahí.

¡Y no olvidemos el sarampión y la escarlatina! «Estoy ardiendo —dice la fiebre—, y me avergüenzo tanto... Mira, estoy rojo por todo el cuerpo.» Usted no necesita creerlo, naturalmente, pero, ¿de dónde viene que, de tres niños, dos de ellos cogen el sarampión y uno sigue sano? A veces una explicación fantástica es mejor que no tener ninguna. Y, por otra parte, no me parece tan tonta. Basta con que usted piense que la época de las pasiones no es propiamente la juventud, sino la infancia. El rubor, sin embargo, en la equivocidad que le ha prestado el Ello, cubre la cara con un velo para que no se vea lo que pasa detrás, para que se vea cómo crece el fuego de la sensualidad, para que se sepa que el Ello, educado de una manera moralista, hace subir a la sangre que está en ebullición en el vientre, en las partes sexuales, en el infierno y con el diablo, a la cabeza, para así llenar aún más de tinieblas el cerebro.

Ahora podría todavía hablar largo y tendido sobre pulmonías y cáncer, sobre cálculos en la bilis y hemorragias en el riñón, pero de esto podemos ocuparnos

después. Hoy todavía una sola palabra sobre la tendencia exhibicionista y su poder. Hace un siglo no existían aún los ginecólogos, y hoy se puede encontrar en cada ciudad de mala muerte y en cada esquina de las grandes ciudades a un especialista. Esto se debe a que la mujer jamás ha tenido ocasión de mostrarse fuera del matrimonio, a que la enfermedad todo lo disculpa, y a que la enfermedad venga todos los deseos punibles, sean inconscientes, semiconscientes o conscientes, y así protege de la condenación eterna.

Hay una forma de exhibicionismo que tiene importancia histórica en el origen de nuestra correspondencia, y ésta es la histeria, sobre todo el ataque de histeria. Ya cité una vez el nombre de Freud y quisiera repetir lo que en aquel entonces dije: Todo lo que, en esta mezcla de cartas, es correcto, ha de atribuírsele a él. Ahora bien, Freud hizo hace algunos decenios las primeras observaciones fundamentales sobre el Ello en una histórica. No sé cómo piensa en la actualidad sobre este fenómeno; no me apoyo, por consiguiente, en él al afirmar que el Ello del histérico es mucho más astuto que el de todas las demás personas. De vez en cuando a este Ello le entran ganas de presentar los secretos del Eros ante todo el mundo y de manera abierta. Y para escapar sin estorbos en estas representaciones —frente a las cuales los bailes desnudos se quedan pequeños— a las autoacusaciones y al escándalo del mundo circundante, inventa el Ello la pérdida del estado consciente y viste simbólicamente los procesos eróticos con el vestido del espasmo, con movimientos que llegan a producir terror, contorsionando tronco, cabeza y extremidades. Acontece más o menos como en los sueños, sólo que, en este caso, el Ello se encarga de invitar a un público venerable a presenciar sus espasmos, del cual se ríe bravamente.

Ahora me acerco otra vez a lo que dije acerca de las teorías sobre la cópula y la concepción tal como las tienen los niños, tal como las tuvo usted y tal como yo las tuve. Pero antes tengo que hacerle aún una pregunta. ¿Cuándo cree usted más o menos que ha empezado a distinguir la diferenciación de los sexos? Pero, por favor, no responda usted: «Con ocho años; entonces nació mi hermano.» Pues estoy convencido de que usted, a los cinco años, era muy capaz de distinguir una muchacha

desnuda de un muchacho desnudo, y con tres años también, y quizá incluso antes. Y finalmente va a resultar que usted sabe tanto como yo de ello, es más, que nadie sabe nada de ello. Conozco un niño pequeño de dos años y medio llamado Stacho. Estaba una vez mirando cómo la madre lavaba a su hermanita, recién nacida, y entonces, apuntando entre las piernas de la niña, dijo las palabras: «Stacho tiene», y le dio la espalda a su hermana. Así, pues, no sabemos nada acerca del momento en que el niño llega a tener conocimiento de la diferenciación de los sexos, pero hasta las madres saben que ya antes de los cuatro años los niños tienen un interés muy vivo por constatar esas diferencias, buscarle las causas y preguntar por esas cosas. Todo esto es, para mí, una prueba irrefutable de que su interés por estos asuntos es muy vivo. Ya le conté a usted anteriormente que el niño, bajo la presión asociativa del complejo de castración, supone que todas las personas están dotadas de una especie de rabo, que todas son de sexo masculino, y que a las que llamamos mujer y muchacha no son sino hombres castrados, personas capadas con el fin de tener hijos y como castigo por la masturbación. Esta idea, que no es tan tonta como parece, pero que, en sus consecuencias, es de una importancia incalculable; pues en ella se basa el complejo de superioridad del hombre y el de inferioridad de la mujer; pues, por eso, la mujer yace debajo, mientras que el hombre yace arriba; por eso la mujer tiende hacia arriba, hacia el cielo, hacia la religión, mientras que el hombre tiende hacia adelante, hacia la filosofía, hacia lo profundo. Esta idea, además, concuerda en buena parte, dentro de la manera tan confusa y, sin embargo, tan lógica de pensar las cosas que tiene el niño, con serias investigaciones realizadas en el aparato sexual masculino. Con un sentido innato de la economía se piensa —usted y todo el mundo lo ha hecho— cómo podrían aprovecharse esas partes cortadas. El aprovechamiento del rabito mismo permanece en principio enigmático. Por el contrario, en el saquito hay dos cosas que tienen una decidida semejanza con los huevos. Pero los huevos se comen. Así, pues, los huevos que se le cortan a los hombres condenados a ser mujeres se utilizan para comer. Ante un final tal, titubean hasta los niños, que, por lo general, no son dados a mostrar com-

pasión alguna ante el dolor ajeno. Encuentran sin sentido el hecho de que, sólo para comerlos, se le corte a los hombres los genitales, siendo así que, por otra parte, las gallinas ponen suficientes huevos. Por eso se busca otra razón para hacer comprensible el cortar y comer en este terreno. Y aquí viene en ayuda del niño una experiencia que él hace muy pronto: de los huevos nacen polluelos, hijitos de la gallina, y estos huevos le salen a la gallina por atrás, del culito, y del culo de las mujeres, de esto ya no hay duda, salen los niños. Ahora la cosa se aclara. Los huevos cortados son comidos no porque tengan buen gusto, sino porque de ellos salen los niños. Y lentamente se va cerrando el círculo de sus pensamientos, y de entre la nebulosa oscuridad del pensar surge amenazadoramente un hombre: el padre. El padre le corta a la madre sus genitales y se los da para que los coma. Y así se forman los niños. De aquí las luchas que, por la noche, hacen jadear a padre y madre y chirriar la cama, de aquí sus suspiros y la sangre en el orinal. El padre es terrible, un cruel, un castigador. ¿Pero qué castiga? El frotarse y jugar. ¿Pero jugará también la madre? El pensamiento no se puede pensar hasta el final. Pero tampoco hace falta. Pues en su lugar entra ahora la experiencia. La madre acaricia cada día los pequeños huevitos del niño, juega con su rabito. «La madre conoce estas cosas. El padre lo sabe y la castiga. Y a mí también me va a castigar, pues yo también juego. ¡Pues que me castigue, yo quiero tener hijos! Voy a jugar, entonces él me castigará y yo tendré hijos. Gracias a Dios, ya tengo un pretexto para jugar. Pero ¿con qué voy a jugar si el padre me corta el pito? Lo mejor es que lo haga ocultamente. Sin duda que es lo mejor.»

Así se relevan el deseo y el miedo, y el niño poco a poco se convierte en hombre, oscilando entre inclinaciones y moral, entre concupiscencia y miedo.

Adiós, querida.

Suyo,

PATRIK TROLL



Es un gesto hermoso, querida amiga, el que usted no me tome a lo trágico lo que yo escribo, sino que más bien se ría sobre ello. Se han reído tantas veces de mí, y yo mismo he colaborado en esas risas con tanto placer, que yo mismo muchas veces no sé lo que digo —creo yo— o me burlo.

Pero no te sientes en el banco de los que se mofan, está escrito. Yo no me hago la ilusión de que este potpurri de fantasías, que últimamente le presenté a usted bajo el nombre de «teoría sexual infantil», haya pasado jamás por la cabeza de cualquier niño o de cualquiera otra persona. Así, sólo ha estado en mi cerebro. Trozos encontrará usted en muchas partes, aun cuando muchas veces velados, apenas reconocibles, a menudo organizados en otras series fantásticas. Lo que a mí me interesaba era hacerle ver a usted con toda claridad, grabar en lo más íntimo de su alma el hecho de que los niños se ocupan de una manera ininterrumpida con los enigmas de la sexualidad, del Eros, del Ello, y esto de una manera más intensa que cualquier psicólogo o psicoanalista; que estos intentos a resolver los enigmas contribuyen esencialmente a su desarrollo. Con otras palabras, que nuestra infancia puede muy bien considerarse como la escuela en que Eros nos adoctrina. Y ahora imagínese usted las fantasías más aventuradas acerca de cómo el niño se figura concepción, nacimiento y diferenciación sexual. No llegará a imaginarse ni siquiera una millo-nésima parte de todo lo que al respecto pasa por la fantasía infantil, por la fantasía de cada uno de los niños. Es más, usted, en el fondo, podrá llegar a imaginar solamente aquello que usted misma pensó de pequeña. Pues aquí está lo singular y maravilloso del Ello —y le ruego a usted que no lo deje escapar de su memoria—, a saber, que no distingue, como nuestro superdotado Yo, entre realidad y fantasía, sino que para él todo es real. Y si usted no está ya del todo idiotizada se dará cuenta de que el Ello tiene razón.

Sí, puedo contarle, no mucho, pero algo, sobre el

destino de ese rabito que usted se imagina ingerido por la madre. De este rabito, supone el niño, se hace el chorizo. Y no todos los huevos que se comen producen embarazo; la mayoría se convierten en el vientre, como las demás comidas, en una masa marrón semejante al cacao, y esta masa toma la forma alargada del rabito, pues en ella se encuentra el rabito de forma achorizada que se ha comido. ¿No es extraño que en el cerebro de un niño de tres años se pueda encontrar ya la filosofía de la forma y la teoría de los fermentos? Usted apenas puede sobrevalorar la importancia de esto; pues las adecuaciones defecación-nacimiento-castración-concepción y chorizo-pene-potencia-dinero se repiten cada día y cada hora en el mundo de las ideas de nuestro inconsciente y nos hacen ricos o pobres, enamorados o somnolientos, creadores o perezosos, potentes o impotentes, felices o desgraciados; nos dan una piel, a través de la cual sudamos; construye matrimonios y los destruye, levanta fábricas e inventa lo que acontece, participa en todo, también en las enfermedades. O más bien en las enfermedades deja conocer de la manera más clara estas adecuaciones; basta con no dejarse intimidar por las burlas de los inteligentes.

Por lo divertido del asunto le comunico todavía otra de las ideas gestadas por el cerebro infantil y que, por lo que parece, no es nada extraño que se mantenga con vida en la cabeza de personas mayores. Se trata del pensamiento de que el rabo ingerido se convierte una o dos veces en un bastón, como acontece en la erección, y que los huevitos se colocan junto a él. Conozco a una persona que era impotente, es decir, fracasaba en el momento en que había de introducir su miembro en la vagina. Este hombre tenía la idea de que en el cuerpo de la mujer había unos bastoncitos junto a los cuales se encontraban alineados huevos. «Y como yo tengo un rabo sobremanera grande —pensaba él, en su vanidad—, con el impacto de la entrada los voy a romper todos.» Ahora ya está sano. Lo llamativo en todo ello es que este señor, cuando era un muchacho, tenía una gran colección de huevos. Y al sorber los huevos que quitaba de los nidos de los pájaros resultaba que, de vez en cuando, ya había crías dentro. Y de aquí sacó su teoría de los bastoncitos con huevos. Para los gran-

des lógicos es esto una tontería, pero no tenga usted por demasiado bajo el reflexionar sobre ello.

Y ahora vuelvo sobre mis ocurrencias en la situación en la que no hace mucho me encontraba al ponerme a escribirle a usted una carta, o sea, cuando hablaba de la cadena del reloj. Me queda aún por explicarle el picor en la espinilla de la pierna derecha y la ampolla en el labio superior. De una manera extraña se cambió en seguida la palabra espinilla por la de espinillera y apareció delante de mí la figura de Aquiles tal como lo conservaba en la memoria desde mi infancia, desde los ocho o nueve años. Es una ilustración al libro de los héroes griegos de Schwab. Y se me ocurre la palabra «inaccesible». ¿Dónde voy a comenzar? ¿Dónde terminar? Mi infancia despierta, y algo llora dentro de mí.

¿Conoce usted la poesía de Schiller que habla de la despedida de Héctor y Andrómaca? Mi segundo hermano Hans —ya le hablé últimamente de él con ocasión del nombre Hans am Ende—, bueno, en efecto, mi hermano Hans tenía una herida en la espinilla derecha. Había ido a parar con el trineo contra un árbol. Yo debía tener de cinco a seis años. Por la noche —ya habíamos encendido la lámpara— trajeron al adolescente a casa y entonces vi la herida, una herida profunda que sangraba y medía unos siete centímetros. Me hizo una impresión horrorosa, y ahora sé por qué. La imagen de esta herida se mezcla indefectiblemente con otra en que negras sanguijuelas cuelgan de sus bordes y una o dos de ellas han caído. La creación de Eva, la castración, sanguijuela, rabo cortado, herida y ser mujer. Y el padre aplicó la sanguijuela a la herida.

Andar en trineo. ¿Por qué andan los hombres en trineo? ¿Sabían ya que la velocidad produce satisfacción genital, placer? Desde que se inventaron los planeadores todos los aviadores lo saben. En estos casos tienen lugar —de vez en cuando— erecciones y eyaculaciones. La vida misma da razón de por qué la humanidad soñó durante miles y millones de años con poder volar, de por qué apareció el mito de Icaro, por qué ángeles y amorcillos tienen alas, por qué todos los padres tiran a los niños al alto y por qué el niño rebosa de placer cuando va por los aires. El esquiar, el ir en trineo eran para el niño Patrik símbolos masturbatorios, y la herida con las sanguijuelas, el castigo.



Pero volvamos a la despedida de Héctor y a «las manos inaccesibles». Mi segundo hermano, Hans, y el tercero, Wolf —un nombre cargado de malos presagios, como usted en seguida verá*—, tenían por costumbre representar dramáticamente el poema, haciendo de público la familia y ocasionales huéspedes que hubiese en casa. Y en la representación se utilizaba una capa de mi madre con el interior de color rojo y un ribete de piel blanca como vestido de Andrómaca. La púrpura con el armiño, esto es la gran herida de la mujer y su piel, su sangre y su venda. ¡Qué impresión ejercía todo esto sobre mí! Luego al principio las palabras: «Terrible sacrificio le ofrece a Patroclo.» «Patroclo-Patrik», y el sacrificio el cortar, el sacrificio de Abraham y la circuncisión, y el llorar por el desierto que se origina después de la venganza de Aquiles, después de la castración. El pequeño, el pene, que no lanzará ya más «jabalinas» porque el tenebroso orco se traga al valeroso Héctor. Héctor es el muchacho, y el orco, el seno materno y la tumba, y de lo que se trata es del incesto, el eterno deseo del hombre y del pequeño Patrik. Edipo. Una oleada de frío me sacudió las espaldas cuando oí las palabras: «Escucha ya los gritos desahogados y salvajes de Aquiles junto a las murallas.» Me era conocida esta cólera, la cólera terrible del padre Aquiles. Y las aguas del Leteo se mezclan con el arroyuelo de la pradera de Paulinchen en el Struwelpeter, la canción masturbatoria de la muchacha, y con las corrientes de orina que mojan la cama durante el olvidadizo sueño.

En efecto, querida, yo entonces no lo sabía, no lo sabía con el entendimiento, pero mi Ello sí que lo sabía; sabía todo esto mejor y más profundamente de lo que yo ahora lo sé, a pesar de todos mis esfuerzos por conocer mi alma propia y las de los demás.

Permítame más bien hablar de aquel libro, de las leyendas griegas de Schwab. Mis padres por aquel entonces ya se habían empobrecido, y, por eso, los tres tomos ya no eran nuevos, sino que estaban reencuadrados. Habían sido de mi hermano mayor, lo que aumentaba enormemente a mis ojos su valor. Y sobre mi hermano mayor se me ocurren ahora muchas cosas, pero primero tengo que acabar con lo del libro de Schwab.

* Wolf significa «lobo». [N. del T.]

Uno de los tomos —el que habla de la guerra de Troya— tenía las esquinas dobladas. Es que yo le había pegado con él a mi hermano Wolf, que era cinco años mayor que yo, y, mientras me molestaba y me picaba hasta tal punto que me ponía frenético, me tenía dominado con una mano. Cómo lo debí odiar y, por otra parte, cómo lo debí también haber amado, haber admirado; a él, el fuerte, el salvaje, Wolf, el lobo.

Tengo que confesarle algo: cuando me siento realmente mal, tengo dolor de cabeza o de garganta, aparece en seguida en el análisis la palabra Wolf. Mi hermano Wolf está inseparablemente unido a mi vida interior, a mi Ello. Parece que no hay nada más importante para mí que este complejo de Wolf. Y sin embargo, pasan años sin que piense ni siquiera en él y, además, hace ya muchos años que ha muerto. Pero él penetra en todos mis temores, está presente en todo lo que hago. Cada vez que aparece el complejo de castración se halla Wolf también presente, y algo oscuro, terrible, me amenaza. Solamente me acuerdo de una experiencia sexual que yo la relaciono con él. Todavía tengo la escena como delante de mis ojos. Era en la calle, y un compañero de curso de Wolf tenía una carta de la baraja que colocaba contra la luz. Y parece que, contra la luz, se veía algo raro que de otra forma resultaba imperceptible, algo prohibido, pues todavía recuerdo que estaban los dos un poco amedrentados y con cara de mala conciencia. Lo que era no lo sé. Pero a esta experiencia va inseparablemente unida otra, a saber, cómo mi hermano Wolf derivaba el nombre de su amigo Wolfram del del gigante Wolfgrambär, lo que me hizo una impresión espantosa. Y ahora me consta que el gigante no es sino la personificación del falo.

De repente me viene a la memoria una ilustración de Kaulbach en el «Reineke Fuchs» *. Representa al lobo Isegrim **, que, después de haber asaltado la casa de los labradores, al ser descubierto, mete la cabeza dentro de la camisa del campesino, a quien previamente había derribado. Hace por lo menos cuarenta años que no veo

* Reineke Fuchs es la zorra personaje de los cuentos alemanes. Aquí da el nombre al cuento. [N. del T.]

** No se olvide el lector que «lobo» se dice *Wolf* en alemán, para comprender bien esta carta. [N. del T.]

el dibujo, pero la imagen todavía está bastante clara delante de mis ojos. Y ahora me consta que el lobo le arranca de un mordisco las partes genitales al campesino. Es uno de los pocos cuadros que me han quedado en la memoria. Pero Isegrim —Grimm era el apellido del muchacho que me enseñó los secretos de la masturbación—, suficientemente explícito, me quería prevenir y me enseñó lo que estaba profundamente reprimido.

¿Cómo pudo el epos de Reineke Fuchs escoger precisamente al lobo como animal castrador, y qué fue lo que movió a Maubach a dar expresión a este episodio con un dibujo? ¿Qué significan el cuento de Caperucita y el de los siete cabritillos? ¿Lo conoce usted? La anciana cabra, antes de salir de casa, avisa a sus siete hijitos que tengan la puerta bien cerrada y no dejen entrar al lobo. Pero el lobo consigue con todo entrar y se come a todos los cabritillos con la sola excepción del más pequeño, que se esconde en la caja del reloj. Allí lo encuentra su madre a la vuelta. El cabritillo le cuenta las maldades del lobo y ambos se ponen a la búsqueda del criminal, hasta que lo encuentran, satisfecho, con la barriga llena y profundamente dormido. Entonces le abren el vientre, pues parecía que algo se movía dentro de él, y sacan a los seis cabritillos. Luego la madre le llena la barriga de piedras y lo cose otra vez. El lobo se despierta sediento, y al acercarse a beber al pozo cae arrastrado por el peso de las piedras y se ahoga en lo profundo.

No soy tan presuntuoso como para dar una interpretación del cuento de tal modo que salgan a la luz todos los misterios que el alma popular ha colocado en él. Algo, sin embargo, voy a decir, sin pecar, por ello, de atrevido. En primer lugar es claro y fácil de comprender que la acción de abrir el vientre, de donde sale vida joven, simboliza al nacimiento, pues con esta idea enlaza la imaginación del niño, que cree que en el parto se le abre primero el vientre a la madre para volvérselo a coser después. Con esto está también explicado el fenómeno de comer a los cabritillos sin que éstos mueran: se trata de la concepción. Y de la advertencia de la madre de tener la puerta bien cerrada se puede sacar la idea de que la virginidad sólo se pierde una vez, y que no se debe dejar entrar a nadie a la doncella «como el dedo al anillo». Lo enigmático es lo que se pretende

decir con el hecho de que el séptimo cabritillo se salva-se, de que se escondiese en la caja del reloj. Usted sabe el papel que juega el número siete en la vida del hombre. Se lo encuentra por todas partes, unas veces como número bueno, otras veces como número malo. Es llamativo que el número siete, como número malo, se aplique únicamente con relación a la mujer *. Es de esperar que, al hombre, el número siete le sea favorable. Y así es, en efecto, pues mientras que la mujer, con cabeza, tronco y cuatro extremidades, viene caracterizada por el número seis, el hombre tiene una «extremidad» más, en señal de dominio. El séptimo cabritillo es, pues, el rabito, que no es devorado por el lobo, que se esconde en la caja del reloj y, sano y salvo, sale luego de ella. Y dejo a su arbitrio el que usted suponga que la caja del reloj es el prepucio o más bien la vagina de donde sale el séptimo después de la eyaculación del semen. El hecho de que, al final, el lobo cae en el pozo no consigo explicármelo del todo. A lo sumo podría decir que, como acontece a menudo, se trata de un doblete del motivo fundamental en el cuento, que es el nacimiento, lo mismo que el esconderse en la caja del reloj también podría interpretarse como embarazo y nacimiento. Sabemos por los sueños que el-caer-en-el-agua es un símbolo del nacimiento.

Así hemos logrado de una manera pasable convertir el hermoso estilo narrativo del cuento en vulgar experiencia cotidiana. Ahora sólo queda el lobo. Y, como usted sabe, con él empezaron mis complejos personales. Pero, sin embargo, quisiera sacar algo de él. Para ello he de volver sobre el número siete. El séptimo es el muchacho, el niño varón. Todos los seis juntos son el siete malo, es decir, la niña, a la cual le fue devorado el séptimo, por haber sido malo, por haberse masturbado. Así pues, según esto, el lobo sería el poder que convierte en seis a los siete, que convierte al niño en niña, lo castra, le devora el rabito. Habría que identificarlo con el padre. Siendo esto así ya adquiere el acto de abrir la puerta un aspecto diferente. Sería la masturbación precoz del siete, del niño, que, por rozamiento, acaba haciendo una llaga de su siete, poniéndolo malo,

* Con el siete malo (*die böse Sieben*) se designa en alemán a la mujer mala, a la arpía. [N. del T.]

el dibujo, pero la imagen todavía está bastante clara delante de mis ojos. Y ahora me consta que el lobo le arranca de un mordisco las partes genitales al campesino. Es uno de los pocos cuadros que me han quedado en la memoria. Pero Isegrim —Grimm era el apellido del muchacho que me enseñó los secretos de la masturbación—, suficientemente explícito, me quería prevenir y me enseñó lo que estaba profundamente reprimido.

¿Cómo pudo el epos de Reineke Fuchs escoger precisamente al lobo como animal castrador, y qué fue lo que movió a Maulbach a dar expresión a este episodio con un dibujo? ¿Qué significan el cuento de Caperucita y el de los siete cabritillos? ¿Lo conoce usted? La anciana cabra, antes de salir de casa, avisa a sus siete hijos que tengan la puerta bien cerrada y no dejen entrar al lobo. Pero el lobo consigue con todo entrar y se come a todos los cabritillos con la sola excepción del más pequeño, que se esconde en la caja del reloj. Allí lo encuentra su madre a la vuelta. El cabritillo le cuenta las maldades del lobo y ambos se ponen a la búsqueda del criminal, hasta que lo encuentran, satisfecho, con la barriga llena y profundamente dormido. Entonces le abren el vientre, pues parecía que algo se movía dentro de él, y sacan a los seis cabritillos. Luego la madre le llena la barriga de piedras y lo cose otra vez. El lobo se despierta sediento, y al acercarse a beber al pozo cae arrastrado por el peso de las piedras y se ahoga en lo profundo.

No soy tan presuntuoso como para dar una interpretación del cuento de tal modo que salgan a la luz todos los misterios que el alma popular ha colocado en él. Algo, sin embargo, voy a decir, sin pecar, por ello, de atrevido. En primer lugar es claro y fácil de comprender que la acción de abrir el vientre, de donde sale vida joven, simboliza al nacimiento, pues con esta idea enlaza la imaginación del niño, que cree que en el parto se le abre primero el vientre a la madre para volvérselo a coser después. Con esto está también explicado el fenómeno de comer a los cabritillos sin que éstos mueran: se trata de la concepción. Y de la advertencia de la madre de tener la puerta bien cerrada se puede sacar la idea de que la virginidad sólo se pierde una vez, y que no se debe dejar entrar a nadie a la doncella «como el dedo al anillo». Lo enigmático es lo que se pretende

decir con el hecho de que el séptimo cabritillo se salva, de que se escondiese en la caja del reloj. Usted sabe el papel que juega el número siete en la vida del hombre. Se lo encuentra por todas partes, unas veces como número bueno, otras veces como número malo. Es llamativo que el número siete, como número malo, se aplique únicamente con relación a la mujer *. Es de esperar que, al hombre, el número siete le sea favorable. Y así es, en efecto, pues mientras que la mujer, con cabeza, tronco y cuatro extremidades, viene caracterizada por el número seis, el hombre tiene una «extremidad» más, en señal de dominio. El séptimo cabritillo es, pues, el rabito, que no es devorado por el lobo, que se esconde en la caja del reloj y, sano y salvo, sale luego de ella. Y dejo a su arbitrio el que usted suponga que la caja del reloj es el prepucio o más bien la vagina de donde sale el séptimo después de la eyaculación del semen. El hecho de que, al final, el lobo cae en el pozo no consigo explicármelo del todo. A lo sumo podría decir que, como acontece a menudo, se trata de un doblete del motivo fundamental en el cuento, que es el nacimiento, lo mismo que el esconderse en la caja del reloj también podría interpretarse como embarazo y nacimiento. Sabemos por los sueños que el-caer-en-el-agua es un símbolo del nacimiento.

Así hemos logrado de una manera pasable convertir el hermoso estilo narrativo del cuento en vulgar experiencia cotidiana. Ahora sólo queda el lobo. Y, como usted sabe, con él empezaron mis complejos personales. Pero, sin embargo, quisiera sacar algo de él. Para ello he de volver sobre el número siete. El séptimo es el muchacho, el niño varón. Todos los seis juntos son el siete malo, es decir, la niña, a la cual le fue devorado el séptimo, por haber sido malo, por haberse masturbado. Así pues, según esto, el lobo sería el poder que convierte en seis a los siete, que convierte al niño en niña, lo castra, le devora el rabito. Habría que identificarlo con el padre. Siendo esto así ya adquiere el acto de abrir la puerta un aspecto diferente. Sería la masturbación precoz del siete, del niño, que, por rozamiento, acaba haciendo una llaga de su siete, poniéndolo malo,

* Con el siete malo (*die böse Sieben*) se designa en alemán a la mujer mala, a la arpía. [N. del T.]

y viene el lobo y se lo come para hacer de él una niña con una herida en lugar de un muchacho con rabito. El séptimo cabritillo espera, evitando la masturbación, o al menos evitando que se la descubran, en la caja del reloj, en el prepucio, hasta el momento de su madurez sexual, y así salva el signo de su masculinidad. La palabra malo que se le agrega a siete para designar a la mujer lleva, en su sentido más amplio de pus, o llaga, a asociar con la sífilis y con el cáncer y ofrece una base para comprender el miedo que tienen todas las mujeres a estas enfermedades. El acto de devorar a los cabritillos lleva a la teoría infantil que se imagina el concebir como la acción de tragarse el embrión, una asociación que reaparece en el cuento de Pulgarcito en la figura del antropófago. En este caso son las botas de siete leguas las que establecen la relación entre lobo y hombre o padre, pues no vamos descaminados si vemos en estas botas maravillosas un símbolo de la erección.

Y ahora tengo que volver sobre algo de lo que ya hablé anteriormente, a saber, que al niño no le gusta que le miren la boca. Teme que le corten la epiglotis. En la expresión la boca del lobo tiene usted una asociación entre lobo y masturbación. A la boca del lobo le falta la epiglotis, que representa el miembro masculino. Es, por consiguiente, una boca castrada. Es la encarnación del castigo por la masturbación. Y si usted ha visto la boca del lobo en algún hombre comprenderá lo terrible que es el tal castigo.

Y con esto acabo. No sé si le habrá gustado la interpretación. A mí me ha liberado de muchas dificultades relacionadas con el complejo lobo-Isegrim-hermano Wolf.
Muy cordialmente,

PATRIK

Así, pues, según usted el siete malo es la boca, con lo cual yo estoy plenamente de acuerdo. Hay también hombres que tienen una mala boca, pero a fin de cuentas quedamos en lo mismo: el séptimo orificio de la

cara es igualmente un símbolo de la mujer, lo mismo que el orificio de la entrepierna.

Pero ya que estamos con los números, juguemos un poco con ellos. Tengo que adelantar que el Ello posee una memoria numérica verdaderamente fabulosa, que domina las formas simples del cálculo como sólo acontece en determinados casos de idiotismo y que, lo mismo que un idiota, goza de la manera más subida resolviendo problemas de cálculo en un momento. Con un simple experimento puede usted convencerse de esto. Converse usted con alguien sobre un tema capaz de hacer vibrar las fibras más íntimas de su alma. Hay toda clase de signos que nos permiten concluir que está teniendo lugar una vibración de este estilo. Pregunte usted, una vez notada una señal de las descritas, por una fecha cualquiera. Verá usted que le responden inmediatamente con una fecha íntimamente relacionada con el complejo de que se trate. A menudo la relación está a la luz del día, de modo que hasta el individuo en cuestión se queda maravillado de la capacidad del subconsciente. A menudo se niega toda relación por parte de la persona afectada. No se deje equivocar por eso. A lo consciente del hombre le gusta negar —casi digo mentir. No escuche usted el no, sino más bien aténgase al conocimiento de que el Ello ni niega ni miente. No pasará mucho tiempo y la exactitud de la asociación acabará demostrándose, a la vez que saldrá a la superficie una masa ingente de material psíquico que, recluido en el subconsciente, ha sido responsable de toda clase de buenas y malas obras.

Ahora le voy a describir a usted toda una muestra de habilidad numérica de mi propio Ello. Me hizo mucha gracia cuando lo descubrí. Durante años, al querer dar expresión a mi impaciencia y mi desagrado, he utilizado la expresión «se lo he dicho a usted 26.783 veces». Recordará todavía que la última vez que estuvimos juntos usted se burló de mí por ello. Esto me supo mal, y empecé a pensar sobre el número y tratar de descubrir lo que había en él. Entonces me di cuenta de que la suma transversal del número es 26, exactamente el mismo que nos queda separado de los demás guarismos si quitamos las milésimas. En relación con el número 26 se me ocurrió la palabra madre. Cuando mi madre murió yo tenía veintiséis años. Veintiséis años tenían mis pa-

dres cuando se casaron; mi padre nació el año 1826, y si usted hace la suma transversal de 783, resulta que es 18. Aísle usted las tres primeras cifras de la forma siguiente: $2 \times (6 + 7)$. Resulta que es 26. Sume usted 2 a las dos últimas cifras: 8×3 . Resulta de nuevo 26. Yo nací el 13-10-1866. Su suma transversal es 26.

Luego dividí el número 26783 de una manera un poco diferente. El 2 me pareció que podía quedarse solo por haberlo ya utilizado involuntariamente en las operaciones $6 + 7$ y 8×3 . Las cifras restantes se agrupan, bajo el influjo del 2, de la siguiente manera: 67, 78, 83. Sesenta y siete años tenía mi madre cuando murió. En el 78 fue cuando tuve que dejar la casa paterna para ir al internado. El año 83 fue el año en que perdí del todo a mi patria chica, pues mis padres abandonaron mi ciudad natal y se instalaron en Berlín. El mismo año tiene lugar un acontecimiento cuyo alcance llega a cubrir un largo período de mi vida. En una pausa entre dos clases me dijo uno de mis compañeros: «Sígase usted masturbando de esa manera y acabará pronto completamente loco; medio loco ya está.» Estas palabras resultaron ser fatales para mí, no como si ellas hubiesen aumentado los terrores asociados a la masturbación, sino porque yo no repliqué palabra y acepté la vergüenza de la pública acusación sin rechistar, como si no me atañese. Me llegó muy hondo, pero lo reprimí en seguida con ayuda de la palabra «loco». Mi Ello se apoderó en aquel entonces de esta palabra y desde aquella ocasión no la ha vuelto a soltar. Desde entonces todos los patinazos de mi razón me parecían permitidos. Medio loco significaba para mí lo siguiente: Tú estás en medio de dos posibilidades, puedes ver el mundo y la vida desde un lado o desde el otro, como un hombre sano, normal y corriente o como un loco, como un dislocado de la normal posición, como un hombre fuera de lo normal. Y esto yo lo he hecho abundantemente y lo sigo haciendo. Usted lo sabe hasta la saciedad. Las dos madres —la nodriza y la madre— encontraron aquí su nueva y necesaria fundamentación. El estar entre dos cosas, el ser a medias, comenzó a resultarme soportable debido a mi media locura; de la necesidad de dudar me llevó a un escepticismo tolerante y a la ironía, al mundo de las ideas de Thomas Weltlein. Considero posible que me equivoque en esto de considerarme «medio loco», pero sólo hay

una explicación para estos extraños fenómenos que se dan en mi ser que, por lo general, evita dos posibilidades, pero que se halla en condiciones de perseguir impertérrito líneas de pensamiento contrarias y hasta contradictorias, y esto en medio de toda burla, de toda demostración, de toda prueba y a través de la contradicción interna. Una vez analizados cuidadosamente los resultados de mi vida he llegado a la conclusión de que esta semilocura me ha proporcionado precisamente ese quantum de supremacía necesario para que mi Ello llevase a buen fin sus tareas. Característica en este sentido —al menos para mí— es mi carrera de medicina. Por dos veces he incorporado maneras de pensar en medicina ajenas a mí y lo he hecho tan profundamente y le he dado de tal manera mi impronta que se han convertido en patrimonio mío personal. Primero fue siendo alumno de Schweninger, luego como discípulo de Freud. Cada uno de ellos, como médicos, representan para mí algo imponente, inevitable. El año 1911 logré unificar en mí el influjo de ambos, y 11 es la suma transversal de 83, y la suma transversal de 11 es 2.

El año 83, de acuerdo a su posición destacada como par de cifras final del enigmático número 26783, ha conseguido también una posición especialmente destacada en el marco exterior de mi vida. Poco después de aquellas palabras sobre la masturbación caí enfermo del sarampión, que trajo como secuela una inflamación renal. Más tarde, como usted sabe, estuve otra vez enfermo de los riñones. Digo esto porque esta enfermedad renal —lo digo por mí y por todos los enfermos de lo mismo— es característica de una postura ambigua ante la vida, de un estar en el medio, del número 2. El hombre riñón —valga aquí la expresión— tiene una dirección doble; es, por así decirlo, bicéfalo. Su Ello es capaz de aparecer infantil o maduro con una soberanía que es, a la vez, ventajosa y arriesgada; está entre el 1 —el símbolo del falo erecto— y el 3 —el símbolo del niño. Dejo a su arbitrio el considerar la cadena inacabable de fantásticas posibilidades que tiene un ser híbrido tal y hago notar únicamente que mi propia situación salió a la luz del día no sólo a través de la inflamación renal, sino a través del hecho de que hasta los quince años meaba la cama. Y para decirlo todo: el híbrido no es ni hombre ni mujer, sino las dos cosas, y éste es mi caso.

Y ahora vamos a jugar, a jugar con números tanto como podamos, a ser niños. Pero usted no tiene que enfadarse si se cueñan cosas de mayores de por medio. El que es niño quiere parecer mayor y se pone el sombrero de su padre y coge su bastón. ¿Y qué sería de él si el niño no tuviese el deseo de la madurez, el deseo de la erección? Quedaríamos siempre pequeños, no creceríamos. ¿O cree usted que es una equivocación la constatación que yo creo haber hecho, a saber, que el quedarse pequeño en el hombre está en una determinada relación con el querer quedarse pequeño, con el dar la impresión de que no se conoce la erección, de que se es inocente como los niños? ¿Que el no haber crecido procede del deseo del Ello de tener una disculpa, la disculpa de ser aún muy pequeño, para todas las tendencias sexuales, es decir, para todas y cada una de las acciones, de acuerdo con las palabras: «Soy un niño, mi corazón está limpio»?

Póngase usted conmigo a la pizarra y vamos a hacer como si empezásemos a aprender a escribir de nuevo los números. ¿Qué pasará por la mente de un niño cuando se le obliga a llenar todo un pizarrón con unos o con ochos? Y esto lo puede usted extender a las letras, a las aes y las pes y a todos los picos y lazos que tratan de cazar la fantasía del niño. ¿Qué es para usted el 1? Para mí es un bastón. Y luego el salto al hecho de ser mayor, al bastón del padre, al pene, al hombre, al padre mismo, al número 1 de la familia. Dos es el cisne. ¡Qué hermoso fue aquello! Mi hermana tenía el cuello largo y le tomábamos bravamente el pelo por eso. Y era realmente un patito feo que resultó ser un cisne muerto demasiado pronto. Y de repente veo la laguna de los cisnes de mi ciudad natal. Tendré unos ocho años y estoy sentado con Wolf, Lina y una amiga, Anna Speck en un bote, y Anna Speck se cae al agua sobre la que nada el cisne; «mi cisne, mi callado cisne de suave plumaje». ¿Es que me he ocupado tanto con Ibsen porque él fue quien compuso esta canción y porque yo la oí en tiempos difíciles, cuando creía que iba a morir? ¿O es Agnes de «Brand»? Agnes era mi compañera de juego, y yo la quería muchísimo. Tenía la boca torcida, al parecer por haberse llevado a la boca un pitorruto de hielo. Y el pitorruto es simbólico. Con Agnes jugaba yo a saltar la cuerda y mi novela familiar y las fantasías

de mis castigos están relacionadas con ella. Agnes y Ernst. Así se llamaba su hermano, que era inseparable de mí, pero a quien yo luego dejé vilmente en la estacada. Y luego Ernst Schweningen. ¡Ay, querida amiga, son tantas cosas, tantas cosas!

Volvamos a Anna Speck. Speck, fábulas de Spekter. «¿Quién es este negro mendigo, tan oscuramente vestido?» El cuervo. Y Cuervo era el apellido de mi primer maestro en la escuela, a quien yo consideraba el prototipo de la fuerza y a quien, una vez, al saltar, se le rompieron los pantalones; un episodio que, luego, salió a flote en un análisis. Y la palabra cuervo está jugando, desde hace unas semanas, un papel importante en el tratamiento de un enfermo, tratamiento que tengo la intención de llevar a buen término. Pues ello constituiría un triunfo de los que raramente he gozado.

La fábula del cisne de Spekter. ¿Ha visto usted alguna vez tragarse un trozo grande de pan a un cisne? ¿Ha visto usted cómo, en esta operación, agacha y encoge el cuello? Anna Speck tenía las glándulas del cuello hinchadas, muy hinchadas. Y un cuello hinchado significa que algo se ha quedado detenido en él, el germen de un niño. Yo mismo tengo que saberlo, pues tuve también por más de cinco años bocio, y el bocio desapareció desde el momento en que descubrí el enigma del niño que se me había quedado atragantado. ¿Cómo me iba yo a figurar que esta Anna influiría de tal manera en mi vida? ¿Cómo hubiera yo llegado, sin creer en el estudio del Ello, a reconocer la importancia de Anna? Pero Anna es el nombre de la heroína de mi primera novela. Y su marido se llama Wolf. Wolf y Anna, ambos estaban en el bote de que he hablado. Y ahora aparece de nuevo el nombre de aquella otra Anna, o sea, de aquella amiga de Lina que se interfirió en los entretenimientos sadísticos de mi infancia. Wolf se había hecho una casa de colchonetas y allí vivía con Anna. Y nosotros, los más pequeños, no podíamos entrar en aquella casa. Alma, sin embargo, que estaba enterada del asunto, al ser echada de la casa por Wolf, marchó con Lina y conmigo al jardín y allí gritó: «Yo bien sé lo que esos dos andan haciendo allí dentro.» No comprendí yo entonces lo que significaban estas palabras, pero lo que sí es cierto es que se me quedaron grabadas en la memoria, así como el lugar donde fueron dichas, y todavía

ahora soy víctima del mismo estremecimiento de que en aquel entonces fui presa.

Anna, es decir, lo que no tiene ni principio ni fin, la a y la o, Anna y Otto, lo mismo por delante que por detrás, el ser, la infinitud y la eternidad, el anillo y el círculo, el cero, la madre, Anna.

Ahora me doy cuenta que la caída de Anna al agua ha jugado un papel decisivo en mi vida. Pues durante años fui yo presa de una fantasía masturbatoria según la cual Anna, lejos de la orilla, subía calada de agua a mi bote, se le pegaban sus vestidos al cuerpo y yo veía sus piernas y sus bragas. ¡Qué extraños son los caminos del inconsciente! Pues no olvide usted que el caer en el agua es un símbolo de embarazo y nacimiento, y Anna tenía paperas... como yo.

Esto es, pues, el 2. Y el 2 es la mujer, la madre y la muchacha, que sólo tienen 2 piernas, mientras que los muchachos tienen 3. Tres pies, trípode, y la Pitonisa habla solamente cuando está sobre el trípode. Pero Edipo descifra el enigma de la esfinge de aquel animal que primero anda en cuatro patas, luego en dos y finalmente en tres. ¿Pero es la palabra «hombre» una respuesta a una pregunta?

¡Oh 2, guarismo fatal que significas el matrimonio! ¿Significas tú también la madre? ¿O es la madre el 3? Este número 3 me recuerda a los pájaros, a los pájaros que nos dibujaba mi madre. Pájaro, paja, es cierto. Pero si considero al 3 echado resulta que para mí es un símbolo de los pechos, de mi nodriza y de todos los pechos que he amado y aún amo. 3 es el número sagrado, el niño, Cristo, el hijo: la Divinidad Trinitaria cuyo ojo fulgura rayos desde el triángulo. ¿Eres realmente una hija de Eros, tú, la matemática, prototipo de la ciencia? ¿Y es cierto que también la creencia en Dios procede de ti, Eros? ¿Es cierto que el 2 es el par, el par matrimonial, el par de testículos y de ovarios, de los labios de la vulva y de los ojos? ¿Es verdad que del 1 y el 2 resulta el 3, el niño todopoderoso en el seno de la madre? ¿Pues qué hay más poderoso que el niño antes de nacer, cuyos deseos están cumplidos antes de que siquiera pueda pensarlos? ¿El niño, quien en verdad es dios y rey y vive en el cielo? Pero el niño es un niño varón, pues sólo el varón es el número 3, dos testículos y un rabito. Todo esto está muy revuelto, ¿no es cierto?

Pero, ¿quién no ha de perderse por los intrincados jardines del Ello?! Uno abre los ojos lleno de admiración, parece que quiere apocarse, pero, sin embargo, se lanza, presa de suavísimo y estremecido terror, al océano de los sueños.

1 y 2 hacen doce. Hombre y mujer; con razón un número sagrado del cual procede el 3, el niño, Dios, cuando se cierra en unidad. Hay doce lunas, y de las doce lunas se compone el año. Doce son los apóstoles, y en medio de ellos se levanta la figura de Cristo, el Ungido, «el hijo del Hombre». ¿No es maravillosa esta palabra: «el hijo del Hombre»? Y mi Ello dice bien fuerte y sin que se le pueda dejar de oír: «¡Interpreta, interpreta!»

Adiós, querida.



26

Así, pues, este juego de números le interesa a usted, querida amiga mía. Es un placer para mí el oírlo. Muy a menudo me ha hecho usted una recensión desfavorable, de modo que necesito el reconocimiento. Y yo le agradezco de corazón el que coloque mi nombre junto al de Pitágoras y en la misma frase. Prescindiendo ya del halago que ello para mi vanidad significa, este hecho me demuestra que usted posee esa primera cualidad de toda crítica, la de ser capaz, sin miramientos ni escrúpulos, de comparar a un Schulze, Lehmann, Müller o Troll con Goethe, Leonardo, Beethoven o Pitágoras. Sus demostraciones me resultan doblemente valiosas.

El hecho de que usted, al fin, empieza a ver algo positivo en mis palabras y me llama la atención sobre el número de los que tomaron parte en la Santa Cena, 13, así como el miedo de que el comensal número 13 tenga que morir, relacionando todo esto con la muerte de Cristo, me permite confiar en que su oposición a todo lo que yo he dicho sobre el Ello ha de ir poco a poco desapareciendo. ¿Pero por qué ha de ser precisamente Cristo? También Judas es el número 13, y también él tuvo que morir.

¿Le ha llamado alguna vez a usted la atención lo unidas que marchan siempre estas dos ideas, Cristo y Judas? Ya le hablé a usted una vez del fenómeno de la ambivalencia en el inconsciente, de esa propiedad en el hombre de tener odio en el amor, traición en la fidelidad. Esta profunda e insuperable ambigüedad en el hombre es quien se ha inventado el mito del beso de Judas, en el cual va simbolizado todo el quehacer y vivir cotidiano del hombre. Me gustaría que se familiarizase usted totalmente con este hecho; es de mucha importancia. Mientras usted no lo sepa, hasta que no esté completamente penetrada de este conocimiento, no entenderá nada del Ello. Pero no es fácil adquirir este conocimiento. Piense usted en los momentos más sublimes de su vida y busque hasta que usted dé con la actitud de Judas, con la traición de Judas en su propio pecho. Usted la encontrará siempre. Cuando usted besaba a su amado, su mano se deslizaba hasta la propia cabeza para sostener el pelo, que podría desatarse. Cuando murió su padre de usted —entonces era aún muy joven—, se le alegró el corazón de poder llevar por primera vez un vestido negro, pagó con gusto lo que le costaron los recordatorios y, con secreta satisfacción, les puso de encabezamiento unas líneas que pertenecían a un duque reinante. Y cuando enfermó la madre, usted tuvo que avergonzarse de haberle pasado como un rayo por la cabeza el collar de perlas que habría de heredar. El día del entierro le parecía a usted que su sombrero la hacía ocho años más vieja, y no es que pensase usted en su marido, sino en la opinión de la gente, ante cuyos ojos pretendía realizar toda una exhibición de funerales bellos y brillantes, teatro, portándose usted como una auténtica comedianta y una hetaira. Y cuántas veces no habrá usted traicionado por treinta monedas de plata, tan crudamente como Judas, a los amigos más íntimos, a hijos y marido... ¡Reflexione usted un poco sobre estas cosas! Se encontrará con que el ser humano, desde el principio hasta el final, está lleno de lo que nuestro ponderado juicio condena como al crimen más grave y despreciable, la traición. Pero usted nota también en seguida que esta traición casi nunca adquiere forma de culpa en la conciencia. Arañe usted un poco en el poco de conciencia que tenemos los hombres y verá cómo el inconsciente de continuo apila, una sobre otra, las trai-

ciones de las últimas horas; las unas las expulsa de sí mismo, las otras las prepara para utilizarlas próximamente y las demás las reprime en lo profundo para sacar de ellas el veneno de las enfermedades del mañana o para fabricar el elixir maravilloso de futuras hazañas. Mire usted con atención en esta extraña oscuridad, amiga queridísima. Aquí hay una rendija a través de la cual usted puede ver oscura y casi desesperadamente las masas que se mueven nebulosas de una fuerza viviente del ello, la conciencia de culpa. La conciencia de culpa es uno de los instrumentos con los que el Ello, con paso seguro, sin fallas y sin trabas, hace su trabajo en el hombre. El Ello necesita la conciencia de culpa, pero se cuida muy bien de que el hombre no descubra jamás sus fundamentos y fuentes, pues sabe perfectamente que, desde el momento en que alguien destapara el misterio de la culpa, el mundo se conmovería en sus quicios. Por eso acumula miedo y terror en torno a las profundidades de la vida; por eso aglomera fantasmas creados de las cosas más triviales de la existencia; por eso inventa la palabra traición, inventa a Judas, a los diez mandamientos, y oscurece la mirada del Yo con infinitas cosas que aparecen cargadas de culpa a la conciencia, todo para que el hombre jamás preste fe a las consoladoras palabras: no temas, pues yo estoy contigo.

Y ahí tiene usted a Cristo. De la misma manera que, inmutable y constantemente, interviene la traición hasta en las más nobles acciones del hombre, de esa misma manera interviene en todo lo que llamamos malo la naturaleza de Cristo —o como usted quiera llamar a esta naturaleza—, la naturaleza de la bondad y del amor. Para darse cuenta de esto no es necesario que usted recorra el largo camino que va del puñal asesino a esa tendencia primigenia y primordial del hombre que, por amor, lo lleva a penetrar en el interior de sus semejantes para dar la felicidad y recibirla... Pues el asesinato no es en última instancia sino un símbolo de la pasión amorosa reprimida. No necesita usted tampoco analizar el fenómeno del robo, donde usted iría de nuevo a parar al Eros que todo lo informa y que, quitando, da. Ni tampoco reflexionar sobre las palabras de Jesús a la adúltera: «Tus pecados te son perdonados, pues has amado mucho.» En sus acciones diarias encuentra usted, en todas partes, abnegación é inocencia suficientes

que le demuestran lo que yo decía: Cristo está en todas partes donde está el hombre.

Pero he parlotado y parlotado y, sin embargo, lo que yo quería hacerle a usted comprender es que no hay contrarios, que el Ello lo unifica todo. Y que este Ello se vale a su arbitrio de una y la misma acción para convertirla en razón de culpa y remordimientos y en causa de las satisfacciones más nobles y más altas. El Ello es astuto y no le cuesta demasiado hacerle creer a la conciencia que lo blanco es negro, que blanco y negro son opuestos, que una silla es simplemente una silla, mientras que cualquier niño sabe que una silla es, a la vez, un coche, y una casa, y una montaña, y una madre. La conciencia va y se sienta y trabaja y suda de tanto esfuerzo por inventar sistemas y clasificar la vida en compartimentos y meterla en el bote, y mientras tanto, el Ello crea alegremente, y sin perder fuerzas, lo que le da la gana, y yo me figuro que más de una vez se ríe de la conciencia.

¿Que por qué cuento todas estas cosas? Tal vez le estoy tomando a usted el pelo, tal vez lo que quiero es demostrarle simplemente que se puede disertar sobre cualquier cosa de la vida, una perogrullada que, por lo demás, merece ser tenida en cuenta. Y con esto voy a aventurar de nuevo un salto a mi anterior narración sobre la ampollita de la boca. Quizá lo más importante y, de todas formas, algo muy extraño que le dirá a usted más sobre las represiones del que ésta firma que yo mismo sabía hace un par de años.

La ampollita en la boca —ya se lo dije a usted una vez— significa que me gustaría besar a alguien, pero que, por lo visto, existe algún impedimento tan fuerte como para levantar las capas superiores de la piel y llenar de líquido la cavidad así formada. Con esto no sé demasiado, pues, como usted sabe, a mí me gusta besar, y si fuese a besar a todas las personas que me parecen dignas de ello, y de las cuales no sé si me volverían a besar o no, seguro que tendría la boca siempre mala. Pero la ampollita está al lado derecho, y yo me imagino que la derecha es el lado de la Autoridad, del derecho, de la familia. ¿Autoridad? De entre mis parientes carnales entra solamente mi hermano mayor en cuestión. Y contra él es, en realidad, contra quien se

dirige la ampolla. Aquel día andaba yo continuamente ocupado en mis pensamientos con un determinado enfermo. Este hecho me llamó la atención por lo extraño, pues yo por lo general me atengo al principio de no volver a pensar en mis pacientes una vez cerrada detrás de ellos la puerta de la consulta, y pronto supe por qué había sido: este enfermo se parecía, en los rasgos de la cara y, mucho más, en su manera de ser a mi hermano mayor. El deseo de besar está, pues, claro. Se dirigía a este enfermo, hacia quien yo había transferido el amor a mi hermano. Una ocasión para ello la ofrecía el hecho de que, por aquellos días, era el cumpleaños de mi hermano y, poco antes, había visto yo al enfermo en estado de inconsciencia. De niño fui muchas veces testigo de los graves desmayos que le sobrevenían a mi hermano. La forma de su cabeza parece como que la tuviera ahora mismo delante de mis ojos, y creo que tengo razón para suponer que mi inclinación tiene precisamente su origen en esa imagen. La semejanza de los dos hombres me resultó clara al observar la rigidez de sus rostros.

En la explicación del origen de la ampollita interviene tanto la inclinación como la aversión al beso. Esto es suficientemente fácil de aclarar. En nuestra familia estaba estrictamente prohibida toda manifestación de cariño entre los hermanos. Todavía hoy en día me resulta inimaginable que nos pudiésemos haber besado entre nosotros. Pero en el caso de la aversión al beso no interviene simplemente la tradición familiar, sino ante todo la cuestión de la homosexualidad. Y en este asunto me voy a parar un momento.

Como usted sabe, desde los doce años fui educado en un internado para muchachos. Vivíamos allí totalmente aislados del resto del mundo, cercados por muros conventuales, y tanto nuestras capacidades como nuestras necesidades amorosas se dirigían a nuestros compañeros. Cuando me vuelvo a reflexionar sobre los seis años que allí pasé, aparece en seguida la imagen de mi amigo. Me veo pasar por el claustro del convento íntimamente abrazado a él. De vez en cuando se interrumpe la apasionada discusión sobre Dios y el mundo y nos besamos. Creo que no es posible imaginarse la intensidad de una pasión ya apagada, pero a concluir por las muchas escenas de celos en las cuales, al menos por mi parte, mezclaba suficientemente a menudo fantasías

de suicidio, hay que pensar que mi inclinación debió ser muy grande. Recuerdo también que, en aquel entonces, el amor a mi amigo alimentaba casi exclusivamente mis fantasías masturbatorias. Mi inclinación por este amigo duró bastante tiempo después de haber salido yo ya del colegio, hasta que, un año más tarde, lo transferí a un compañero de la universidad, de donde, de repente, saltó a su hermana. Con esto mi homosexualidad, la inclinación a los de mi propio sexo, había aparentemente desaparecido. Desde entonces he amado únicamente a mujeres.

He amado y he amado muy fiel y muy infielmente, pues recuerdo haber andado durante horas por las calles de Berlín por causa de alguna beldad a quien por casualidad había visto, de la cual ni sabía ni llegué a saber nunca nada, pero la cual alimentaba, durante semanas, día y noche mi fantasía. La serie de tales fantásticos enamoramientos es infinita, y hasta hace pocos años se ha venido incrementando cada día por mor de esta o la otra. Lo característico de todo esto era que mis verdaderas vivencias eróticas no tenían que ver lo más mínimo con estas amadas de mi alma. Por todo lo que recuerdo ni una sola vez escogí como objeto de mis orgías masturbatorias a una mujer que verdaderamente amaba. Siempre eran extrañas, desconocidas. ¿Sabe usted lo que esto significa? ¿No? Pues significa que mi amor más profundo correspondía a un ser a quien no me estaba permitido conocer, con otras palabras, a mi hermana y, detrás de ella, a mi madre. Pero no olvide usted que yo esto lo sé desde hace muy poco tiempo, que a mí antes no se me pasaba por la imaginación el que yo pudiese desear a mi hermana o a mi madre. A veces anda uno por la vida sin saber lo más mínimo de sí mismo.

Para completar la narración de esta vida de amoríos con extrañas y desconocidas a quienes nunca traté de conocer, he de decir todavía algo, aun cuando ello guarda sólo una relación lejana con lo que propiamente quería comunicarle, con el asunto de la homosexualidad. Se refiere a mi comportamiento frente a las mujeres con quienes me unían lazos de verdadero amor. No de una, no, sino de todas he escuchado el mismo extraño juicio: «Cuando una está contigo se tiene la impresión de estar tan cerca como jamás se ha estado de ninguna

otra persona; pero cuando te marchas es como si colocases un muro entre nosotros dos, como si yo te fuese completamente extraña, más extraña que cualquier otra.» Yo mismo jamás he tenido este sentimiento, tal vez porque jamás he tenido la vivencia de que alguien no me fuese extraño. Pero ahora lo comprendo: para poder amar tenía que mantener las personas reales a distancia, acercarlas artificialmente a las imágenes de la madre y de la hermana. A veces ha debido de ser auténticamente difícil, pero era la única manera de mantener viva la llama de la pasión. Créame, las imágenes tienen poder.

Y esto me lleva de nuevo a mis experiencias homosexuales. Pues con los hombres me acontecía algo semejante. Durante tres decenios los he mantenido a distancia. De qué manera, no sabría decirlo, pero lo cierto es que lo he conseguido en gran escala, como se puede ver en el catálogo de los pacientes que han pasado por mis manos. Recién a partir de hace tres años van apareciendo ya más nombres masculinos. Han empezado a aparecer desde que yo dejé de huir de la homosexualidad. Pues el deseo de huir de los hombres ha sido en última instancia el responsable de que me hayan visitado tan pocos varones. Durante años enteros no he tenido ojos más que para la mujer. A cada mujer que se me acercaba la miraba de arriba abajo y la amaba más o menos. Durante todos estos años, en la calle, en sociedad, incluso en reuniones de hombres, en viajes, no he notado auténticamente a un hombre. No los he visto propiamente, aun cuando los haya mirado durante horas enteras a los ojos. No han penetrado en mi conciencia, no los he percibido.

Esto ha cambiado. Ahora miro con los mismos ojos al hombre que a la mujer. Ambos se han convertido en personas para mí, trato con el mismo gusto con ellos y con ellas y ya no hay diferencias. Pero ante todo ya no me siento confuso y azorado delante de los hombres. Ya no necesito alienarme a las personas. El deseo incestuoso, tan profundamente reprimido, tan terrible y espantosamente reprimido, tan terrible y espantosamente activo, se ha hecho consciente y ya no molesta más. Así al menos me explico yo estos fenómenos.

En cierto modo esto mismo me ha acontecido con los niños, y con los animales, las matemáticas y la filo-

sofía. Pero esto pertenece a otro contexto, por más que no deje de relacionarse con la represión de madre, hermana, padre y hermano.

Por más correcta que me parezca esta explicación de mi manera de ser, siempre a la huida de los duendes malignos *, que, para mí, son un linaje especial de hombres —pues hay hombres buenos, hombres malos y hay también malignos—, por más evidente que sea el hecho de que he tenido que usar al revés los gemelos de teatro con que miro a mis prójimos para, alienándome los por medio de la visión a distancia, asemejarlos así a mis imágenes, también es cierto que ello no lo explica todo. Pues todo no se puede explicar. Una cosa debo decir todavía: yo necesito este amar artificial, este alienarme a los demás, porque estoy centrado sobre mí mismo, porque me amo a mí mismo a una escala inconmensurable, porque tengo lo que los entendidos llaman narcisismo. El narcisismo juega un papel muy importante en la vida del hombre. De no poseerlo yo en tan alto grado jamás hubiera llegado a ser lo que soy, jamás hubiera llegado a comprender por qué Cristo dijo: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Como a ti mismo, no, tal vez, más que a ti mismo. Para nosotros, los hijos del maligno, era moda un proverbio que decía: «Primero, yo; después, yo; detrás, pero con mucho, nada, y luego, los demás.»

Y mire usted qué divertido: de niño, de ocho años más o menos, tenía yo un libro en el que se escribían todos los buenos amigos y ponían también sus versos. Sobre la pasta del final, transformando un poco un antiguo proverbio, está escrito de mi puño y letra:

*¡Quien te quiera más,
más que yo,
que se escriba detrás!*

Tu Yo.

Esta era mi postura por aquel entonces, y me temo que no he cambiado gran cosa.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL

* «Duende maligno» es, en alemán, *Troll*. Recuérdese la identidad con el nombre de quien firma las cartas. [*N. del T.*]

Gracias por su carta, querida amiga. Trataré, al menos esta vez, de corresponder a sus deseos de objetividad. El fenómeno de la homosexualidad es suficientemente importante como para someterlo a un examen metódico.

Sí, soy de la opinión de que todos los hombres son homosexuales. Y esta opinión está de tal manera arraigada en mí que me resulta difícil comprender cómo alguien puede tener una opinión distinta. El hombre se ama en primer lugar a sí mismo, se ama con todas sus fuerzas; trata, por naturaleza, de procurarse toda clase imaginable de placer, y ya que él es hombre o mujer, resulta que en primer término resulta estar sometido al amor a su propio sexo. Esto no puede ser de otra manera, y cualquier examen libre de prejuicios de una persona cualquiera nos llevará a probar esta conclusión. La cuestión no es, por consiguiente: ¿Es la homosexualidad una excepción, es perversa? De esto no se trata. La cuestión es la siguiente: ¿Por qué es tan difícil ver este fenómeno de atracción al propio sexo libres de prejuicios, hablar sobre él y juzgarlo; y luego, cómo llega el hombre a poder sentir atracción por el sexo contrario, a pesar de sus disposiciones homosexuales?

A la primera parte de la pregunta es fácil responder. A los pederastas se los castiga con la cárcel, se les tacha de delincuentes, y sus acciones son consideradas, desde siglos, como vicios vergonzosos. El que la mayoría de los hombres no lo vean, se explica por esta prohibición. El hecho no es más extraño que estos otros hechos tan corrientes de que los niños no noten el embarazo de sus propias madres, de que la mayoría de las madres no estén en condiciones de ver las manifestaciones sexuales de sus propios hijos, de que nadie, hasta que Freud lo vio y lo describió, se hubiese percatado claramente de las tendencias incestuosas de los niños varones con respecto a su madre. Pero quien, con todo, conoce la extensión de la homosexualidad no está por eso ni mucho menos capacitado para juzgarla fríamente y

sin prejuicios, y quien tiene la fuerza para ello prefiere callar antes que perder el tiempo luchando contra la estulticia.

Se debería pensar que una época que se precia de culta, que, como no piensa, aprende geografía e historia de memoria, que una tal época debería saber: al otro lado del mar Egeo, en Asia, comienza el reino de la libre pederastia, y una cultura tan altamente desarrollada como la griega es inimaginable sin el reconocimiento de la homosexualidad. A esta época debería al menos haberle llamado la atención las singulares palabras del Evangelio cuando habla del discípulo a quien Jesús amaba, y que descansaba sobre su pecho. Nada de ello. Somos ciegos frente a todos estos testimonios. No nos es permitido ver lo que está a la vista.

En primer lugar lo prohíbe la Iglesia. Esta prohibición la ha tomado abiertamente del Antiguo Testamento, que medía todo desde el punto de vista de la procreación de los hijos, y como consecuencia del ansia de poder de la casta sacerdotal que, con toda intención, mancha de pecado los instintos más fundamentales del hombre con el fin de subyugar las oprimidas conciencias. Esto le resultó especialmente útil a la Iglesia cristiana, pues, con la condenación del amor entre hombres, alcanzó las raíces de la cultura helénica. Como usted sabe, van aumentando las voces de los que protestan por la condenación de la pederastia, pues se va notando que el derecho heredado ha ya tiempo se ha convertido en injusticia.

A pesar del cuerpo que, poco a poco, va tomando esta idea, no es de esperar se produzcan cambios próximos en nuestros juicios sobre el tema. Esto tiene una razón muy sencilla. Todos nosotros nos pasamos quince o dieciséis años, mayormente toda nuestra vida, sabiendo consciente o, al menos, semiconscientemente, que somos homosexuales y que hemos obrado y obramos como tales. A todos les acontece, como me aconteció a mí, que en una determinada época de su vida hacen un esfuerzo sobrehumano para conseguir ahogar la homosexualidad, tan despreciada por palabra y por escrito. Ni siquiera la represión tiene éxito, y para poder sostener ese continuo y diario autoengaño, apoyan el coro público de voces que la maldicen, aligerándose así del peso de la batalla interior. El descubrimiento que uno

hace cuando se pone a estudiar este fenómeno es siempre el mismo: como nosotros mismos nos sentimos como ladrones, asesinos, adúlteros, pederastas, mentirosos, nos apresuramos a condenar celosamente el robo, el asesinato, la mentira, para que nadie, y menos nosotros mismos, lleguemos al conocimiento de nuestra propia maldad. Créame: lo que el hombre odia, desprecia, critica, es su más íntima naturaleza. Y si usted quiere realmente tomar de una vez en serio su amor y su vida, con nobleza de ánimo, aténgase usted a los versos siguientes:

*¡No me critiques a mí!
¡Y cuando yo falte,
corrígete a ti!*

Conozco todavía una razón por la cual no somos honrados con relación a la homosexualidad. Es nuestra postura frente al fenómeno de la masturbación. Las raíces de la homosexualidad son el narcisismo, el amor a sí mismo y la ipsación. Todavía está por nacer el hombre que se enfrente con tranquilidad y sin prejuicios al fenómeno de la masturbación.

Le habrá llamado la atención que hasta el presente haya sólo hablado de la homosexualidad masculina. Esto es comprensible teniendo en cuenta que yo procedo de una época en la que se actuaba como si —¿o se creía realmente?—, en que se actuaba como si, repito, fuera de algunos casos de putas desahuciadas, no existiese el fenómeno de la sensualidad femenina. A este respecto, casi se puede considerar divertido al siglo pasado. Sólo que, desgraciadamente, las consecuencias de esta gracia han sido trágicas. Me parece como si ahora, de nuevo, nos diésemos cuenta de la existencia de pechos, vagina y clítoris, y como si hasta nos permitiésemos pensar que hay también un ano femenino que tiene igualmente que ver con caca, pedos y sensaciones de placer. Pero, por de pronto, esto es solamente ciencia secreta de mujeres y de algunos hombres. La gran masa del público parece derivar la palabra homosexual de homo = hombre. Que el amor de mujer a mujer es cosa diaria y que, a menudo, tiene lugar a ojos vistas, apenas se percibe. Y con todo sigue siendo un hecho que cualquier mujer, sea de la edad que sea, puede besar y abrazar, sin temor y sin problema, a cualquiera otra mujer. Tales cosas no son

«homosexuales», lo mismo que la masturbación femenina no es «masturbación». Tales cosas no existen.

¿Me permite recordarle una pequeña aventura que usted y yo vivimos juntos? Debió ser hacia 1912. La controversia sobre el tema de la calificación moral de la homosexualidad era entonces especialmente aguda, por cuanto se iba a reformar el Código Penal alemán. Se había propuesto incluir también a las personas del género femenino en el artículo 175. Yo estaba con usted, y como nos habíamos peleado, pero nos queríamos reconciliar otra vez pronto, cogí una revista y me puse a hojearla. Era el *Kunstwart*, y dentro había un artículo de una de las damas más consideradas de toda Alemania, que exponía su opinión sobre el tema de la homosexualidad femenina. Adoptaba una postura clara y decididamente en contra de la propuesta dirigida a castigar el amor de mujer a mujer, y opinaba que ello conmovería los cimientos de la sociedad y que, en caso de extender el Código Penal también a las mujeres, habría que centuplicar el número de establecimientos penitenciarios. Yo le ofrecí a usted la revista pensando haber encontrado un tema inofensivo de conversación en el cual pudiésemos olvidar nuestro mutuo malhumor, pero con un seco: «Ya lo he leído», rechazó usted mi intento de acercamiento. La reconciliación vino por otro camino, pero aquella misma tarde me contó usted una pequeña historia de cuando usted era muchacha, según la cual su prima Lola le había besado los pechos. De aquí saqué la conclusión de que usted compartía el punto de vista de aquella luchadora por la impunidad del amor sáfico.

Para mí, en aquella ocasión, la cuestión de la homosexualidad quedó resuelta. Ese ataque a sus pechos me hizo ver de una vez claro que es la misma naturaleza quien alimenta este erotismo entre mujer y mujer. Pues, a fin de cuentas, no es el padre, sino la madre la que le da el pecho a las muchachas, y que el chupar de los pezones produce un placer de carácter venéreo lo saben todas las mujeres... y también los hombres. Que son labios infantiles y no maduros los que producen el susodicho placer, supone a lo sumo una diferencia en el hecho de que el niño chupa mucho más suave y delicadamente de lo que ninguna persona mayor es capaz. La autora de aquel artículo me parece tener razón en un sentido muy diferente al afirmar que los fundamen-

tos de la vida y convivencia humanas se conmoverían si se castigase la homosexualidad, pues sobre las relaciones sexuales de madre e hija, de padre e hijo, descansa el mundo.

Claro que hay quien puede establecer la afirmación sin vacilar —y de hecho se hace— que los humanos son hasta la pubertad, es decir, durante la infancia, simple y llanamente bisexuales, para luego decidirse, en su mayor parte, en favor del sexo contrario y renunciar al propio. Pero esto no es correcto. El hombre es bisexual su vida entera, y a lo sumo, en esta o aquella época de la Historia consigue una minoría, una minoría muy pequeña, reprimir la homosexualidad y adaptarse a la moralidad de moda. Pero con ello la homosexualidad no se elimina, sino que únicamente se limita. Y lo mismo que no se dan casos de homosexuales puros, lo mismo tampoco se dan los heterosexuales puros. Ni siquiera el homosexual más pasional se libra de las consecuencias de haberse pasado nueve meses en el vientre de una mujer.

Las expresiones «homosexual» y «heterosexual» son simplemente palabras, epígrafes de capítulos debajo de los cuales cada uno puede escribir lo que quiera. Un sentido definido no hay en ellas. Materia de cháchara.

Mucho más llamativo que el amor al propio sexo, que se deriva como necesidad ineludible del amor a uno mismo, es para mí el fenómeno de cómo se llega al amor al sexo contrario.

En el muchacho la cosa me parece ser bastante simple. Los nueve meses de estancia en el seno materno, los largos años de dependencia del cuidado de unas manos femeninas, todas las ternuras, alegrías, placeres y satisfacciones que la madre le proporciona y le puede proporcionar ofrecen un contrapeso tan considerable al narcisismo que ya no hace falta buscar más. Pero, ¿cómo consigue la muchacha el acceso al sexo masculino? Temo que la respuesta que le voy a dar le va a satisfacer a usted tan poco como me satisface a mí. O, para decirlo más claramente, no conozco ninguna razón verdaderamente suficiente. Y como yo poseo una aversión, no falta de fundamento, a jugar con la palabra herencia, pues de la herencia yo no sé más que existe, y que existe de una manera bastante diferente de lo que nos figuramos, me siento en la necesidad de callar. Sólo quisiera darle

algunas indicaciones. En primer lugar, se puede constatar que la preferencia de la hija por el padre aparece en un estadio muy temprano. La admiración por la fuerza y el tamaño superiores del varón debería ser considerada, en caso de ser una de las fuentes de la heterosexualidad femenina, como un signo de la original capacidad de juicio de las niñas. Pero, ¿cómo determinar si esta admiración es originaria o más bien aparece a lo largo del tiempo? Exactamente la misma falta de claridad me molesta con relación a un segundo factor que posteriormente influye de manera decisiva en la inclinación de la mujer por el hombre, a saber, el complejo de castración. Algún día descubre la niña la falta de la que ella es víctima por naturaleza y algún día —sin duda muy pronto— se manifiesta el deseo de tomarse prestado al menos el órgano masculino, ya que el propio de todas formas no crece. Si tuviese validez el derivar la heterosexualidad femenina a lo largo de los primeros años de la vida sería fácil encontrar razones suficientes para ello. Pero los signos de la preferencia por el hombre, de la preferencia sexual, aparecen en tan tempranos días que con tales juegos de ideas no se consigue mucho.

Me estoy dando cuenta de que empiezo a desvariar; por eso, en lugar de tanta erudición, le voy a contar algo de mí mismo y del número 83. En el año 83 tuve que oír las ominosas palabras sobre la masturbación, de las cuales ya hice mención. Poco después cogí el sarampión, y cuando curé se apoderó de mí aquella gran pasión por el muchacho con quien paseaba por el claustro y a quien besaba. Tengo razones para conservar el 83 en mi inconsciente.

Tengo que traer a cuento todavía un pequeño dato. Le hablé a usted de los desmayos de mi hermano, desmayos a los que yo le atribuyo mucha importancia en el desarrollo de mi homosexualidad. Uno de estos desmayos tuvo lugar en el retrete, y éste precisamente es el que ha quedado más grabado en mi memoria. Hubo que desguazar la puerta, y tanto la figura de mi padre, con el hacha, como la de mi hermano, sentado, pero caído hacia atrás y con el cuerpo desnudo de la cintura para abajo, me resultan todavía muy fácil de recordar. Si usted reconoce que el entrar rompiendo la puerta entraña el simbolismo de la entrada sexual en el cuerpo

humano, que, por consiguiente, lo que allí se realizaba era el acto entre hombre y hombre y que, además, el hacha ponía en movimiento el complejo de castración, no le faltarán puntos de referencia para toda clase de reflexiones. Finalmente someto también a su reflexión el hecho de que, de la misma manera, tuvo lugar la adecuación entre defecación y parto, y que el retrete es el lugar donde el niño hace sus observaciones acerca de las partes sexuales de sus padres y hermanos, especialmente del padre o de los hermanos varones mayores. El niño está acostumbrado a ser acompañado a ese lugar por personas mayores, y muchas veces observa que la persona mayor aprovecha para hacer al mismo tiempo sus propias necesidades. Esto acostumbra también a su inconsciente a identificar retrete y visión de las partes sexuales, lo mismo que coloca en el mismo compartimiento la represión del retrete y de la masturbación. Usted sabrá también que los homosexuales tienen una afición especial por visitar los retretes y urinarios públicos. Es que todos los complejos sexuales están en íntima relación de parentesco con los actos de la defecación y la orina.

Me llama la atención el hecho de haber interrumpido mis consideraciones sobre el origen de la heterosexualidad con recuerdos sobre mi hermano y sobre el complejo anal. La razón está en la fecha del día de hoy. Hoy es el día 18 de agosto. Desde hace unas cuatro semanas me viene contando aquel enfermo que me recuerda a mi hermano que desde el 18 de agosto en adelante no conseguiré ya más progresos en su tratamiento. De hecho el enfermo hoy ha sufrido un empeoramiento. Por desgracia no es capaz de comunicarme las ideas de su inconsciente que hacen del día 18 de agosto un día crítico para él. Y yo por mi parte me siento incómodo, pues no conozco los motivos de su resistencia y espero toda clase de dificultades para el próximo tiempo.

La cuestión de cómo se origina la inclinación de la niña por el varón es, para mí, por de pronto, totalmente insoluble y se la dejo a usted para que la responda. Por mi parte quisiera expresar la sospecha de que la mujer, en cuestiones de erotismo, es mucho más libre con relación a la existencia de los dos sexos. Me da la impresión de como si tuviese una capacidad análoga de amor al sexo propio y al contrario, de la que ella, según nece-

sidad, puede disponer. Con otras palabras, me da la impresión que, en la mujer, ni la homosexualidad ni la heterosexualidad son reprimidas profundamente, que ambas quedan bastante en la superficie.

Siempre es desagradable suponer diferencias cualitativas entre la mujer y el hombre. No se debe olvidar que, en sentido estricto, no hay ni hombre ni mujer, sino más bien una mezcla de ambos. Supuesta esta acotación, estoy inclinado a afirmar que la cuestión de la homosexualidad o de la heterosexualidad tiene poca importancia en la vida de la mujer.

Y agregó todavía otra sospecha: que la mujer está más ligada al propio sexo que el hombre, cosa que, para mí, está demostrada, y que se explica por el hecho de que el amor a sí misma y el amor a la madre indican como objeto a uno y el mismo sexo. Frente a esto hay, por lo que yo alcanzo a ver, sólo un factor de importancia que apunta al varón, a saber, el complejo de castración, la frustración de ser una niña y el odio a la progenitora que de aquí se deriva, unido al deseo de llegar a ser macho o, al menos, de dar a luz a un niño varón.

En el hombre la cosa es diferente. En él no se trata únicamente de la cuestión homosexualidad-heterosexualidad, sino que a esta cuestión va indisolublemente unida la del incesto con la madre. El impulso que hay que reprimir es el de la pasión por la madre, y esta represión arrastra en ocasiones consigo a la general inclinación por las hembras. Tal vez le gustaría oír a usted más cosas al respecto. Por desgracia, se trata sólo de suposiciones.



PATRIK

No es una mala idea esa de publicar las cartas. ¡Gracias, querida amiga, por la iniciativa! Aunque, por cierto, usted medio me ha quitado otra vez las ganas. Pues si usted piensa realmente en serio que yo las debo reelaborar, no me voy a dejar convencer. Tengo de sobra trabajo en mi profesión. Esto de escribir las cartas lo

hago por placer y pasatiempo, y el trabajo no es ningún placer para mí.

Pero confío que usted no lo habrá pensado en serio. Me puedo figurar muy vivamente qué importante lo consideraba usted cuando me llamaba la atención sobre las faltas y exageraciones, sobre las contradicciones y las bromas inútiles, que están muy bien entre amigos, pero que resultan imposibles en público. Esto es una vuelta a los tiempos en que usted hizo su examen de magisterio. Siempre me ha gustado cuando usted, de repente, ha adoptado aires de dignidad. Me parecía como si de un momento a otro fuese a levantar el índice amonestador y mi alegre fantasía le colocaba la mano derecha a las espaldas con la magisterial vara en ella y, sobre su nariz, las inevitables gafas. Y luego me resultaba tan irresistiblemente simpático este trasunto a lo femenino de magisterial pedantería que la dejaba seguir dando clase largo rato, sólo por gozar del contraste entre su verdadero ser y sus apariencias. Pero ahora quiero ocuparme seriamente de su serio consejo.

¿Por qué he de privar a mis prójimos de la alegría de encontrar faltas en estas cartas? Sé muy bien lo insostenible que resultan las personas intachables —entre nosotros, los malignos, se les ha llamado ángeles a presión—, sé muy bien el placer que me produce encontrar alguna tontería en alguna parte, y no soy tan falto de consideración como para estorbárselo a los demás. Por otra parte, me imagino que es tanto lo que de útil puedo ofrecer, que no hay por qué tomar en consideración lo inútil que le acompaña. Tal cosa quiero y tengo que imaginármela, pues, si no, no hay lugar a autoadoración de ninguna especie, y sin autoadoración no puedo vivir. Es lo mismo que le decía cuando le hablaba de los granos en la cara y el mal olor de boca. Uno no sabe exactamente si una determinada simpatía es correspondida o no, pero le gustaría saberlo, por eso se procura uno algo repelente y desagradable. «Le gusto a mi amado a pesar de tener la nariz tapada y sudarme los pies; entonces es que su amor es auténtico», piensa el Ello. Así piensa la novia cuando se encapricha, así piensa el novio cuando, antes de ir a ver a su amada, se llena de vino; así piensa el niño cuando comete alguna trastada, y así piensa mi Ello cuando pone errores en mis trabajos. Voy a dejar los errores tal como están, lo mismo

que he hecho en mis anteriores publicaciones a pesar y en contra del consejo de amigos y enermigos.

Hace algunos años envié un manuscrito a uno de mis amigos, a cuyo juicio yo le daba mucha importancia. Me escribió una carta encantadora con muchas alabanzas, pero su opinión era que la cosa era demasiado larga y demasiado cruda. Que tenía la apariencia de un embrión con instrumentos genitales monstruosamente desarrollados. Que debería acortar, acortar, acortar y que, como resultado, tendría un hermoso niño. Y para enterarme de lo que había que eliminar debería yo actuar como aquel hombre a quien le gustaba mucho salir a ligar. Cuando notaba que estaba ya muy cercano al enamoramiento, se las arreglaba de tal forma que iba al retrete inmediatamente después de la presunta dueña de su corazón. «Es su olor tierno y agradable, como el de bollos recién cocidos, entonces la amo; tiene mal olor, entonces la dejo.» Yo seguí la receta de mi amigo, pero como todo me olía a bollos recién cocidos no taché nada.

Le voy a hacer una propuesta. Dejamos tranquilamente las tonterías que ya están escritas, pero usted me lo comunica cada vez que vea una falta. Yo corregiré el error un par de cartas más tarde. Así el lector concienzudo y puntilloso tendrá su satisfacción, y unas páginas más adelante, cuando se encuentre con la falta corregida, la tendremos nosotros. ¿De acuerdo?

Y ahora vayamos a las faltas que, según usted, hay que eliminar de todas formas. En primer lugar la historia de la creación de Eva. Esta historia le ha escandalizado a usted desde el principio. Y ahora acerca usted los cañones de grueso calibre de la ciencia y me demuestra que esta leyenda no procede del alma popular, sino que debe su existencia a la elaboración del Antiguo Testamento por plumas sacerdotales. Posiblemente tiene usted razón; al menos también yo mismo he leído algo semejante. Pero ello me ha dejado tan frío como muchas otras cosas. Para mí la Biblia es un libro ameno y reflexivo con hermosas historias dignas de tener en cuenta por dos razones: porque se ha creído en ella durante milenios enteros y porque significa muchísimo en el desarrollo de Europa y encierra en sí un trozo de la infancia de todos nosotros. Quién ha inventado esas historias, eso le interesa a mi curiosidad histórica, pero al hombre que hay en mí le va en ello una higa.

Concedido. Los sacerdotes han inventado las historias. En eso tiene usted razón. Pero ahora saca usted de aquí la conclusión de que este mito de la creación no puede ser utilizado por mí —cosa que he intentado hacer— como prueba de la teoría infantil de que la mujer procede del hombre por castración de éste. Y en esto no tiene usted razón. No pretendo afirmar que el niño tiene desde el principio la idea de la creación por castración, al contrario, considero probable que originariamente conoce, al menos, el mecanismo del nacimiento de una manera tan exacta como le es posible a través de su propia vivencia del mismo. Sobre este conocimiento primigenio, sin embargo, se le van aplicando dosis de la idea de castración por parte de sacerdotes de la infancia, padres y demás sabios, y lo mismo que la humanidad judeo-cristiana ha creído durante milenios los cuentos de los sacerdotes, igualmente cree el niño el cuento de sus propias observaciones y de las mentiras de su educación. Y lo mismo que la creación de Eva de la costilla de Adán ha contribuido y sigue contribuyendo al desprecio de la mujer con todas sus malas y buenas consecuencias, igualmente la idea de la castración no deja de trabajar en nuestra propia alma hasta el fin de nuestra vida. Con otras palabras: es bastante indiferente el que una idea se desarrolle por sí sola o venga impuesta de fuera. Lo decisivo es si se extiende hasta alcanzar las profundidades del inconsciente.

Con ocasión de todo esto voy a decir también unas palabras «malignas» * sobre la creación de Adán. A Adán, como usted sabe, le da vida Jehovah inhalándole aliento de vida en su nariz. El que el vehículo sea la nariz me ha llamado la atención. Según esto, me dije, ha de ser algo oloroso lo que dé la vida a Adán. De qué cosa y de qué olor se trataba me di cuenta al leer la narración de Freud sobre el pequeño Hans. Para mí es clara mi explicación, pero usted no necesita aceptarla. El pequeño Hans, en su infantil manera, es de la opinión que «el chorizo», es decir, los excrementos tal como salen en el momento de la defecación, es más o menos lo

* Malignas o del maligno, del Troll. Nótese otra vez lo que hemos dicho sobre la palabra *Troll*, utilizada también en este caso, y su relación con el nombre de quien firma las cartas. [N. del T.]

mismo que un niño. Y su afectísimo Troll ha llegado a la idea de que aquella antigua divinidad hizo al hombre de su «chorizo», que la palabra «tierra» sólo se ha puesto por motivos de decencia en lugar de la palabra «excrementos». El hálito vital, pues, junto con su vivificante perfume habría salido del mismo sitio de donde los excrementos salen. A fin de cuentas el género humano bien vale un pedo.

Y ahora qué, venerada amiga, ¿he introducido yo en la historia de Adán la teoría infantil del nacimiento por el ano o, más bien, se ha desarrollado a partir de la tranquilidad increíble con que el autor bíblico, lo mismo que todos los demás, se queda después de haberse aligerado el vientre?

El segundo error, sobre el que usted me llama la atención, me ha hecho reflexionar. Sería fácil eliminarlo, pero lo voy a dejar también. Permítame que le diga por qué. Cuando traté del complejo de castración conté un episodio del Reineke Fuchs y le atribuí al lobo Isegrim un papel que propiamente corresponde a Hinz el gato. Las causas de esta confusión son, creo yo, enrevesadas. Dudo que las pueda aclarar.

Una cosa es clara de antemano: mi complejo lobo es tan potente que arrastra cosas a su círculo que no le corresponden. Para completar lo que ya he dicho al respecto le voy a contar una aventura de mi infancia. Lina y yo, con algunos otros amigos —tendríamos alrededor de diez y once años—, representamos una vez el Capucina Roja de Tieck. A mí me correspondió el papel del lobo y lo realizaba con verdadera pasión. Entre los espectadores estaba también una niña de cinco años llamada Paula. A esta Paula yo la odiaba por ser una preferida de mi hermana, y fue una verdadera satisfacción cuando, a lo largo de la representación, comenzó a llorar de miedo que le tenía al lobo. Hubo que interrumpir la representación, y yo me dirigí hacia ella, me quité la máscara lobuna y me puse a tranquilizarla. Fue la primera vez que alguien me tuvo miedo, y por lo que sé también la primera vez que gocé del mal ajeno. Y era el lobo el que producía espanto. El episodio me quedó grabado en la memoria, a lo que contribuyó también, sin duda, el hecho de que entre los actores se encontraban, además de mi hermana, la ya varias veces nombrada

Alma y un tocayo mío, Patrik, en quien yo vi la primera erección de mi vida.

Este tocayo era propiamente un compañero de mi hermano Wolf; así, pues, tenía algunos años más que yo. Pero, por alguna razón, se había quedado en la escuela primaria a la que yo iba, mientras que mi hermano había pasado al bachillerato. Nosotros los muchachos nos bañábamos mucho en el verano y teníamos, todos juntos, una cabina donde cambiarnos. En esta cabina nos enseñó nuestro tocayo la erección, y casi seguro hizo también algunos movimientos masturbatorios. Al menos nos mostró también una secreción clara e hilosa que colgaba como una gota de la uretra y de la cual nos dijo que se trataba de lo que precedía a la eyaculación del semen, para lo cual también él pronto estaría maduro. Este suceso ha quedado oscuro en mi memoria, y tengo la sensación de que no entendí bien de qué iba el asunto, que lo miré con la tranquila curiosidad de cuando se mira algo nuevo. Por el contrario, otra cosa sí se me quedó bien grabada en la memoria. Mi tocayo echó el miembro y el escroto hacia atrás, cerró los muslos y comenzó a decir que era una muchacha. Yo mismo he repetido este juego muchas veces delante del espejo y, cada vez, he gozado de un singular placer en ello. Yo tengo este suceso por especialmente importante, pues representa el deseo de ser castrado sin mezcla de miedos. Por lo que a mí personalmente respecta, jamás he podido dudar de este deseo de castración. Esto lo demuestran aquí y allá determinadas fantasías en las que trato de imaginarme las delicias de la mujer durante el coito: cómo el miembro pasa por la estrecha abertura y, una vez dentro, se mueve para arriba y para abajo, y cuáles son las sensaciones que origina. Pero desde aquel día en que mi tocayo se nos presentó en forma de chica he prestado atención a otros hombres, y he podido constatar que el deseo falto de temores de convertirse en mujer es común a todos los varones. No hace falta ponerse, para ello, a largas investigaciones. Basta con observar los juegos amorosos entre hombre y mujer y uno se entera que la variación de ponerse el hombre debajo de la mujer acontece alguna vez entre todas las parejas, que la así llamada postura normal, por amor a la cual se tildan a las demás de perversas, a la larga no ha sido totalmente respetada por nadie. Considera uno digno de

esfuerzo el ocuparse más detalladamente del asunto y —al menos, el médico debería poseer tanta curiosidad— entonces no le será difícil encontrar semejantes fantasías conscientes entre amigos y conocidos, y si una vez acontece que tales femeninos deseos son totalmente expulsados de la conciencia, basta con llevar a estos sexuales normales a un análisis de su comportamiento en la comida, la bebida, al lavarse los dientes y al limpiarse las orejas. Las asociaciones se trasplantan muy pronto a otras costumbres como fumar, cabalgar, meter los dedos en la nariz y otras cosas. Y cuando todo esto falla porque la resistencia del querer parecer macho es demasiado grande, entonces hay toda clase de manifestaciones patológicas como pueden ser el estreñimiento con sus placenteros esfuerzos por hacer pasar los excrementos por el orificio anal; las almorranas, que localizan el clítoris en esta salida ventral; el abultamiento del vientre y la preñez así simbolizada; la lavativa; la inyección de morfina y las mil aplicaciones de la vacunación, que se ha convertido en moda en esta nuestra reprimida época; el dolor de cabeza con su semejanza a los dolores del parto, el trabajo y la creación destinados a parir los productos del masculino entendimiento. Ponga usted a prueba mis afirmaciones, asalte usted aquí y allá las resistencias de los hombres. Un día —las más de las veces muy pronto— viene el recuerdo, se hace consciente lo que había sido reprimido, y entonces, lo mismo que entre nosotros los menos normales, resulta lo siguiente: «Sí, he chupado las mamas de una mujer, y si no lo he hecho, al menos me lo he imaginado; sí, he introducido el dedo en el ano, y no se trataba sólo de los picores que yo quería aplacar; sí, sé que en mí puede despertar muy bien el deseo de ser mujer.»

Pero charlo y charlo y no doy razón de por qué, en lugar del gato, hice castrador al lobo, y por qué el párroco, que era a quien en aquella escena del Reineke Fuchs se le privaba de los genitales, resultó ser sustituido por el campesino.

Para la segunda confusión es fácil encontrar una causa. De párroco a páter, padre, que debe ser castrado, hay sólo un paso, y a la palabra páter se le asocia fácilmente la palabra Patrik por afinidad sonora. La amenaza de la propia persona ante los dientes del animal me obligó a reprimir y a caer en este error de mi me-

moria. Aquí se pone de manifiesto el singular humor del Ello. Permite que mis temores den de lado al páter-Patrik, y por otra parte me obliga a que, en su lugar, tome a un campesino, y Georg —campesino— es, como usted sabe, mi segundo nombre de pila. Así nos burlamos de nosotros mismos.

¿Pero por qué cambié al inocente gato y cazador de ratones por el mucho más peligroso lobo? Pater y Kater * riman, y a quien le gusta la rima agrega inmediatamente Vater **, y al inconsciente muchas veces le gusta rimar. Así, pues, es al padre a quien reprimí. El padre es naturalmente mucho más temible que el lobo. El tenía cuchillos de sobra, pues era médico, y mientras que mi hermano Wolf a lo sumo llevaba una navaja, junto al plato de mi padre, los domingos, había todo un arsenal con cuchillos de trinchar, algunos de los cuales tenían una alarmante semejanza con los cuchillos de los antropófagos. El podría haber llegado fácilmente a probar también el filo de sus cuchillos en mi rabito. Después de haberlos afilado un poco al borde inferior del plato, la cosa presentaba todos los visos de ser peligrosa. Ahora me acuerdo también por qué mi padre me parecía como un gato. Alguna de sus adoradoras había alabado sus hermosas piernas, y para darle gusto andaba con botas altas. «El gato con botas», éste era él, y por aquel entonces leía yo el cuento con especial preferencia, además de que precisamente me había hecho con una serie de pequeños cromos en que se presentaba la historia a todo color.

Ahora el asunto está claro. Para quien está bajo la presión del miedo a ser castrado es el padre mucho más temible que el hermano; el gato, a quien ve todos los días, mucho más de temer que el lobo, a quien sólo lo conoce de oídas, de los «cuentos». Y además el lobo come sólo a cabritos y becerros, y por tonto no me he tenido yo ni antes ni ahora, pero el gato come ratones —también en el cuento de Reineke Fuchs— y la parte amenazada de castración es un ratoncito que se esconde en el agujero. El miedo de todas las mujeres al ratón lo demuestra. El ratón se esconde debajo de las faldas, quiere ir al agujero que allí se oculta.

* Kater es «gato», en alemán. [N. del T.]

** Vater es «padre», en alemán. [N. del T.]

Detrás de todo este miedo a que el padre con botas pudiese comer mi ratoncito se oculta otra cosa, algo demoníaco, terrible. Aquel «gato con botas» obliga al mago a que se convierta en elefante y después en ratón. El simbolismo de la erección y consiguiente relajamiento es aquí claro, y como a la edad en que yo leía el cuento y veía la ilustración de Kulbach no conocía el fenómeno, sin duda, por propia experiencia, me siento inclinado a concluir que el mago, primero convertido en elefante y luego en ratón, era mi padre, su palacio y su imperio la madre, y el gato con botas yo mismo, así como yo mismo era también el dueño del gato, el hijo más pequeño del molinero. Como me di cuenta de que no estaba en condiciones de poder aniquilar a todo el hombre con sus magnitudes de elefante, me pareció aconsejable tragarme al menos al padrecito simbólico, al ratón, al miembro del padre. Y en realidad tengo la vaga idea de que fue por aquel entonces cuando yo empecé a llevar por primera vez botas altas. Tanto en el cuento como en sus ilustraciones veía yo mi propia castración y, de una manera mucho más horrible, el deseo criminal de tragarme el ratón del padre para llegar a tomar posesión de la madre. Ambas cosas fueron reprimidas y lo único que quedó fue la inocente rivalidad entre yo y mi hermano Wolf. Y con esto recibe nueva luz la transformación de párroco-páter en campesino-Georg. El deseo de castrar al páter, al padre, es, sin duda, castigado con la propia castración. Mi Ello, que al parecer tiene una conciencia sumamente escrupulosa, reprimió el delito y respetó a la pena, es decir, en cuanto pudo, dejó el deseo sin realización.

¿Me permite usted todavía dirigir por un momento mi atención a las botas? Las botas aparecen también en el cuento de Pulgarcito, y sin duda hay que considerarlas como un símbolo de la erección. Ahora usted puede buscar la interpretación que más le plazca. En primer lugar las botas podrían ser la madre, y según mi opinión lo son. Son la madre y, en general, la mujer que, con orificio vaginal y anal, tiene como dos botas. Pero también, al ser un par, pueden ser los testículos, los ojos, las orejas, tal vez también las manos, que en el juego de precalentamiento andan el paso de siete leguas que lleva a la erección y a la masturbación.

Y con esto estamos ya con la tercera causa de la re-

presión, a saber, la masturbación, una causa de represión muy personal que no encuentra base de apoyo ninguna en el cuento, pero sí en la propia vivencia. Por aquel tiempo me enteré de que el gato, de vez en cuando, se come a sus propios hijos. Siendo yo el gato, mi propio hijo ha debido ser mi propio rabito, que con el juego de botas de las dos manos en la masturbación es condenado, como el ratón, al ocaso. Mala costumbre.

Como usted ve, si me esfuerzo un poco, soy capaz de encontrar argumentos pasables para mi error. Pero me repugna hacer esto. Me tomo el derecho de equivocarme, tanto más cuanto la verdad y la realidad son para mí bienes de valor dudoso.

Salud y suerte a usted y a los suyos,

29



Usted no contesta, querida amiga, y yo me debato en la oscuridad sin poder saber si está enfadada o, como se dice, no tiene usted tiempo. Voy a continuar, a la buena ventura, hablándole a usted de los animales, aun cuando todavía no sé si está de acuerdo con la publicación de las cartas con errores o no.

Le hablé a usted de sus sensaciones ante la presencia de un ratón, pero no le dije ni la mitad. Si el ratón representase solamente el correr y esconderse debajo de las faldas, el miedo no sería tan extremadamente grande como lo es en realidad. El ratón, como animal goloso, es símbolo viviente del onanismo y, como consecuencia, también de la castración. Con otras palabras: la muchacha tiene la vaga idea: ahí va en cuatro patas mi rabito; como castigo me lo han quitado y, como castigo, le han dado vida propia.

Ahí tiene usted un ejemplo de creencia en los fantasmas, de superstición. Si uno se pone a investigar las historias de fantasmas acaba topando muy pronto con el problema del erotismo y la culpa.

Esa extraña simbolización del ratón como miembro viril viviente con la propiedad de andar husmeando por

todas partes y pasar como una exhalación me lleva a pensar en un animal emparentado con el ratón, a saber, la rata, que junto con el lobo y el gato se presenta como símbolo de castración. Es llamativo que esta forma sea la más terrible y repelente de todas. De por sí es la rata menos peligrosa que el lobo e incluso que el gato. Pero tiene la propiedad de aunar en sí ambas direcciones, la castración dirigida contra el padre y la castración dirigida contra el niño. Como anda royendo todo lo que sobresale, resulta un animal peligroso para el rabito y la nariz del niño, pero por su forma y modo de ser es el rabo del padre cortado y personificado el fantasma del sacrilego deseo que pone en peligro la masculinidad del padre. Y como se inmiscuye en todo y le gusta lo oscuro es, a la vez, la culpa simbólica y la impertinente curiosidad de los padres. Vive en el sótano, la alcantarilla, en la mujer. Odiosa, odiosa.

En la oscuridad del sótano vive también el sapo, húmedo y gelatinoso. Y la creencia popular lo considera venenoso. Sapos pequeños, sapos bonitos, es algo que no vale para la luz del día, es el pequeño animalito de esas pollitas ya algo mayores que todavía no posee el calor continuado del amor, que únicamente está húmedo de oculta concupiscencia. Como símbolo contrapuesto tenemos al ratón veloz, la muchacha precoz de suave piel a quien le gusta el tocino. E inmediatamente aparece la palabra gatita, utilizada en todos los idiomas, haciendo referencia a la suave y seductora pelambre del femenino pubis, como expresión para designar los genitales mismos y la flexible hembra, verdadero «chat noir», gato que caza ratones, juega con ellos y los come, lo mismo que la mujer con sus partes hambrientas se traga al ratoncito del hombre.

¿Ha visto usted los dibujos infantiles de los genitales femeninos pintados por muchachos adolescentes de necia concupiscencia en bancos y paredes? Ahí tiene usted la aparición de la palabra «pollita» para designar a la muchachita amable y querida; pero también resulta claro por qué se utiliza la palabra araña para injuriar a la mujer, la araña, que tiende redes y le chupa la sangre a la mosca. El conocido proverbio de las arañas: «*matin chagrin, soir espoir*», define la postura de la mujer frente a su sexualidad. Cuanto más ardiente ha sido el torbellino de la noche de amores, tanto más atemorizada

mira ella a la mañana siguiente, cuando despierta, al varón. «¿Qué pensará él ahora de mí y de mi desatada pasión?» Pues cada vez más la vida fuerza a la mujer a un nivel anímico que parece condenar todo sexual placer.

Los símbolos son ambiguos: el árbol, considerando su tronco, es un símbolo fálico, un símbolo muy decente y tolerado por la costumbre. La señorita más pudorosa no se recata de contemplar el árbol genealógico de su familia en la pared, aun cuando no puede menos de saber que del dibujo apuntan con toda su pujante fuerza los cien órganos generadores de todos sus antepasados. Pero el árbol se convierte en un símbolo femenino desde el momento en que aparece la idea del fruto, se convierte en «la encina», «el haya»... Antes de que lo olvide: desde hace algunas semanas sigo la broma de preguntarle a todos los inquilinos de mi clínica qué árboles son los que están a la entrada de la misma. Hasta el presente nadie me ha dado una respuesta correcta. Son «abedules». En ellos crece la rama de la que se hace el azote, el tan temido y mucho más deseado azote, pues en todas las travesuras de niños y mayores se esconde viva la nostalgia por el rojo escozor del azote. Y a la entrada principal, de modo que cualquiera tropieza, hay un mojón redondo y levantado como un falo. Tampoco lo ve nadie. Es la piedra de tropiezo y de escándalo.

Perdone por la interrupción. Hay también otros símbolos que son igualmente ambiguos. Por ejemplo, el ojo, que despide y recoge rayos, o el sol, que es madre en su fecundidad y varón y héroe en el amarillo dorado de sus rayos. Lo mismo acontece con los animales, ante todo con el caballo, que puede ser una mujer sobre la que se cabalga, que, durante el embarazo, transporta el fruto de su vientre, pero que puede simbolizar también al hombre, que porta y soporta el peso de la familia y sobre cuyos hombros y rodillas retoza el niño loco de alegría.

Esta doble aplicación simbólica de los animales apoya un raro proceder de mi inconsciencia que proviene del complejo de castración. Cuando paso al lado de un carro tirado por animales vacunos, no sé si los que tiran del carro son bueyes o vacas. Tengo que ponerme a buscar durante un rato hasta que consigo dar con los caracteres diferenciadores. Esto no me pasa sólo a mí,

sino también a muchos otros, y las personas que pueden distinguir en seguida si el canario que tienen delante de ellas es macho o hembra son precisamente pocas. Mi caso va un poco más lejos. Cuando veo un gallinero puedo distinguir inmediatamente el gallo grande de sus gallinas, pero si hay gallos jóvenes me resulta difícil distinguirlos y, en caso de encontrar a una gallina sola, me tengo que limitar a adivinar de qué sexo es. No recuerdo jamás haber visto conscientemente un caballo semental, un toro o un carnero. Para mí un equino es un equino, un vacuno un vacuno y un ovino un ovino, y aunque teóricamente sé lo que es una yegua o un caballo, una oveja o un carnero, sin embargo no estoy en condiciones de utilizar prácticamente estos conocimientos, y tampoco soy capaz de determinar cómo y cuándo los adquiriré. Sin lugar a duda, detrás de todo esto opera una antigua prohibición a la que se unen temores inconscientes ante la propia castración. A la bonita edad de cincuenta y cuatro años llegué a ser dueño de un hermoso gato. Lástima que usted no pudo compartir la admiración que se apoderó de mí el día que alcancé a percibir sus testículos.

Con esto estoy otra vez en el terreno de la castración, y tengo que decir aún dos palabras sobre algunos animales a quienes se les utiliza simbólicamente y que llevan una extraña existencia en las oscuridades del alma humana. ¿Se acuerda usted de cuando estuvimos juntos en el Wannsee ante la tumba de Kleist? Hace ya mucho tiempo, los dos éramos jóvenes y capaces aún de entusiasmos y nos habíamos prometido Dios sabe qué sublimes vivencias de esta visita a los restos de nuestro escritor preferido. Y mientras usted, penetrada de piadosa reverencia, miraba hacia el sagrado sitio, de donde yo había cortado una hoja de hiedra, le cayó una inocente oruga en su cuello. Usted dio un grito, se puso pálida y comenzó a temblar y se olvidó de Kleist y de todo lo demás. Yo sonreí, quité la pequeña oruga y me hice el fuerte y poderoso. Pero si usted misma no hubiese estado tan ocupada con sus propios miedos habría sin duda notado que yo quité la oruga con la hoja de hiedra, pues me daba verdadero terror coger la oruga con las manos. Pero ¿qué vale la fuerza y el coraje contra los símbolos? Cuando, a la vista de ese rabito reptante, cae sobre nosotros la masa del incesto con la

madre, la masturbación, la castración del padre y la propia, nos convertimos en niños de cuatro años y no podemos hacer otra cosa.

Ayer pasé por esa glorieta que tiene una vista tan hermosa, allí donde se reúnen siempre gran cantidad de cochecitos de niños, columpios y niñeras. Una niña molletuda y gorda, de tres años de edad, llevaba en la mano, radiante de contento, una larga lombriz para enseñársela a su madre. El animalito se movía flexiblemente entre los pequeños dedos de la niña, pero la madre dio un grito y, a la vez, un golpe en las manos de la pequeña. «¡Ay, qué asco!», y con la punta de la sombrilla lanzó al animal lejos, mientras, pálida del susto, seguía rifiendo a la niña y limpiando con viveza las manos de la pequeña. No me hubiese costado nada indignarme ante la actitud de la madre, pero la comprendía muy bien. ¿De qué vale toda la sabiduría darwiniana sobre la benéfica actividad de la lombriz de tierra frente a un anélido de color de carne que se mete por los agujeros?

«¡Ay, qué asco!» Esta es toda la sabiduría educativa de la madre. Todo lo que al niño le gusta se le hace asqueroso de esta manera. Y contra esto no se puede decir nada. La alegría en hacer aguas o en gozar de la presión de orina y excrementos no se puede permitir, pues, según se cree —y si es cierto o no, yo no lo sé—, si no el hombre queda sucio. Pero yo tengo que pedirle a usted que, en nombre de la ciencia, deje correr libremente su orina por piernas y brazos, si no no va usted a creer lo que los niños gozan en ello, y seguirá considerando a los mayores que se permiten tales cosas como perversos, antinaturales, lascivos y enfermos. Lo único enfermo en todo ello es el miedo. Inténtelo usted. Lo único difícil es hacerlo con naturalidad. Esto es sobremanera difícil. Se me ha informado de vez en cuando sobre el experimento, que, por de pronto, no le aconsejo a usted, y, por lo que puedo creer, se hace alejando antes de la casa a todo bicho viviente; luego se ha encerrado uno en el cuarto de baño y metido desnudo en la bañera —como yo había aconsejado—, con el fin de poder lavarse inmediatamente después. Y, sin embargo, el mismo líquido, que tan sucio nos resulta sobre la piel, lo traemos continuamente dentro de nosotros y ni siquiera pensamos en ello. ¿No son extraños los hombres? A pesar de todas estas medidas de prudencia, el

miedo a hacer algo prohibido quedó subsistiendo, pero el placer llegó. Ni uno solo se ha atrevido a negar que fuese placentero. ¡Qué cantidad enorme de potencialidades reprimidas es necesario para cubrir de temores unas acciones que cualquier niño realiza con la mayor naturalidad! Y ahora el experimento de dejar debajo de sí la caca y tumbarse encima de ella. Ya el hecho de la manera de hacerlo cuesta semanas y semanas de cavilaciones, y apenas tres o cuatro de todos aquellos que, sedientos de saber, investigaban bajo mi dirección los secretos del subconsciente han tenido suficiente valor para ello. Pero lo que yo afirmaba lo han podido constatar. Ay, amiga querida; cuando usted lee algo filosófico lo hace como se hacía al leer los artículos de Karlchen Miessnick. También cuando usted lee mis cartas. La seriedad no casa bien con el absurdo. Solamente la vida misma, el Ello, entiende algo de psicología, y los únicos transmisores de su palabra son ese par de grandes poetas que han existido.

Pero no quería hablar de estas cosas, sino más bien iniciar algunas consideraciones sobre las consecuencias del «¡Ay, qué asco!» y nuestras relaciones con la lombriz de tierra. Usted las puede luego extender, según le plazca, a otros animales, plantas, personas, pensamientos, acciones y objetos proscritos por la masa. Lo dejo a sus propias reflexiones. Y no olvide de tener bien en cuenta la dificultad de toda investigación en las ciencias naturales. Freud ha escrito un libro sobre lo prohibido en la vida del hombre. El lo llama tabú. ¡Léalo usted! Llegará a espantarse. Y a asombrarse de lo que, a pesar de todo, el espíritu humano ha sido capaz de llevar a cabo. Y acabará usted preguntándose: ¿Cuál será la razón de que el Ello del hombre juegue de una manera tan extraña consigo mismo, que se cree a sí mismo tantos estorbos simplemente para luego trepar por encima de ellos con tanto trabajo? Y, finalmente, se apoderará de usted una gran alegría. Usted no se imagina cuán grande es esa alegría. Yo me imagino que más o menos así ha de ser el sentimiento de veneración.

Como usted sabe, la educación no elimina nada. Únicamente reprime. Tampoco mata la alegría que sentimos ante la lombriz de tierra. Hay una forma muy extraña en que reaparece. Se trata de la lombriz intestinal. Los gérmenes de este huésped de nuestro intestino

están, creo yo, en todas partes; consiguen penetrar en el vientre de todas las personas una y mil veces. Pero el Ello no puede sacar provecho alguno de ellos y los mata. Solo que un día le sobreviene al Ello de esta o aquella persona un nostálgico recuerdo de la lombriz de tierra. Se ríe de los ascos de la madre, le juega una mala pasada y, a la vez, se acuerda de que la lombriz también es un niño. Entonces se ríe más todavía y comienza a jugar al embarazo con el ascáride, y llega un día en que quiere jugar a «castración» y a «tener niños». Y entonces deja salir al gusano —¿o se trata más bien de pequeños gusanos con cuya ayuda uno se permite meter el dedo en el ano, es decir, hacer masturbación anal en gran escala?—, y entonces deja salir los gusanos por el orificio de atrás.

Por favor, lea usted este pasaje al señor inspector de Sanidad. Se va usted a divertir a lo grande al observar cómo reacciona ante esta teoría seriamente concebida procedente de un serio colega y que habla de la disposición a caer en determinadas enfermedades.

Ahora voy a contarle aún una historia que tiene por protagonista a un molusco. Se relaciona con una conocida de ambos, pero no voy a decirle el nombre, pues usted sería capaz de tomarle el pelo. Fui a dar un paseo con ella, y de repente se puso a temblar, se quedó pálida como la cera y su corazón comenzó a palpar con tanta vehemencia que se le podía notar el pulso a simple vista en las arterias del cuello. Se le llenó la frente de sudor y, poco después, devolvió. ¿Qué había pasado? Una babosa cruzaba el camino. Nosotros habíamos estado hablando de la fidelidad y ella se había quejado de su marido, a quien suponía que no andaba por buenos senderos. Ya hacía tiempo que le había venido la idea —confesó— de cortarle el pito y pisárselo. Y la babosa debía ser ese pito cortado. Esto parecía aclarar suficientemente las cosas, pero yo no sé por qué razón no me satisfacía del todo, y, sin más, me puse a afirmar que debía haber algo más detrás de todo esto. Para llegar a tales extremos de celos tiene que ser uno mismo infiel. Y, en efecto, pronto salió a la superficie, pues no hay celos si el celoso mismo no es a su vez infiel. Nuestra común amiga no había pensado en el miembro de su marido, sino en el mío. Reímos ambos, pero como yo no quería dar de lado a mi magisterial papel, me

puse a darle una pequeña conferencia. «Usted está entre la espada y la pared —le dije—. Si usted me ama, le es infiel a su marido, y si usted ama a su marido, me engaña usted a mí y a su gran amor hacia mi persona. No es de extrañar que usted no pueda seguir adelante, pues se ve ante la necesidad de pisar al molusco, es decir, al miembro de uno o de otro.» Tales cosas no son nada raras. Hay personas que se enamoran en los primeros años de la juventud y conservan este amor como ideal de su vida, pero se casan con otro. Están de malhumor, es decir, le han hecho algún daño a la otra parte y, por eso, están enfadadas con ella; entonces recurren a aquel primer amor, comparan uno y otro, lamentan haberse equivocado en el matrimonio y, poco a poco, van encontrando mil razones para demostrarse lo malo que es aquel con quien se han casado y a quien han ofendido. Esta postura es astuta, pero, por desgracia, demasiado astuta. Pues les sobreviene la idea de que, por tomar el segundo amor, fueron infieles al primero, y por retener el primero, son infieles al segundo. ¡No cometerás adulterio!

Tales fenómenos, que tienen gran alcance, se comprenden difícilmente. Durante mucho tiempo he buscado la razón de por qué tales personas —que no son nada raras— se colocan en este estado de infidelidad ininterrumpida. Aquella amiga me ha descifrado el enigma, y por eso propiamente le cuento a usted la historia de la babosa. La amiga en cuestión tenía, pegada a la entrepierna, en la parte interior del muslo superior, una pequeña protuberancia más o menos de un dedo de larga y semejante a un rabito. Le molestaba muchísimo. De tiempo en tiempo se le hacía una llaga. Una curiosa coincidencia hizo que la llaga apareciese un par de veces durante mi tratamiento, y desapareciese cada vez que salían a la superficie manifestaciones de carácter homosexual. Hacía ya tiempo que se le había aconsejado operar esa formación, pero no había hecho caso. Le hablé un poco al corazón, y resultó que el rabito lo conservaba por amor a su madre. De esta madre había ella afirmado sin cesar que la había odiado toda su vida. Yo, sin embargo, jamás llegué a creérselo, aun cuando era incansable en demostrar este odio a través de mil historias. No se lo creí porque su simpatía hacia mi persona, muy grande sin duda, presentaba todos los

caracteres de una transferencia del amor a la madre. Fue necesario mucho tiempo, pero al fin logramos reconstruir un mosaico, naturalmente borroso, en el que aparecía todo: el ardiente amor a la madre, a los pechos, a los maternos brazos, su represión en favor del padre como consecuencia de un embarazo, la aparición del odio con sus restos homosexuales. No puedo darle a usted detalles, pero el resultado fue que aquella mujer, cuando la vi al año siguiente, estaba ya operada y ni temía a la infidelidad ni a las babosas. Usted puede creer lo que quiera, yo por mi parte estoy convencido de que el rabito le creció por amor a su madre. Y ahora permítame usted que añada que la babosa es también un símbolo ambiguo, que, por su figura y sus tentáculos, es un falo; pero, por su mucosidad, es el órgano femenino. Científicamente, la babosa está considerada como hermafrodita.

También voy a contarle una historia del axolotl. Usted ha visto al animalito en el Acuario de Berlín y sabe perfectamente la semejanza que tiene con un embrión. Allí, en el acuario, ante la pileta del axolotl, vi cómo se desmayaba una mujer en mi presencia. Odiaba también a su madre, por lo visto, como acontece siempre. Le gustaban mucho los niños, pero había empezado también a odiar a la madre con ocasión de un embarazo y, a pesar de su deseo, no ha podido tener niños. Examine usted atentamente a las mujeres que no tienen hijos si es que están realmente locas por tenerlos. Esta es la tragedia de la vida, que, a menudo, puede cambiarse. Pues todas estas mujeres —no dudo en decir: todas— alimentan en su corazón odio a la madre, pero detrás, en una esquina, está triste y arrinconado el reprimido amor. Ayúdeles usted a librarse de sus represiones y esas mujeres buscarán y encontrarán un hombre que, con ellas, engendrará un hijo.

Podría hablarle de esto todavía un rato, pero me tiene captada la atención un espectáculo del cual le quiero hablar a usted. Lo mejor viene al final. Debe usted saber que, mientras esto escribo, estoy sentado en una terraza, desde donde veo todos aquellos cochecitos de que le he hablado. Delante de mí están jugando dos niños, un niño y una niña, con un perro. El perro está caído de espaldas y ellos le rascan el vientre, y cada vez que, como consecuencia de las caricias, aparece el

rojo pene del animalito, los niños se ríen. Finalmente han ido ya tan lejos que el perro acaba arrojando su semen. Esto ha puesto serios a los niños. Se fueron corriendo para donde estaba la madre y no se ocuparon más del perro.

¿No ha visto usted nunca cómo personas mayores se entretienen en hacer cosquillas a su perro con la punta de la bota? Recuerdos de la infancia. Y como los perros no pueden hablar, hay que observarlos y ver lo que hacen. Hay muchos que reaccionan al olor de la sangre del período, y muchos que se masturban en la pierna de alguna persona. Y si los perros callan, pregunte usted a las personas. Usted tiene que preguntar con todo atrevimiento, si no, no responden. Pues también el bestialismo es considerado una perversidad. Y las vivencias tenidas con el perro están profundamente reprimidas. Pues el perro no es solamente un animal, es también un símbolo del padre, del guau-guau.

¿Le gustaría saber más cosas sobre los animales? Bien. Póngase durante un par de horas ante la jaula de los monos en el Jardín Zoológico, y observe usted a las crías. También puede usted echarle un par de miradas a los mayores. Si en esas dos horas no aprende usted más cosas sobre el alma humana que todo lo que pueda estar en cientos de libros, no es usted digna de tener ojos en la cara.

Le saluda su fiel

TROLL

30

Así, pues, esa era la razón de su largo silencio. Usted ha considerado una vez más la posibilidad de la publicación de estas cartas, da su *imprimatur* a la parte de la correspondencia que a mí corresponde, pero lo niega para sus propias misivas. ¡Sea, pues! ¡Y que Dios dé su bendición!

Usted tiene razón, ya va siendo hora de que empiece a ocuparme de una manera seria con el Ello. Pero la palabra no cambia, y por eso le ruego que se dé una vuelta alrededor de algunas de las muchas cosas que

280

he escrito para verla desde todos los ángulos. Con esto adquirirá usted su opinión, y de esto es de lo que se trata, no de si la opinión es verdadera o falsa. Voy a esforzarme en ser objetivo.

En primer lugar tengo que hacerle una triste confesión. El Ello, tal como yo lo he supuesto, según mi opinión, no existe en realidad. Lo he producido yo artificialmente. Como yo me ocupo solamente del hombre, del hombre individual, y de él pienso ocuparme durante lo que me resta de vida, tengo que actuar como si existiesen seres individuales separados del todo, del Dios-Naturaleza, a quienes llamamos hombres. Tengo que actuar como si tales seres individuales estuviesen separados del resto del mundo como por una especie de espacio vacío, de modo que se enfrenten de una manera autónoma a las cosas que se hallan más allá de sus imaginadas fronteras. Llamo la atención sobre esto, querida amiga, porque más de una vez ha intentado usted inducirme a charlatanear sobre el Alma del mundo, el panteísmo, el Dios-Naturaleza. No tengo la menor gana de hacerlo y declaro aquí solemnemente que de lo único que me ocupo es de lo que llamo el Ello del hombre. Y yo, en virtud de los poderes que me confiere el ser el autor de estas cartas, hago que el Ello comience con la fecundación. En qué momento precisamente del complejo proceso de fecundación, eso me es indiferente. Igualmente dejo a su arbitrio escoger uno de los momentos, de los muchos que acompañan el fenómeno de la muerte, para suponer el fin del Ello.

Como yo de antemano le doy a usted una falsificación consciente en mi hipótesis, tiene usted la plena libertad de encontrar en mis disertaciones tantos errores conscientes e inconscientes como usted quiera. Pero no olvide usted que este primer error, a saber, el considerar a cosas o individuos de naturaleza viva o inerte como separados del Todo, es un error inherente a todo humano pensamiento, y que todas nuestras declaraciones comportan esta deficiencia.

Y ahora aparece una dificultad. Esta unidad hipotética que constituye el Ello desde el momento de la fecundación consta en realidad de dos unidades, de dos Ellos, uno femenino y otro masculino. Y del hecho auténticamente desconcertante de que estas dos unidades que proceden del óvulo y del espermatozoide no son propia-

mente unidades, sino multiplicidades que provienen del tiempo de Adán y de los primeros animalitos, en los cuales lo masculino y lo femenino está muy embarullado, pero que, al parecer, subsisten el uno frente al otro sin por eso mezclarse. Le ruego mantenga en su memoria que estos dos principios subsisten el uno frente al otro, y que no se confunden. Pues de aquí se sigue que el Ello de cada persona contiene al menos dos unidades que, de alguna manera, forman otra unidad superior, pero, de algún modo, son independientes entre sí.

No sé si en usted, como en otras mujeres —y hombres, naturalmente—, puedo suponer un desconocimiento total de lo poco que se cree saber acerca de la suerte que sigue el óvulo fecundado. Para mi objeto basta con que le diga que el óvulo, después de la fecundación, se divide en dos partes, en dos células, como gusta de llamar la ciencia a estos seres. Estas dos partes se dividen a su vez en cuatro, en ocho, en dieciséis células, y así sigue el proceso hasta que por fin aparece lo que comúnmente llamamos «hombre». Gracias a Dios no necesito entrar aquí en detalles. Me basta con llamar la atención sobre un hecho que es para mí muy importante, por más incomprensible que sigue aún siendo para mí. En ese pequeñísimo ser, en el óvulo fecundado, hay un algo, un Ello, que está en condiciones de proceder a la división de las células a montones, de darle forma y funciones diferentes, de hacer de ellas piel, huesos, ojos, oídos, cerebro, etc. ¿Qué pasa, por todos los dioses, con este Ello en el momento de la partición? Sin duda que se divide él también a sí mismo, pues sabemos que cada célula individual tiene a su vez una individual posibilidad de existencia y una propia capacidad de dividirse. Pero, a la vez, algo común queda aparte, un Ello que une a las dos células e influye de alguna manera en su destino, lo mismo que ellas en el de él. A partir de estas consideraciones he debido decidirme a aceptar que, además del Ello individual de cada hombre, existe un número incalculable de Ellos que corresponden a las células individuales. Tenga usted la bondad de tener en cuenta que tanto el Ello de la individualidad completa del hombre como todos los Ellos de cada célula tienen a su vez un Ello masculino y un Ello femenino, además de los pequeñísimos Ellos de la herencia.

¡Por favor, no pierda usted la paciencia! No puedo evitar revolver un poco las cosas, cosas que al pensar y al decir cotidiano le son fáciles. Espero que algún dios propicio nos ayudará a salir de este zarzal en el que nos hemos enredado.

Por de pronto, la voy a enredar a usted aún más. Me da la impresión de que hay todavía más Ellos. Las células, a lo largo del desarrollo, se unen para formar tejidos, el tejido epitelial, el muscular, el nervioso, etc., y cada una de estas formaciones parece a su vez poseer un Ello propio que influye sobre el Ello de la totalidad, sobre los Ellos de las células y sobre los de los demás tejidos, a la vez que se deja influir por ellos en sus manifestaciones vitales. Y aún no es suficiente. Aparecen nuevas formas de Ellos en figura de órganos como el bazo, el hígado, el corazón, los riñones, los huesos, los músculos, el cerebro y la columna vertebral. Y luego se nos imponen otros Ellos en los diferentes sistemas orgánicos, es más, parece como si se formasen Ellos artificiales que llevan una vida extraña, aunque se podría suponer que se trata sólo de apariencia y nombre. Así, por ejemplo, tengo que afirmar que hay un Ello para la parte superior del hombre y otro para su mitad inferior, uno para la derecha y otro para la izquierda, uno para el cuello o para la mano, otro para los espacios vacíos del cuerpo y otro para la superficie. Son seres de los que casi se podría suponer que se originan a través de pensamientos, palabras o acciones, que casi se podrían considerar como criaturas del tan loado entendimiento. ¡Pero no lo crea usted! Tal opinión procede del esfuerzo desesperado por entender algo de lo que pasa en el mundo. En cuanto uno empieza a querer cosas de este estilo hay algún sádico Ello oculto por ahí que nos juega una mala pasada y se muere de risa al ver nuestra presunción y nuestras ínfulas.

Le ruego que no olvide usted jamás, querida mía, que nuestro cerebro, y con él nuestro entendimiento, no es más que una criatura del Ello. Naturalmente, una criatura que a su vez opera creando, pero que empieza a operar relativamente tarde y su campo de acción está limitado. Mucho antes de que se origine el cerebro, piensa ya por sí mismo el Ello del hombre, piensa sin cerebro, se construye un cerebro. Esto es algo fundamental, algo que el hombre jamás debería dejar de la memoria,

pero que, sin embargo, siempre olvida. En este supuesto, es decir, en el supuesto de que el hombre piensa con su cerebro —un supuesto que es, con seguridad, falso— se esconde la fuente de miles y miles de insensateces y, naturalmente, también la fuente de importantes descubrimientos e inventos, de todo lo que afea y hermosea a la vida.

¿Está usted satisfecha con el embrollo en que nos movemos? ¿O tengo todavía que contarle que, de continuo, caleidoscópicamente, se presentan nuevos Ellos como si acabasen de nacer? ¿Que hay Ellos de las funciones corporales, del comer, del beber, del respirar, del dormir, del andar? ¿Que hay un Ello de la pulmonía o del embarazo, y que de la profesión, de la edad, de la residencia, de las letrinas y los urinarios, de la cama, de la escuela, de la confirmación y el matrimonio, del arte y la costumbre, se forman esas extrañas cosas? Embrollo, un embrollo infinito. Nada es claro, todo es oscuro, un enredo inevitable.

¡Y a pesar de todo! Nosotros dominamos la situación. Entramos en medio de esta inundación y le construimos diques. Cogemos a esas potencias y las llevamos aquí y allá. Pues nosotros somos hombres y nuestro puño tiene poder. Nuestro puño ordena, clasifica, crea y lleva a buen término. Frente al Ello está el Yo, y sea lo que sea y se diga lo que se diga, para el hombre seguirá valiendo siempre la frase: Yo soy Yo.

No puede ser de otra manera, tenemos que imaginarnos que somos señores del Ello, de los muchos Ellos y del Ello de la totalidad, y hasta señores del carácter y las acciones de nuestros prójimos, de su vida, su salud y su muerte. En realidad no lo somos, pero es una necesidad de nuestra organización, de nuestra humanidad, el creerlo. Nosotros vivimos, y, por el hecho de vivir, tenemos que creer que estamos en condiciones de poder educar a nuestros hijos, que hay causas y efectos, que, con libre voluntad, nos es dado dañarnos y sernos útiles a nosotros mismos. En realidad no sabemos nada sobre la verdadera conformación de las cosas, no podemos decidir con veinticuatro horas de antelación lo que en realidad vamos a hacer, y no tenemos el poder de hacer nada intencionadamente. Pero somos obligados por nuestro Ello a considerar sus acciones, sus sentimientos, sus pensamientos, como obra de nuestra actividad conscien-

te, de nuestra intencionalidad, de nuestro Yo. Solamente porque somos víctimas de un sempiterno error, porque somos ciegos y no sabemos lo más mínimo de nada, por eso podemos ser médicos y tratar a los enfermos.

No sé exactamente por qué le escribo a usted todas estas cosas. Posiblemente para disculparme de ser médico, a pesar de mi firme creencia en la omnipotencia del Ello; para disculparme de tener continuamente enfermos en tratamiento, a pesar del convencimiento de que hay una necesidad que gobierna todas mis acciones y pensamientos y que está fuera de los límites de mi conciencia; para disculparme de actuar ante mí y ante los demás como si yo mismo fuese el responsable del éxito o fracaso del tratamiento. La propiedad esencial del hombre es vanidad y sobrevaloración de sí mismo. Y yo no puedo quitarme este atributo, tengo que creer en mí y en mis obras.

En el fondo, todo lo que pasa en el hombre es obra del Ello. Y está bien así. Y está bien también que al menos una vez en la vida nos quedemos quietos y, en lo posible, nos ocupemos de considerar lo independientes que las cosas son de nuestro saber y poder. Para nosotros, los médicos, es esto de especial importancia. Y no para que aprendamos a ser modestos. ¿Qué íbamos a hacer con una virtud tan inhumana, tan extrahumana? La modestia es una virtud farisea. No, sino porque, en el caso contrario, corremos riesgo de ser unilaterales, de engañarnos a nosotros o a nuestros enfermos diciendo que este o aquel tratamiento es el único correcto. Sonará absurdo, pero es verdad que cada tratamiento que se le dé al enfermo es el correcto, que es tratado siempre y en todas las circunstancias de una manera conveniente, bien sea un médico quien lo trate o un pastor con capacidades terapéuticas. El éxito no depende de lo que nosotros recetamos de acuerdo a nuestros conocimientos, sino de lo que el Ello del enfermo decida hacer con nuestras recetas. De no ser esto así tendrían que curar todas las fracturas de huesos que han sido bien colocadas y vendadas. Pero no es así. Si hubiese realmente tanta diferencia entre lo que hace un cirujano, un internista, un neurólogo o un curandero, entonces sí habría razón para gloriarse del éxito de las curas y para avergonzarse de los fracasos. Pero no hay razón para ello. Se hace, pero no hay razón para ello.

Esta carta, me parece, ha sido escrita en un estado de ánimo muy particular. Y si sigo así, acabaré por ponerla a usted triste o por hacerla reír. Y ni lo uno ni lo otro es mi intención. Prefiero contarle cómo me pasé al psicoanálisis. Entonces comprenderá usted lo que he querido decir con todas estas cosas y se dará cuenta de las extrañas ideas que poseo referente a mi profesión y la manera de ejercerla.

En primer lugar, debo familiarizarla a usted con mi estado de ánimo por aquel entonces, estado de ánimo que se puede resumir con las palabras: estaba despreciado. Me sentía viejo, no me atraían ya ni los hombres ni las mujeres, estaba harto de mis *hobbies* y, sobre todo, se me había quitado el gusto por mis actividades médicas. Seguía curando sólo para ganar dinero. Estaba enfermo, de eso no tenía la menor duda; pero no sabía lo que me pasaba. Pocos años después me dijo uno de mis críticos médicos qué enfermedad tenía: estaba hístico. Un diagnóstico de cuya exactitud estoy tanto más convencido cuanto que lo estableció sin conocerme personalmente y como consecuencia de la impresión que daban mis escritos. Los síntomas debían, pues, haber sido muy claros. En aquel entonces acepté el tratamiento de una señora muy enferma. Ello me obligó a pasar al análisis.

Usted permitirá que me adentre por la historia de esta enfermedad. No lo hago con gusto, pues desgraciadamente no me fue posible curarla del todo, aun cuando a lo largo de los catorce años que hace que la conozco y la trato se ha puesto más sana de lo que ella jamás se había atrevido a pensar. Pero para darle a usted la seguridad de que se trataba de una enfermedad «orgánica» real y sólida y no solamente de una enfermedad «imaginaria», como la histeria que yo padecía, he de decirle que, en los últimos años, había sido sometida a dos graves operaciones quirúrgicas y me fue entregada como condenada a muerte, con no poca cantidad de escopolamina, digital y otros venenos.

Al principio no fue nada fácil nuestro contacto. No me sorprendió que a mis exámenes, un tanto violentos, reaccionase con copiosas hemorragias en el útero y en el recto, pues tales reacciones las había ya observado con otros pacientes a menudo. Lo que me sorprendió fue que, a pesar de su inteligencia nada común, disponía

de un vocabulario irrisoriamente limitado. Para la mayoría de los objetos que utilizaba se valía de descripciones, de modo que, por ejemplo, en lugar de decir armario, decía cosa para la ropa, o en lugar de decir tubo de la estufa, decía instalación para el humo. A la vez no era capaz de soportar determinados movimientos, como tirar de los labios o jugar con los flecos de alguna silla. Determinados objetos que nos resultan de necesidad diaria estaban desterrados del cuarto de la enferma.

Cuando ahora pienso en el síndrome de aquella mujer tal como en aquel entonces era, me resulta a mí mismo difícil creer que hubo una época en la cual no entendía nada de todo aquello. Y sin embargo es cierto. Eso sí, me di cuenta de que en mi enferma se daba una mezcla de así llamados síntomas orgánicos y psíquicos, pero no sabía cómo se habían llegado a formar ni cómo podía ayudar a mi paciente. Sólo una cosa me resultó clara desde el principio, a saber, que entre mí y la enferma existía una misteriosa relación que hacía que la enferma tuviese confianza en su médico. Entonces no conocía aún el concepto de transferencia, pero me alegraba de la aparente sugestibilidad del objeto de tratamiento y la seguí medicando como acostumbraba a hacerlo. La primera vez que la visité conseguí ya un éxito bastante grande. Hasta el presente la enferma se había siempre negado a tratar sola con un médico; exigía que estuviese siempre presente la enfermera de más edad, y así, sólo era posible entenderse a través de la enfermera. De un modo extraño aceptó inmediatamente mi propuesta de recibirme sola la próxima vez. Recién más tarde me di cuenta de que esto se debía a la clase de transferencia de que se trataba. La señorita G. veía en mí a su madre.

Aquí debo hacer una anotación sobre el Ello del médico. Yo tenía entonces la costumbre de imponer con absoluta severidad las pocas disposiciones que daba y llevarlas a efecto sin consideraciones ni miedos. Solía decir: «Antes morir que no cumplir alguna de mis disposiciones», y lo decía en serio. He tenido enfermos del estómago que, después de determinadas comidas, sufrían dolores o vómitos. Pues bien, les daba por tanto tiempo esas comidas hasta que aprendían a tolerarlas. A otros que, presos de artritis o de flebitis, no se podían mover de la cama, los obligaba a levantarse y a andar.

He tratado enfermos de apoplejía a quienes les he hecho doblarse y encorvarse todos los días. He cogido personas, de las que sabía que iban a durar pocas horas, las he hecho vestir y luego sacado conmigo a pasear. Una de ellas cayó muerta a la puerta de la casa. Esta manera de aplicar la sugestión de una manera autoritaria, infalible, paternal, como un padre fuerte y bueno, la conocía ya de mi padre, la aprendí con el mayor maestro de lo que es el arte de ser médico a lo padre, de Schweninger, y en buena parte, lo traía yo también de nacimiento. En el caso de la señorita G. todo tomó otros derroteros, y esto de antemano. La actitud que adoptó ante mí, la actitud de un niño —y de un niño de tres años, como resultó ser después—, me obligó a mí a adoptar el papel de la madre. Este paciente despertó en mí Ello fuerzas maternas que estaban adormecidas y que dieron una dirección a mi comportamiento. Más tarde, cuando me puse a examinar atentamente mi propio comportamiento médico, resultó que tales enigmáticos influjos me habían colocado ya antes dentro de papeles que no eran precisamente paternos, aun cuando consciente y teóricamente estaba convencido de que el médico debe ser padre y amigo, debe dominar.

Así, pues, me encontraba de repente ante la extraña realidad de que no trataba yo al enfermo, sino que el enfermo me trataba a mí. O, traduciéndolo a mi lenguaje: el Ello del prójimo trata de transformar mi Ello de tal manera, y lo transforma de hecho, que le resultase útil para sus fines.

Fue incluso difícil llegar a este conocimiento. Pues usted puede comprender que, con ello, se le dio vuelta totalmente a mi relación con el paciente. Ya no se trataba de darle prescripciones, de recetarle lo que yo consideraba correcto, sino más bien de convertirme en lo que el enfermo necesitaba que fuese. Pero del conocimiento a la puesta en práctica de las consecuencias que del conocimiento se derivan hay un gran trecho. Usted misma ha podido observar este camino, lo ha podido ver; ha podido ver cómo yo pasé de ser un médico activo y que intervenía en todo, a ser un instrumento adaptado a cada caso. Usted me ha criticado a menudo y me sigue criticando por eso, me apremia siempre de nuevo a que aconseje aquí, intervenga allá y ayude dirigiendo y dando

órdenes en el otro sitio. ¡Si quisiese usted dejarme en paz! Estoy irremisiblemente perdido para esa actividad; evito dar el menor consejo, me esfuerzo por eliminar toda clase de resistencia de mi Ello al Ello del enfermo, me siento dichoso, veo éxitos y yo mismo me he curado. Si algo lamento es el hecho de que el camino que sigo es ancho y cómodo, de modo que, por pura curiosidad e indomable soberbia, me aparto de él, me meto por pantanos y barrancos y acabo por procurar daño y trabajo a mí y a mis pacientes. Me da la impresión de como si lo más difícil de la vida fuese precisamente el dejarse ir, el escuchar las voces del Ello de uno mismo y del prójimo y seguirlos. Pero no merece la pena. Poco a poco se convierte uno de nuevo en niño y, como usted sabe: si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Habría que acabar con el deseo de ser mayor a los veinticinco años. Hasta esta edad es necesario para crecer, pero después se precisa sólo en casos contados para procurar la erección. El no ocultarse a sí mismo ni a los demás el que uno se ha puesto lacio, se ha relajado, que su miembro está flácido, esto sería lo importante. Pero nosotros somos como aquellos lansquenetes con el falo de madera de que le hablé.

Y por hoy basta. Hace tiempo que siento la necesidad de oír de sus labios su juicio acerca de lo que yo he avanzado en esto de volverme niño, en esto del desyoimimiento. Yo mismo tengo la sensación de que recién me encuentro al comienzo de ese proceso que mayormente llaman envejecer y que a mí se me antoja como una vuelta a la niñez. Pero me puedo equivocar. Las palabras airadas de un enfermo que, después de dos años de separación, me dijo: «Usted ha empezado a andar bien psíquicamente», me han dado algo más de confianza. Por favor, dígame usted lo que piensa a este su fiel

PATRIK TROLL



Jamás habría pensado que fuese usted capaz de refirir de esta manera, amiga respetabilísima. Usted pide claridad, nada más que claridad. ¿Claridad? Si a mí me resultase clara la cuestión del Ello, creería ser el mismo Dios. Permítame usted que piense de mí de una manera más modesta.

Si usted permite voy a volver sobre cómo llegué a convertirme en un discípulo de Freud. Una vez que la señorita G. me hubo nombrado su médico-madre, se hizo más confiada. No oponía dificultades a todos los manejos a que la sometían mis masajes, pero seguía siendo difícil hablar con ella. Poco a poco me fui acostumbrando —por puro juego, me parecía a mí— a su circunloquial manera de expresarse, y he aquí que, después de algún tiempo, empecé a darme cuenta, para mi propia admiración, de que ahora veía cosas que antes no había visto. Empecé a conocer el símbolo. Tiene que haber ido todo muy despacio porque no recuerdo en qué ocasión comprendí por vez primera que una silla no es una silla, sino el mundo entero, que el dedo pulgar es el padre, que puede ponerse botas de siete leguas, y luego, como índice enarbolado, ser símbolo de la erección; que una estufa encendida significa una mujer muy pasional, y el tubo, el hombre, y que el color negro del tubo es causa de unos terrores indescriptibles, pues en lo negro se ve a la muerte, y esta inocente estufa encarna el comercio sexual entre un hombre difunto y una mujer viva.

¿Qué más le voy a decir? Se apoderó de mí un entusiasmo como ni antes ni después volví a experimentar. El símbolo fue lo primero que yo aprendí de la sabiduría analítica y, desde entonces, no me ha abandonado jamás. Tengo a mis espaldas un largo camino de catorce años, y si miro hacia atrás, me encuentro con que está lleno de hallazgos de la simbología, embrolladamente lleno, maravillosamente variopinto y de una variedad caleidoscópica. La violencia con que me transformó esta mi intuición de los símbolos tiene que haber sido enorme, pues ya en las primeras semanas me llevó a buscar

el símbolo en las alteraciones orgánicas externas, en lo que se llama enfermedades físicas orgánicas. El que la vida psíquica está constituida por un continuo simbolizar me resultaba tan natural, que reprimí impacientemente toda la masa de nuevos sentimientos e ideas que se agolpaban en mi mente para estudiar a toda prisa los efectos de la representación simbólica en las enfermedades orgánicas. Y estos efectos resultaron ser para mí verdaderamente mágicos.

Piense usted que yo llevaba veinte años de actividad médica dedicada exclusivamente —siguiendo a Schwe-ninger— a enfermos crónicos y desahuciados. Sabía de sobra lo que se podía conseguir con mi práctica anterior, y, por eso, atribuí sin más el plus en éxito que ahora me acompañaba a mis nuevos conocimientos sobre los símbolos, que yo dejaba soplar sobre los enfermos como viento de tempestad. Fue un tiempo hermoso.

A la vez que conocía a los símbolos, mi enferma me llevó a dar prácticamente con otra de las propiedades características del humano pensar: la tendencia a asociar. Es posible que en todo ello haya habido influjos de diferente procedencia, como revistas, comunicaciones orales, chismes, pero lo esencial procede de la señorita G. También con las asociaciones hice en seguida felices a mis enfermos. De ello se me han quedado pegadas suficientes cosas en mis costumbres médicas como para no dejar de cometer errores, pero en aquel entonces todo me parecía muy bien.

Mientras, fueron bien las cosas. Qué pronto hubo retrocesos. Determinadas y misteriosas fuerzas se levantaban de repente y me prohibían seguir adelante. Más tarde, bajo el influjo de Freud, me di cuenta que se trataba de lo que llamamos resistencias. Aconteció que caí otra vez en el sistema de dar órdenes, pero fui castigado con el fracaso y, por fin, aprendí bastante bien a abrirme paso. Al fin y al cabo los éxitos superaban las esperanzas y, cuando estalló la guerra, me había hecho ya con una metodología que, al menos, respondía a las exigencias de mi praxis. Luego, durante el par de meses que pasé en el hospital militar, pude probar mi dilectante y desenfrenado analizar —que, por lo demás, hasta el día de hoy conservo— en heridos y, así, comprobar que la herida o las fracturas de huesos reaccio-

nian de la misma manera al análisis del Ello que las nefritis, las cardiopatías o las neurosis.

Hasta aquí todo suena bonito y agradable y creíble. Pero en medio de esta evolución hay algo muy enigmático: un ataque público a Freud y al psicoanálisis. Usted lo puede hallar aún impreso en un libro que trata del hombre sano y del enfermo. Siempre me he preciado de haber aprendido el psicoanálisis de la señorita G., y me preció de ello todavía. Pero no puede ser cierto, pues ¿cómo, si no, puedo haber yo conocido el nombre de Freud en una época en la que presuntuosamente no sabía nada de él? De que yo no tenía idea exacta de lo que él era dan testimonio las cosas que escribí. Y no puedo imaginarme tonterías mayores que esas. ¿Pero dónde, por todos los dioses, estaban las campanas que yo había oído? Recién hace muy poco tiempo me he dado cuenta. La primera idea de ello la tuve yo muchos años antes de conocer a la señorita G. a través de un artículo en el periódico, y la segunda vez que oí el nombre de Freud y la expresión psicoanálisis fue a través de la charla de un enfermo que había adquirido sus conocimientos Dios sabe dónde.

Mi vanidad no me ha permitido durante mucho tiempo ocuparme del psicoanálisis científico. Más tarde traté de reparar esta falta y espero haberlo conseguido pasablemente bien, aun cuando aquí y allá quedan todavía yerbas sin escardar en mi pensar y actuar psicoanalíticos. Pero la cabezonería de no querer aprender tiene también sus ventajas. A través de ese ciego tantear, no estorbado por conocimientos previos, llegué por casualidad a la idea de que, análogamente a lo que acontece con el pensar cerebral, puede haber también un inconsciente semejante en otros órganos, células, tejidos, etc., y que, estando íntimamente unidos todos estos inconscientes particulares en un organismo, se podría ejercer un influjo curativo sobre todos estos seres particulares analizando el inconsciente cerebral.

No crea usted que me siento nada bien mientras escribo estas frases. Tengo el oscuro presentimiento de que ni siquiera van a ser capaces de resistir su amable crítica, cuanto menos un examen severo por parte de la ciencia. Como a mí siempre me ha resultado mucho más fácil afirmar que demostrar, me agarro ahora también a la afirmación y digo: por medio del análisis es

posible influir sobre toda enfermedad del organismo, siendo indiferente el que se le dé el nombre de psíquica o de física. Es simple cuestión de conveniencia el que, en cada caso, se proceda analítica, quirúrgicamente o por procedimientos de fisioterapia, que se utilice un régimen dietético o medicamentoso. De por sí no hay ningún campo de la medicina en la que no se pueda aprovechar el descubrimiento de Freud.

El haberme usted llamado la atención, querida amiga, sobre el hecho de que soy un médico y tengo una praxis, de que me llamo doctor, y el haberlo hecho de una manera tan enérgica, me obliga a hablar un poco más de las enfermedades, de cómo me figuro su origen y su curación. Pero primero tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a llamar enfermedad. Creo que no debemos preocuparnos de lo que otras personas entienden por ello. Nosotros establecemos nuestro propio concepto. Y ya es una manifestación vital del organismo humano. Tómese usted tiempo para reflexionar sobre si quiere estar de acuerdo con esta fórmula o no. Y mientras tanto, permítame usted que obre como si estuviese de acuerdo.

Quizá no considera usted muy importante esta cuestión. Pero si usted, como yo, se hubiese esforzado a lo largo de treinta años, día por día, en hacer comprender a tantos y tantos hombres esta sencilla frase y hubiese hecho la experiencia, día por día y durante treinta años, de que no quiere entrar en sus cabezas, me daría usted razón ante el hecho de que le dé tanta importancia a que, al menos, usted la entienda.

Para quien, como yo, es la enfermedad una manifestación vital del organismo, no verá ya en ella a un enemigo. Ya no se le ocurrirá más el combatir la enfermedad, no pretenderá curarla, y ni siquiera tratarla. Sería para mí igualmente absurdo tratar la enfermedad que pretender corregir el carácter burlón que usted tiene transcribiendo limpiamente las pequeñas maldades de sus cartas en otros tantos piropos, sin hacerle a usted siquiera comunicación de ello.

Desde el momento en que me doy cuenta que la enfermedad es una creación del enfermo es para mí lo mismo que su manera de andar, de hablar, que los gestos de su rostro, el movimiento de sus manos, los dibujos que realiza, la casa que ha construido, el negocio que

ha concluido o el derrotero que siguen sus pensamientos: un símbolo muy digno de consideración de los poderes que en él dominan y que yo trataré de influir si lo considero conveniente. La enfermedad no es ya algo anormal, sino algo que está condicionado por la naturaleza de esa persona que está enferma y que quiere someterse a mi tratamiento. Hay una diferencia en el hecho de que las creaciones del Ello que solemos llamar enfermedades pueden ser, en determinadas circunstancias, desagradables para el autor mismo de ellas o para su entorno. Pero, a fin de cuentas, también una voz chillona o una escritura ilegible pueden resultar insoportables para el hombre y sus semejantes, y una casa mal construida está igualmente necesitada de transformación que un pulmón aquejado de pulmonía, de modo que, después de todo, no hay ninguna diferencia esencial entre una enfermedad y el hablar, el escribir o el construir casas. Con otras palabras, no puedo decidirme a proceder con un enfermo de una manera diferente a como habría que proceder con uno que escribe mal, habla mal o construye defectuosamente. Trataré de enterarme de por qué y con qué objeto su Ello se vale de un hablar, escribir o construir defectuosos o de una enfermedad y lo que con ello quiere decir. Me voy a informar en él, en el Ello mismo, de cuáles son las razones que lo llevan a ese su comportamiento, desagradable para mí y para él; voy a conversar con él y ver lo que hace. Y si no basta una conversación, la repetiré diez, veinte, cien veces, hasta que comience a aburrirse de ellas y, o cambia sus procedimientos u obliga a su criatura, al enfermo, a apartarse de mí, bien sea interrumpiendo el tratamiento o muriéndose.

Ahora bien, concedo que puede ser necesario, y mayormente lo es, el transformar cuanto antes una casa defectuosamente construida o bien destruirla, el meter en la cama a un enfermo de pulmonía y cuidarlo, el apartar el agua de un hidrópico que tiene, por ejemplo, digital; el poner bien en su lugar un hueso fracturado e inmovilizarlo, el amputar un miembro atacado de gangrena. Es más, tengo incluso fundadas esperanzas en que un arquitecto cuya construcción inmediatamente después de entregarla al inquilino es necesario transformarla o derribarla entrará en sí mismo, reconocerá sus faltas, las evitará en el futuro o abandonará su pro-

fesión. Tengo fundadas esperanzas en que el Ello, si es que su propio producto, los pulmones o los huesos, está dañado y, como consecuencia, sufre dolores y padecimientos, acabará siendo razonable y aprenderá algo para el futuro. Con otras palabras, el Ello puede llegar a convencerse a sí mismo a través de la experiencia de que es una tontería exhibir sus potencialidades en la producción de enfermedades, en lugar de invertir las en la composición de una canción, en la puesta en marcha de un negocio, en un aligeramiento del vientre o en un acto sexual. Pero todo esto no me exime a mí, cuyo Ello me ha convertido en médico, de la necesidad de escuchar de vez en cuando las razones del patófilo Ello de mis semejantes, respetarlas como se merecen y, donde es necesario y posible, rebatirlas.

El asunto es suficientemente importante como para que lo miremos también desde otros puntos de vista. Por lo general estamos acostumbrados a buscar las causas de nuestras vivencias en el mundo interior o en el exterior, según nos plazca. Cuando resbalamos en la calle buscamos y encontramos la monda de naranja, la piedra, la causa exterior que nos ha producido la caída. Si, por el contrario, cogemos una pistola y nos metemos una bala en la cabeza somos de la opinión de que lo hacemos por razones internas e intencionadamente. Cuando alguien coge una pulmonía le echamos la culpa a una infección originada por neumococos, pero cuando nos levantamos de la silla, vamos por el cuarto y sacamos morfina del armario para tomárnosla nos imaginamos que estamos obrando por razones internas. Yo pretendo siempre saber las cosas mejor que los demás, como usted sabe, y cuando alguien me puso delante de mis narices la monda de naranja que, contra toda policía, estaba en la calle y había originado la fractura del brazo de la señora Lange me fui hacia ella y le pregunté: «¿Qué es lo que pretende usted con fracturar el brazo?» Y cuando alguien me contó que el señor Treiner se tomó ayer morfina porque no podía dormir, me fui al señor Treiner y le pregunté: «¿Cómo y por qué medio llegó a cobrar en usted ayer tanta fuerza la idea "morfina" que le quitó a usted el sueño para podérsela tomar?» Hasta el presente siempre ha habido respuestas a tales preguntas, cosa que, por otra parte, no es nada extraña. Todas las cosas tienen dos lados, así pues, desde los dos

se las puede mirar, y, con un poco de esfuerzo, uno encontrará que para todos los acontecimientos de la vida hay dos causas, una interna y otra externa.

Este deporte del querer saber siempre mejor las cosas ha tenido consecuencias singulares. Yo siempre me he sentido más tentado por buscar la causa interna, en parte por haber nacido en una época en que se hablaba del bacilo y sólo del bacilo, si es que ya no seguía adorando las palabras resfriado y estropearse el estómago, en parte también porque muy pronto —como consecuencia de mi soberbia «maligna»*— fue tomando cuerpo en mí el deseo de encontrar un Ello, un dios, a quien poder hacer responsable de todo. Pero como yo no estaba tan mal educado que fuese a reivindicar la omnipotencia únicamente para mí, se la concedí también a los demás hombres, encontré también para ellos el tan escandaloso Ello y, desde este momento, pude afirmar: «La enfermedad no viene de fuera, el hombre mismo se la crea, sólo que utiliza el mundo exterior como instrumento para enfermar, escoge, de todo el inagotable arsenal que hay en el mundo, hoy la espiroqueta de la sífilis, mañana una cáscara de naranja, pasado mañana una bala de pistola, y, al día siguiente, un resfriado con el fin de hacerse con el padecimiento. Siempre lo hace con la intención de acrecentar el placer, pues el hombre, por naturaleza, encuentra alegría en el dolor; el hombre, por naturaleza, se siente culpable y quiere alejar el sentimiento de culpa a través de la autopunición o bien quiere evitar cualquier incomodidad. Mayormente no es consciente de todas estas cosas extrañas, es más, en realidad todo esto es decidido y realizado en las profundidades del inconsciente, en las que jamás podemos penetrar con nuestra mirada. Pero entre las insondables capas del Ello y nuestro humano sentido común hay determinadas capas del inconsciente que son asequibles a la conciencia a las que Freud da el nombre de concien-ciables y en las que se pueden encontrar toda clase de cosas bonitas. Y lo más extraño es que, si uno se pone a revolverlas, resulta que no es nada raro que de repente aparezca lo que llamamos curación. Sin entender lo más mínimo de cómo todo esto se realiza, por casualidad,

* «Maligna», o sea, según notas anteriores, «de Troll», «del maligno». [N. del T.]

sin mérito ni merecimiento de nuestra parte. Tengo que repetirlo siempre de nuevo.

Para terminar, según vieja costumbre, una historia o, mejor, dos. La una es bastante simple, y usted va a encontrar ridículo el que yo le dé importancia. Dos oficiales conversan en la trinchera, hablan de casa y de lo hermoso que sería recibir el tiro que proporcionaría el necesario permiso de unas semanas. Uno de ellos no se contenta con esto, prefiere una herida suficiente para que no lo vuelvan a mandar al frente y cuenta el caso de uno de sus camaradas que recibió un tiro en el codo del brazo derecho y, como consecuencia, fue declarado inútil. «No me vendría mal a mí una cosa semejante.» Media hora más tarde le alcanza a él mismo un tiro en la articulación del codo del brazo derecho. La bala lo alcanzó en el momento en que levantaba el brazo para saludar. Si no hubiese saludado, la bala habría pasado de largo. Y no tenía necesidad de saludar, pues al camarada a quien saludó lo había encontrado ya tres veces en las últimas dos horas. Usted no necesita darle importancia a la cosa. Basta con que yo saque mis consecuencias. Y como yo he tenido la prudente intención de encontrar lo más a menudo posible una relación íntima entre la herida y el deseo del Ello de ser herido, no me ha resultado difícil convencer a la gente de ello. Basta.

Otro señor se presentó a mi consulta bastante después de la guerra. No importa por qué razón. Entre otras cosas, era víctima de cortos ataques de epilepsia, y al describirme tales ataques me contó la siguiente historia: Estaba harto del frente y le daba vueltas a la idea de cómo lograr, sin graves consecuencias, escapar del fregado. Entonces se le ocurrió —y esta ocurrencia no fue casual, sino provocada por impresiones inmediatamente previas, cuya enumeración nos llevaría demasiado lejos—, entonces se le ocurrió el recordar cómo, en el penúltimo curso de bachillerato, fue obligado por su padre, que era muy severo, a esquiar, lo incómodo que ello le resultaba y cómo había envidiado a su compañero que, esquiando, se había roto una rodilla, y, como consecuencia, durante meses permaneció sin ir al colegio. Dos días más tarde se encontraba, como jefe de batería, en el puesto de observación. Su batería estaba bajo fuego de tres baterías francesas: una ligera, que se quedaba demasiado corta; una mediana, que dis-

paraba demasiado hacia la izquierda, y una pesada, cuyas granadas caían en espacios regulares de cinco minutos precisamente entre su batería y el puesto de observación donde él estaba. Si el señor Tal y Tal abandonaba su puesto inmediatamente después de haber explotado la granada podía llegar sin dificultad a su batería, cosa que hizo por dos veces. Entonces llegó una orden del que estaba detrás y en un puesto seguro de que la batería del señor Tal y Tal tenía que cambiar de sitio. Se enfadó no poco con la orden, añoró una vez más el tiro liberador que lo llevaría a su casa y abandonó —sí, debo creer lo que me dijo y lo creo—, y abandonó su protección precisamente en el momento en que había ya transcurrido la bien conocida pausa de cinco minutos entre granada y granada. El resultado fue satisfactorio: dos segundos más tarde había caído al suelo con la rodilla derecha destrozada, le dio su ataque y, una vez recobrada la conciencia, fue llevado a retaguardia. Naturalmente es una casualidad. ¿Quién podría dudarle? Pero la cosa tuvo su epílogo, y por eso le cuento a usted la historia. Al señor Tal y Tal le quedó, desde entonces, la pierna rígida. No rígida del todo, pero sí tal que, actuando sobre la articulación, ésta se dejaba doblar hasta que, a un ángulo de unos 20 grados, chocaba con una resistencia. Esta resistencia se debía, según el testimonio autorizado de personas que deberían saberlo, pues se trataba de cirujanos y especialistas en rayos X que, en parte, eran de renombre, a una mala formación de la cicatriz de la rótula. Un día, después de haberme contado la historia, el señor Tal y Tal podía doblar ya su rodilla en 26 grados, los próximos días siempre algo más, hasta que, después de ocho días, podía montar tranquilamente en bicicleta. Y nada se había hecho con su rodilla, a excepción de que él había hablado de ella y se había llamado la atención sobre los extraños procedimientos curativos del Ello. Lo que no aprendió fue a ponerse de rodillas. Y es una lástima. Su madre es una mujer muy piadosa y le gustaría que aprendiese de nuevo a rezar, lo que con tanto interés hacía de niño. Pero parece que todavía está demasiado descompuesto con su padre, a cuya imagen y semejanza se construyó su Dios, como para doblar las rodillas delante de él.

Voy a contarle todavía otra cosa: Ultimamente me

visitó un señor joven que desde hacía tiempo se encuentra bajo mi tratamiento. Era presa de unos temores horribles que lo perseguían día por día. Cuando se presentó en mi consulta sabía ya que se trataba del miedo a ser castrado, y en seguida, al principio, me empezó a contar un sueño de la infancia. Dos ladrones entran en la caballeriza de su padre y castran a su caballo preferido, un caballo negro. Hay que notar que este señor tenía, a diferencia de sus dos hermanos, el pelo totalmente negro. Siendo aún un niño —creo que con nueve años— cogió un resfriado crónico y no pasó mucho tiempo hasta que le operaron un trozo del tabique nasal. Conozco el tema. Se trata de una artimaña del Ello para castrar simbólicamente al padre. Y diez años más tarde se hizo amputar, sin razón alguna, los dos dedos meñiques de los pies. Lo que hizo fue castrar en símbolos a sus dos hermanos. Pero no le sirvió de nada; sus temores no le abandonaron. Consiguió que lo dejaran en paz después de un análisis penoso que duró años. Divertido en todo esto es el hecho de que este señor goza vivamente con la fantasía de ser una mujer, y, sin embargo, le gustaría especialmente ser activo en forma heterosexual. Ha preferido volver contra padre y hermanos su deseo de ser castrado, de convertirse en mujer, y expía este mal deseo con la operación de los dedos y la nariz y con el miedo.

El Ello hace cosas extrañas: provoca la curación, provoca la enfermedad, impone amputaciones de miembros sanos y hace que los hombres corran en busca de las balas que los han de alcanzar. En fin, es una cosa caprichosa, incontrolable y divertida.

Cordialmente,

PATRIK

No, querida amiga, los dedos no le volvieron a crecer a pesar del Ello y del análisis. Pero esto no excluye el que, alguna vez, se encuentre un método capaz de conducir al Ello a que forme otra vez los miembros que han sido amputados. Los experimentos llevados a estu-

diar el crecimiento de órganos separados del organismo demuestran que son posibles muchas cosas que no hace aún treinta años se consideraban de todo punto imposibles. Pero tengo la intención de abusar de su buena fe con cosas aún más extrañas.

¿Qué piensa usted, por ejemplo, del Yo? Yo soy Yo, éste es un enunciado básico de nuestra vida. Mi afirmación de que este enunciado, que da expresión a la conciencia del Yo en el hombre, es un error no va a conmover al mundo como lo conmovería si se le prestase fe. Nadie se lo va a creer, nadie se lo puede creer, ni yo mismo lo creo, y, sin embargo, es verdad.

Yo no soy en absoluto Yo, sino una forma continuamente cambiante en que se manifiesta el Ello, y la conciencia del Yo es una treta del Ello para inducir a error al hombre en su propio conocimiento, para facilitarle el autoengaño, para hacerlo un instrumento más dócil de la vida.

Yo. Con el progresivo atontamiento a que conduce la vejez nos acostumbramos tanto a esta idea de grandeza imbuida por el Ello, que olvidamos totalmente la edad en que estábamos frente a esta idea sin comprenderla, en que hablábamos de nosotros en tercera persona. «Emmy mala, azotes.» «Patrik bueno, chocolate.» ¿Qué persona mayor puede gloriarse de poseer tamaña objetividad?

No quiero afirmar que el concepto del Yo, la idea de la propia personalidad, se origina recién en el momento en que el niño aprende a decir este *shibbolet* del espiritual empobrecimiento. Pero sí se puede afirmar muy bien que la conciencia del Yo, el arte y manera como nosotros los mayores usamos este concepto, no nace con el hombre, sino que se desarrolla poco a poco, se aprende.

Usted tiene que permitirme que hable un poco por encima de las cosas. Nadie se las arregla en el fárrago del Yo, y nadie conseguirá arreglárselas en los tiempos más remotos.

Hablo con toda intención de la conciencia del Yo tal como nosotros, las personas mayores, la sentimos. Pues no es en absoluto seguro que el niño recién nacido carezca de la conciencia de ser un individuo, es más, yo estoy inclinado a creer que él también posee una tal conciencia, lo que pasa es que no puede expresarla por

medio del lenguaje. Creo incluso que hasta el embrión posee una tal conciencia de su individualidad, y también el óvulo fecundado, el no fecundado y el espermatozoide. Y de aquí se deduce para mí que cada célula tiene conciencia de su propia individualidad, que cada tejido la tiene, e igualmente cada órgano y cada sistema. Con otras palabras: cada unidad de Ello puede meterse en la cabeza, si le place, que es una individualidad, una persona, un Yo.

Sé muy bien que esta manera de ver las cosas embrolla todos los conceptos, y si usted diese de lado a la carta de hoy y no la leyese, no me extrañaría por eso. Y con todo, tengo que decir que la mano humana tiene su propio Yo, que sabe lo que hace y que es consciente de este su saber. Y cada célula de los riñones y cada célula de las uñas tienen igualmente su conciencia y su actuar consciente, su conciencia del Yo. No lo puedo demostrar, pero lo creo porque soy médico, y he visto que el estómago responde de una manera determinada a determinadas cantidades de comida, que prevé la cantidad y la especie de sus secreciones, sopesa lo que se le va a cargar y, según eso, toma las consiguientes medidas para que los ojos, los oídos, la nariz, la boca, etc., actúen como órganos a su servicio para determinar lo que va a hacer. Lo creo porque un labio que no quiere besar, aun cuando el Yo del hombre lo anhela, consigue hacerse una ampolla, ponerse malo, dar a conocer su opuesta voluntad de manera inequívoca y con probado éxito. Lo creo porque un pene puede protestar contra un coito ávidamente deseado por el Yo de la totalidad dando lugar a un herpes en su superficie, o logra vengarse de ser violado por la prepotencia del instinto sexual dejándose contagiar de sífilis o de gonorrea. Porque un útero logra oponerse tozudamente al embarazo por más que el Yo consciente de la mujer lo desea tan entrañablemente que se somete a un tratamiento o se hace operar. Porque un riñón puede negarse a trabajar si el Yo del hombre exige algo inicuo. Y porque cuando se consigue convencer a la conciencia del labio, del estómago, del riñón, del pene, del útero, a que acepten la voluntad del Yo de la totalidad, entonces desaparecen todas sus manifestaciones de hostilidad, todos los síntomas de enfermedad.

Para no ser totalmente incomprensido por usted en

mis ya de por sí nada claras manifestaciones, tengo que llamarle la atención expresamente sobre una cosa: este Yo que yo reivindico para las células, los órganos, etc., no es, naturalmente, lo mismo que el del Ello. En absoluto. Este Yo es más bien un producto del Ello, lo mismo que, por ejemplo, son productos del Ello los sonidos, el movimiento, el pensar, el construir, el caminar erecto, el enfermar, el bailar o el ir en bicicleta. La unidad del Ello actualiza su vida unas veces de esta y otras veces de aquella manera. Convirtiéndose en una célula de orina o ayudando a formar una uña, formando un leucocito o una célula cancerosa, dejándose envenenar, o evitando una piedra picuda y siendo consciente de todo esto y de cualquier otro fenómeno. Salud, enfermedad, talento, pensamiento, acción, pero ante todo el percibir, el querer y el ser consciente son únicamente producto del Ello, manifestaciones de vida. Sobre el Ello mismo no sabemos nada.

Todo esto es bastante entreverado. Pues si usted se imagina cómo se entremezclan mutuamente los Ellos particulares y el Ello de la totalidad, cómo aquí, allá, ahora de esta manera, luego de la otra, se unen y se separan, cómo de pronto hacen uso del Yo de la totalidad para sacar algo a la conciencia y, a la vez, reprimir esto o aquello en las profundidades del inconsciente, como llevan algunas cosas a la conciencia de la totalidad y otras simplemente a las conciencias particulares, cómo, por otra parte, encierran en cámaras determinadas cosas que pueden ser luego sacadas con ayuda de la memoria o de la reflexión y ser conducidas a la conciencia total, mientras la mayor parte, con mucho, de la vida, del pensar, del sentir, del percibir, del querer, del actuar se mueve en profundidades ininvestigables, si usted piensa todas estas cosas, llegará a tener una ligera idea de lo pretencioso que es el querer entender algo. Pero, gracias a Dios, el entender no es necesario, y el querer entender es sólo un estorbo. El organismo humano está constituido de una manera tan extraña que —si le place, si no, no— es capaz de dar respuestas tan formidables a una palabra suave, a una sonrisa amable, a un apretón de manos, a un corte de navaja, a una cucharadita de té, que no nos admiran porque son cotidianas. Yo me he ocupado de toda clase de actividades médicas,

unas veces de una manera, otras de otra, y he llegado a la conclusión de que todos los caminos llevan a Roma, el de la ciencia y el de los curanderos. Por eso no considero como especialmente importante cuál es el camino que uno sigue, supuesto el caso que se dispone de tiempo y no se tiene demasiado amor propio. A lo largo de mis años de praxis se han desarrollado en mí costumbres frente a las cuales soy impotente, a las que tengo que seguir porque me parecen loables. Y, entre estas costumbres, está encima de todas el psicoanálisis, es decir, el intento de retrotraer a la conciencia lo inconsciente. Otros lo hacen de otra manera. Yo estoy conforme con mis resultados.

Pero yo quería hablar del Yo y de su complejidad. Bajo la palabra Yo se suele entender únicamente lo que yo hace un momento llamaba Yo de la totalidad, del cual me valgo como punto de ataque en mis experimentos psicoanalíticos, del cual también únicamente puedo valerme. Pero también el Ello de la totalidad tiene sus particularidades, que todo el mundo conoce, pero a las que raramente presta atención por lo corrientes y naturales que son. El Yo de la totalidad —llamémosle de ahora en adelante simplemente Yo— no es un ser que se pueda abarcar fácilmente con la vista. En cuestión de pocos minutos da vuelta a las diferentes partes de su extremadamente escabrosa e irisada superficie. Ora es un Yo que procede de nuestra infancia, ora uno de cuando teníamos veinte años; ora es un Yo moral, ora sexual, ora asesino. Ahora es piadoso, un poco después descarado; por la mañana es el de un oficial o un empleado, un Yo profesional, y por la tarde es el Yo de un jugador de naipes, de un sádico o de un pensador. Si usted recapita que todos estos Yos —y se podrían decir aún cantidades innumerables de ellos—, que todos estos Yos están a la vez en el hombre, puede usted imaginarse qué fuerza reside en el inconsciente, qué excitante es su observación, qué indecible alegría constituye el influir sobre este Yo, esté frente a nosotros consciente o inconscientemente. Ay, querida amiga, recién desde que me dedico al análisis he aprendido a saber lo hermosa que es la vida. Y cada día es más hermosa. ¿Me permite que le diga algo que, siempre de nuevo, me coloca en estado de admiración? El pensar del hombre —el pensar del Ello o, al menos, la vida inconsciente del Yo— parece que se

mueve como una bola. Esa es la impresión que yo tengo. No veo más que hermosas bolas redondas. Cuando uno se pone a escribir y a mirar un determinado número de palabras así como se le van ocurriendo, se van organizando ellas mismas en una fantasía redonda, en una composición en forma de bola. Y si se le manda hacer lo mismo a uno de nuestros semejantes, resulta también una bola. Y estas bolas se deslizan rodando, giran con rapidez o despacio y presentan irisaciones en miles de colores. De colores tan hermosos como los que vemos con los ojos cerrados. Es una maravilla. O, para decirlo de otra manera, el Ello nos obliga a asociar en formas geométricas que se organizan —cromáticamente— de una manera semejante a como acontece con esos lindos instrumentos ópticos que, al hacerlos girar, sus trozos de cristales cromados dan origen a siempre nuevas figuras.

Ahora debería decirle a usted algo sobre el origen de las enfermedades, pero resulta que no sé nada. Y también sobre la curación debería hablar, si quisiese corresponder a sus deseos. Pero sobre esto sé aún mucho menos. Para mí son ambas cosas simples hechos que acepto. A lo sumo, sobre la cuestión del tratamiento podría decir algo. Y lo voy a decir.

El objetivo del tratamiento, de todo tratamiento médico, es el conseguir ejercer influjo sobre el Ello del hombre. Por lo general es costumbre pasar, a este objeto, a un tratamiento directo de determinadas agrupaciones de Ellos. Se echa mano del bisturí o de sustancias químicas o se aplica la luz, el aire, el calor, el frío, la corriente eléctrica o determinados tipos de radiaciones. Nadie es capaz de hacer más que intentar llevar a cabo algunas intervenciones de las que no se puede predecir cuáles van a ser las consecuencias. Cómo va a responder el Ello a nuestras intervenciones puede decirse a menudo con una cierta precisión. Muchas veces suponemos, basados en vagas esperanzas, que el Ello se comportará bien, que estará de acuerdo con nuestra intervención y que contribuirá por su parte a poner en movimiento las fuerzas curativas. Las más de las veces de lo único que se trata es de dar bandazos a ciegas, cosa a la que ni la crítica más comprensiva le puede encontrar el menor sentido. Pero a fin de cuentas se trata de un camino viable, y una experiencia de siglos nos de-

muestra que es posible alcanzar resultados, resultados favorables. Sólo que no se debe olvidar que no es el médico quien provoca la curación, sino el enfermo. El enfermo se cura a sí mismo, por propia virtud, lo mismo que por propia virtud anda, come, piensa, respira, duerme.

Por lo general nos hemos conformado con esta clase de tratamiento, el cual, al ocuparse de los síntomas, se llama tratamiento sintomático. Y nadie va a afirmar que no se ha hecho bien en ello. Pero nosotros, los médicos, que, por profesión, estamos condenados a hacer el papel de Dios, el Señor, y, como consecuencia, somos propensos a ser presuntuosos en nuestros deseos, nos morimos por inventar un tratamiento que no trate de eliminar el síntoma, sino la causa de la enfermedad. Queremos ejercer terapéutica etiológica. Así lo llamamos los médicos en nuestro lenguaje grecolatino. Con este objeto se ha ido a la búsqueda de las causas de las enfermedades. Primero se estableció teóricamente, con toda profusión de palabras, que hay dos causas supuestamente diferentes, una interna, que procede del hombre mismo, o causa interna en latín, y una externa, o causa externa, que procede del medio ambiente. Y una vez unificados los criterios sobre la base de esta simple dicotomía, nos lanzamos con verdadero furor a la búsqueda de la causa externa. Y aquí tenemos a los bacilos, los resfriados, el comer demasiado, el beber más de la cuenta, los accidentes, el trabajo y todas las demás cosas. Y a la causa interna se la ha olvidado. ¿Por qué? Porque es muy desagradable ponerse a escudriñar en el propio interior —y solamente en uno mismo se encuentran algunas centellas que aclaran la oscuridad de las causas internas, de la disposición—. Porque existe un algo a lo que el análisis freudiano llama resistencia de los complejos, del complejo de Edipo, de los complejos de impotencia, de los complejos masturbatorios, etc., y porque estos complejos son terribles. De todas formas, ha habido siempre, y en todas las épocas, médicos que han levantado su voz para decir: el hombre hace sus propias enfermedades, en él están las causas internas, él es la causa de la enfermedad, y no hay por qué buscar a otro. Ante tales declaraciones se ha inclinado afirmativamente la cabeza, se las ha repetido y se ha ido otra vez a por las causas externas con profilaxis, desinfección, etc. Lue-

go vino otra gente con una voz muy potente y que gritaba sin cesar: ¡Inmunizarse! Se trataba únicamente de una acentuación de la verdad de que es el enfermo mismo quien se crea su enfermedad. Pero cuando se pasó a la aplicación práctica del inmunizarse se siguió atendiendo otra vez sólo a los síntomas, y lo que parecía un tratamiento etiológico se había convertido imperceptiblemente en un tratamiento sintomático. Lo mismo aconteció con la sugestión y, para decirlo en seguida, también con el psicoanálisis. También él utiliza los síntomas, exclusivamente los síntomas, aun cuando sabe que el hombre sólo es la causa de la enfermedad.

Y con esto me hallo ya en el punto clave. No se puede sino tratar sintomáticamente y no se puede sino tratar etiológicamente. Pues ambas cosas son lo mismo. No existe la menor diferencia entre los dos conceptos. El que aplica un tratamiento trata a la causa interna, al hombre, que, por medio de su Ello, dio origen a la enfermedad. Y para tratarlo a él tiene el médico que atender a los síntomas, bien sea que trabaje con el fonendoscopio y con los rayos X, o bien observe la lengua a ver si está sucia, o si la orina está turbia, o se ponga a inspeccionar una camisa sucia o un par de cabellos cortados. En esencia es lo mismo el que uno se ponga a examinar con todo cuidado los síntomas, que le lea una carta al enfermo, que le mire las rayas de la mano o que se ponga a tratar con él el sonambulismo. Siempre es un tratamiento del hombre y, con ello, de sus síntomas. Pues el hombre, su manifestación, es un síntoma del Ello, ese objeto de todo tratamiento. Su oído es un síntoma lo mismo que el crepitar en sus pulmones; su ojo es un síntoma, una manifestación del Ello, tanto como lo pueda ser la erupción del sarampión; su pierna es un síntoma en el mismo sentido en que lo es el crujir de los huesos que delata la fractura de esa pierna.

Si, pues, todo es lo mismo, preguntará usted: ¿Qué objeto tiene entonces el que Patrik Troll se ponga a escribir un libro tan largo, cuyas frases suenan como si pretendiesen ser ideas nuevas? No, querida amiga, no tienen esa pretensión, sólo suenan así. En realidad estoy convencido de que con el psicoanálisis no hago nada diferente de lo que antes hacía cuando recetaba baños calientes, ordenaba dietas, daba masajes y esparcía ór-

denes en tono dominante, cosas que aún ahora sigo haciendo. Lo nuevo es el punto de ataque del tratamiento, el síntoma que a mí me parece estar presente en todas las circunstancias, el Yo. Mi tratamiento, en cuanto no es lo mismo que lo que hacía antes, consiste en el intento de hacer conscientes los complejos inconscientes del Yo, y esto procediendo metódicamente y con toda la astucia y fuerza que tengo a mi disposición. Esto es ya de todas formas algo nuevo, pero no procede de mí, sino de Freud, y lo que yo he agregado es únicamente que yo empleo esa metodología también en el tratamiento de enfermedades orgánicas. Como soy de la opinión de que el objeto de la actividad médica es el Ello, como soy de la opinión de que este Ello, con autónomo poder, forma la nariz, provoca la pulmonía, hace nervioso al hombre, le prescribe respiración, andar, actuar; como yo además creo que el Ello se deja influir haciendo conscientes los inconscientes complejos del Yo, de la misma manera que se consigue abriendo el vientre con el bisturí; como pienso todo esto, no puedo comprender —mejor dicho, no puedo comprender ya— cómo alguien puede sustentar la opinión de que el psicoanálisis es sólo aplicable a neuróticos y que las enfermedades orgánicas hay que tratarlas según otros métodos.

Permítame que me ría de ello.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL



Fue una frase liberadora: «Estoy harta de leer sus cartas», dice usted, y yo agrego: «Y yo estoy harto de escribirlas.» Desgraciadamente expone usted todavía el deseo —y sus deseos son órdenes para mí— de que le diga clara y llanamente lo que entiendo bajo la palabra «Ello». No lo puedo expresar mejor de lo que ya lo hice anteriormente: «El Ello vive al hombre, es la fuerza que lo hace actuar, pensar, crecer, estar sano y ponerse enfermo, en definitiva, que lo vive.»

Pero con una definición tal no va usted muy servida. Por eso voy a recurrir a un medio de reconocida efica-

cia en mí, y le contaré historias. Sólo que usted debe tener en cuenta que mis narraciones están tomadas de contextos muy amplios, que son episodios de largos y pesados tratamientos. Si no a lo mejor va usted a parar a la idea de que me tengo por un médico milagroso. De esto no se puede hablar: al contrario, cuanto más tiempo trato al enfermo, tanto más se arraiga en mí el convencimiento de que el médico puede influir infinitamente poco en la curación del enfermo, de que el enfermo se cura a sí mismo y de que el médico, también el analista, solamente tiene la tarea de descubrir de qué artimañas se vale momentáneamente el Ello del enfermo para poder seguir privado de salud.

Es, en efecto, un error el suponer que el enfermo se presenta a la consulta del médico para ser ayudado por éste. Solamente una parte de su Ello quiere sanar; el resto quiere seguir enfermo y, durante todo el tratamiento, está espionando la ocasión de ser dañado por el médico. El principio de que lo más importante en el tratamiento es no dañar ha arraigado con el correr de los años cada vez más profundamente en mi interior, es más, estoy inclinado a creer que todo caso de muerte durante el tratamiento, que todo empeoramiento, hay que atribuirlo en realidad a una falta del médico, en la cual cae seducido por la perversidad del Ello. Oh, no hay nada divino en nuestro quehacer, y nuestro deseo de ser como Dios, que es el que en última instancia nos lleva a elegir la profesión, se venga en nosotros lo mismo que se vengó en nuestros padres en el Paraíso. Castigo, maldición y muerte son sus consecuencias.

Aquí tengo un ejemplo muy reciente que pone al descubierto la actitud del Ello, profundamente oculto, de un enfermo en contra mía, mientras que su Yo consciente me miraba lleno de admiración y de gratitud. El enfermo tuvo dos sueños en una misma noche, los dos con un contenido más que de sobra instructivo. Al principio dijo el paciente que no se acordaba ya nada del primer sueño. Pero como se detuvo bastante tiempo en este sueño olvidado dio lugar a suponer que en él se ocultaba la clave del enigma. Durante largo tiempo esperé pacientemente para ver si en realidad no le venía algún recuerdo. Pero no vino, y yo acabé pidiendo al enfermo que dijese una palabra cualquiera. Este pequeño ardid es a veces rentable. Tuve ocasión de presenciar una vez, por ejemplo,

que, en una situación semejante, se dijo la palabra Amsterdam, y que alrededor de esta palabra se pudo montar un tratamiento que acabó con éxito, con un éxito extraordinario, y que duró más o menos un año. En nuestro caso el enfermo nombró la palabra casa y me empezó a contar que, el día anterior, había estado contemplando mi sanatorio desde fuera, que había en él una torre totalmente inmotivada, que tenía un puente como expediente provisional, porque la casa está falsamente ubicada y, además, tiene un tejado feo. No puedo negar —y, como usted conoce la casa, estará de acuerdo conmigo— que el hombre tenía razón. Y, sin embargo, su narración se refería a cosas totalmente diferentes y mucho más importantes, a cosas decisivas para él y para mi tratamiento. Esto nos lo dijo el segundo sueño. El paciente empezó a contar: «Se trata de un sueño muy tonto —y se echó a reír—. Quería hacer una visita a una casa que pertenecía a un zapatero. Delante de la casa se peleaban dos muchachos, uno de los cuales marchó corriendo y llorando. El zapatero se llamaba Akeley. No se veía a nadie; poco a poco empezaron a venir algunos criados, pero el zapatero, a quien yo quería visitar, no se dejaba ver. Por el contrario, después de algún tiempo se presentó un antiguo amigo de mi madre que, extrañamente, llevaba una cabellera negra, siendo así que en realidad es completamente calvo.» Si el enfermo no se hubiese reído mientras contaba la historia, si no le hubiese puesto antes las faltas que le puso al exterior de mi sanatorio, habría necesitado tal vez semanas hasta dar con la interpretación. Pero así la cosa fue rápida. La primera pista la dio la palabra Akeley. Estaba tomada de una obra recién aparecida de Arno Holz, con el título de *Los hojalateros*. Debe ser sumamente ingeniosa; idioteces eróticas.

El escarnio que el enfermo hacía de mi persona estaba a la vista, pues poco antes había leído el ejemplar que yo tengo del libro *El buscador de almas*, editado por nuestro común amigo Groddeck. Esto era, pues, los «hojalateros», el zapatero Akeley era yo y la zapatería mi sanatorio. Esto resultó también del hecho de que el enfermo realmente, a su llegada al sanatorio, tuvo que esperar mucho tiempo en el corredor hasta que alguien le enseñó su cuarto. A mí mismo no me vio hasta el día siguiente. Enjuiciamientos de este estilo con respecto al

médico se dan en todos y cada uno de los enfermos, y la constancia con que se repite este juicio tan bajo y reprimido demuestra que lo merecemos. No habría contado el sueño si no se hallase también en él la razón por la cual el enfermo me desprecia. En lugar del zapatero aparece en la historia un antiguo amigo de su difunta madre, el cual, extrañamente, lleva una cabellera negra. Este amigo de la madre representa al padre, que tiene igualmente cabellos negros, porque también está muerto. El odio, pues, no me alcanza en primer lugar a mí, sino a este amigo de su madre y, detrás de él, al propio padre. Es una composición de tres personas que muestra claramente qué viva era la resistencia que mi paciente había transferido a mi persona. Pero el amigo de la madre es, a la vez, el enfermo mismo, que goza de una cabellera negra bien poblada. Su inconsciente le cuenta en el sueño cuán distinto sería si, en lugar del zapatero Troll, dirigiese él mismo el tratamiento. Y no le falta razón. El enfermo sabe siempre mejor que el médico qué es lo que le conviene. La lástima es que no es capaz de pensar éste su conocimiento, sino solamente expresarlo a través de los sueños, el movimiento, los vestidos, su manera de ser, los síntomas de la enfermedad, en definitiva, a través de un lenguaje que él mismo no entiende. Y, por supuesto, esta identificación de sí mismo con el amigo de la madre y con el padre mismo dice mucho más de lo que se imaginaba el enfermo. Detrás está el deseo del incesto, el deseo de la infancia, el deseo de todo niño de ser el amante de su madre. Y ahora la conversación toma un derrotero insólito. Con una sonrisa suave y nada burlona, dice el enfermo: «El amigo de mi madre se llamaba Lameer, era flamenco»; su nombre no tiene nada que ver con *la mere*, la madre.

¿Realmente no? Yo creo que sí. Y esto es consolador para el tratamiento. Pues el enfermo, al no haberme solamente identificado con el padre y con el amigo de la madre, sino también con la madre misma, ha transferido también a mí sus afectos, unos afectos que no pueden haber cambiado mucho desde que tenía seis años, edad en la que murió su madre. Tal vez esto es favorable, supuesto que su actitud frente a la madre era buena, que recibía ayuda de ella. Pero, ¿quién puede saberlo? También puede suceder que él la odiase más que la amaba.

Ahora tengo que volver al comienzo del sueño, a los dos muchachos que se peleaban delante de la casa del zapatero. Son fáciles de interpretar. Representan lo mismo en dos secuencias diferentes. El uno es el falo en estado de erección; el otro, el que marcha llorando y corriendo, es el miembro en estado de eyaculación. Detrás de esta primera interpretación está la segunda, según la cual uno de los muchachos es el mismo que sueña, y el otro, el que llora, su hermano, a quien él ha desplazado de las preferencias de sus padres. Y según la tercera interpretación, que reside mucho más profundo, uno de los chicos es el mismo que sueña, el cual masturbaba al otro, a su propio pene. Esta masturbación tiene lugar delante de la casa del zapatero, pero las fantasías eróticas del enfermo, como se ve en el desarrollo del sueño, no tienen por objeto solamente al zapatero, sino también al amigo de la madre, esto es, al padre, y detrás, bien escondida, a la madre misma, Lameer.

Le narro este sueño porque en él el enfermo comunica los puntos de ataque del tratamiento, sin darse cuenta de ello. En primer lugar delata el enfermo, a quien atentamente le escuché, que, mucho antes de saberlo él claramente, existe una fuerte resistencia contra el médico, que, por consiguiente, hemos alcanzado otra vez el punto decisivo, yo casi diría el único y exclusivo punto importante en todo el tratamiento. Pues en el conocimiento consciente e inconsciente y en la eliminación de las resistencias consiste esencialmente la tarea del médico, que será tanto más provechosa cuanto más clara vea la situación. El sueño sigue contando de dónde ha sido transferida la resistencia. Procede de la actitud enemiga con relación al amigo y esposo de la querida madre y, antes todavía, a las rivalidades de los dos hermanos por acceder a la madre, que, oculta tras muchos cortinajes, sin embargo, aparece claramente como la auténtica dueña de la casa, del sanatorio donde se recupera la salud, del seno materno en el que se penetra. Finalmente, el enfermo delata también los complejos de que se trata, es decir, Edipo y la masturbación.

Ahí tiene usted una prueba de cómo lo inconsciente, lo reprimido, pugna por hacerse comprensible. Pero yo traigo lechuzas a Atenas, pues usted me escribe que se ha leído la interpretación de los sueños de Freud. Léala usted otra vez y otras muchas veces. Tendrá una renta-

bilidad tal que usted ni siquiera imagina. De todas formas es supérfluo que me siga adentrando por un terreno el cual el maestro mismo y, con él, miles de sus discípulos han descrito detalladamente, y en el cual pueden entrar todos los que lo deseen. También la próxima narración se mueve por derroteros que le son a usted conocidos o deberían serle.

Se trata de una niña de ocho años que, desde hace algún tiempo, teme a la escuela, mientras que antes iba con gusto a ella. El cálculo y el tejer son su condena. Yo le pregunté qué número era el más desagradable, y me dijo en seguida el 2. Tuvo que escribir un 2 y luego dijo: «El rabito de abajo es incómodo; cuando ando de prisa no lo escribo.» Entonces le pregunté qué era lo que se le ocurría ante este rabito, y, sin reflexionar, replicó: «Un rabito de carne.» «Para jamón y chorizo», agregó, y como si sintiese la necesidad de borrar la impresión de esta extraña respuesta o, tal vez, para aclararla, agregó rápidamente: «Cuando hago punto dejo caer las mallas y se forma un agujero.» Si usted parte de la adición: «Se forma un agujero», comprenderá usted que el rabito de carne es un auténtico rabito de carne; que la niña, por consiguiente, está en una época en la que trata de ocuparse profundamente con el hecho de la existencia de los dos sexos. Y, en forma reprimida, por medio del temor a la escuela, de dejar de escribir el rabito del 2 y de dejar caer la malla, da expresión a la teoría de que la mujer, el número 2 de la familia, no tiene rabito de carne, sino que, más bien, lo ha perdido por escribir demasiado de prisa, por masturbarse; de que el rápido movimiento de las agujas de tejer, su entrar y salir, da origen a un gran agujero, desde el cual echa sus aguas la muchacha de temprana lascivia, mientras que el muchacho echa su chorro a través de la estrecha abertura del pene. Todo esto es verdaderamente un problema difícil para un cerebro infantil, y no es de extrañar que no quiera seguir adelante con el tejer y las cuentas. Al día siguiente la niña demuestra sus conocimientos, que ahora son bastante consoladores. Se queja de tener unos dolores terribles al hacer de vientre; hace notar, pues, que, como sustitutivo del rabito que le han quitado, ahora puede traer hijos al mundo, si bien sea con dolor. Y luego, bajo la oscura presión de expresarse cada vez con más claridad, empieza a contar —para

extrañeza de la madre, que se creía que su hija estaba en la más completa inocencia—, que estuvo presente cuando sacaron a una ternera del vientre de una vaca y que vio cómo nacían tres hermosos gatitos. Es gracioso ver cómo brotan las cosas del alma de una niña cuando la capa que cubre a lo reprimido empieza a hacer agua.

En tales acciones simbólicas o errores se manifiesta muy a menudo el inconsciente. Así encontré últimamente a uno de mis enfermos —pertenecía al número de los así llamados homosexuales— que estaba malhumorado por habersele roto sus quevedos, sin los cuales no tendría para él ya alegría la vida. Se le cayeron de la nariz al querer quitar un florero de una mesa. Cuando le pregunté qué otros objetos había en la mesa, me dijo que la fotografía de su amigo, que aún seguía allí. En efecto, se encontraba debajo de un montón de almohadas y mantas mirando para abajo, de modo que no se podía ver la imagen. Resultó que el amigo le había sido infiel con una chica. Como no estaba en su poder el alejar al muchacho de la muchacha, quería, al menos, separarlos simbólicamente y, con este objeto, retiró el florero, que representaba a la moza. A esto le sucedió inmediatamente el darle vuelta a la fotografía, el cubrirla con almohadas y el romperse de los quevedos. Traducido al lenguaje de la conciencia significa lo siguiente: «No quiero ver más a este infiel.» «Su parte posterior me sigue perteneciendo a mí, pues a la muchacha no le interesa. Así, pues, que quede la fotografía boca abajo.» «Pero es más seguro proteger también la parte posterior. Cubrámosla, pues, con almohadas.» «Así está bien, y ahora ya no veo nada más de él, sobre todo si le echo encima una manta.» «No es suficiente: padezco demasiado. Lo mejor es que me vuelva ciego. Así no necesito notar su infidelidad y puedo seguir amándolo.» Y con esto al pobre se le rompen los quevedos.

El inconsciente experimenta raramente con los ojos. Cuando las impresiones sobre la retina son inaguantables, las expulsa de la conciencia. Un día le pedí a una de mis enfermas que observase atentamente los objetos que se hallaban encima de la mesa y que los conservase en la memoria. Cuando luego la invité a que me dijese lo que había, me nombró detalladamente todo menos las fotografías de sus dos hijos, que, a pesar de las veces

que le dije que faltaban aún dos cosas, no logró recordar. Al preguntarle por qué dejaba de lado las fotografías, se extrañó muchísimo. «No las vi —dijo—, y ello es tanto más llamativo cuanto todos los días, y hoy mismo, les quito el polvo. Pero, naturalmente, usted ya ve que los pobres muchachos llevan uniforme. El uno cayó ya, el otro está en el frente delante de Varsovia. ¿Para qué voy a despertar mi dolor con los ojos si lo puedo evitar?»

Otro se quejaba de que, de repente, se le ponía todo negro delante de los ojos, y esto a menudo. Le rogué que se pusiese mentalmente en el mismo lugar en que había caído la negra niebla sobre él y que luego me dijese lo que veía. «Piedras» —me dijo—. «Subía por una escalera de piedra y eran los escalones las piedras que yo veía.» Con esto no se podía hacer mucho. Pero como yo me mantuve en mis trece de que la visión de las piedras era lo que había dado origen a su vahído, me prometió prestar atención a ello. Y en efecto, al día siguiente me vino otra vez con que había tenido un nuevo ataque y que había visto piedras. Que la cosa puede tener su importancia, pues él se acuerda ahora de que las primeras molestias de este estilo las tuvo en Ostende, una ciudad que siempre le había parecido un desolador montón de piedras y de demasiadas personas frías de corazón. Al preguntarle lo que significaba un montón de piedras y hombres de ese estilo, me dijo: «Un cementerio.» Como sabía que el enfermo en cuestión había sido educado en Bélgica, le llamé la atención sobre la identidad fonética entre Pierre y Pière. Pero él respondió que ni un Pedro ni un Pière habían intervenido jamás en su vida. Al día siguiente volvió él por sí mismo a hablar del asunto. «Yo podría tener razón. La casa de sus padres, en la que ya con seis años perdió a su madre, y que, poco después de su muerte, fue vendida, porque el padre se trasladó a Ostende, estaba situada en la calle St. Pière, y, aun cuando la madre no fue enterrada en el cementerio St. Pière, la ventana de su cuarto daba al enorme montón de piedras que era la iglesia de St. Pière. El había estado más que a menudo con su madre en esta iglesia, y tanto las masas de piedra del interior como la multitud de los devotos siempre lo había turbado. Ante la palabra Ostende le venía a la

memoria Rusia, el país del hollín *, el país negro, el de la muerte.» Desde aquel día en que hizo conscientes sus represiones, ya no volvió a ver negro delante de los ojos, pero, por el contrario, su Ello no liberó otra de las providencias tomadas por la represión. El enfermo, que había sido educado en un estricto catolicismo por su madre, había abandonado la fe como consecuencia del deseo de reprimir. A pesar de que se liberó de la represión, no por eso volvió a ir a la iglesia.

¿Se acuerda usted de la señora von Wessels? ¿De lo que le gustaban los niños y de lo que sufría por no poderlos tener? Un día estaba yo sentado con ella a la orilla del bosque. La conversación había ido decayendo, hasta que, finalmente, se cortó. De repente dijo: «¿Qué es lo que me pasa? De todo lo que hay a mi derecha, no veo lo más mínimo, mientras que a la izquierda todo está claro y patente.» Le pregunté cuánto tiempo duraba ya el fenómeno, y me replicó: «Ya hace un momento, en el bosque, que comencé a notar lo.» Le rogué que me nombrase alguno de los lugares por donde habíamos pasado, y me indicó un cruce de caminos. «¿Qué había en ese lugar a su derecha?», seguí yo preguntando. «Allí nos pasó la señora con aquel muchacho pequeño. Pero, otra cosa: ahora ya veo otra vez con claridad.» Y luego recordó sonriendo cómo, durante todo el camino, antes de llegar al cruce, había venido conversando conmigo con la fantasía de tener una casita lejos de todos, con gallinas y patos y toda clase de animales, y vivir allí con su hijito, mientras que el padre les hacía sólo de vez en cuando una visita de un día. «Si yo no supiese ya ya tiempo que es cierta su afirmación de que todas las enfermedades son producto del Ello, que pretende algún objetivo determinado, me habría convencido ahora. Pues mi ceguera lateral solamente puede haber procedido del hecho de que no podía soportar el ver a aquella madre con su hijo.»

¿Histérica? En efecto, ningún médico ni ninguna persona culta dudaría con el diagnóstico. Pero nosotros dos, usted y yo, hemos aprendido a pasarnos la designación de histeria por debajo de los zapatos, conocemos ambos a la señora von Wessels y, a lo sumo, por respeto a esos

* Aquí se trata de una simple asociación fonética, ya que «hollín», en alemán, es «Russ» y «ruso», «Russe». [N. del T.]

sabios que llevan las gafas de la erudición, estamos dispuestos a conceder que la señora von Wessels estuvo histérica por espacio de media hora. ¿Pero para qué vamos a ocuparnos de una palabra tan superidiota y demoníaca como histeria por más tiempo? Permítame más bien que le cuente lo que pasó unos años más tarde.

Una noche me encontré con la señora von Wessels después del teatro. Me dijo que había ido al teatro por si encontraba por casualidad a uno de sus antiguos conocidos, cuyo nombre había leído hacía algunas horas en la relación de viajeros. Me llamó la atención que tenía el párpado superior izquierdo fuertemente enrojecido e hinchado. Ella no lo había notado aún; sacó su espejo del bolso, se miró el ojo y dijo: «No me extrañaría lo más mínimo de que el Ello quisiese otra vez burlarse de mí dejándome ciega de un lado.» Y siguió hablando de la inesperada llegada de su antiguo amigo, pero de repente se interrumpió con las palabras: «Ya sé de dónde proviene la inflamación del ojo. Se me formó al ver el nombre de mi admirador en la lista de viajeros.» Y luego me contó cómo había andado coqueteando con ese señor durante la larga enfermedad que llevó a la tumba a su primer marido. Me contó toda clase de detalles de aquella época y profundizó cada vez más en la idea de que su ojo se había hinchado para que no hubiese de leer aquel nombre vergonzoso, y aceptó también mi opinión de que el Ello habría aún de castigarla en aquel miembro con el cual había pecado. El éxito pareció darnos la razón, pues cuando la amiga marchó la hinchazón había ya desaparecido. Al día siguiente tuvo una discusión muy fuerte con su segundo marido a causa de su hijastra. A la hora de la merienda estaba yo presente, y pude notar cómo, durante todo el rato, volvía el rostro en dirección contraria al lado izquierdo, donde estaba sentada la muchacha, y cómo poco a poco comenzó otra vez a inflamársele el párpado. Hablé más tarde con ella del caso y concedió que ella, que no tenía hijos, no podía soportar el ver a su hijastra, y que por eso se le había vuelto a hinchar el ojo. Esto le proporcionó una nueva idea, con la que se ocupó por algún rato. Posiblemente había sido también la hijastra la causa de la hinchazón de ayer. Pero poco después volvió otra vez sobre la idea de que la causa debió más bien estar en aquel antiguo conocido. «Dentro de un par de días —me

dijo— es el aniversario de la muerte de mi primer marido. Hace años ya que vengo notando que por esta época siempre me pongo mala y enferma, y yo creo que provoqué la discusión con Karl —éste es el nombre del señor von Wessels— para tener una razón para llorar por mi primer marido. Esto me resulta tanto más probable cuanto que ahora me doy cuenta que anteaer, así pues, un día antes de la hinchazón, había estado en el hospital y había visto a un enfermo del riñón con el característico olor a uremia que también tenía mi marido. Se quitaba la suciedad de la lengua con la espátula, exactamente lo mismo que hacía mi marido. Aquella misma noche, al ver la salsa de rábanos, me entró un malestar de estómago, pero se me pasó en cuanto me di cuenta de su semejanza con la suciedad de la lengua. La presencia de mi hijastra me resultaba insoportable porque me ponía a la vista el hecho de la infidelidad a mi primer marido. Pues usted comprenderá que, durante el luto de aquellos días, juré mil veces no volver jamás a casarme.» La inflamación del ojo había otra vez desaparecido durante la conversación.

Con esto la inflamación del párpado había quedado definitivamente liquidada. En su lugar apareció, al día siguiente, la señora von Wessels con un labio superior que había aumentado como una media pulgada. Precisamente encima del cabo del labio, muy pegado al borde, se había formado una mancha roja como el fuego, de modo que el rojo de los labios había aumentado algo así como el doble de su tamaño normal. Medio riéndose, medio enfadada, me pasó una carta que una lejana conocida le había enviado a una de sus amigas, y que esta amiga, llena de indignación, le había enviado a su vez a ella, como acostumbran a hacer las amigas. En esta carta, además de otras amabilidades, estaba que la señora von Wessels era una auténtica bruja, cosa que cualquiera a simple vista podría notar en su crasa sensualidad. «Mire usted mi boca —me dijo, en tono de burla—, ¿puede haber una prueba mejor de mi naturaleza crasamente sensual que estos labios hinchados teñidos de un rojo vivo? La señorita H. tiene toda la razón en llamarme bruja, y no puedo decirle que es mentira.» El asunto me interesaba por diferentes razones, una de las cuales le diré a usted después, y me de-

diqué, durante largo tiempo, algunos días a un análisis profundo, cuyo resultado le comuniqué brevemente.

La cosa no tenía que ver ni con la muerte de su marido, ni con la hijastra, ni con aquel antiguo admirador, sino que el quid de la cuestión tenía que ver precisamente con esa tal señorita H., cuya carta le había provocado la hinchazón del labio. Esta dama, enemistada con la señora von Wessels desde hacía mucho tiempo —llamémosla Paula—, había estado aquella misma noche —viernes 16 de agosto—, en que se le hinchó el párpado izquierdo por primera vez, también en el teatro, y, por cierto, había ocupado una butaca a la izquierda de la señora von Wessels. Exactamente ocho días antes, el viernes 9 de agosto, había ido la señora von Wessels igualmente al teatro. —Como usted sabe, es algo inaudito que la señora von Wessels vaya tan a menudo—. Su segundo marido había ido con ella, y a su izquierda se encontraba la misma Paula, de la cual sabía que había andado —en vano— detrás del señor von Wessels. La señora von Wessels se había dado cuenta aquel viernes 9 de agosto de la mirada llena de odio que salía de los llamativos ojos grises de Paula, que en ocasiones tienen una expresión característicamente dura y penetrante. Los mismos ojos grises tiene la mujer de aquel enfermo del riñón con cuya suciedad de la lengua había ella relacionado el malestar de estómago del jueves día 15 por la noche. Durante la visita de aquel enfermo que con su olor a orina le recordaba la muerte de su primer marido, había estado presente su mujer, la mujer de los ojos grises. El nombre de esta mujer es Anna, y Anna es también el nombre de la hermana mayor de la señora von Wessels, bajo cuya férula, siendo niña, hubo de sufrir sobremanera. Y ésta, su hermana Anna, tiene los mismos ojos duros y penetrantes de Paula. Y ahora viene lo extraño: Anna, la hermana de la señora von Wessels, tiene el cumpleaños el día 21 de agosto. El 15 de agosto había mirado la señora von Wessels el calendario y había decidido escribirle el día 16, pero en lugar de hacerlo se fue al teatro a ver un ballet, es decir, piernas bonitas. El día 17 tampoco escribió, mandando recién la felicitación el 18, el día en que se le puso el labio hinchado. Finalmente el mismo día 21 se

le quitó rápidamente la hinchazón, y el análisis, que hasta este punto había tenido muchas dificultades, se desarrolló de repente con toda fluidez y se desataron una gran cantidad de nudos y enredos.

La señora von Wessels me contó lo siguiente: «Cuando, alrededor de los catorce años, llegué a un conocimiento mejor de lo referente al embarazo, comparé el cumpleaños de mi entonces cordialmente odiada hermana con el aniversario de la boda de mis padres, y llegué a la conclusión de que había sido concebida antes. De aquí saqué yo dos consecuencias: que mi hermana era ilegítima —esto reaparece el día 17 de agosto en la aversión a mi hijastra, aversión que yo normalmente no tenía, pues esta hijastra no procede de mí, sino que es prematrimonial, es decir, ilegítima—, y que mi madre, tan cordialmente odiada por aquel entonces como mi hermana, era una mujer crasamente sensual, un supuesto que, en aquel tiempo, me parecía tanto más justificado cuanto que mi madre había tenido un niño todavía el año anterior; así, pues, cuando yo tenía catorce años. Usted, como analista, sabe perfectamente la envidia que se acumula en el corazón de la hija mayor cuando tienen lugar estos embarazos tardíos. Siempre he considerado el cálculo de la fecha de la concepción de mi hermana Anna como uno de los actos más lamentables de mi vida, y todavía ahora me cuesta confesarlo. Como usted ha podido observar en mis labios, me castigo por la vergüenza de lo atribuido a mi madre con el hecho de manifestar en mis labios mi sensualidad a todo el mundo después de haber tenido lugar la acusación de Paula. Sigamos. Sé perfectamente que mi hermana Anna cuenta con que la invite en mi carta de felicitación a venir aquí en el mes de octubre. Pero yo no quiero que venga, aun cuando siento que esta actitud no es buena. Los labios que no quieren dar expresión a esa invitación han de ser castigados. Y estos mismos labios tienen también que ser castigados porque, por el mismo tiempo en que comparaba las fechas de la boda y del nacimiento, pronuncié el sacrílego juramento de no querer jamás tener hijos. Lo hice precisamente en el momento en que, por casualidad, percibía los gritos de una parturienta. La relación con mis labios me la dio una de mis conocidas, que, después de mucho tiempo sin tener hijos, quedó por fin encinta, y los labios, que antes los tenía del-

gados y apretados, se volvieron llenos y colorados. Vi a esta conocida el día 15 de agosto, y estuve hablando largamente con ella sobre el niño que está esperando. Esto es lo que puedo decir para aclarar la cuestión de la hinchazón de los labios. Lo que respecta al ojo es muy simple. No me di cuenta ni de uno solo de todos los embarazos de mi madre, tampoco del del más pequeño, aun cuando yo ya tenía trece años y sabía muy bien cómo venían los niños al mundo. El intento, pues de engeguecer ante el embarazo tiene en mí una historia vieja, y el hecho de que yo ahora ocasionalmente recurra al expediente, de reconocida eficacia, de entorpecer las funciones de mi ojo izquierdo, el bueno —pues el derecho está ya bastante inútil—, cuando se apodera de mí el complejo del embarazo materno, no me admira. Pero todavía hay otras cosas. Recuerdo muy bien que, al visitar al enfermo del riñón, lo que me molestaba no era el olor a orina, sino a excrementos, es decir, detrás del recuerdo de la muerte de mi marido se oculta el mucho más vergonzoso de una ocasión en que, al acariciarme mi madre la mejilla, yo, en lugar de alegrarme de las caricias, le atribuí a su amante mano olor a excrementos, con cuyas palabras le hacía cargo de costumbres con las que yo misma de niña debí de gozar violentamente. Dejo a su perspicacia el considerar si los rábanos tienen algo que ver con mi madre. (...) La impresión del olor me lleva otra vez a la mujer del enfermo del riñón, a sus ojos grises, a los duros ojos de Paula y a los de mi hermana Anna. El miedo a Paula que yo, sin duda, tengo, se basa en esos ojos, que son los temidos ojos de Anna. Dije antes que odiaba a mi hermana Anna, pero debo limitar el alcance de esta frase. Había algo que yo amaba en ella sobremanera, y esto era sus piernas y sus bragas. Todavía ahora tengo toda una colección de piernas de Anna con braguitas de encaje que yo pintaba en la escuela al margen de mis cuadernos. Sus piernas tienen que ver bastante con mis preferencias por el ballet, y usted sabe que el día 16 fui al teatro para ver piernas bonitas. Y aquí aparece en seguida otra asociación que conduce a los momentos más lejanos de mi lejana infancia y más allá de la cual ya sólo están los caminos de la fantasía. El miedo a los ojos de mirada dura proviene de mi abuela, a la que yo le tenía

un terror pánico. Lo primero que hacía cuando íbamos a su casa era levantarnos las faldas para ver si llevábamos las bragas limpias. Ya entonces me di cuenta que la maniobra no iba dirigida contra nosotras, sino contra nuestra madre, y debido a su enemiga con mi madre me resultaba la vieja profundamente repelente. A pesar de todo no excluyo la posibilidad de que esta inspección de las bragas me resultase placentera. Pero piense usted que la acusación de suciedad que yo tan mal perdonaba a la vieja, la elevé yo misma contra mi madre cuando ella me acariciaba la mejilla. Esto es malo. Y otra cosa. Una tía mía —oí yo del caso en mi más tierna infancia— no había sido admitida por mis abuelos por haber quedado embarazada de su prometido antes de la boda. De nuevo la misma falta de que yo había acusado a mi madre. La abuela era para mí la bruja por excelencia. Y de la palabra bruja sale un sendero que nos lleva a Paula y a los acontecimientos de los últimos días. Me era conocido que Paula, cuyo cerebro juega con toda clase de ocultas fantasías, me atribuía capacidades telepáticas y me llamaba bruja. La misma expresión he utilizado yo a menudo con relación a la madre de mi hijastra, a la cual yo, por lo demás, sólo conocía de vista y de oídas. La primera vez que oí su voz me corrió un sudor frío por la espalda. Tuve la sensación de que en esa voz había algo horrible procedente de mi infancia. Y al ver a la mujer, me llamó inmediatamente la atención que tenía la misma mirada dura de mi hermana Anna, y en seguida me di cuenta que su voz era la de la abuela, la de la bruja. La extraña aversión que experimenté el día 17 hacia mi hijastra estaba relacionada con el hecho de que yo identificaba a mi abuela, a su madre, a mi hermana y a mi enemiga Paula, y así, provocaba los recuerdos más graves y más profundamente reprimidos. Por lo que yo puedo entender, hay que buscar las causas de lo que me pasó en el ojo y en el labio en conflictos relacionados con mi abuela, mi madre y mi hermana mayor, que despertaron del sueño de su represión ante el cumpleaños y mi encuentro con Paula, mientras que el luto, que se repite todos los años, en relación con mi primer marido no sirve sino a tratar de cubrir estos incómodos complejos. El empeoramiento de la vista por medio de la hinchazón del párpado derecho es el mismo conato por reprimir, pero en forma

diferente, es decir, por medio de la enfermedad: no quiere ver, y, por consiguiente, como ya no se puede evitar el descubrimiento de los complejos ante la acumulación de los fenómenos, aparece el deseo de, cuando menos, no hablar de ellos, cosa que se manifiesta en la hinchazón del labio y la incomodidad para hablar que ello supone. Ambas cosas son, a la vez, castigo por tratar de ver piernas bonitas y por oponerme a todo embarazo.»

No paso a considerar si la señora von Wessels tiene razón con sus elucubraciones o no. Sin duda ha oclutado aún una gran cantidad del material utilizable, y de lo que ha dicho no ha interpretado ni la mitad. Le cuento a usted la historia porque en ella una mujer nada tonta nos narra, de forma intuitiva, cómo es como yo me figuro las manifestaciones del Ello a través de los síntomas patológicos. Pero tengo además, como insinué ya antes, aún otro motivo para comunicar estas cosas de una manera tan amplia. Por el tiempo aquel en que la señora von Wessels andaba con el problema de su ojo y de su labio y me habló del olor a uremia, había en mi establecimiento también un enfermo del riñón que tenía ese olor característico. Pasó a mi tratamiento en los últimos estadios de la enfermedad y lo acepté con el fin de observar y aligerar su muerte, porque la forma de su boca con los labios finos y apretados me parecía ser una confirmación del supuesto, admitido por mí, de que el Ello, al retener los venenos de la orina, quiere expresar lo mismo que con la forma apretada de la boca. Para mí es la uremia la lucha a muerte de la voluntad reprimente contra los ininterrumpidos intentos de lo reprimido por salir de la superficie, contra los complejos relacionados con la expulsión de la orina, cuyas raíces se fijaron en la más tierna infancia y se alimentan de las capas más profundas de nuestra constitución. El caso no ha contribuido esencialmente a hacer progresar mis investigaciones fantásticas y acientíficas, estimuladas por el personal interés que le confiere mi propia dolencia renal. Por fin tuve que decidirme a relacionar algunos fenómenos extraños que tuvieron lugar a lo largo de esta tragedia con mis intentos de interpretar el Ello. Debería mencionar que el estreñimiento que aquejaba al enfermo desde hacía decenios pasó a convertirse en diarrea, cuyo olor era de todo punto insopor-

table. Uno, de ser suficientemente loco, podría oír la voz llena de escarnio del Ello que dice: voy a dar, eso sí, la mierda corporal que antes retenía, pero la espiritual no la doy. Los vómitos se podrían interpretar de manera semejante —de todas formas ambas cosas suelen darse en la uremia, también la diarrea—, mientras que con un poco de osadía se podría decir que el ataque urémico —y finalmente la muerte— son medios de presión del Ello para estorbar la entrada en la conciencia de los complejos. Finalmente podría interpretarse como una concesión burlona del Ello el hecho insólito y nunca antes observado por mí de que los labios se abultaron hidrópicamente y provocaron la desaparición de la rigidez de la boca, dando a entender así que la boca es ya otra vez libre, mientras que, en realidad, la hidropesía de los tejidos impide el hablar. Pero todo esto no son más que elucubraciones mentales para las que no poseo el menor apoyo empírico. En lugar de eso tuve aquellos días una vivencia muy divertida, la cual, al intervenir yo en ella, interpreto con bastante seguridad. En los días en que, debido al asunto de los labios, me ocupaba con toda seriedad del análisis de la señora von Wessels, aparecieron los primeros espasmos urémicos en mi enfermo. Quedé aquella noche en el sanatorio y, como hacía mucho frío, me llevé una botella de goma con agua caliente a la cama. Antes de dormir abrí con un abrecartas muy agudo un número de la revista psicoanalítica de Freud y empecé a hojearla. Entre otras cosas, encontré que Felix Deutsch había leído en Viena una conferencia sobre psicoanálisis y enfermedades orgánicas, un tema que, como usted sabe, ha ya mucho tiempo que rumio y que he pasado a nuestro común amigo Groddeck para que lo elabore. Puse la revista y el abrecartas debajo de la almohada y empecé a dejar vagar mi fantasía sobre este objeto para ir a parar a mi urémico y mi interpretación de la retención de la orina como signo de la represión. Con éstas me dormí, pero, llegando ya la mañana, me desperté con una extraña sensación de humedad, por lo que creí que había meado la cama. En realidad lo que había hecho era pinchar durante el sueño la botella de goma con el abrecartas, de modo que el agua manaba suavemente sobre las sábanas. Ahora bien, la noche siguiente quedé también en el sanatorio y, como me gusta golosinear, me había to-

mado esta vez un trozo de chocolate, como hago a menudo. ¿Qué cree usted que pasó? Cuando desperté a la mañana siguiente, mi camisa y las sábanas estaban totalmente manchadas de chocolate. Se asemejaba endiabladamente a la caca, y me dio tanta vergüenza que yo mismo retiré inmediatamente las sábanas para que la señorita de la limpieza no fuese a pensar que yo había hecho mis necesidades mayores en la cama. Precisamente esta extraña idea de quitar yo mismo las sábanas para que no se pensase de mí que había hecho caca, me llevó a someterme un poco al análisis. Entonces se me ocurrió que ya cuando me pasó lo de la botella de goma había tenido la sensación de que se podría interpretar como si hubiese meado la cama. Y, como mis pensamientos estaban completamente con el urémico, me expliqué la cosa de la siguiente manera: Tu Ello te dice que no necesitas preocuparte, aun cuando tus riñones no están del todo limpios, de que vayas a padecer uremia: ya ves con qué facilidad expulsas mierda y orina; tú no retienes, no reprimes, eres como un bebé, inocente y abierto de corazón y de vientre. Si yo no supiese lo astuto que es el Ello habría quedado satisfecho con esto. Pero así no. Y de repente se me pasó por la mente el nombre de Felix. Felix era el nombre del señor que había hablado sobre el psicoanálisis y las enfermedades orgánicas. Felix Schwarz se llamaba también un amigo mío de colegio, y este amigo había muerto de uremia a consecuencia del sarampión. Schwarz *, esto es, la muerte. Y en Felix está la felicidad; y la unión de Felix y Schwarz, de felicidad y muerte, puede ser tan sólo el momento de la suprema satisfacción sexual unido al miedo a la pena de muerte. Con otras palabras, es el complejo masturbatorio, ese complejo inmemorial, que siempre de nuevo se levanta de su guarida subterránea cuando pienso en mi dolencia renal. Con esto me parecía haber encontrado una confirmación de la interpretación dada a los dos episodios. Mi Ello me decía de esa manera: sé sincero, no reprimas y no te pasará nada. Dos horas más tarde hube de cambiar de opinión. Pues cuando fui a la cama de mi urémico me alcanzó como un rayo el pensamiento: éste se parece a tu hermano Wolf. No había notado nunca la semejanza, pero ahora la veía

* «Schwarz» significa «negro». [N. del T.]

patentemente. Y, oscuramente, se me planteó la pregunta: ¿Qué tiene que ver tu hermano Wolf, o la palabra Wolf, con tus represiones? Aparece siempre de nuevo, por muchos análisis que hayas hecho, y nunca encuentras la solución. Tampoco ésta que te pasa ahora por la mente es la última, la más profunda.

Sin embargo, no quiero privarle a usted de ella. Siendo yo un niño muy pequeño —pero ya suficientemente grande como para conservar recuerdos— se me irritaba muchísimo la piel entre las dos nalgas debido a mis carreras; me salía, por consiguiente, intertrigo*. Yo iba a mi madre y ella me le echaba pomada. Esto fue sin duda una incitación a la masturbación que vino posteriormente; era ya, sin duda, una especie de masturbación infantil, en la cual, semiconscientemente, con astucia de zorro, me valía de la mano de mi madre. La inclinación a la mala acción tenía su base con toda certeza en los recuerdos que todo niño tiene de las delicias procuradas en la infancia por los cuidados y limpiezas de la que cuida de él. Y al llegar a este punto en el análisis me di cuenta que ayer mismo me había ocasionado intertrigo por culpa del sillín de la bicicleta. Aquí está, pues, el Wolf** que tú, tanto tiempo ha, andabas buscando; y andaba loco de alegría y ayudaba a la mujer del enfermo a soportar aquellos difícilísimos momentos. Pero al llegar otra vez a la puerta ya sabía de nuevo: tampoco es ésta la solución. Tú reprimes, y aun cuando tu Ello y tus amigos ponderan tanto tu sinceridad, eres lo mismo que los demás. Y decente es únicamente aquel que dice como el publicano: Dios me sea propicio. ¿Pero no cree usted que esto último, precisamente esto último, es farisaico?

Adiós, querida. Yo soy su

PATRIK



* El significado de «intertrigo» es, en alemán, también «Wolf». [N. del T.]

** O sea, el intertrigo, que es también «Wolf». [N. del T.]

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de octubre de 1973, en los ta-
lleres de TORDESILLAS, ORGANIZACIÓN
GRÁFICA, Sierra de Monchique, 25,
Madrid-18, utilizando papel de
TORRAS HOSTENCH, S. A.